

BIBLIOTECA PREDICABLE

por

D. FELIX LAZARO GARCIA

CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SEGOVIA.

y

CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

(que ha sido)

DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA;

y

otros señores sacerdotes.

TOMO 10.

MADRID: 1848.

Imprenta de D. Tomás Aguado,
calle de la Encomienda n.º 49.

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SÉRIE QUARTA.

SERMONES DE LOS 'MISTERIOS DE JESUS.

TOMO 1.

Contiene los misterios de Jesucristo hasta su Resurrección.

SEINJON

DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS.

La Encarnacion del Hijo de Dios es el misterio de la reparacion del hombre.

Sic Deus dilexit mundum ut filium suum unigenitum daret. Amó tanto Dios á los hombres que les dió á su Hijo unigénito. Joann. c. 3.

El pecado; ved el principio de la desgracia del hombre y el motivo de haber entrado la muerte en el mundo. Por el pecado se hizo nuestro primer padre enemigo de Dios, quedó despojado de las gracias abundantes con que fué enriquecido y sin fuerzas para recobrar el estado de su inocencia, arrojado del paraíso, sujeto á las penalidades y miserias y condenado con todos sus descendientes á las venganzas divinas, á los trabajos y la muerte. Multiplicanse los

hombres y se multiplican tambien los pecados. Apenas se halla quien viva con temor y conocimiento de Dios. Toda la carne corrompió sus caminos, y el Señor, como arrepentido de haber criado al hombre anegó al mundo con un diluvio para castigar sus prevaricaciones y todos perecieron excepto ocho personas que dispuso que se salvaran en el arca de Noé. No pasó mucho tiempo sin contaminarse de nuevo el mundo y ser sus abominaciones mayores que antes, y se vió pronto caer los hombres en la aberracion de desconocer á Dios y adorar á los dioses que fabricaban sus manos. El Señor se separó un pueblo que le sirviese y adorase, un pueblo que fuese suyo y con quien obró portentos y maravillas; pero este pueblo tambien fue de mal en peor. Los profetas pintaron el estado de este pueblo de Dios y le lloraron. Jeremias buscó entre los hombres de todos los estados de Jerusalem uno solo que tratase con verdad y anduviese en la justicia y no le halló. Eccequiel y Miqueas se lamentan de la escasez de los justos bajo la metáfora de hijos tempranos y de una viña vendimiada en que es rarísimo el racimo que se encuentra. Isaías y los demas profetas repiten los vicios de aquel pueblo y levantando su voz al cielo y á la tierra los hacen testigos de su dureza y su ingratitud. David se lastima de que todos se han viciado y apenas hay uno que obre el bien. Y si tan olvidada estaba la virtud en el pueblo de Dios, en la ciudad santa de Jerusalem donde florecia la sabiduria y la relijion, donde se oian los clamores de los profetas y los cánticos del culto del Dios verdadero ¿qué seria en los otros pueblos del mundo donde apenas sabian los hombres que habia Dios? ¿Qué hubiera

sido de los hombres si Dios no hubiese habitado con ellos; los hubiese hablado é instruido anunciando su ley santa y hubiese padecido y muerto por ellos y por librarlos de la esclavitud de la muerte y del pecado?

¿Qué es esto , hermanos míos? La idea que tenemos de Dios ¿no es la de un ser infinitamente perfecto , de un Señor omnipotente , inmenso , incomprensible , eterno y dotado de todas las perfecciones , como que es el origen y principio de todo bien y de toda perfeccion ? Pues ¿cómo me atrevo á decir que habitó con los hombres , los habló , los instruyó , los anunció su ley y que padeció y murió por ellos? Porque este mismo Dios sin dejar de ser tan eterno , tan inmenso y tan perfectísimo como es , se hizo hombre y tomó nuestra naturaleza en el seno de una Virgen á quien eligió por Madre suya. Porque aunque Dios pudo muy bien con su infinito poder y sabiduría redimir al hombre y sacarle del pecado por muchos medios y modos , eligió el dar al mundo á su unigénito Hijo como el testimonio mas grande del amor que tiene á los hombres y en prueba de su deseo de que todos se salven. Porque el Verbo eterno , el Hijo unigénito de Dios , Dios igual al Padre y consustancial con el Padre cuando llegó la plenitud de los tiempos , cuando se cumplió el término señalado en los decretos eternos se hizo hombre en las purísimas entrañas de una Virgen , tomó nuestra carne y nuestra sangre , y este es el misterio del amor infinito de Dios que la iglesia nos recuerda en este día. ¡ Dios se hizo hombre! Cuando los vicios y maldades de los hombres los hacían acreedores á los tormentos del infierno ; cuando la corrupcion de los hombres obligaba á Dios á que los

aborreciese ; cuando los hombres no podian esperar sino un justo castigo de sus prevaricaciones , Dios por su bondad los abrió los cielos , no para anegarlos con las aguas de un nuevo diluvio sino para darlos á su Hijo unigénito , para enviarlos la redencion y la salud , para darlos la vida y volverlos á la libertad de hijos de Dios y herederos de sus promesas.

No entremos á indagar ¿cómo ha podido ser esto? ¿Cómo se ha verificado esta union tan admirable del ser por esencia y de la nada , de Dios y del hombre ? ¿Cómo la inmensidad de Dios ha podido reducirse y anonadarse á la pequeñez del hombre ? Humillémonos en la presencia de Dios y confesemos con sumision y respeto sus misterios. No es este mundo el lugar destinado para penetrar las maravillas de Dios , y el hombre que no puede conocerse á sí mismo ¿por qué ha de ser tan altanero que quiera penetrar las obras maravillosas de su Criador ? Confesando todo cuanto la iglesia nos enseña acerca del misterio adorable de la encarnacion del Hijo de Dios en las entrañas purísimas de la Virgen María por virtud del Espíritu-Santo, contemplemos en este misterio el amor del Eterno Padre que agotó , si así puede decirse , los tesoros de su poder y su sabiduria por dar á los hombres la persona propia de su único Hijo. Contemplemos que este Hijo del Eterno Padre descendió de los cielos por nosotros los hombres y por nuestra salud. Contemplemos en este misterio de la reparacion del hombre perdido por la culpa.

Señor , si así aprendemos á conoceros , aprenderemos tambien á amaros , obedeceros y servirlos. Y para que yo

consiga estos saludables fines en lo imperfecto de mi discurso, asistidme con vuestra gracia que os pedimos por la intercesion de Maria Santisima á quien con el ángel saludamos y decimos llena de gracia:

AVE MARIA.

Sic Deus dilexit.....

Es demasiado limitado el entendimiento del hombre para haber podido trazar un medio para reconciliarse con Dios y son muy débiles sus fuerzas para poder conseguirlo. La justicia divina, dice el padre san Bernardo, exijia que muriese para siempre el pecador, y la misericordia solicitaba de las divinas entrañas el perdón alegando las miserias humanas. Solamente la sabiduría de Dios pudo hallar el medio suave y conveniente de unir su justicia con su misericordia. Solamente Dios pudo proporcionar la salud del género humano, y lo hizo de tal modo dándonos á su Hijo Unigénito que tomó carne en las entrañas de la Virgen María, que no hubo cosa en el cielo ni en la tierra á que no viniese bien. Cada uno de los atributos divinos parece que se alza con la gloria de este hecho, como si á su instrancia solo se hiciera. En él, observa san Juan Damasceno y el

angélico doctor santo Tomás , se manifiesta la bondad , la sabiduría , la justicia , la omnipotencia , la honra y gloria de Dios con mas escelencia y mas ventajas que en ninguna de todas sus obras , y el hombre se eleva á la dignidad de hijo de Dios y heredero de su gloria. Con él cumple el Señor lo que habia dicho por Jeremias , que haria una novedad grande sobre la tierra : lo que habia anunciado por Isaías que criaria unos cielos nuevos y una tierra nueva de tanto valor y riqueza que perderiamos la memoria de los pasados. ¡Cuánto distan , Señor , vuestros juicios llenos de sabiduría y rectitud , de los juicios de los hombres ! ¿ Quién puede escudriñar vuestros arcanos ? Si nos detenemos á juzgar del misterio de la Encarnacion por lo que aparece á los ojos de la carne , nada hallamos sino vil , despreciable é indigno de Dios ; pero si pasamos á considerarle con las luces de la fé , todo es grande en él , todo es admirable. Esta es la obra mas esclarecida de su omnipotencia y de su misericordia ; en ninguna otra obra resplandecen mas sus adorables perfecciones. Dios mio , podemos decir , no has sido nunca mas Dios , ó nunca te has manifestado y obrado mas ostensiblemente como Dios que cuando te has hecho hombre ; Era necesaria una sabiduría que fuese tan grande como Dios , que fuese el mismo Dios para hallar el medio de hacer que Dios se acercase al hombre y el hombre se acercase á Dios ; de vindicar la gloria de Dios y consultar á la salud del hombre ; de quitar el pecado y salvar al pecador. ¿ Qué víctima mas digna pudo ofrecerse al Eterno Padre que su mismo Hijo ? ¿ De qué mejor modo pudo el Hijo mismo de Dios satisfacer á la divina justicia y reparar las injurias del hom-

bre que tomando la humanidad y sacando el remedio del mismo origen del mal?

Por este medio tomó la condigna satisfaccion la justicia de Dios de la ofensa infinita del hombre. En ninguno de sus castigos se ha manifestado el Señor mas severo y riguroso. No en el de los ángeles, aunque asusta el ver inmediatamente que pecaron arrojadas á los infiernos á unas criaturas privilegiadas y hermosísimas á penar para siempre; no en el del diluvio, aunque seria una escena de espanto; las voces y gemidos de un mundo entero que se anegaba; no en el de Sodoma, ni en el de Datan y Abiron, aunque el quemarse las gentes vivas, y el abrirse la tierra y tragárselas el infierno parece el mayor rigor de justicia. En estos fueron castigados los culpados y en manera alguna el inocente. Si la justicia divina liciera que muriesen á cuchillo cuantos hombres ha habido y ha de haber en el mundo, y de la muerte los trasladase al infierno, no quedaria tan satisfecha y pagada como encarnando y muriendo Dios, dice san Juan Damasceno. La razon es, porque todo el infierno y sus tormentos eternos no son un castigo, ni una paga igual á la vida y la muerte de Jesucristo Señor nuestro. Dios era quien pagaba y así hizo á la divina justicia una satisfaccion entera de cuanto se la debia y aun una satisfaccion superabundante, y en el infierno jamás se acabará de pagar un solo pecado.

Por la culpa vino la muerte, y siendo la culpa comun á todos, ó habiamos de morir eternamente todos, ó dar una vida que valiese tanto como la vida de todos: pues todas las vidas de los hombres, ni aun las de los otros de otros mu-
-

dos que Dios criara valen tanto como la vida de Dios, y Dios no se satisfizo á menos que encarnase y muriese Dios. ¡O Señor piadosísimo y terrible! Redimiendo al hombre os manifestais mas justiciero que si jamás le redimierais; tratándole con clemencia os manifestais mas riguroso que si le condenarais para siempre. Lo que el mundo llama un hecho famoso de vuestra misericordia, no sé porque no ha de llamarse tambien el hecho mas terrible de vuestra justicia, porque queriéndos manifestar como justo, os habeis manifestado mas que justo, si me es lícito hablar así; y si no fuerais Dios me pareceriais injusto. Perdonadme Señor, que aunque descoso de vuestra mayor honra y gloria no sé como hablar de vuestra justicia en la Encarnación del Verbo Eterno sino diciendo escesos y demasias, porque parece mayor la pena de la sentencia, que la culpa, y mucho mas lo que se dá al ofendido que lo que debe el culpado. Porque ¿qué tiene que ver la culpa del esclavo con la pena del Hijo, la del hombre con la pena de Dios? Y donde hay desigualdad entre la pena y la culpa ¿no podemos decir que hay un exceso de justicia? Con vuestro Hijo, Señor, hicisteis un género de justicia que á hacerle otro que Vos le llamaríamos injusto; pero como en Vos no puede haber sombra de defecto, diremos con el apóstol que obrasteis así para manifestar vuestra justicia: *ad ostensionem justitiæ suæ* (1).

Ohró tambien el Señor movido de su misericordia y

(1) Rom. cap. 3

para manifestarnos su misericordia. Siendo Dios sumamente bueno, misericordioso y compasivo le convenia, dice el angélico doctor santo Tomás, una comunicacion suma, una franqueza suma, una misericordia suma que fuese mas que criar al mundo, que perdonar las culpas, que hacer hijos por la gracia de esclavos y de enemigos y subirlos hasta participar del ser de Dios, mas que el glorificar á los ángeles y los hombres aunque parece que nada mas se podia desear, y ninguna misericordia mayor se puede imaginar que el encarnar el mismo Dios y morir. En este sentido dice san Agustin, que la encarnacion es la mayor gracia que Dios ha hecho y ha podido hacer al hombre. Es el origen de todos los bienes. Solo en Dios hallamos la liberalidad por excelencia, dice san Gerónimo, porque nos dió cuanto pudo sin esperanza de comodidad ó de interés, lo que nadie ha hecho jamás. El mundo lleno de bienes y rico de virtudes no pudo merecer que Dios viniese á él ¿cuánto menos pudo merecerlo estando lleno de miserias y pecados? Y cuando su justicia disimulára los castigos á los hombres, no podia ser sino obra de su misericordia el unirse á ellos, habitar con ellos, y llenarlos de bienes y consolaciones. Nos visitó bajando de lo alto, diremos con Zacarias, por las entrañas de su misericordia; y publicaremos con el apóstol, que apareció la piedad y la clemencia de Dios en la tierra; que aunque antes era Dios misericordioso lo era mas en el cielo que en la tierra, pero que bajando á nosotros y tomando la naturaleza del hombre se mostró mas misericordioso en la tierra que en el cielo, puesto que por su misericordia nos salvó

haciéndose hombre, que fué mas que hacer bienaventurados á los ángeles y los hombres.

No eligió á alguno de sus ángeles para redimir y salvar á los hombres, sino que el amor de Dios á los hombres le llevó al extremo de darlos á su mismo Hijo, y para que le viésemos y reconociésemos sin dejar el seno glorioso de su Padre donde habita por la eternidad se unió de un modo admirable á la humanidad sin que esta aparicion humilde disminuya en nada la inmensa gloria que goza en el cielo. Sin dejar de ser Dios y estar por su inmensidad en todas partes, se hizo hombre y se dió á ver como un verdadero hombre con un cuerpo y un alma como los demas hombres. ¡Milagro incomprensible! Obra grande de la sabiduria de Dios! El Señor de la gloria juntó todas las grandezas de Dios con las enfermedades del hombre, y el que dió el ser á todas las cosas no se desdénó de tomar la forma de siervo, y no solamente de siervo sine tambien de pecador que es lo mas á que pudo humillarse. No le fué bastante el ser nuestro criador, nuestro Señor y nuestro protector, que quiso ser nuestro amigo, nuestro hermano, nuestra carne y nuestra sangre. Solamente el poder infinito de Dios pudo unir tan íntimamente á la naturaleza divina y la humana en una sola persona. No decimos ni creemos que Dios se hizo hombre dejando de ser Dios, que se despojó de su imperio de su grandeza, de su magestad, de su esencia, porque esto hubiera sido indigno de la magestad de Dios y al mismo tiempo imposible; decimos y confesamos que Dios por su infinito amor sin salir de si mismo, sin alterar su esencia, sin dejar de ser Dios se unió á la naturaleza

humana y se hizo verdadero hombre á la manera que un pequeño arroyo se une con un mar inmensurable; y de esta union incomprensible y admirable resulta un Dios hombre, un Dios posible, sujeto á la muerte y á las miserias de la vida; y un hombre Criador de todas las cosas, omnipotente y sumamente feliz. Asi admiramos y comprendemos algun tanto la conveniencia con que la sabiduría eterna dispuso nuestra reparacion y los medios de que se valió para remediar nuestros males. Quedamos perdidos por un hombre y Dios quiso salvarnos por un hombre tambien. Asi como todos quedamos condenados por la soberbia de un hombre que quiso igualarse y hacerse tan grande é independiente como Dios, quiso que volviéramos á su amistad y gracia por la humillacion de un hombre nuevo que siendo Dios y sin dejar de serlo, se hizo verdadero Hombre. ¿Hay algun medio mas seguro para pagar nuestras deudas que los méritos de un Dios hombre? ¿Puede hallarse en los cielos ó en la tierra cosa alguna que ennoblezca y ensalce mas nuestra naturaleza que la humanidad de Dios? ¿Puede el hombre apetecer mas elevacion? ¿Quién puede tomar á su cargo el despacho de nuestros negocios con mas utilidad que aquel que todo lo puede? ¿Quién puede defender mejor nuestra causa que aquel que se ofrece al eterno Padre y es su supremo sacerdote? ¿Quién alcanzará las divinas misericordias y será abogado y mediador mas fiel entre Dios y los hombres, que aquel que es verdadero Dios y verdadero hombre? No, dice el padre san Leon, no podia hallarse un medio mas digno y mas conveniente y que contuviera en sí cuanto es necesario para proporcionarnos

la salud eterna que es la encarnacion del Hijo de Dios; que un hombre que fuera Dios y al mismo tiempo fuera hombre. Si Jesucristo no hubiera sido verdadero Dios no hubiera podido remediar nuestros males; y si no hubiera sido verdadero hombre no hubiera podido servirnos de ejemplo. ¿Qué medicinas mas eficaces hubieran podido aplicarse á las llagas de nuestras almas tan envejecidas, tantas y tan peligrosas? ¿Qué mejores ejemplos hemos podido tener para confundirnos y al mismo tiempo animarnos é inflamarnos que los que nos ha dado nuestro Salvador verdadero Dios y verdadero hombre? ¿De qué modo ha podido curarse mejor nuestra soberbia que con el ejemplo de su humildad y desvanecerse nuestra frialdad y tibieza en el amor de Dios que con el ejemplo de una caridad tan grande, de un amor de Dios que nos dió á su mismo Hijo y con él todas las cosas?

Confesemos pues, que la encarnacion del Hijo de Dios es el medio mas eficaz para satisfacer á la justicia divina por las culpas de los hombres; que es el tesoro mas grande de las divinas misericordias, el origen de todos nuestros bienes, la obra mas grande de la sabiduría y omnipotencia de Dios, la prueba mas concluyente de su amor, y en una palabra: el misterio de la reparacion del hombre perdido por el pecado.

¿Cómo podrá ser que despues de un beneficio tan grande y extraordinario no amemos al que nos le dispensa? ¿Por qué no hemos de entrar con frecuencia dentro de nosotros mismos y preguntar á nuestro corazon: Quién es aquel Señor que tanto nos ama y que sin que lo merezcamos se

ha prestado á ser nuestro médico, nuestro Salvador, nuestro patrono y ha usado de un arte tan nuevo y maravilloso para ganar nuestros afectos que se ha abatido y humillado á tomar sobre sí nuestras miserias para hacernos participantes de sus bienes infinito? Después de tanto como ha obrado por nosotros, como ha merecido para nosotros, después de tanto como nos ama ¿por qué no le amamos? ¿Qué hallasteis en el hombre Señor, para que tanto le ames? Nada sino miseria, flaqueza y pecado; pero estas mismas enfermedades y miserias, Dios mío, conmovieron vuestras entrañas de piedad y cuanto mas miseria visteis en el hombre, tanto mayor ha sido vuestra misericordia. Consultasteis á vuestro corazón, os dejasteis llevar de vuestro amor. ¡O amor eficaz que os obligó á bajar del cielo á la tierra! ¡O amor compasivo que os redujo á haceros hombre y nacer, vivir y morir como los hombres! ¡O amor íntimo que tanto os unió con los hombres! ¡O santo y perfecto amor! Haced Señor que arda en nuestros corazones este divino amor y que seamos agradecidos á vuestros incomprensibles favores.

El hacerse hombre por nosotros el Hijo menor de Dios, el considerar la humillación profunda del Hijo de Dios en el misterio de su encarnación debe movernos á venerarle en este estado á que quiso reducirse por nosotros y á decirle afectuosamente con san Bernardo: «cuanto mas te abates y envileces por mí, Dios mío, me eres mas amable y mas acreedor á mi corazón.» Tanto más debemos estimaros, cuanto mas os habeis humillado y deprimido por nosotros y os habeis querido hacer mas despreciable. No habeis conocer bien lo mucho en que nos estimáis cuando

para sacarnos del poder del demonio y la esclavitud del pecado no nos disteis un ángel ó alguno de vuestros arcángeles, sino á vuestro mismo Hijo. Si entanto nos tiene nuestra mismo Dios, si tanto obra por nosotros y tanto nos ama, ¿por qué no hemos de amarle y deducir con san Ciprino, que nada debemos anteponer á Jesucristo, puesto que Jesucristo nada antepuso á nosotros? Tratándose de nuestra reparacion y remedio nos antepuso á los ángeles y á toda su gloria y se abatió hasta encerrarse en el seno de una Virgen; justo es que en nuestro aprecio y estimacion le antepongamos á todas las cosas de la tierra y le amemos mas que á nosotros mismos.

¡Divino y dulcísimo Jesus! Nada pudo servir de estorbo para que os humillaseis y vinieseis á derramar sobre nosotros vuestras misericordias. No hubo dificultad que no vencieseis en el misterio de vuestra Encarnacion y que no cediese al amor que nos tenéis: haced tambien que nada nos sirva de estorbo para amaros y que no haya dificultad á que no nos sobrepongamos por serviros y corresponderos. Dadnos un alma agradecida á los beneficios y gracias que nos habeis traído del cielo. Imprimid en todos nosotros los caracteres de la santidad á que vuestra Encarnacion nos ha dado tan fácil entrada. Vivamos por Jesucristo y para Jesucristo, así como Jesucristo vivió por nosotros una vida mortal. De nada nos servirá, hermanos míos, que estemos unidos con Jesucristo con los vínculos de una misma naturaleza sino tenemos unos mismos deseos, unos mismos afectos y no estamos dispuestos á obrar por él lo que él obró por nosotros.

Espíritu-Santo que con tu poderosa virtud formaste la humanidad adorable de nuestro Señor Jesucristo y la llenaste de tu santidad, derramad sobre nosotros vuestras gracias y dones, comunicadnos vuestro espíritu para que nada obremos ya sino conforme á vuestras divinas inspiraciones y destruyendo en nosotros el hombre viejo imitemos y sigamos al nuevo Adán Jesucristo. Alcanzados Virgen y Madre Santísima que en este día recibisteis en vuestro seno al Verbo Encarnado y cuyo amor casto y humilde le preparó una morada deliciosa, alcanzadnos un verdadero amor á la pureza y castidad que haga que reverenciamos una carne que ha consagrado Jesucristo vistiéndose de ella, y á la humildad que tanto os sujetó á la voluntad divina, y obró el que cumplieseis tan exactamente su ley y siguieseis en todo su divino beneplácito. Esto quiere de nosotros Jesús en su encarnacion, y así aplicándonos los méritos infinitos de su vida, pasion, muerte y resurreccion, lograremos la redencion que nos ganó y los triunfos que nos consiguió sobre el demonio, el pecado y la muerte y llegará el dichoso dia en que nos unamos intimamente con él en la gloria del Padre y lo gocemos para siempre. Amen.

F. L. G.

SERMON

DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS Y ANUNCIACION DE MARIA SANTISIMA.

*... Ejemplos de humildad de Jesus y Marta en el misterio
de la encarnacion.*

*Ecce concipies in utero et paries filium, et vocabis nomen
ejus Jesum. Hé aqui que concebirás y parirás un Hijo,
á quien darás por nombre Jesus. Luc. c. 1. v. 31.*

Hoy, hermanos míos, para empeñaros á amar de todas
veras á Dios no os diré que el Señor en quien creéis es el
criador del universo y de cuanto hallamos en él, que es
aquel que con un acto solo de su voluntad sacó al mundo
de la nada y que este mismo mundo sujeto al arbitrio del
Dios que le crió solo espera la menor insinuacion de su

benéfícto para aniquilarse y volverse á sumir en su antiguo caos: que es aquel que si articula la voz de su indignacion desaparecen los mas florecientes imperios, los monarchas mas poderosos sienten que se desquician sus tronos, se postran y caen por tierra las columnas del firmamento, tiembla y se estremece la tierra y se desarraigan los cedros del Libano. ¡Magníficas y nobles figuras, pinturas magestuosas que el impetuoso ardor, la sobrenatural vehemencia de un celo abrasador dictaba y sugeria á los profetas para confundir y derribar de tiempo en tiempo la soberbia de los Faraones de su siglo! En este día solamente os diré: que ya se cumplieron los tiempos, que el renuevo de José y de David, el deseado de las naciones, el ángel del testamento, el Dios de Israel se abate, se humilla, y desprendiéndose en cierto modo de los resplandores de su gloria toma carne mortal en el seno de una pura criatura: os diré, que contempleis al Verbo divino tan eterno, tan inmenso como el Padre y en todo igual con el Padre que sin dejar de ser Dios ni perder nada de su poder y magestad toma la forma de un siervo, de un hombre pecador para satisfacer á la divina justicia por los pecados de los hombres.

¡Misterio de salud cuyo recuerdo y veneracion nos congrega hoy en este templo! ¡Misterio hermanos míos, que no intento entrar á sondear con mis débiles luces y en el que confesamos y reconocemos un misterio de salud, de redencion y de vida!

Cuando el Señor quiso obrar movido de su gran misericordia, este misterio envió un ángel á la Virgen Maria que la revelase la alta dignidad de Madre suya para la que

la habia destinado, para que la anunciase que habia de brotar de ella la luz del mundo, la esperanza de las naciones, el consuelo de los pueblos, que daría la vida á aquel de quien recibió la suya: *Ecce concipies in utero et paries filium*. Que de sus mismas entrañas habia de nacer el Hijo de Dios: *Quod nascetur ex te sanctum vocabitur filius Dei*.

¡Dios se hace hombre.....! ¡María es la elegida para Madre de Dios! Un Dios que toma nuestra carne y se hace hombre para salvar al hombre. Una Virgen ignorada y abatida elevada á ser Madre de Dios. La humildad de un Dios que se abate á encerrarse en el seno de una Virgen; y la humildad de una Virgen que rehusa tomar posesion de la dignidad de Madre de Dios. La humildad de Jesus y de María en este misterio, es lo que entre tantas consideraciones como nos ofrece quisiera acertar á poner á vuestra vista en mi discurso.

Consideracion, hermanos míos, la mas oportuna para consuelo de tantas personas que, bien por su humilde nacimiento, ó por las adversidades é infortunios tan frecuentes en el mundo parece que se miran sentenciadas á ser el menosprecio de las gentes. Consideracion oportuna para embotór los sentimientos de las continuas pesadumbres de esta vida y cicatrizar las llagas que todos los días afligen al corazón. Consideracion no menos oportuna para instruir y contener dentro de los límites de la moderacion á tantas almas ambiciosas que viven tan mal halladas en los límites de su estado y condicion; para reprimir los ardientes deseos de tantas pasiones indómitas y antojadizas por las cuales

miran los hombres con tedio su fortuna y se agitan sin cesar por aspirar á mayor elevacion y creen que carecen de todo porque no son dueños de todo. ¡Pasiones perjudicialísimas, pero por desgracia demasiado comunes y frecuentes! La humildad, digo, de Jesus y de María es la consideracion mas oportuna: porque si yo supiera ilustraros con las luces que ofrece este misterio ¿qué pensamientos se despertarían en vuestras almas? Si acertiásemos á contemplar á Jesus y María ¿con cuánta resignacion sufriríamos todos los trabajos y contradicciones de esta vida? ¿Cuántas preocupaciones se desterrarían; cuántas neblanas se disiparían, cuántos sueños se resolverían en humo? ¿Qué aprecio haríamos entonces de las grandezas humanas, que no siendo sino transitorias y caducas, nacen y desaparecen como el tiempo y no dejan sino afliccion é inquietud?

Dispensadme vuestros auxilios y ayudad á mis débiles esfuerzos, Dios humanado, como os lo pedimos y nos atrevemos á esperar con confianza de vos, poniendo por intercesora á la misma que elegisteis por Madre y á quien todos tomando en nuestros labios las palabras del ángel en este dia decimos con devocion y respeto.

AVE MARIA.

Ecce concipies.....

La venida de un Dios á la tierra para ser el reparador y Salvador de los hombres habia sido anunciado por tantos

profetas, figurada con tantos prodigios, y representada con los sucesos mas memorables y plausibles. Era el gran suceso que tenia en espectacion al mundo y lo que formaba los votos y las ceremonias de un pueblo escogido y depositario de las promesas hechas á los patriarcas. Parecia pues, que al verificarse se publicase y solemnizase con la mayor grandeza, con el mayor aparato y ostentacion y de un modo digno de la omnipotencia de Dios. Pero no son los juicios de Dios como los juicios de los hombres. ¿Y de qué hubiera servido, dice el padre san Bernardo, que Dios hubiese vencido al demonio si los hombres quedáramos soberbios? Vino á salvarnos y quiso curar nuestros males con los grandes ejemplos de su humildad. Una Virgen sola es la sabedora del misterio: *Ecce concipies in utero et paries filium*. Un ángel la anunció que el Hijo del Altísimo, el Verbo Eterno del Padre tomará carne en sus entrañas.

La humildad, dice mi angélico doctor santo Tomás, lleva consigo la sujecion á Dios; pero el Hijo Unigénito del Padre Eterno, engendrado de su misma sustancia, el Verbo por quien se han hecho todas las cosas, es tan perfecto, tan eterno, tan poderoso, tan independiente como el Padre, por lo que, infiere el mismo santo Doctor, segun la naturaleza divina no le conviene ser humilde. Por la virtud de la humildad, segun doctrina del mismo santo, contemplándonos á nosotros mismos nos tenemos por viles y despreciables en fuerza de los muchos defectos y miserias de que estamos cercados, de modo que para hacernos humildes bastaria conocernos á nosotros mismos; pero para hacerse humilde un Dios infinito, no Dios sin la mas leve mancha y sin el mas

pequeño defecto, es preciso que se olvide en cierto modo de sí mismo, y que obre uno de los mayores milagros abatiéndose á tomar nuestra frágil naturaleza. Y esto es lo que hace en el misterio de la Encarnacion. Aquel de quien es el orbe y toda su plenitud, á quien adoran los ángeles, y ante quien tiemblan y se estremecen las columnas del cielo esplora por su embajador la voluntad de una muger, vence su repugnancia, consigne su consentimiento y ocultando toda su majestad se abate, se anonada, se humilla encerrándose en el vientre de esta Mujer dichosísima. Tal es el primer paso que dá Jesus al entrar en el mundo. Toda su divinidad, todo su poder y magnificencia la oculta en este estrecho recinto, y no presenta á la vista del mundo sino la nada y el polvo, el barro frágil y quebradizo de nuestra misma carne. El seno de una muger es todo su trono, todo su asiento y toda la estension de sus dominios. ¿Y acaso de la muger mas poderosa, de la mas elevada, de la mas distinguida del floreciente y dilatado imperio romano? ¿De la mas opulenta y celebrada en Israel y Judá? Aun en esto no podemos menos de admirar la humildad del Señor que viene á visitarnos. Entre todas las mugeres del mundo elije para madre una Virgen pobre, despreciada y desconocida del mundo que oculta en su estado de abatimiento no menos su descendencia de los reyes que las grandes virtudes que tanto la engrandecen á los ojos de Dios.

Tomando el Verbo Eterno la naturaleza humana pudo muy bien eximirse de tantos trabajos, penalidades y miserias que han sobrevenido al hombre por el pecado, el que Jesus ni contrajo, ni pudo contraer; pero quiso libremente

temar sobre sí el peso enorme de todas las miserias del hombre, el hambre, la sed, el cansancio, las incomodidades... Aun aquellas miserias que en el mundo se miran como propias solamente de la gente baja y despreciable y que los grandes y poderosos evitan y huyen con el mayor cuidado, aun estas las abraza el divino Jesus con la mayor complacencia. La pobreza, la desnudez, la escasez aun de lo mas necesario, el menosprecio, el destierro, todo lo toma y padece Jesus. Es verdad que su alma fué siempre bienaventurada, pero cuando nosotros buscamos milagros para huir los trabajos y no padecer, Jesus obra un continuo milagro solo para poder padecer. El Dios de la majestad llora, se aflige, se entristece, padece todo el rigor de los dolores con la misma intencion que el hombre pecador: la muerte misma extiende su dominio sobre él, Dios en cuanto hombre muere como todos los demas hombres porque en el misterio de este dia se abate y humilla hasta sujetarse á la ley de la mortalidad y en el entretanto solo se deja ver como un niño desválido, bajo la forma de un esclavo, de un miserable, de un pecador.

Comprendemos bien, y nada es mas frecuente en el mundo que abatirse y humillarse, cuando se espera por este medio conseguir alguna elevacion ó destino; cuando se aspira á conseguir alguna grandeza ó fortuna del mundo se prodigan vilmente los obsequios, las condescendencias y bañizas, las súplicas y adulaciones: se condesciende con las mas abominables pasiones, se sufren con la mas indecorosa constancia los desaires, las afrentas y humillaciones, se sirve á todos los vicios y se abusa de todas las virtudes. Pero

el hombre Dios ¿qué grandeza se promete, ó qué es lo que espera conseguir con su anonadamiento y con el estado humilde en que aparece en el mundo? Lo hace por nosotros los hombres y por nuestra salud; para redimir y salvar del pecado á los hombres. El primer hombre al gustar con una reprensible destemplanza la fruta del árbol vedado habia condescendido con sus sentidos concediéndoles un deleite prohibido; pero yo, dice el hombre Dios, yo que tenia derecho para gozar de todas las delicias de la vida me presentaré delante de mi Padre como un varon de dolores, como una víctima de la penitencia, como un cordero destinado al mas sangriento sacrificio. Padre mio, dice Jesus al entrar en el mundo segun el testimonio de san Pablo: no han sido de vuestro gusto ni las hostias ni las ofrendas, por eso me habeis dado un cuerpo formado por vuestra mano: los sacrificios de los animales dejaron de agradaros, pues vedme aquí á mí; yo vengo, yo me sacrifico, yo me ofrezco en víctima de propiciacion por los pecados de los hombres *Eccce venio*. Ved, hermanos míos, para lo que se humilla y abate Jesus, para salvar á los hombres, para aplacar al Eterno Padre y satisfacer por los hombres, por unos hombres prevaricadores, por unos hombres ingratos que habian de corresponder á los beneficios de Jesus con los menosprecios, los ultrajes, y la muerte mas llena de ignominia. No puede darse humildad mas constante, mas heroica ni mas desinteresada. En el misterio de la Encarnacion no podemos menos de ver con la mayor claridad los grandes ejemplos de humildad de Jesus. Y vemos tambien los de la humillidad de Maria.

Una Virgen pobre y que nada supone ni figura en el mundo, que no es conocida con carácter alguno entre los hombres y á quien Judá casi se avergüenza de contar en el número de sus hijas, ved lo que aparece y toda la opulencia de María cuando el ángel enviado del Señor se presenta á su vista y la promete las mejores mercedes del cielo. *Ave gratia plena Dominus tecum benedicta tu in mulieribus.* Estás llena de gracia la dice; el Señor está contigo; eres bendita entre todas las mujeres. María se pasma, se aturde, medita y no puede llegar á conocer el sentido de esta salutación. Se examina y pregunta á sí misma y no ve sino la mas vil y despreciable de todas las criaturas. El ángel conoce su turbación e interrumpe su silencio con las palabras mas lisonjeras y consoladoras: No temas María; has hallado gracia delante de Dios. Siglos hace que el mundo perverso y estragado tiene estancada la corriente de las misericordias y beneficios divinos y por eso no ha venido el justo prometido á una tierra cubierta toda de iniquidad; pero la voz de tus virtudes ha subido mas alta que la de sus maldades, tú parirás un Hijo, y este Hijo será el Salvador de su pueblo: *Eccce concipies in utero et paries filium et vocabis nomen ejus Jesum.* Palabras fueron estas que aumentaron la confusión de María. ¿Será posible, se preguntaba interiormente, que me vea yo tan cerca de ser la Madre del Salvador de los hombres, del mismo Dios hecho hombre, cuando yo no aspiro á otra mayor gloria que á la de ser su esclava? ¿Madre de aquel Dios á quien amo, á quien adoro, á quien tendría por summa felicidad el tenerle en mis brazos, guardarle el sueño, enjugarle las lágrimas,

el acompañarle en sus penas, el mezclar mis lágrimas con su sangre? ¡Con qué he de llamarle mi hijo y oírme llamar su Madre! Pero el Señor sabe el solemne voto que le juré en el templo y mas quiero complacerle que ejercer sobre él algun imperio: *Quomodo fiet istud quoniam virum non cognosco?*

¡O virtud, ó santidad, ó virginidad! ¿Qué víctima se ofreció en tus altares mas noble ni mas pura? Hombres y mujeres entregados á los deleites sensuales; todos los que vivís en la esclavitud de vuestros desordenados apetitos, avergonzaos y confundíos cuando dáis por tan poco precio la joya inestimable de la virginidad; cuando haceis alarde y contáis entre vuestros triunfos la pérdida de este tesoro precioso y hasta del pudor y la vergüenza; llenaos de rubor y conoced todo vuestro mal al ver á una Virgen que renuncia la dignidad de Madre de Dios que se la ofrece, si ha de ser con detrimento de su virginidad: que no condesciende á las súplicas del ángel hasta que éste la asegura que en su maternidad todo será celestial, todo divino; que el Espíritu-Santo sobrevendrá en ella y la virtud del altísimo la hará sombta. *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus altissimi obumbrabit tibi.* Fiada en esta divina promesa se resigna, se somete, se entrega toda á la voluntad del Señor: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.*

No es una cosa grande ni extraordinaria el ser humilde en un estado de abatimiento y de pobreza; dice el padre san Bernardo; pero lo es el serlo en medio de la opulencia y la grandezza. Pocos grandes y poderosos hallamos en el mundo que vivan con las cualidades que exige su grandezza,

y menos que dejen de estar contaminados de las pasiones que engendra por lo común. El contagio de la prosperidad humana es de tal condición que ordinariamente es mas la verdadera grandeza de que priva que la que comunica. Años enteros vividos con equidad y rectitud suelen ceder tal vez, á un instante de elevacion y grandeza y lo que el mundo ni el demonio han podido conseguir de nosotros con sus violencias y privaciones, lo logran elevándonos á un puesto mas alto y aumentando nuestra fortuna y nuestros honores. Asi vemos con frecuencia á muchos hombres que cuando nada eran, parecian dignos de todo, y que luego que han llegado á ser algo se manifiestan indignos de cuanto tienen. Desvanecidos con su propia grandeza son la misma altivez y soberbia, y estragados con su grandeza son la misma indolencia, de modo que se hacen inútiles y aborrecibles por su misma grandeza llenándose de orgullo y altanería. Pero á la Virgen María la gloria vinculada á la maternidad divina que acaba de aceptar, la deja modesta y humilde con una humildad sólida y verdadera. María no solo es humilde en su oscuridad y pobreza para ejemplo de los abatidos y desgraciados; sino que para ejemplo de los grandes y poderosos del mundo, lo es tambien en su mayor elevacion. La que hoy hace una profesion tan auténtica de confesarse y tenerse por esclava humilde del Señor, de poner toda su gloria en aniquilarse y humillarse en la presencia de Dios, no es aquella Virgen olvidada, desconocida y despreciada del mundo; no es aquella hija de David reducida á vivir una vida pobre y triste en la misma tierra donde reinaron sus padres; sino María rodeada

de honores y de gloria, María levantada de repente á la dignidad de ser la honra de su pueblo, la gloria de su familia, la Señora del mundo, la Hija amada del Padre Eterno, la Esposa del Espíritu-Santo, la Madre de Dios, que lejos de desvanecerse en su grandeza no acierta sino á abatirse, á humillarse protestando que nada es, ó que si es algo, no es mas que una miserable, una esclava: *Ecce ancilla Domini*, es la Madre de Dios que en presencia del cielo y de la tierra protesta, que lejos de ser la grandeza motivo de vanidad y presuncion, es por el contrario un vínculo que obliga mas indispensablemente al ejercicio de la humildad: que cuanto mas elevada y superior se considera sobre los demas hombres, se mira mas obligada á vivir mas sumisa á su Dios, y que por lo mismo que es su Madre la conviene mas que nunca el ser su sierva: *Ecce ancilla Domini...*

Jamás ha habido en el mundo una grandeza igual á la de María, ni mas aparente para lisonjear la vanidad humana y llenar al alma de estimacion propia. María no solicitó la gloria y la gloria la buscó. María se vé colocada en la mayor altura por la mano misma de Dios, lo que prueba que su elevacion es un argumento innegable de su mérito, de un mérito superior al de todos los hombres, y cuando María no quisiese acordarse de tantas preeminencias, no se la permite que las olvide, porque en este dia oye espresamente que no por otra razon se vé llena de gloria, sino porque está llena de virtudes y de gracia: *gratia plena*. Cuando la ponen delante asi interior como exteriormente todo conspira á ensalzarla y engrandecerla. Obliganla á aceptar lo que ni aun acertó á desear; ofrécenta el trono y la man-
 3

que se siente en él; y María entre tanta magnificencia sólo se acuerda de que es una miserable, una esclava. *Ecce ancilla Domini.*

María, la Madre de Dios desde el día de la encarnación del Verbo eterno, cuanto mas ensalzada se encuentra mas se humilla; y el Dios de majestad se hace hombre, se hace Hijo de María para poder humillarse, someterse y ser obediente á su Padre hasta la muerte. ¿Nos perdonará Dios, ni debiéramos perdonarnos á nosotros mismos el ser soberbios y orgullosos y aspirar á una independencia que no tuvieron ni Jesus ni María? ¿El afrentarnos de llevar un yugo de que ellos tanto se gloriaron y el anhelar con tanto esfuerzo por las grandezas humanas que tanto aborrecieron? ¿Podremos dejar de ser humildes despues de contemplar los ejemplos de abatimiento y humildad de Jesus y María? ¿Y qué soberbia, dice un santo padre, podrá curarse sino se remedia con estos poderosos ejemplos? Pobres y miserables, ricos y poderosos á todos nos dá ejemplos de humildad el misterio de esta día y todos tenemos necesidad de ser humildes. ¿Queremos ser verdaderamente grandes? Pues no miremos á la diversidad de nuestros destinos y de nuestros estados, hoy se nos pone de manifiesto el camino mas fácil y mas seguro. Seamos humildes y seremos exaltados. Porque se humilló Jesus le exaltó el Señor y mereció que á su nombre se postren todas las potestades en el cielo, en la tierra y en el infierno. Porque María fué humilde, fué elevada á la alta dignidad de Madre de Dios y es honrada y bendita por todas las generaciones. Engriete y ensálzate cuanto quieras hombre soberbio, dice san Agustín, Dios está mu-

cho más alto que tú y por mucho que te elevas no llegarás á él, siempre mediará un espacio inmenso entre su grandeza y tu pequeñez. Humíllate, entra dentro de ti y contempla tu nada y tu miseria y allí hallarás á tu Dios. No apartemos nuestra consideración del misterio de este día y hallaremos para nuestra mayor afrenta y confusión que Jesús y María para ser humildes es preciso que se olviden de sí mismos, y que si nosotros no lo somos es porque no nos conocemos ni examinamos. No, dice san Buenaventura, no necesitamos para ser humildes compararnos con nuestros mayores, no con nuestros iguales, no con nuestros inferiores; no con criatura alguna, basta conocernos á nosotros mismos. ¿Qué somos sino polvo y ceniza, ni qué hallamos dentro de nosotros sino millares de miserias, millares de defectos, millares de crímenes? Y en medio de nuestra nada y nuestra indignidad, en nosotros tenemos el medio de ser grandes y poderosos. En nuestra rebelión hemos dicho á Dios que no queremos servir ni ser esclavos, y por un exceso de su bondad Dios ha condescendido con nuestros deseos y ha dado al hombre lo que quería usurparle por su impiedad. El Verbo Eterno se ha hecho Hombre tomando la naturaleza humana y humillándose á encerrarse en el seno de una Virgen y á este hombre le ha sido dada mas potestad que la que el hombre prevaricador apetecía; le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra. ¿Queremos participar de este poder? Pues conozcámonos á nosotros mismos: no corramos en pos de nuestros desvarios y los necios pensamientos de nuestra sabiduría. La verdadera grandeza no depende de los pomposos títulos, de los honores,

distinciones y dignidades que fomenta la vanidad humana; en cualquier estado que nos hallemos de nosotros depende el ser sólida y verdaderamente grandes: seamos humildes imitando á Jesus y María, porque la humildad es el fundamento sólido de la verdadera grandeza y el camino para la mas completa felicidad é independencia. Seamos humildes como podemos y debemos serlo en todos los estados y condiciones en que nos ponga el Señor.

Dívino Jesus, gracias y alabanzas infinitas os sean dadas por la obra grande de vuestra Encarnacion origen fecundo de todos los bienes que han venido á los hombres y medio por el que han adquirido tan sólidos derechos para entrar en los cielos. Triunfad hoy de nuestra soberbia y vanidad y haced por vuestro poder infinito que seamos humildes. Y Vos Señora, Madre de Dios y Madre nuestra, amparo de todos los pecadores, interceded sin cesar con vuestro Santísimo Hijo á favor nuestro. Pedid por vuestros devotos y por todos los que con tanto afecto y devocion concurren á honraros en este día y reconoceros por Madre de Dios y canal por donde nos vienen todas las gracias del cielo. Alcanzadnos á todos el que seamos humildes, justos y pacíficos en esta vida y que despues logremos alabar á Dios en vuestra compañía en la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

El misterio del nacimiento del Señor, es el misterio del amor de Dios.

Verbum caro factum est. Joann. cap. 1.

Llegó en fin el tiempo en que la sabiduría eterna se hizo comunicable á los hombres. Llegó el día en que pararon los suspiros de los profetas, las ansias de los patriarcas, y los deseos de todas las naciones del mundo; porque llegaron á ver lo que su consideracion no podia alcanzar: El Verbo divino, el Hijo del Padre Eterno, consustancial con el mismo Dios igualmente que él, en todo Omnipotente, en

todo poderoso, es lo lo inmenso, para decirlo de una vez: la palabra interior de Dios se hizo carne: *Verbum caro factum est*. Ved aquí en suma sin mas apurato de hipérboles, sin mas ostentacion de figuras, sin los mayores adornos de la elocuencia lo que contiene y encierra el misterio angusto que nuestra amorosa y tierna madre la Santa Iglesia propone hoy á nuestras adoraciones.

El mundo se hallaba fatigado y lleno de mil ansiedades que perturbaron la paz que descaba, y que no podia alcanzar por la seguridad del enemigo común de nuestras almas; pero el Verbo divino saliendo del seno de su divinidad, se resolvió á traernos en su propia persona esta paz que nosotros tanto apetecemos y de que él por su misma esencia era el verdadero Autor. Por esta causa se dejó ver entre nosotros como Rey pacífico, como consolador universal, y como Príncipe de todo el sosiego, siendo al mismo tiempo el motivo de la gloria del Escelso, y de la paz que se deseaba entre los hombres.

No creais, señores, que soy yo quien lo digo: son sí, los santos ángeles que vuelan al rededor del portal de Belen en que hoy ha nacido el Redentor de las almas. *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*. A vista de estas vocas llenas de melodía que tanto alegraron los corazones, seria bueno que contemplásemos el exceso de las finezas de un Dios recién nacido que tanto se interesa en nuestro bien y el ardiente amor que le obligó á mostrarse tan escésivo por los hombres que tan mal le supieron corresponder. Este Dios de bondad y misericordia viendo que nuestras vidas eran unos montones de desórdenes originados

del pecado de nuestros primeros padres, queriendo facilitar-nos la entrada en la celestial Sion, cuyas puertas estaban cerradas para nosotros, determinó existir sobre la tierra tomando para este fin nuestra carne. De este modo nos hizo participantes de todas sus gracias, con el objeto de obligarnos á amarle, así como él mostró por tantas grandezas que nos amaba. Ved aquí por lo que puedo yo decir con toda verdad, que en el día de hoy se debe mudar toda nuestra religion en amor, y todo nuestro respeto en ternura por un Dios que para hacerse mas amable, quiso nacer como un niño. *Parvulus dominus et amabilis valde*, dijo el melilluo P. san Bernardo en semejante ocasion. Con efecto, ¿qué mas podia hacer el Señor para ganar nuestros corazones y nuestro amor? Hé aquí lo que voy á manifestaros con la brevedad posible en este discurso. Vosotros vereis como el misterio que hoy celebramos, se puede llamar propiamente misterio de amor, por las escesivas finezas que en él obró á nuestro favor el divino Niño recién nacido; y al mismo tiempo aprendereis á corresponder á tan grande esceso de amor, para haceros dignos de alcanzar las gracias que él os mereció por su humildad y sus trabajos.

¡O tierno infante de nuestras almas! Encended mis palabras: purificad mis labios para que acierte á probar lo que acabo de proponer á este piadoso y respetable auditorio. Haced Señor y Dios mio que este discurso produzca en mis oyentes el fruto que entrañablemente deseo. Esta gracia solicito y para conseguirla saludemes á la purísima Virgen María con aquellas palabras con que la sa-

ludó el arcángel san Gabriel cuando concibió en sus entrañas á este tierno y divino Niño.

AVE MARIA.

Verbum caro factum est.

Todos los misterios de la religion cristiana fueron ejecutados para el fin de la salvacion del hombre; si este no tuviera que merecer ni que alcanzar serian supérfluos todos los medios que le obligasen á la creencia; porque el único motivo del Señor en revelar sus secretos fué para que el hombre cautivase su razon y conociese juntamente que por su respeto obraba el Todopoderoso cosas grandes en demostracion de su poder y mucho mayores en significacion de su amor: pero Dios conocia la rebelion del hombre y su ingratitud: sabia tambien que él no habia de ser siempre obcecado si no causan siempre admiracion igualmente por la grandeza de sus obras que son sus misterios, y al mismo tiempo por lo excesivo de sus finezas, que son el fin porque el mismo Señor se mostró tan amoroso para las criaturas.

Ahora bien: siendo cierto que esto se verifica respecto de todas las verdades misteriosas, es indudable que ninguna comprueba mejor esta doctrina que el misterio que hoy ce-

lebramos, en el que vemos á un Dios familiarizarse con los hombres, de tal modo que se vé confundido con ellos sin ninguna distincion. Verdad constante: vosotros veis que nace un Dios inmutable, Eterno, inmenso, Rey de reyes y Señor de los que dominan. Veis que nace un Dios criador, y provisor universal de todo lo criado; Pontífice eterno de los futuros bienes; mas elevado que los cielos; finalmente, veis que nace un Dios sin principio, sin causa de ser y sin algun origen extraño de la propia existencia que él posee. Aun teneis mas que admirar y és que nace este Dios en un pobre y vil pesebre en una pobreza extrema, en el tiempo del mayor frio, en un desamparo total, sin vestido, sin abrigo, sin tener quien lo defienda de las calamidades de la estacion del invierno; en fin, sujeto á todas las aflicciones, á todos los trabajos, á todas las penas de un puro hombre y por mejor decir de un hombre miserable.

Con efecto, señores todo esto que digo son verdades que prueban nuestra fé, pues parece duro creer que un Dios se anonadase, se abatiese tanto en el principio de la comunicacion que tenia con los mortales. Empero cada una de estas acciones es por sí sola un misterio que nos dá á conocer muy bien el exceso del amor que Dios tenia á los hombres. Si amados míos: ¿veis al Todopoderoso bajo la forma de un tierno niño que no hace muchas horas salió á luz, llorar lágrimas de ternura? ¿Y por quién las derrama? Por amor de los hombres. Le veis temblar de frio; ¿y por qué? Por amor de los hombres. Le veis envuelto en unos pobres pañales, siendo así, que viste á las aves de vistosas plumas, á la tierra de variedad de árboles, yerbas y olorosas flores.

¿Por quién? Por amor de los hombres. Le veis desamparado de todos corro? ¿Y por qué? Por amor de los hombres. En fin, por nuestro amor se hizo hombre, nació en pobreza, tiembla de frío, y padece todo género de trabajos. ¿Y no tengo yo razón sola á vista de estas consideraciones para decir que este misterio es por especialidad y por privilegio el misterio del amor?

Si el niño Dios no nació ¿quién nos habia de abrir las puertas de la celestial Sion cerradas por las culpas de nuestros primeros padres? Si Jesucristo no nació ¿quién habia de alimentar nuestras almas con el pan espiritual de la divina palabra? En fin, todas las operaciones de este supuesto divino hechas por amor del género humano, ninguna de ellas tendria su complemento si Jesucristo no hubiera venido al mundo; y hé aquí amados míos, lo que me obligó á decir que el misterio de la natividad de Jesucristo es la suma de su amor para con los hombres.

Pero ¿cómo correspondemos nosotros á este amor del Salvador? Nosotros digo, que creemos su nacimiento y todas las circunstancias que hacen ser mas apreciables todos sus desvelos, y todos sus extremos? Jesucristo nació hoy para nosotros como dice el santo evangelio, *quia natus est vobis hodie salvator*. Y nacemos nosotros ya para el mismo Señor? ¡Ah! hemos detestado todas las vanaglorias, ostentaciones y áltivices para reducirnos al verdadero estado de humildad en que deben renacer nuestros espíritus para llegarnos al portal de Belén y rendir á los pies del Señor que allí se halla los tributos de nuestro vasallaje y los afectos de nuestra correspondencia? ¿Por ventura habeis

hecho un total desprecio de las cosas mundanas para revestiros de la simplicidad de aquellos pastores que tuvieron la dicha y felicidad de adorar al Eterno Infante? En fin, ¿os hallais vosotros con aquellas disposiciones que son necesarias para hacer vuestros rendimientos á un Dios niño que toma posesion de su pacífico reinado y que por su pobreza os pide solamente las ofrendas de vuestros corazones rendidos? No por cierto: yo no veo en vosotros aquel fervor, aquellos santos movimientos, aquellas santas inspiraciones que contemplo en los habitantes de las montañas que velan sobre sus rebaños y que luego que llegaron á entender el prodigio que aparecia sobre la tierra, luego que oyeron las espresiones de un ángel que les avisaba haber nacido en Belen el deseado de las naciones, inmediatamente se resolvieron á visitarle: *Eamus*, se decian unos á otros, *et videamus hoc verbum quod factum est*, pasemos á Belen, pues, allí tenemos un bellissimo ejemplar.

Emperó puede ser que digais vosotros, que si hubiérais tenido la felicidad de existir en el mismo tiempo en que el Verbo se hizo hombre, en que Jesucristo se hallaba reclinado sobre unas humildes pajas, os hubiérais postrado humildemente á sus pies y le hubiérais adorado con todos los afectos de vuestros corazones. Es verdad, yo creo que estos serian vuestros sentimientos; mas ellos son de tan poco valor quanto estan fundados en unas apariencias, si así puedo explicarme supersticiosas. Por ventura, hombres amantes de vosotros mismos, ¿no hallais en nuestros templos, y en nuestros altares al mismo Dios que hoy ha nacido en Belen? ¿Espíritus fuertes, no encontrais en las cárceles á donde

se hallan encerrados los miserables al mismo Señor que hoy quiso nacer sujeto á todas las penurias y calamidades de los tiempos? ¿Acaso no veis en los hospitales, en las personas de los enfermos que allí existen al mismo Dios que hoy quiso tomar sobre sí todas las enfermedades y miserias de nuestra humana naturaleza? ¿No es cierto que todos los días llama á vuestras puertas con el mismo desamparo en que se halló en la gruta de Belén, en la persona de los pobres que piden vuestras limosnas y el socorro de sus necesidades? ¡Ah! Vosotros no púdeis negar estas verdades que todos los días estais tocando y que ó vuestro desprecio ó vuestra insensibilidad, ó puede ser que todo junto os hacen olvidar, solamente porque no contemplais como debéis que Jesucristo quiere ser buscado por vosotros cuando no en su persona; á lo menos, en las de los enfermos, en las de los miserables, en las de los afligidos, en las de los pobres y necesitados.

Y siendo cierto que vosotros negais á Jesucristo en todos estos encuentros; ¿cómo puedo creer que le buscariais en la campiña de Belén con aquella misma vigilancia, con aquel mismo fervor, con que los pastores le buscaron? Si vosotros conociéseis que Jesucristo en el pesebre es un Rey que los ángeles adoran; un Juez que los demonios temen; un Salvador en quien los hombres tienen toda su felicidad, y un reparador en quien toda la naturaleza tiene firmemente colocadas todas sus esperanzas, vosotros os veriais obligados á reconocer que toda la redondez de la Tierra posee en aquel tierno y divino niño un dulce iman de todos nuestros afectos y un atractivo de vuestras ternuras.

Ved aqui, amados míos, porque vosotros no conocéis á Dios y no correis precipitados á su pesebre con el fin de tributarle los homenajes que le son debidos. Nace Dios y nace hecho hombre, porque como Dios no podia nacer; y vosotros no contemplais lo que él es por naturaleza para los ángeles y para vosotros mismos. A vista de esto, Vos amante Jesus mio, dulce bien de nuestras almas, adorada prenda de nuestros sentidos, único objeto de nuestro cariño; ¿cuánto desearia yo que mi corazon se convirtiese todo en lenguas para atraer á Vos los corazones de todos los hombres que Vos mismo vinisteis hoy á rendir por mediode tantos desprecios y de tantas humillaciones; pero que no podeis conquistar por la dureza y frialdad en que se hallan nuestros espíritus? Levantad, Dios mio, levantad de ese mismo establo tan cercado de frio una pequeña porcion de calor: es decir, una sola chispa de ese divino fuego que arde en vuestro pecho por nuestro amor; dirigidla á nuestro corazon á fin de que se ablande su dureza para rendirnos y humillarnos delante de Vos. Haced Salvador mio que por un rayo de vuestro mismo abatimiento conozcamos que nosotros somos unas ovejas descarriadas de vuestro rebaño, y Vos nuestro dulce amante y divino Pastor; que nosotros somos unos miserables pecadores y Vos nuestro Salvador, que somos por nuestros crímenes reos de vuestra venganza: y Vos nuestro Pontífice y nuestra hostia por la cual solamente podemos espiar nuestros pecados; que Vos sois la fortaleza de los débiles, la luz de los cegos, la salud de los enfermos, la vida de los muertos, y finalmente la salvacion del universo.

¡Católicos! ¿Y no os mueven todas estas cosas para corresponder agradecidos al amor que el Hijo de Dios ós significa en este angusto misterio que hoy celebramos? Vosotros estais persuadidos que por vuestro amor áquel tierno Niño se mostró con tanto estremo; tan lleno de ternura; ¿pues qué cosa es la que os suspende para no tener una correspondencia recíproca para la que solamente vuestra humanidad os debia convidar? Por ventura ¿despreciáis á aquel Dios Niño porque no le veis nacer entre las pompas del siglo; entre los lijos de una corte pomposa; cercado de nobleza mundana; acompañado de aquellos aparatos que tanto llaman vuestra atencion y os alucinan? Pues sabed que Jesucristo nació así porque quiso mostraros que os amaba mas; y porque así entendió que vosotros le amabais mas. Por lo mismo que el Señor no pedia tanto vuestros respetos por la grandeza de su nacimiento, como vuestros afectos por el desprecio con que se vé entre los animales destituido de todo socorro; él mismo os pide como por el honor de quien es que os acordeis del estado en que se halla.

Esta razon era por si sola suficiente para obligaros cuando no á un amor de correspondencia, á lo menos á una compasion nacida de humanidad.

Esto, supuesto; ¿no os sirve de confusion el ver que por vuestra rebeldia é ingratitud ultrajais el angusto misterio en que se vé recopilada la suma del amor de Dios para con vosotros? ¿Acaso considerando lo que Dios obra, y por amor de quien lo obra, direis vosotros mismos, lo que decia un profeta ponderando este misterio, ¿qué he de hacer yo

puro hombre por quien Dios se dignó hacerse hombre? ¿Teneis vosotros hecha esta reflexion para corresponder asi al Niño Dios recién nacido? Yo creo que no habeis puesto este cuidado. Resolved, pues, á imitar al Salvador recién-nacido que por vuestro amor dejó el seno de su Eterno Padre para venir al mundo á sufrir y padecer en su misma persona todo cuanto habiamos de sufrir y padecer nosotros, y asi lo contemplareis en el desprecio del pesebre, reclinado sobre unas humildes pajas, padeciendo todas las calamidades del tiempo, acrecentando cada consideracion con el afecto de un coloquio amoroso que os haga derramar el corazon con lágrimas ya porque lo teneis ofendido con tantas culpas y ya por haber sido la causa de sus sufrimientos.

De esta suerte conseguireis todas las gracias que el Señor os mereció en este misterio, no solamente para haceros felices y lograr todas las dichas de una vida de paz, sino tambien el consuelo de los bienes eternos que os estan preparados por los merecimientos de un Dios que hoy se hace Niño para reconciliar vuestro amor y guiaros á las mansiones eternas de la gloria. Amen.

F. M. L.

SERMON

DE LA CIRCUNCISION DEL HIJO DE DIOS.

Se circuncida nuestro Redentor y se le impone el dulcísimo nombre de Jesus para dicha y ventura de los hombres.

Postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer: vocatum est nomen ejus Jesus. Después de que fueron pasados ocho días para circuncidar al Niño fué llamado con el nombre de Jesus. Luc. c. 2. v. 21.

Regocijada, contenta y satisfecha se muestra la iglesia santa en estos días, amables oyentes. Llenos de júbilo celebran los fieles el nacimiento del Hijo del Altísimo. Todos experimentamos el gran gozo que anunciaron los ángeles á los pastores y á todo el pueblo cuando nació el Salvador del

mundo. ¿Por qué tanta alegría, placer y regocijo en el pueblo cristiano? ¿Por qué tanta solemnidad, y tanto entusiasmo religioso en las recientes pascuas? Porque el Dios que anunciaba á Jacob sus preceptos, y á Israel sus estatutos y sus juicios, como lo dice el Salmista (1), se dejó ver de los mortales y habitó con los hijos de los hombres: porque vestido de nuestra naturaleza se constituyó nuestro Doctor y Maestro para instruirnos en los caminos de la gracia, y redimirnos, salvarnos y hacernos hijos queridos del Padre Celestial: porque al fin se han cumplido las promesas y vaticinios de los patriarcas y profetas en el tierno Infante que nació en Belén; y es llamado *el fuerte, el poderoso y el vencedor: el justo, el santo y el cordero* de quien dice Isaías, que no sería bullicioso, inquieto, ni causador de alborotos, sino el cordero manso destinado al sacrificio, el cordero pascual puro y sin mancha, víctima de propiciación sobre quien puso el sumo Pontífice los pecados de todo el pueblo para borrarlos y destruirlos (2). Nuestra alegría procede de que Dios se ha unido al hombre hasta el extremo de tomar, para divinizarlo, la figura de pecador; las penas y remedios instituidos por la ley para limpiar los pecados: de que si hoy hace ocho días nació pobre, abatido y humillado por destruir el imperio de la soberbia, en este día principia á derramar las primicias de la sangre que ha-

(1) Ps. 447. v. 10.

(2) Isai. c. 34.

ha de ofrecer al Padre Eterno por salvarnos, redimirnos y hacernos semejantes á los ángeles puros que alaban sin cesar al que los crió y hace felices. Estamos llenos de consuelo porque, como se espresa en el evangelio de este día, después que fueron pasados ocho días para circuncidar al Niño, fué llamado con el nombre de JESUS. *Postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer: vocatum est nomen ejus JESUS.*

El Hijo del Eterno Padre derramando por nosotros su preciosísima sangre á los ocho días después de nacer de una Madre Virgen, pura y sin mancha, y recibiendo el dulcísimo nombre de *Jesus* que significa *Salvador*, para dicha y felicidad de todos los hombres, es el gran misterio que solemnizamos los fieles en el primer día del año. ¡O si pudiéramos sacar de la dignación del Dios que tanto hace por nosotros, las ventajas, bienes y perfección á que debemos aspirar! En este caso, nos uniríamos á Dios tanto como Dios se une á nosotros en su circuncisión, y todos seríamos como el apóstol vivas imágenes de *Jesus*. A que esto se verifique en nosotros dirigiré mi discurso si tengo la dicha de conseguir la gracia que Vos Reina del cielo y de la tierra alcanzáis para los que rendidos á vuestras plantas imploran vuestra clemencia.

Sedme propicia, interceded con el dador de todo don celestial para que posea mi alma y mueva mi lengua en loor de sus misericordias, y haced que entiendan los mortales que son ricos todos los que os invocan confiados en vuestra piedad. Alargad vuestra mano protecto-

ra á los que se unen al ángel del Señor para decirnos.

AVE MARIA.

Postquam consummati.....

Desde que nació nuestro Redentor hasta que subió á los cielos siempre se ocupó en comunicarnos su amor, en unirse y estrecharse con nosotros, en hacer esfuerzos omnipotentes en favor de nuestras almas. Si al nacer se apoderan de su sagrada persona los trabajos, las penurias, contradicciones y adversidades para no dejarlo hasta la muerte fué para que aprendiésemos á apreciar nuestra redencion comprada con grande precio, como lo dice el apóstol (1), y nos convenciésemos de la obligacion en que estamos de servir perpétuamente á nuestro Salvador del modo que El mismo nos lo manda y enseña. Si para redimirnos, espiritualizarnos y hacernos hijos de la gracia son necesarios los dolores mas acervos, las angustias y tristezas mas amargas,

(1) 4. Corinth. c. 6.

los tormentos mas atroces, y los pesares mayores, el Hijo del Eterno Padre los acepta libre y voluntariamente y aparece en el mundo con los mas vehementes deseos de padecer y sufrir por nosotros, de derramar su sangre á costa de su misma honra, de su dignidad augusta, de su santidad y perfeccion infinita. ¿Cómo sino puede explicarse la humildad con que se sujetó á la ley impuesta á los pecadores en la circuncision prescrita á los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob? No era la circuncision un remedio del pecado; una protestacion de vivir en la fé; en la esperanza y en amor del que habia de venir á salvarlos; una señal del pacto que mediaba entre Dios y el pueblo israelítico, que debía concluirse con la aparicion del que venia á unirse con todos los pueblos y naciones del universo, y una figura demasiado espresiva de la separacion de la dureza y malas inclinaciones signficada por la cortadura dolorosa hecha con cuchillos de piedras agudas como se dice en el Exodo (1)? ¿Y cómo concebir pecado en el impecable; fé, ni esperanza en él prometido y Dios omnipotente; alianza especial con un pueblo en el que vino al mundo para hacer de todos los hombres sin distincion de griego y de romano un solo redil y rebaño; y separacion de tendencias pecaminosas en el que es la misma santidad? No amados míos, no se sujetó nuestro Redentor á la circuncision por necesitar de ella, sino por unirse con nosotros hasta el extremo de aparecer pe-

(1) Exod. c. 4.

cador sin serlo, de recibir el remedio del pecado sin ser capaz de cometerlo.

Siendo el Hijo del Altísimo la misma pureza, la santidad esencial, la verdad y la salud encubre sus inefables perfecciones circuncidándose como pecador y humillándose hasta el extremo de parecer criminal: entrega su carne virginal al cuchillo que habria de atormentarlo, y llorando por nosotros parece que se deleita en los dolores acerbos que sufre con gusto por confundir la soberbia de los que mas quieren tener llagas que tomar las medicinas que pueden curarlas, como lo dice mi melifluo P. san Bernardo (1).

Una consideracion, amados mios, debe obligarnos á apreciar la prueba que nos dá nuestro Redentor de su amor inmenso en este dia de su circuncision dolorosa; y es, que en esta obra de su infinita misericordia no se descubre como en las otras la menor señal de su grandeza y magestad. Cuando nació llorando y temblando de frio, como los otros pecadores, los ángeles, los pastores y los reyes lo adoraron como Dios. Cuando fué ofrecido en el templo el santo Simeon y la santa profetisa Ana publicaron su divinidad. Cuando se bautizó como pecador en el Jordan, la voz del Padre, el Espíritu-Santo en figura de paloma, y el Bautista dieron testimonio de que era el Hijo de Dios. Cuando se dejó tentar en el desierto, los ángeles le sirvieron como á su Dios y Señor. Cuando cansado sudaba como flaco, los milagros que hacia publicaban su grandeza. Cuan-

(1) Serm. 4. de circuncis.

do se dejó prender, con una sola palabra derribó en tierra á sus verdugos. Crucificado en medio de dos ladrones se oscureció el sol, la tierra tembló; el velo del templo se rasgó, y el Centurion lo confesó; de manera que al lado de la forma de pecador se dejaban ver las señales mas expresivas de su divinidad y grandeza. Pero en la circuncision parece que se olvidó de sí mismo y de su honra: porque en ella no hubo ángeles, sol, ni milagros que pudieran darlo á conocer por otro que lo que aparecía: porque entonces quiso su amor satisfacerse con el gusto de parecerse mucho á nosotros para obligarnos á juntarnos íntimamente con El imitándolo en sus virtudes, y porque mandándose en la ley (1), que se ofreciesen á Dios las primicias de los primeros frutos de la tierra, quiso nuestro amable Redentor ofrecer al Eterno Padre las primicias de su sangre sin pensar mas que en padecer y sufrir por redimirnos y enseñarnos y buscar las dichas, las felicidades y la gloria por el camino del dolor, del sufrimiento, del padecer y de los trabajos en que se perfeccionan las virtudes cristianas. Quiso escribir con su sangre preciosísima el nombre grande que por mandado del ángel del Señor le fué puesto en la circuncision.

¡Jesus! Ved aqui, dice mi padre san Bernardo (2), un nombre que sola y propiamente conviene á Jesucristo, porque significando Salvador ¿hay quién lo sea mas que

(1) Levit. c. 12.

(2) Sermon. I. circuncis.

nuestro recién nacido bañado en sangre en este día por librarnos de la esclavitud del infierno y del pecado? Honra, riqueza, tesoro, magestad, grandeza, imperio y otros nombres semejantes significan mucho mas que las cosas á que se aplican. Solo el nombre grande en virtud, que es sobre todo nombre, segun el apóstol, conviene y es impuesto á nuestro Redentor para que fuese horrible al infierno, ensalzado en el mundo y adorado en el cielo. Jesus, el dulcísimo nombre de Jesus incluye y comprende el significado de todos los nombres que dió Isaías al Hijo del Altísimo, porque Manuel ó Dios con nosotros, admirable, consuegro, Príncipe de la paz, Padre del futuro siglo y otros muchos se apropian y convienen á nuestro Niño Jesus; porque sacó nuestras almas del poder del demonio y del pecado; porque con sus doctrinas y ejemplos nos habia de sacar de nuestros errores y ceguedades y reconciliarnos con Dios haciendo paces entre el cielo y la tierra; porque habia de ser el Padre y autor de la vida eterna y abrirnos las puertas de la verdadera felicidad y todo esto no puede significarse con mas propiedad que con el nombre de Salvador ó de Jesus que es la luz, la comida y la medicina de nuestras almas en sentir de mi doctor melísno (1). En Jesus tienen los justos sus placeres, consuecos y alegrías, los pecadores su seguridad, los necesitados su remedio, los peregrinos en este valle de lágrimas su esperanza, los devotos un océano inmenso de amor, y el miedo un esfuerzo;

(1) 45. in Cant.

la tristeza, alegría; los bienes un manantial inagotable; y los males una redencion. Desde este dia en que resuena el dulcísimo nombre de Jesus entre los hombres, deja Dios de llamarse Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob amigos suyos: tiene mas gusto en llamarse el Salvador de sus enemigos. Si en la ley antigua quiso Dios honrar la amistad de los que lo servian y amaban, en la ley de gracia se dignó la divina magestad honrar á todos los pecadores llamándose Jesus á Salvador de todos ellos. No son ya los antiguos patriarcas, los solos privados que conversaron con el Dios que no podian ver, sino que nosotros los pecadores somos los mas regalados y favorecidos porque lo tenemos en nuestra figura circuncidado como pecador, viviendo y muriendo entre pecadores y llamándose á la faz del cielo y de la tierra Salvador nuestro ó Jesus, que es lo mismo. Nosotros con mucha mas razon que los israelitas podemos decir que el dulcísimo nombre de Jesus manifiesta toda la gloria de nuestro Redentor, su grandeza, su poder, su magnificencia, su bondad, su misericordia y la victoria que alcanzó de Satanás. Nosotros sabemos que á la virtud del nombre de Jesus se debe la conversion de todo el mundo; que con él se han obrado todos los milagros; que él solo es el óleo balsámico que luce, alienta, unge y sostiene el vigor de nuestras almas, y que fuera de él no hay salud para los hombres, como lo dice el Principe de los apóstoles. Jesus es en fin el pozo de la salvacion de donde Dios nos mandó por Isaías sacar agua con regocijo, y esto basta para que confieis en ese tierno Infante que al derramar su preciosa sangre por nosotros y recibir el grande, prodigioso y admi-

rable nombre de Jesús vos manifiesta su inmenso amor y nos enseñó á buscar la grandeza, los bienes y la gloria por medio de los trabajos, amarguras y sufrimientos. Jesús es un nombre digno de nuestro Salvador, y en él se encierran las gloriosas significaciones de todos los demás nombres con que lo anunciaron los profetas, pero aunque traído del cielo no le fué impuesto sino derramando sangre y sufriendo los dolores mas tormentosos que pueden imaginarse, como se colige del evangelio que dice: «que despues que fueron pasados ocho dias para circuncidar al Niño, fué llamado con el nombre de Jesús. *Postquam consummati sunt dies octo ut circuncideretur puer: vocatum est nomen ejus Jesus.*

Teneis, pues, en ese Niño precioso que acaba de circuncidarse todas las garantías que podeis desear para asegurar vuestra dicha y felicidad. Siendo el Santo, el Señor y el Altísimo se humilló hasta el extremo de pasar por pecador, de sujetarse al remedio del pecado, de entregarse á la cruenta circuncision de los hijos de Abraham por salvarnos, y enseñarnos á sufrir y padecer con placer y alegría los trabajos que labran la corona de los justos. Fué tanto el amor que manifestó en favor nuestro ese tierno Infante en su circuncision, que no dudó entregarse á ella aun á costa de su misma honra pasando por pecador sin serlo. Mucho menos bastaba, dice san Agustin (1) para satisfacer por nosotros, pero lo que era suficiente para la redencion no

(1) De moribus Eccles,

satisfacia á su amor. Somos tan inclinados á las culpas, que nuestro Redentor amable quiso padecer toda su vida y principiar á derramar su preciosísima sangre en su circuncision para que conociésemos la gravedad de ellas por lo costoso del remedio, y nos convenciésemos de que no hay amor comparable al que nos tiene. Amándonos, pues, tanto el Niño que nos ha nacido, y pendiendo de su bondad nuestra gloria, ¿habríamos de dudar de su misericordia? No clama el cielo su sangre derramada en favor nuestro? Y mas que todo amados míos. ¿No es conocido nuestro Salvador adorable por el dulcísimo nombre de Jesus con que fué llamado por el ángel antes de su admirable concepcion, como se dice en el evangelio de este dia? Pues el solo nombre de Jesus basta para nuestra seguridad, para nuestro gozo, para nuestra alegría, para nuestra dicha y ventura.

Invuquemosle confiados en su virtud omnipotente, no se aparte jamás de nuestros lábios, acostúmbrese la lengua á pronunciarlo y con su gracia demos principio al año de y pidámosle que nos libre de todo mal. Entreguémonos á Jesus, como Jesus se nos entrega en su dolorosa circuncision; logremos con nuestras virtudes el ser y llamarnos justos; sigamos á nuestro Salvador y Él infinitamente santo, justo y perfecto nos conducirá á los eternos tabernáculos de la gloria que á todos deseo. Amen.

SERMON

DEL DULCISIMO NOMBRE DE JESUS.

De los bienes y gracias abundantes que nos proporciona el nombre santísimo de Jesus.

Vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab angelo priusquam in utero conciperetur. Se le llamó Jesus que es el nombre con que habia sido llamado por el ángel antes que fuese concebido. Luc. cap. 2. v. 21.

Al oír el nombre dulcísimo de Jesus, recordamos al Verbo Eterno, al Hijo mismo de Dios que tomó la naturaleza humana en las entrañas de María Santísima y se hizo para salvar á los hombres. Recordamos á una persona divina que tomó á su cargo el salvar á su pueblo y sacarle de la esclavitud del pecado. No se detiene el cristiano en el

sonido de las palabras; su entendimiento le lleva mas adelante y el nombre de Jesus le conduce hasta los cielos y al trono mismo de las misericordias de Dios, le escita la idea de la persona misma de su Redentor y pone á la vista de su alma los bienes y beneficios sin fin que ha conseguido y puede conseguir el hombre por la intercesion y virtud poderosa de Jesus: le representa el objeto mas sublime y mas consolador, lo mas grande y mas glorioso, al que vino á darnos la vida, la salud y la resurreccion y por el que hemos sido hechos sanos y salvos, al que se llamó Jesus que es el nombre con que habia sido llamado por el ángel antes que fuese concebido.

¿Dejaremos pues, de alabar y bendecir á este divino nombre cuando las criaturas todas del cielo y de la tierra le alaban y bendicen? ¿Dejaremos de reverenciar y celebrar al nombre dulcísimo de Jesus cuando hasta el infierno mismo reconoce su virtud, adora su poder, y toda criatura se postra al oirle? ¿Podremos menos de invocar con fervor el nombre de Jesus que es el nombre sobre todo nombre, el nombre único bajo el cual podemos salvarnos, el que nos sirve de auxilio en las angustias y aflicciones de esta vida y nos proporciona la gracia y la gloria?

No intento detenerme á manifestaros las grandezas de Jesus, ni tendria fin ni discurso si hubiera de decir la dignidad, los méritos, la santidad y cuanto puede decirse del que vino á salvarnos y dar su vida por nosotros comprándonos y rescatándonos con su preciosa sangre. Para que alabemos con fervor, invoquemos con devocion y repitamos con frecuencia el nombre de Jesus, que es el fin que nos propone

nuestra Madre la iglesia en esta festividad, voy á recordaros los bienes y gracias abundantes que nos proporciona la invocacion del nombre santísimo de Jesus. ¡Acierte yo Jesus mio, á dar á conocer la virtud poderosa de vuestro santísimo nombre, los consuelos que nos proporciona y los bienes que nos regala, para que todos nos gloriemos en él y pongamos en él todas nuestras esperanzas! De Vos nos viene todo don y toda gracia, y vuestra es nuestra suficiencia porque ninguna tenemos si Vos no nos la dais. Favorecednos con vuestros auxilios, que os pedimos por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Vocatum est nomen ejus Jesus....

El nombre de Jesus es nombre de sabiduria, nombre de poder, nombre de justicia, nombre de misericordia. No debe pues estrañarnos la diversidad de nombres con que señalaron los profetas al Mesías, porque todos convienen y estan contenidos en el nombre dulcísimo de Jesus. Cuando decimos Jesus, decimos Omnipotente porque ¿cómo hubiera podido salvar á los hombres sin ser Todopoderoso? Cuando decimos Jesus, decimos Justo, porque ¿cómo hubiera podido satisfacer á la justicia de un Dios ofendido é irritado

contra los hombres sino hubiera sido Justo? Cuando decimos Jesus, decimos Manuel, que quiere decir, Dios con nosotros porque ¿cómo hubiera sido nuestro Salvador sino hubiera sido Dios y hombre verdadero al mismo tiempo? ¿Y qué mayor misericordia pudo obrar el Señor con los hombres? Jesus quiere decir, Salvador porque su oficio y destino fué salvar á su pueblo; á un pueblo compuesto de todas las naciones del mundo, de la esclavitud del pecado; y para esto, siendo el mismo Hijo de Dios el que tomó á cargo nuestra redencion, en él estan todas las divinas perfecciones, la esencia divina y cuanto admiramos en Jesus, su sabiduria, su santidad, su poder, su bondad, su misericordia todo es efecto de su divinidad y todo lo expresamos con el nombre Santísimo de Jesus que lleva consigo la idea del Hombre Dios, ó del Hijo de Dios hecho Hombre por nosotros.

Este Hijo de Dios no sigue el ejemplo de los emperadores y reyes de la tierra que toman sus nombres de las obras de su furor y de los pueblos que arruinan y destruyen. Una ciudad tomada por asalto y reducida á escombros, una provincia incendiada, un reino conquistado con la espada y con la sangre, ved lo que dá ocasion á los hombres para esos títulos magníficos de su gloria y su ambicion. Han tomado sus nombres de los pueblos y provincias que han conquistado y se glorian con unos títulos adquiridos con las lágrimas y la sangre de los pueblos, títulos que no recuerdan sino esterminio y horror: pero al Hijo de Dios no le agradan sino los nombres que se toman de la salud y del bien de los hombres, el nombre de Jesus que no sig-

nifica ni recuerda sino amor, suavidad y dulzura, y si lleva consigo la idea de algunas lágrimas y sangre derramada, no son por cierto las lágrimas y la sangre de los pueblos, sino las que el mismo Jesus vertió con tanta abundancia por salvarnos.

A la manera, pues, que cuando pronunciamos el nombre de Criador, que mira á Dios como principio de todas las cosas, en esta palabra sola hacemos la historia de la creacion y concebimos del modo posible á un Dios que saca del abismo de la nada los cielos, la tierra, los elementos y todas las cosas visibles é invisibles; así al oír el nombre de Jesus debemos recordar todos los bienes que nos ha adquirido y todos los males de que nos ha libertado. Todo lo oigo; dice el padre san Bernardo, al oír el nombre de Jesus. Es como si redujésemos á un compendio la historia de la gracia; como si viésemos el manantial de los sacramentos, la entrada del cielo, la gloria eterna que nos ganó amándonos hasta dar su vida por nosotros.

Siendo esto lo que significa, lo que nos recuerda y lo que debemos entender y meditar al oír y pronunciar el nombre de Jesus, no es difícil conocer ya los bienes y las abundantes gracias que nos proporciona la invocacion de tan divino nombre. El nombre de Jesus es admirable, suave, amable, poderoso, terrible para los espíritus malignos. El nombre de Jesus dá virtud á los sacramentos para perdonar los pecados, para conferirnos la gracia y obrar nuestra salud. El nombre de Jesus obra todo género de milagros, espela á los demonios, los vence; en el nombre de Jesus alcanzamos cuanto pidamos, si lo pedimos como con-

vire y por esto la iglesia concluye todas sus oraciones pidiendo por Jesucristo nuestro Señor. El nombre de Jesus, dice el anjélico doctor, es admirable, es amable y digno de toda alabanza, porque justifica á los pecadores, alegra á los justos, ayuda á los tentados y atribulados, aumenta la gracia y salva á todos los que rectamente le invocan. El nombre de Jesus, dice san Buenaventura, es el nombre divino del que dice la esposa en los cantares: *Oleum effusum nomen tuum*. Tu nombre es como un aceite derramado.

Todo alimento del alma que no participe de este aceite divino es árido; todo lo que no esté condimentado con esta sal es insípido. Si escribes, me es desabrido sino hallo en los escritos el nombre de Jesus, si disputas ó conferencias, me es molesto y disonante sino oigo el nombre de Jesus: Jesus es miel en la boca, una gustosa melodía en el oído, y un júbilo inexplicable en el corazón. El nombre de Jesus, dice san Bernardo, es como un aceite difundido y derramado que tiene la propiedad de dilatarse y extenderse: se extiende desde el cielo á la Judea y desde la Judea á toda la tierra porque desde todos los extremos del mundo clama la iglesia: *oleum effusum nomen tuum*: tu nombre es un aceite derramado; verdaderamente derramado, porque no solamente ha penetrado los cielos y la tierra si no que ha llegado á los infiernos, de modo que al nombre de Jesus se dobla toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos. En el nombre de Jesus, dice san Bernardino, está contenido cuanto bueno hay en los cielos y la tierra. Con facilidad podemos conocer como contiene Jesus todos los bienes.

¿Es un bien la vida? Pues Jesus es la vida. ¿Es un bien la resurreccion? Pues Jesus es la resurreccion. ¿Es un bien la luz del mundo? Pues Jesus es la luz verdadera que ilumina á todo hombre, Jesus es el tesoro que contiene todos los bienes y los que anuncian á Jesus anuncian los dones preciosos de la paz y de todo bien. En el nombre de Jesus, dice san Buenaventura conseguimos la gracia y la gloria. La divina gracia es la que nos hace hijos adoptivos de Dios y nos declara hermanos y coherederos de Jesucristo, y el Señor ha dado esta potestad de ser hijos de Dios solamente á los que creen en el nombre de Jesus. La gracia no la podemos conseguir por nuestros méritos. ¿De dónde y por qué medios nos viene? El oráculo sagrado nos dice: *la gracia de Dios nos viene por Jesus*. El Espíritu-Santo es el dispensador de la gracia y el Padre Eterno no enviará á este divino Espíritu sino en nombre de Jesucristo. Conseguimos la gloria. No acompañarán al Cordero sin mancha sino los que tengan impreso en sus frentes el nombre de Jesus, dice san Bernardino explicando las palabras del Apocalypsi. Solamente á los vencedores les será dado entrar en el reino de los cielos, á los que han triunfado de sus pasiones y apetitos desordenados, á los que se han hecho violencia y han perseverado en el bien hasta el fin; y ninguno puede pelear, vencer ni perseverar sino ayudado de Jesus.

Por la virtud poderosa del nombre de Jesus llegan nuestras oraciones al trono de Dios y son despachada, favorablemente nuestras súplicas. Si pidiéramos alguna cosa al Padre Eterno en el nombre de Jesus nos la concederá. El nombre de Jesus es el conducto único y necesario de to-

das nuestras peticiones, por Jesús llegan á la presencia de Dios y por El conseguimos la gracia y el perdón de los pecados. La invocación y devoción al nombre dulcísimo de Jesús dice san Bernardo, es el medio mas á propósito para extinguir nuestros vicios y refrenar los apetitos desordenados. Contiene el ímpetu de la ira, mitiga la hinchazón de la soberbia, apaga el fuego de la deshonestidad, templá la sed de la avaricia y ahuyenta toda impureza y maldad. El nombre de Jesús suministra auxilios para llegar á la perfección, prepara el camino y sirve de guía. Este nombre santo conduce á las almas por las sendas de la justicia. Este es el instrumento poderoso para obrar los milagros. Este es el nombre, dice san Pedro Crisólogo, que ha dado vista á los ciegos, oídos á los sordos, movimiento á los tullidos, habla á los mudos, vida á los muertos y ha arrojado de los cuerpos y quitado toda su potestad á los demonios. Este es el nombre saludable que nos pone á salvo de los castigos del Señor, porque ofrecido tiene que protegerá á los que conocen y adoran su nombre.

¿Cuántos son los escollos, los peligros, los precipicios y naufragios que hallamos á cada paso en este mundo? ¿Cuántas veces caeríamos y quedaríamos sumergidos en este abismo de males sinouviésemos el auxilio del nombre de Jesús? Los que penetran á lo profundo del mar se valen de llevar aceite en la boca para esparcirlo en las aguas y ver y evitar los tropiezos. Pues así tambien para evitar las asechanzas de la astuta serpiente, para evitar los tropiezos que nos dejan caer en las culpas y no-ser precipitados al infierno debemos llevar el aceite divino, el nombre sacratísimo de Je-

sis en nuestra boca, y mucho mas en nuestro corazon dice el padre san Ambrosio.

El aceite es tambien un bálsamo y refugio singular para mitigar los dolores y las llagas, y esto mismo obra el nombre de Jesus en nuestras almas. El que se detenga á contemplar los tormentos que la impiedad y fiereza mas inhumana se ha complacido en inventar para castigo de los que han confesado y anunciado el nombre de Jesus, se verá obligado á reconocer su virtud poderosa. ¿Qué hizo que á san Esteban le fuesen tan gratas las piedras con que le quitaron la vida, y que tantos mártires desearan con ansia los suplicios mas horribles y cuyo solo recuerdo nos llena de espanto, sino el nombre de Jesus? Si los apóstoles salian llenos de alegría y complacencia de los tribunales, ¿no sabemos por ellos mismos que nacia su regocijo de tener la dicha de padecer y sufrir por Jesus? El justo en su abatimiento, en su pobreza, en su enfermedad ¿no halla todo su consuelo y su alegría en el nombre de Jesus? Al que una vez ha llegado á gustar la dulzura de este nombre liáson ásperos y desabridos los bienes de la tierra y le oímos decir con resolucion: *exultabo in Deo Jesu meo.*

Alégrense en horabuena los demas en la abundancia de sus riquezas, en sus copiosos frutos y cosechas, en sus altos destinos y dignidades, en esos honores que tanto lisonjean y que con tanta facilidad se trastornan y desaparecen, en esas concurrencias y espectáculos del placer ó en esas comidas y bebidas en que nada les queda que desear, yo me gloriaré únicamente en Jesus.

Os diré por último con el padre san Bernardo infinita.

ble en declararnos las grandezas de Jesus, que este divino nombre como un aceite derramado *lucce, alimenta y unge*. Lucce cuando se predica y anuncia; alimenta cuando se le medita, y unge y mitiga cuando se le invoca. La luz de la fé que tan rápidamente se ha extendido por todo el mundo, ¿de dónde ha nacido sino de la predicacion del nombre de Jesus? Con la luz de este nombre, Dios nos ha traído para sí y podemos decir que si fuimos tinieblas somos ya luz en el Señor. El apóstol encargado de llevar á las naciones este divino nombre y predicarle delante de los reyes y los pueblos, le llevaba como una luz y clamaba en todas partes: Ha pasado la noche y ha venido la claridad, renunciemos á las obras de tinieblas y obremos con la honestidad que debe obrarse en medio del dia. No solamente es luz este nombre Jesus, sino tambien alimento. ¿No nos conforta cuantas veces le recordamos? ¿Qué cosa hay que nutra mas el alma del que le medita? ¿Qué cosa hay que repare mas los buenos sentimientos, que corrobore las virtudes, haga seguir con constancia en las buenas costumbres y fomenté los afectos de piedad y devocion? Todo alimento del alma es insípido y árido sino está condimentado con el nombre de Jesus, que es tambien uncion y medicina. ¿Está triste alguno de vosotros? Pues ponga en su corazon á Jesus y pronuncie este nombre con sus labios y desaparecerá su tristeza y quedará en completa serenidad. ¿Cae alguno en la culpa y corre desesperado á la muerte? Pues invoque el nombre de Jesus y recobrará la vida. ¿Quién hay que invocando el nombre de Jesus no haya arrojado de sí la dureza de su corazon, la pereza de bien obrar, la soberbia, la

ira y todos los vicios? ¿Quién siendo tibio é impenitente invocando el nombre de Jesus no ha conseguido una fuente saludable de lágrimas? ¿Quién no ha conseguido seguridad y confianza en los peligros, tranquilidad en las dudas, fortaleza en las adversidades y trabajos? En las enfermedades del alma y del cuerpo, ¿para quién no ha sido un nombre de ayuda, un refrigerio y una poderosa medicina? En el nombre de Jesus tenemos con que conservar nuestros sentidos y buenas obras para que no se vicien y corrompan y con que medicinarnos y sanar si nos corrompemos.

Cuidemos, pues, y esforcémosnos para que no nos sea inútil por nuestra culpa el nombre de Jesus: para que no tengamos que temer como juez al que no queremos reconocer por Salvador. Invoquemos el nombre de Jesus, porque todo el que lo invoque como conviene, será salvo. ¿Queremos invocar y honrar como conviene al nombre de Jesus? Pues hagamos cuanto esté de nuestra parte para conseguir nuestra salvacion eterna. Permitamos que Jesus triunfe en nosotros y nos salve. Es destruir la virtud de su nombre el quitarle la gloria de salvarnos. La sangre que derramó, la derramó por nuestra salud y no triunfa en nosotros, no es Jesus para nosotros si no nos salvamos. Cuantos mas se salven tanto mas se estiende el nombre de Jesus, y los que se condenan podemos decir que quitan al Señor parte de su divino nombre. ¿Podremos resolvernos á coope- rar á esta injusticia y á despejar del nombre de Salvador que mereció con su preciosa sangre á Jesus siguiendo los caminos que nos llevan á la condenacion y las penas del infierno? Dejemos la funesta victoria de aniquilar la gloria

del nombre de Jesus procurando la ruina de las almas á la antigua serpiente, al enemigo comun que se ocupa en buscar á quienes devorar y perder; nosotros por nuestra fidelidad y correspondencia procuremos que nos aproveche su sangre y que sea Jesus para nosotros. Jesus hizo cuanto tuvo que hacer para salvarnos, y nosotros ayudados de su gracia debemos hacer cuanto esté de nuestra parte para que se nos apliquen sus méritos y consigamos la salvacion. Jesus cumplió todos los cargos y oficios de su nombre salvando á su pueblo de sus pecados, y nosotros, dice san Juan Cri ó tomo, debemos cumplir los oficios y obligaciones de cristianos para conseguir la salud que nos ganó Jesucristo. Debemos honrar, venerar, y tener una devocion verdadera al nombre de Jesus y esta debe consistir, no solo en pronunciar con frecuencia con los lábios tan divino y saludable nombre, sino tambien en imprimirle en nuestra alma y nuestro corazon y meditarle con frecuencia ayudados de las luces de la fé y escitándonos á pronunciarle con aquel espíritu, honor, reverencia y respeto que se merece y que nos le hará tan útil y tan grato en la vida y en la muerte. Nuestra devocion al nombre de Jesus debe consistir en ofrecerle todos nuestros obsequios, en no hacer ni decir jamás cosa alguna que sea contra la gloria de Jesus, en obsequiarle con todas las facultades de nuestra alma y de nuestro cuerpo adorándole y postrándonos al oir tan adorable nombre porque al nombre de Jesus debe doblarse toda rodilla. Este nombre de amor, de salud y de gracia sea el que mueva nuestros corazones; todos nuestros consejos; nuestras deliberaciones y nuestras obras hagámostras

en el nombre de Jesús, como nos encarga el apóstol; no tengamos ni nos propongamos otro fin en cosa alguna sino en gloria. Todo lo debemos á Jesús, y todo lo debemos referir y encaminar á Jesús procurando en todo servirle y agradecerle. Como fieles devotos y celosos de la gloria de su divino nombre debemos hacer más. Debemos procurar que los hombres todos y todas las criaturas le honren, alaben y bendigan y hacer cuanto esté de nuestra parte por inspirar en toda esta devoción y porque en todas partes se anuncie, alabe y glorifique á Jesús y se conviertan y le reconozcan sus enemigos. Debemos oponernos de frente y no avergonzarnos de Jesús cuando oímos las blasfemias é imprecaciones impías con que se deshonra y envilece este santo nombre dado á los hombres para su dicha y felicidad. ¿Cómo podemos oír con serenidad y sin llenarnos de dolor y encendernos en un santo celo que el nombre de Jesús que con tanta piedad venera la iglesia, que los ángeles alaban y engrandecen incesantemente en el cielo, que los demonios respetan y temen en el infierno sea profanado, vilipendiado, mezclado con el nombre del demonio por tantas lenguas impuras...? ¿Cómo podemos oír tantas blasfemias y tantas palabras escandalosas que vomitan contra Jesús tantos cristianos perdidos é indignos de ser del pueblo de Jesucristo? Las autoridades con su poder, los sacerdotes y predicadores con sus exhortaciones todas deben reprender, castigar y reprimir la funesta licencia de los blasfemos, y cuando otra cosa no nos sea posible, todos debemos desagraviarle honrando, respetando y bendiciendo su nombre públicamente.

Usemos, pues, hermanos míos, y alimentemos nuestras almas con este santo y divino nombre y experimentaremos su dulzura y sus preciosos y admirables efectos. El nombre de Jesús disipará las tinieblas de nuestro entendimiento y nos hará sentir los consuelos y los bienes inesplicables de la gracia y la santidad; en él descubriremos las riquezas inestimables de la caridad infinita de Dios para con los hombres, los grandes y admirables consejos de Dios acerca de nosotros, los tesoros de gracias y bendiciones que nos tiene preparados si le pedimos en nombre de Jesús. En él hallaremos el bálsamo que hará dóciles, fáciles y flexibles nuestras voluntades á los movimientos de la gracia y que dará á nuestras almas una fuerza y virtud invencible para vencer los obstáculos y dificultades que se nos opongan para seguir por el camino del cielo: y si en la vida honramos y veneramos con devoción al nombre de Jesús, le repetiremos con una satisfacción y placer inesplicable en la hora de la muerte, huirán confusos nuestros enemigos al oírle de nuestros labios y muriendo pacíficamente invocando el nombre de Jesús lograremos ir al cielo á cantarle las debidas alabanzas con los ángeles y los santos por los siglos de los siglos Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISION, Y DEL DULCE NOMBRE DE JESUS.

En el misterio de la circuncision del Hijo de Dios hecho hombre y en el dulce y santísimo nombre de Jesus tenemos un remedio universal y poderoso para nuestros males y una fuente inagotable de bienes.

Postquam consummati sunt dies octo ut circuncideretur puer: vocatum est nomen ejus Jesus. Luego que se cumplió el tiempo señalado en la ley para la circuncision, fué circuncidado, y se le llamó Jesus.

Dios fué ofendido por el hombre, y sin injusticia alguna pudo dejarle en su miseria y permitir que pereciese para siempre; pero tomó sobre sí el Hijo mismo de Dios la obligacion de satisfacer por él. Ponéndose á si mismo en el lugar del hombre rebelde se dignó suplicar con sus

méritos la impotencia de una naturaleza demasiado enferma. Teniendo derecho como juez para castigar la desobediencia del hombre, se ofrece á ser la víctima que sufra la pena que merecia la desobediencia del hombre. ¿Por qué así? Porque se constituyó salvador del hombre, y como tal, no puede dispensarse de tomar sobre sí la deuda de los pecados de los hombres. Así ¡gran Dios! es como quedará satisfecha tu justicia, y el hombre pecador volverá á tu gracia. Así vindicareis vuestros derechos y el hombre reparará las pérdidas que le ha causado su desobediencia. Tenemos una víctima que no es lícito rechazar; una víctima que es digna de Vos: tenemos un Mediador esento de todo pecado y que por lo mismo es muy á propósito para espiar nuestros pecados. El que no tiene pecado, es el que viene á borrar el pecado. Esta víctima sin mancha, humillada y derramando su sangre bajo el cuchillo de la circuncision comienza desde el dia de este misterio á mitigar vuestro enojo y moveros á misericordia. Recibid las primicias de una sangre para é inocente que se derrama por nosotros y que se ha de derramar con mas abundancia, porque si este Dios hombre que á los ocho dias de su nacimiento es circuncidado y se llama Jesus que quiere decir Salvador, es Salvador verdadero de los hombres, esta cualidad le destina á la muerte, porque la redencion de los hombres ha de ser á este precio y sin una muerte sangrienta este Dios Salvador, segun lo dispuesto en los eternos decretos, no puede consumar esta obra grande de su amor.

El ser circuncidado el Hijo de Dios, el tomar la cualidad de Salvador y llamarse con el nombre santísimo Jesus,

es obligarse con una convencion pública y solemne á poner y adoptar todos los medios dispuestos por la divina justicia para satisfacer á Dios, y constituirse la víctima en lugar del hombre pecador para espiar sus crímenes y hacerle salvo. El ser circuncidado y llamarse Jesus, es tomar sobre sí todas las deudas del hombre para con Dios para satisfacerlas plenamente, es cargarse públicamente con los pecados de todo su pueblo, y dar principio á espiarlos empezando á derramar su sangre. Esta es la idea exacta que nos da la fé del misterio de la circuncision y del nombre dulcísimo de Jesus, y segun ella no temo asegurar que en este misterio y este santísimo nombre tenemos un remedio poderoso y universal para nuestros males y una fuente inagotable de bienes. Una vez, hermanos míos, que lleguemos á persuadirnos de esta verdad seremos agradecidos á Jesus, repeliremos con devocion y frecuencia en todas nuestras obras este nombre consolador y veneráremos con una santa alegría este misterio de nuestra reparacion y esta sangre que empieza á derramarse para borrar el pecado y pedir al cielo misericordia.

Para que yo acierte á manifestárosla os pedimos Señor, vuestros auxilios por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Postquam consummati sunt.

El hombre pecador y sujeto á las divinas venganzas por la culpa, necesitaba aplacar la divina justicia y mover

á Dios á misericordia. Pues un Dios hombre que tiene por morada un establo, que está reclinado en unas pajas y sufre en un pesebre el tormento de la circuncision, clama al Eterno Padre ofendido piedad y misericordia para el hombre. Sus suspiros, sus lágrimas, sus humillaciones, su pobreza, sus trabajos y sobre todo el nombre de Jesus que recibe y retiene hasta la muerte ¿qué son sino voces que piden á Dios misericordia para el hombre? Y Dios aunque irritado con los hombres no puede cerrar sus oídos á la voz de la sangre de Jesus que pide gracia y perdon para los hombres. El nombre de Jesus que tanto significa delante de Dios y de los hombres, contiene el brazo de la justicia omnipotente y muda su severidad en bondad y misericordia; nos santifica con las gracias que nos ha merecido, y por la virtud de su sangre derramada por nosotros nos dá un derecho á la gloria, que ya habíamos perdido por nuestros pecados.

Por terrible que sea la idea que nos formemos de la divina justicia, nada tenemos que temer si cuidamos de aprovecharnos de los grandes bienes que hallamos en el nombre adorable de Jesus que toma el niño que ha venido del cielo en su circuncision. ¿Nos llena de terror el número incalculable y la gravedad de nuestros pecados? ¿La justicia de un juez tan terrible como lo es el mismo Dios hace que temblemos, y el terror de sus juicios nos abate y hace decaer de ánimo? ¿La eterna y próxima infelicidad y los tormentos tan terribles del infierno nos llevan á la desesperacion? Pues todo desaparecerá y se convertirá en una agradable confianza si invocamos el nombre de Jesus y

contemplamos que este es el nombre de misericordia y que Dios tan terrible en otro tiempo ha depuesto su ira y su venganza, y se ha aplacado con la sangre que su Hijo ha derramado por nosotros y con cuyo sacrificio nos ha reconciliado. *Ipse est propiciatio pro peccatis nostris*. Jesus es la propiciacion por nuestros pecados. El abismo de pecados en que nos sumerjimos, el olvido de Dios en que vivimos, la indignacion y las venganzas de Dios que tantas veces hemos provocado, los precipicios por donde corremos á nuestra infelicidad nos hacen justamente temer toda la severidad de Dios y nuestra eterna desgracia: pero desde que Jesus derrama su sangre por nosotros, desde que toma el nombre de Jesus y se constituye nuestro Salvador podemos decir con una entera confianza al mismo Dios: Señor, ya no nos es temible vuestra ira. La justicia tan severa que ejercéis sobre vuestro Hijo nos asegura el perdón y os obliga á que tengais misericordia con nosotros. El nombre de Jesus es la señal de alianza y el que os recuerda la obli- cion en que os habeis puesto de perdonarnos por sus satisfacciones y méritos infinitos. Ved pues, como en el misterio de la circuncision y en el nombre dulcísimo de Jesus tenemos un remedio poderoso y universal para nuestros males.

Sean las que fueren nuestras aflicciones y necesidades Dios es el dador de todo bien y el que nos consuela en toda tribulacion; pero si queremos que Dios nos oiga y nos atienda es preciso, porque así lo quiere y nos lo manda El mismo, que le pidamos en nombre de Jesus y conseguiremos cuanto así le pidamos. Este nombre eficaz hace á la

oracion omnipotente. Aunque en manera alguna merezcamos ser oidos por nosotros, podemos asegurar que no seremos desatendidos de Dios. Pidiendo en nombre de Jesus, pedimos por los méritos de Jesus, el mismo Jesus pide por nosotros y une á nuestras voces la suya, y Dios no puede ser sordo á la voz poderosa de su Hijo. El nombre de Jesus está lleno de suavidad, nos consuela en las angustias y es nuestro poderoso refugio en los mayores tormentos. Por eso los apóstoles salian llenos de alegría de los tribunales porque habian sido dignos de padecer por el nombre de Jesus. El nombre de Jesus es terrible para el infierno y formidable para el enemigo de nuestra salud cuyo poder y cuyas armas destruye. Por la virtud de este nombre son arrojados los demonios, se han obrado y se obran cada dia grandes milagros, es un nombre omnipotente que inspira valor y fortaleza. ¿Qué otro nombre movió á san Pablo y á todos los demas apóstoles á recorrer los pueblos y á anunciarle por toda la tierra, y por qué hemos visto y vemos en todos los siglos hombres llenos de un celo apostólico á quienes no detiene el amor de su patria, ni asustan los trabajos, ni amedrantan los peligros, ni las costumbres bárbaras de unos pueblos incivilizados son bastante para retraer del propósito de anunciar y predicar el nombre de Jesus? ¿Qué es lo que los dá tanta fortaleza? ¿Qué espíritu los alienta? ¿En qué proteccion confian? ¿En qué nombre hablan? El nombre de Jesus es para ellos todas las cosas. Esto es lo que quieren dar á conocer á las naciones todas para que todas le adoren; este es todo su estudio y todo su empeño: llevar el nombre de Jesus á todas las gentes y este mismo

nombre suaviza sus fatigas y dá un valor extraordinario para soportar todas las molestias y trabajos. La iglesia animada siempre y rejida por el espíritu de Dios jamás ha creído tener otra cosa mas eficaz para mover al Señor que el nombre de Jesus y por sus méritos y su nombre dirige todas sus súplicas. Y por fin, el cristiano en la hora de la muerte, ¿de qué armas se vale para afirmar su fé, fomentar su esperanza y perfeccionar su caridad? El nombre de Jesus es en aquellos terribles momentos todo su consuelo, su recurso y en lo que halla alivio y confianza; olvidándose de todo se tiene por dichoso pronunciándolo con frecuencia y mira con serenidad el terrible tribunal que le espera muriendo como quiere morir invocando á Jesus y bajo los auspicios y proteccion de Jesus. Asi es como en el nombre de Jesus hallamos todos los auxilios que podemos desear, auxilios para todas las necesidades, auxilios contra todos los enemigos, auxilios ciertos y seguros, auxilios que el Señor nos dispensa con prontitud atendiendo á la sangre preciosa de su Hijo y sus méritos infinitos.

Contemplemos pues el misterio de este dia en que Jesus empieza á derramar su sangre por nosotros y á aplacar la ira del Eterno Padre como el origen de todos nuestros bienes. Invoquemos el nombre santísimo de Jesus que toma en este dia, como el remedio mas eficaz para todos nuestros males. ¿Con qué piedad debemos adorarle? ¿Qué confianza debemos tener en él? ¿Qué amor, qué gratitud debemos manifestar á la persona de Jesus, que nos aplica sus virtudes y sus méritos? Ninguna accion, os diré con el apóstol, debemos hacer, ni emprender obra alguna sin in-

vocar el nombre de Jesus: *omnia in nomine Domini Jesu facile*. Este es el órden mejor que debemos seguir en nuestros negocios y el modo con que debemos arreglar el método en nuestra vida. Si para que seamos dichosos es preciso que Jesus nos bendiga en los principios, en los progresos y en el fin de nuestra vida, de ninguna otra manera podemos merecer mejor su bendicion que invocando en todas nuestras acciones este nombre que es el precio de su sangre y de su vida santísima. Es verdad que para que le invoquemos dignamente nos es necesaria su ayuda, pero el Señor es celoso de su gloria y no nos negará sus auxilios, no debemos temer que quiera contrariar á nuestros buenos deseos, porque él mismo es el que nos los inspira. Abrámosle nuestro corazon para que imprima en él su santísimo nombre y si queremos recibir sus auxilios, y sus divinas ilustraciones, hagámonos dignos de los bienes que nos ofrece. Conozcámonos y convenzámonos á nosotros mismos de que el mayor obsequio y honor que podemos dar al Niño que se circuncida hoy y toma á su cargo ser nuestro Salvador es abrazar y poner en ejecucion todos los medios que nos ofrece para que nos salvemos. Nuestra salvacion y bienaventuranza está íntimamente unida con su gloria, y el descuido de salvarnos, el querer perdernos es hacer una injuria á Jesus y despojarle del nombre de Jesus en cuanto está de nuestra parte.

Una vez que convencidos de los bienes inmensos que nos proporciona el nombre santísimo de Jesus, lleguemos á imprimirle en nuestro corazon, le repetiremos con frecuencia con nuestros labios y le invocaremos en todas nues-

tras obras. Haremos mas, hermanos míos; inflammos en su santo y divino amor estaremos inquietos hasta que todos le conozcan, le adoren y le impriman tambien en sus corazones. El nombre de Jesus es un ungüento suavísimo que debe estenderse y consolar con su buen olor á todos: es una fuente de agua viva que nunca está mas clara ni mas abundante que cuando mas se comunica y son mas los que beben de ella: es una luz que debe alumbrar á todo el mundo. ¡Qué gracia tan singular es, amados míos, el poder contribuir en algo á la gloria de Jesus y á la veneracion de su santo nombre! ¡Si pudiésemos conseguir que todos los hombres le conociesen y le honrasen y que las bocas de todos le bendijesen y predicasen sus grandezas! Ved cual debe ser nuestro deseo y el fin que debemos proponernos en todas nuestras obras: que al oír el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y que toda lengua confiese que Jesus nuestro Señor y Salvador está lleno de gloria y majestad á la diestra del Padre.

Tal debe ser nuestra devocion y el fervor con que debemos invocar el nombre de Jesus, y si por desgracia no usamos de este divino nombre para merecer los efectos de su misericordia, alteraremos y trastornaremos en cierto modo su naturaleza, y el nombre de bondad, de misericordia, de consolacion y el orijen de todos los bienes, será para nosotros nombre de espanto y de terror: *Terribile nomen ejus*. Será para nosotros el principio de nuestras desgracias y ese Niño compasivo que llora por nosotros y toma hoy á su cargo el redimirnos del pecado y de la muerte eterna, será un juez severo que nada nos perdonará, si hemos pro-

fanado la santidad de su divino nombre, si nosotros no hemos querido salvarnos y hemos permitido por nuestra maldicia que el nombre de Jesus, con que ha remunerado el Padre Eterno á su Hijo por la sangre, que ha derramado para aplacar su ira, sea de ningun valor para nosotros. Nos hará cargo de esta misma sangre y del fruto que hemos sacado de tener por Salvador á Jesus y la fuente de tantos bienes y gracias en la invocacion de su santo nombre. El mismo Jesus se llenará de celo por la gloria de su nombre y justamente irritado tomará una terrible venganza de los que han sido sus profanadores. Mi nombre nos dirá, segun mis disposiciones y consejos debia ser la causa de vuestra dicha y felicidad eterna y por vuestro desprecio será la causa de vuestra condenacion. Debia ser la prenda de mi misericordia, y aumentará el rigor de mi justicia y vendreis á perecer por aquello mismo de que debisteis valeros para salvaros. ¿Qué responderemos al Señor cuando nos manifieste en el dia de sus venganzas, que habiendo tenido un Salvador no nos hemos salvado, y que siendo él mismo nuestro Salvador que ha querido salvarnos, nosotros por nuestros crímenes le hemos obligado á que sea nuestro Juez y nos condene? ¿Qué responderemos cuando nos eche en cara todo lo que ha obrado por nosotros, la sangre que derramó en su circuncision, la vida que sacrificó y que todo ha sido en valde para nosotros por nuestro desprecio y por vivir en la licencia? ¿Qué tendremos que decirle cuando delante del cielo y de la tierra nos tome cuenta y pida una satisfaccion de haberte robado la gloria de Salvador y haber hecho cuanto ha estado de nuestra parte con

nuestros crímenes, y vida delincuente para aniquilar y horrorar el nombre de Jesús haciendo que no sea Jesús para nosotros?

No permitais, Señor, que seamos del número desgraciado de los que profanan vuestro santo nombre. Apartad de nosotros por vuestra gracia un mal tan enorme y no permitais que por nuestras maldades os llameis en valde para nosotros Salvador. Sed Jesús para nosotros y haced que lo experimentemos consiguiendo los efectos dichosos de nuestra Salvación. Imprimid este santo nombre en nuestro corazón para que seamos señalados por vuestros; en nuestra lengua para que sea un freno que no nos permita hablar sino según vuestra ley y vuestra divina voluntad, en nuestras manos para que sean abundantes de obras buenas, en nuestros ojos para que los cerremos á todo lo que pueda ser perjudicial á nuestras almas y arrebatarnos la pureza y la inocencia. Haced que desde hoy sea para todos nosotros el nombre santísimo de Jesús una prenda preciosa del amor y la misericordia que esperamos de Vos: que en él y por él hallemos alivio en las enfermedades, socorro en los peligros, consuelo en las aflicciones, un recurso seguro en todas las necesidades; que por él triunfemos de todos los enemigos de nuestra alma y sea el arma poderosa con que resistamos á todas las potestades del infierno. Haced que por el nombre de Jesús empecemos á vivir á la gracia muriendo antes al pecador y á nuestras concupiscencias; que le invoquemos con frecuencia en la vida, para que le pronuncieemos con fervor y confianza en la muerte.

Divino Niño, Dios y Señor nuestro, no hubierais to-

mado el nombre de Jesús con tanto dolor y derramando vuestra sangre si hubierais cerrado vuestros oídos á la voz de nuestra miseria. Si quisisteis que antes de nacer el ángel anunciase que habíais de llamaros Jesús, porque habíais de perdonar los pecados, vednos aquí á los pecadores humillados á vuestros pies, divino Salvador de los hombres. Si al día octavo de vuestro nacimiento empezasteis á padecer para padecer mas en adelante, y tomasteis el nombre de Jesús para ser el Salvador de los hombres, empezad por nosotros, amable Jesús. Nada queremos pedirós porque Vos sabéis bien las necesidades de nuestras almas. Haced lo que sea de vuestro agrado, vuestro santo nombre nos basta porque El es el remedio de todos nuestros males y la fuente inagotable de todos los bienes. En todo tiempo, en todo lugar y en todo peligro nos armaremos con vuestro santo nombre, le imprimiremos en nuestro corazón, y seremos terribles á los demonios, y conocidos por vuestros. Por esta señal nos conoceréis y aunque seamos pecadores, estando marcados con el nombre de Jesús no temeremos vuestros castigos, sereis nuestro Salvador que dándonos vuestra gracia en esta vida, nos dareis en premio de haber invocado dignamente vuestro nombre la eterna felicidad de la gloria.

F. L. G.

HOMILIA

PARA EL DIA DE LA EPIFANIA.

En los Magos que vinieron del Oriente á adorar á Jesus debemos reconocer el llamamiento de todas las gentes á la fé y el ejemplo con que debemos responder á los llamamientos de Dios.

Ecce Magi ab Oriente venerunt jerosolimam dicentes: ¿ubi est qui natus est Rex Judeorum? Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. Hé aquí que llegaron del Oriente los Magos á Jerusalem preguntando: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Hemos visto su estrella en el Oriente y venimos á adorarle. Matth. cap. 2.

El día de la Epifanía del Señor es el día sagrado de la aparición ó manifestación de Jesucristo. Convenia, dice mi angélico doctor santo Tomás, que el nuevo nacimiento de un Dios escondido en la carne se manifestase á los hom-

bres de toda condicion y todo sexo, puesto que la salud que habia de obrarse por Jesucristo habia de extenderse á todo género de hombres, á todo sexo y á toda condicion. En Jesucristo no hay judío ni griego; no hay siervo ni libre, no hay hombre ni mujer, y por eso luego que nació se apareció á los pastores que eran judíos, pobres y sencillos, y á los Magos que eran sabios, ricos y poderosos. Pocos días hace oísteis que un ángel enviado del cielo se apareció á los pastores que velaban en la custodia de sus ganados en las inmediaciones de Belén y los anunció el nacimiento del Hijo de Dios en nuestra carne, y los invitó suavemente á venir al pobre portal del recién nacido á reconocerle y adorarlo por el Mesías prometido: hoy se os recuerda la historia de los tres reyes que llegan al mismo portal y se postran á adorar y ofrecer sus dones al mismo Niño y reconocen en él al Rey de los judíos y Salvador del mundo guiados de una nueva y prodijosa estrella que se apareció en el Oriente y los sirvió de guía en su largo camino.

Los pastores y los Magos fueron llamados por el tierno y poderoso Niño que desde un pesebre disponia á su arbitrio de los ángeles y los astros, porque en los pastores, dice mi angelico doctor santo Tomás, están representados los justos y sencillos, y en los Magos los pecadores, para darnos á conocer que Jesucristo recibe á todos. Se dignó manifestarse á los pastores y los reyes para darnos á entender que á nadie oculta el que viene á salvar á todos y que en su nacimiento se nos manifiesta el Sacramento grande de su piedad; como nos lo dice el apóstol.

tol (1). Los ángeles anunciaron la paz en la tierra á los hombres de buena voluntad en el día que nació Jesucristo porque Jesucristo mismo es nuestra paz que hizo y reunió á los judíos y gentiles en un solo pueblo. Es la piedra angular del edificio y desde su nacimiento comenzó á unir en sí mismo los diversos pueblos llamando á los pastores de la Judea y á los Magos del Oriente, haciendo la paz con los que estaban lejos y con los que estaban cerca. A unos y otros se manifestó y trajo para sí como quien venia á elegir los débiles é ignorantes de este mundo para confundir á los poderosos y sabios; y no á buscar á los justos sino á los pecadores, para que ya ninguno se ensoberbezca y ninguno desespere. Nuestro benignísimo Redentor para convertir á los Magos y reducirlos á verdadero conocimiento los ilustró con la gracia interior y dirigió en el camino con la estrella que los hizo ver. Se valió de estos medios extraordinarios para traerlos á sí, para que ninguno desconfie de conseguir su salud, dice san Juan Crisóstomo, viendo que les fué concedida á los Magos.

Estos tres dichosos personajes fueron los primeros gentiles que se convirtieron á Dios, y en ellos debemos reconocer el llamamiento de todas las gentes á la fé, y en su ejemplo el modo con que debemos responder á los llamamientos de Dios.

Ved lo que ofrece á nuestra consideracion el misterio de este día y lo que nos hace observar el evangelio que

(1) 4, Timot. cap. 2 v. 6.

acabais de oír con cuya esposicion os manifestaré este mismo asunto ayudado de la divina gracia que pediremos al Señor por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Ecce Magi ab Oriente....

Vienen los Magos desde el Oriente, se prostran, reconocen, adoran á Jesus y le ofrecen sus dones: No es ya un solo pueblo el depositario de la ley y de las promesas. Ha nacido Jesus y desde su nacimiento nos dá á conocer lo que despues nos habin de anunciar: que muchos vendrian del Oriente y del Occidente y se sentarian con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos y que los hijos del reino serian arrojados á las tinieblas exteriores. Los Magos llamados y conducidos por la estrella al pobre portal de Belen á adorar á Jesus fueron las primicias de los gentiles que habian de ser llamados por Jesucristo para adorarle en su iglesia. En este dia el conocimiento del verdadero Dios, que no se estendia fuera de los términos de la Judea se reveló á todas las gentes, se disiparon las tinieblas de la gentilidad y la luz de la fé comenzó á estenderse por todos los

pueblos en las personas de los tres reyes que vinieron á dar culto y honor al Salvador de todas las naciones. Bien podemos decir que estos ilustres personajes fueron los primeros apóstoles y nuestros padres en la fé, y bien podemos congratularnos y mirar á este dia como el principio de toda nuestra felicidad porque en él dió principio el llamamiento de los gentiles á la fé de Jesucristo, se manifestó Jesucristo é iluminó con la luz de su gracia á las naciones idólatras sin lo que hubieran quedado sepultadas en las tinieblas de la ignorancia y del pecado, y jamás hubieran entrado en el camino de salud.

Demos gracias sin fin al Señor por el beneficio de nuestro llamamiento á la verdadera religion, á la verdadera fé y á la verdadera iglesia. Nosotros tambien éramos idólatras y gentiles, sin Cristo, sin parte alguna con el pueblo escogido, sin esperanza alguna de las promesas y sin Dios en este mundo: pero ya los que antes estábamos lejos nos hemos puesto muy cerca en virtud de la sangre de Jesucristo. Ya no somos huéspedes y extraños, somos conciudadanos de los santos y domésticos de Dios. Somos la jente escogida, el real sacerdocio, la nacion santa, el pueblo de adquisicion y destinados á anunciar las virtudes de aquel que nos sacó de las tinieblas y nos llamó á su admirable luz. Si algun tiempo no fuimos el pueblo de Dios ya somos pueblo suyo; y si no conseguimos su misericordia ya podemos darle gracias por haberla conseguido. El Señor por su bondad nos ha concedido lo que por sus rectos juicios ha negado á otras naciones, el dón de la fé que jamás sabremos agradecer debidamente así como nunca podemos merecerle.

En medio del camino de la fé y del conocimiento del verdadero Dios nos estraviamos aun y con todo de que le conocemos no le adoramos ni servimos. Los cristianos tambien olvidados de Dios y de la fé que profesamos nos sumerjimos en las tinieblas del pecado; pero el amante Jesus nos ilustra y nos guia con la estrella de su gracia y reduce al camino recto de su salvacion. Asi, pues, como en el llamamiento de los tres reyes debemos reconocer el nuestro y el de todos los gentiles á la fé, asi tambien en su ejemplo debemos aprender el modo con que debemos responder á los llamamientos de Dios.

Vieron una estrella misteriosa en el Oriente y abandonando inmediatamente sus casas, sus comodidades y regalos se pusieron en camino en busca del que habia nacido Rey de los judios. *Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.* Al ver á unos hombres entregados á las investigaciones de la sabiduria humana y muy estraños á las promesas del pueblo escogido y de su libertador Jesus, salir de las tinieblas del error y venir al conocimiento de la luz verdadera, no podemos menos de reconocer la virtud poderosa y la eficacia de la gracia de Dios. No es la estrella la que llama y convida á los tres reyes, sino la gracia de Dios. Esta es aquella divina gracia que sin mérito alguno del pecador le previene y le ilumina cuando está todavia sumerjido en las tinieblas de la culpa. En el resplandor de la estrella dice san Agustin, debemos admirar la divina gracia. Todo el que vive sin Dios ó le ha perdido por sus iniquidades no tiene otro medio para hallarle que fijar sus ojos en la estrella de la divina gracia que debe pedir á Dios

sin cesar. Sin la guía de la estrella jamás hubieran podido hallar el camino los tres reyes y con ella vencieron todas las dificultades, desapareció toda perplejidad y caminaron llenos de alegría. La gracia del Señor es la que aparta todos los obstáculos que pueden estorbarnos el caminar en busca del Señor. Todo lo puedo, decía el apóstol, no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Con facilidad se cumplen los preceptos del Señor cuando la gracia nos provee de auxilios; pero esta gracia no la da el Señor á todos, no la podemos merecer y es efecto de sola su misericordia. De creer es que muchos en el Oriente vieron y admiraron esta nueva estrella y sin embargo solamente los tres reyes se movieron á emprender un largo camino y á buscar y adorar á Jesucristo, porque ninguno puede llegar á Jesús si el Padre no le condujese con su gracia. Es un beneficio singular de Dios el sacar á alguno de la masa de la perdición y de entre tantos millones de almas que nacen y viven en las tinieblas de la herejía y las falsas religiones, concederle el nacer y vivir en el seno de la verdadera fé y de la iglesia católica, apostólica, romana y no lo es menos el esperar y llamar á alguno á penitencia de entre tantos cristianos contumaces en sus culpas á quienes permite que se pierdan y condenen. Dios quiere que todos los hombres se salven; no hay quien se pueda ocultar del calor de sus inspiraciones y beneficios; él es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo y en cuanto está de parte de Dios alumbra á todos con la estrella que puede servirlos de guía; pero los hombres apetecen mas las tinieblas que la luz. Nosotros somos los que queremos estarnos muy

sosegados entre las delicias y felicidades de la tierra y lejos de buscar á Dios en el pesebre, en la pobreza y el desprecio y abatimiento, no procuramos sino eternizarnos en este mundo y gozar los deleites, los honores, las riquezas y placeres. Pero ¿cuánto debemos temer que si somos sordos á los llamamientos de Dios, y ciegos para ver la luz de su estrella su misma luz sirva para nuestra perdición? Estrella para nosotros son, dice el padre san Anselmo, las exhortaciones, los buenos ejemplos y consejos y todo lo que nos conduce á Jesucristo, todo lo que nos anuncia y predica á Jesucristo. ¿Qué debemos pues hacer? Imitar el ejemplo de los tres reyes.

En el momento que vieron la estrella y fueron interiormente ilustrados con la luz de la gracia se pusieron en camino. *Vidimus stellam ejus et venimus*. Nos es de un grande interés el no dilatar el corresponder á la gracia de Dios que nos llama y á la misericordia y benignidad de Dios que nos convida á penitencia. Debemos seguir las inspiraciones de la gracia y no diferir de día en día nuestra conversión, ni endurecer nuestros corazones luego que oímos la voz del Señor. Luego que la luz de la gracia nos alumbra en las tinieblas de nuestras culpas debemos esforzarnos á seguir por el camino que nos conduce. No confiemos en el tiempo que nos queda, éste es por lo común nuestro engaño y el origen de nuestra desgracia, caminemos luego que tenemos luz antes que nos sorprendan las tinieblas. Cuanto mas pronto emprendamos el camino llegaremos mas pronto.

Como los reyes del Oriente vencamos todos los estorbos que interior y exteriormente se opongan á nuestra conver-

sion y sigamos con fervor y perseverancia en el camino comenzado hasta llegar á adorar á Jesus y ofrecerle nuestros dones. Preciso es que preparemos nuestra alma á la tentacion desde el momento que nos resolvamos á servir á Dios, como nos lo dice el Espíritu Santo (1). La ley de nuestros miembros que repugna á la ley de nuestra alma y nos cautiva á la ley del pecado, nuestros desordenados deseos, el mundo que tanto lisonjea nuestras pasiones, los hombres carnales no meaos con sus amenazas que con sus astucias se levantarán contra nosotros y se nos opondrán en el camino que nos conduce á Dios; pero como los santos reyes no debemos retroceder aunque el mundo entero nos burle y contradiga, ni volver atrás por la impiedad de los Herodes. Si como á estos, se nos oculta la estrella de la gracia entre el bullicio del mundo, si hallamos dudas, dificultades y nacen perplejidades en nuestras almas preguntemos sin temor á los pastores y doctores encargados de explicar las santas escrituras. No temamos á la atrevida impiedad. En la corte del Rey de los judios preguntan los santos reyes por un nuevo rey que acababa de nacer y su pregunta llena de turbacion y de espanto á Herodes y á todo Jerusalem. Nuestra resolucion y firmeza llenará de inquietud y temor á nuestros enemigos y perecerán en su impiedad sino nos acompañan en el camino que nos conduce á Jesus. Preguntemos á los doctores que estudian las escrituras san-

(1) Eccl. c. 2. v. 2.

tas, responden y dirigen á las almas segun ellas y viven conforme á ellas. A los doctores no solamente sábios sino tambien piadosos, no á los que son semejantes á los escribas y fariseos de los judios que señalan el camino para hallar á Jesus y no acompañan á los que le buscan para adorarle, y nos conducirán con seguridad al portal en que ha nacido nuestro Rey. *Illi dixerunt ei: in Bethlehem Iudæ: sic enim scriptum est per Prophetam.*

Congregados por órden de Herodes los sacerdotes y los escribas del pueblo averiguó de ellos que segun las escrituras, en Belen habia de nacer el Cristo prometido y despues de preguntar secretamente á los santos reyes sobre el tiempo que hacia que habian visto la estrella que los habia servido de guia los dijo: «Id y preguntad con diligencia » acerca de ese Niño, y cuando le halleis anunciádmelo para ir tambien yo á adorarle. Tan pronto como oyeron á » Herodes marcharon, y hé aquí que de nuevo se les apareció la estrella y los guió hasta el lugar donde estaba el » Niño.» Se separaron cuanto antes del palacio de Herodes y de entre los malignos escribas y fariseos enemigos de la gloria de Jesucristo, y en el momento volvió á alumbrarlos y dirigirlos la estrella. Preciso es que huyamos de las ocasiones y peligros, que detestemos todo lo que puede servirnos de tropiezo para caer, todo lo que pueda empañar y oscurecer la divina luz con que Dios nos asiste y nos llama para sí. Mientras continuemos implicados en las amistades deshonestas, en los tratos injustos, en las compañías de los malos Dios nos retirará sus auxilios; no nos alumbrará su estrella ni alcanzaremos á sentir las inspiraciones de

su gracia. Apartémonos del mal, huyamos de los peligros; y nos alumbrará de nuevo, así como alumbró y precedió á los santos reyes la estrella luego que se separaron de Herodes y de sus adúladores cortesanos. Nos llenaremos de un gozo inesplicable, de un gozo santo y verdadero; y por fin hallaremos á Jesus, le adoraremos y presentaremos nuestros dones. *Gavisí sunt gaudio magno valde, et intrantes domum invenerunt puerum cum María matre ejus.*

No vacila la fé de estos ilustres personajes: despues de un penoso y dilatado viaje en busca del Rey mas poderoso del mundo, hallan un pobre portal, un desaliñado y despreciable albergue, un Niño en un pesebre sin otra compañía que María su Madre, y se llenan de alegría, se postran, le adoran y reconocen por su Dios. Hallan á un Niño, pero á un Niño benigno, poderoso, que ilustra plenamente sus entendimientos y llena de gozo sus almas. Hallan á un Niño y no se contentan con reconocerle y adorarle como verdadero Rey y Mesías prometido sino que inmediatamente abren sus tesoros que han ocultado cuidadosamente en el camino y se los ofrecen.

¡Hombres enemigos de nuestro culto y que tan ásperamente llevais que empleemos los bienes de la tierra en obsequiar á nuestro Dios, nuestros padres en la fé no comprendieron esos falaces discursos con que quereis reducir el culto al corazón solamente y despojar nuestros templos aun de lo necesario para la celebracion del santo sacrificio! Ilustrados por el Niño Dios á quien adoran, abren inmediatamente sus tesoros y se los ofrecen, y el Niño Dios los acepta. El alma que cree, que adora, que ama, halla toda su satisfac-

cion en ser pródiga y ofrecer cuanto tiene: No puede entenderse como queramos ser adoradores de Dios, y negarnos á su culto. Creemos vanamente en él, porque no basta la fé puramente interior, es necesaria una fé que se manifieste con nuestras obras y este es el ejemplo que al ofrecer sus dones nos dan los santos reyes, y dispensadme que por no molestaros demasiado no me detenga á esponeros la mística significacion del oro, mirra é incienso que fueron los dones que ofrecieron.

Nos dieron tambien otro ejemplo no menos interesante y que nos es indispensable imitar despues de hallar y adorar á Jesus para perseverar en el bien. Fueron avisados en sueños de que no volviesen á Herodes y se fuesen por otro camino. *Et responso accepto in somnis ne redirent ad Herodem, per aliam viam reversi sunt in regionem suam.* El Señor está en vela y defiende á los suyos y cuando mas descuidados viven los avisa de los peligros para que los eviten. No basta hallar á Jesus y entrar en su gracia y amistad; es preciso vivir con temor, con vigilancia y no volver á los mismos vicios, á los mismos peligros y ocasiones en que perdimos á Dios por la culpa. No andeis ya, decia segun esta doctrina el apóstol, no andeis ya como las jentes que no han conocido á Dios en la vanidad de sus sentidos y segun sus depravados deseos, llenos de tinieblas, de ignorancia y sin vivir segun Dios. Vosotros no habeis aprendido así á Jesucristo, es preciso que os desnudeis del hombre viejo y carnal que se corrompe y que vivais segun el hombre nuevo de justicia y de verdad. El volver por otro camino, dice un sagrado espositor; no es otra cosa que mudar de vida,

y nosotros volveremos por otro camino cuando nos despojemos del hombre de malicia y de pecado, cuando nos desprendamos de toda soberbia y abracemos la humildad, cuando apartemos nuestra alma de toda ira y seamos pacientes y sufridos, cuando condenemos nuestros antiguos deseos, deleites, placeres y costumbres reprobadas y sometamos a l Señor nuestras concupiscencias; cuando vivamos en el amor de la honestidad, de la pobreza, y subyuguemos todos nuestros pensamientos, palabras, obras y deseos á la ley santa de Dios. Preciso es, que si no queremos volver al reinado del Herodes nuestro enemigo el demonio no volvamos por el camino de la fornicacion sino por el de la castidad, no por el de la avaricia sino por el de las limosnas; no por el ancho del pecado sino, por el angosto de la virtud.

Permitidme que antes de concluir llame vuestra atencion y os haga volver los ojos á tantas bárbaras naciones, que viven en las tinieblas del error, y decidme. ¿A quién debeis la civilizacion, la cultura, la paz doméstica y los bienes que proporciona una sociedad gobernada con justicia? Al dón inestimable de la religion y nada mas, porque sin ella nada tendríamos y todo lo perderíamos también á la vez que perdiéramos la religion. ¡Gracias infinitas sean dadas á Dios por el inestimable beneficio de habernos llamado á su fel! ¡Alabemos al Señor por quien hemos sido admitidos á la compañía y la herencia de Jesucristo Señor nuestro! *Fidelis Deus, per quem vocati estis in societatem filii ejus Jesuchristi Domini nostri.* Alabemos al Señor que no solo nos ha sacado de las tinieblas de la ignorancia y la

infelicidad y alumbrado con la luz de la fé, sino que tantas veces nos ha ilustrado con su gracia y sacado del pecado. ¿Qué mas me queda que deciros? Que correspondais á vuestra vocacion y á los llamamientos de la gracia de Dios con fidelidad imitando el ejemplo de los santos reyes. *Obsecro vos ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis.* Son incalculables los bienes, las consolaciones y los adelantos que hacen en el camino del cielo los que corresponden á los llamamientos de Dios y siguen las inspiraciones de la gracia. ¡Cuántas revelaciones, cuántos éstasis, cuántos favores, cuántos dones celestiales hace sentir el Señor á muchas almas despues de su conversion! Los Magos, observa san Juan Crisóstomo, vinieron á la Judea guiados de la luz de una estrella y volvieron á su patria iluminados con los rayos del sol eterno é indefectible.

Miradnos como herencia vuestra, gloriosos santos reyes y rogad por nosotros al Señor para que nos conserve en la fé y se estienda á todas las naciones del mundo. Para que sepamos corresponder á su divina gracia y vivir como hijos suyos y hermanos de Jesucristo para entrar despues en su herencia y adorar con todos los ángeles y santos, no ya á un Niño pobre y humillado sino al Señor de los cielos y tierra en la plenitud y magestad de su gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DE LA PRESENTACION DEL NIÑO JESUS EN EL TEMPLO.

Acogiendo las inspiraciones del Niño Jesus presentado en el templo, y siguiéndolo en los ejemplos que nos propone, nuestra felicidad es infalible, nuestra gloria cierta, nuestro porvenir eterno el de los que viven y mueren en el Señor.

*Tulerunt illum in Jerusalem ut sisterent cum Domino.
Lo llevaron á Jerusalem para presentarlo al Señor.
Luc. c. 2. v. 22.*

Apareciéndose entre nosotros el Redentor del mundo en traje de pecador, sujetándose á la sangrienta ley de la circuncision, y siendo en este dia presentado al Señor en el templo santo, nos manifiesta el amor inmenso con que se unió á los hombres para hacerlos virtuosos, hijos de la gra-

cia y objetos dignos de sus complacencias. Es verdad que la ley de Moises mandando que se ofreciesen á Dios los primojénitos que rompiesen el claustro de sus madres no comprendia al divino Infante que nació de una Madre Virgen dejándola intacta y purísima: pero tambien es cierto que para nuestro Jesus adorado la salvacion de los hombres es antes que todo; que por nuestra salud sacrifica gustoso sus prerogativas; que por echar los fundamentos de la virtud y perfeccion sobre que queria fijar su evangelio eterno en nada repara; que por enseñarnos en fin à ser obedientes, humildes, y adictos al culto y veneracion del Dios que nos crió y conserva no repugnó presentarse en el templo para ofrecerse al servicio del que lo habia enviado al mundo para salvarlo de la esclavitud en que jemia desde que el primer hombre quebrantó el precepto que le impuso para bien y provecho suyo y de sus descendientes.

Nuestro Salvador sábio, santo y omnipotente procuró en todos los pasos de su admirable vida el continuo acrecentamiento de la santidad; y de todas las virtudes que pueden disponer á los hombres para entrar puros é inmaculados en la mansion de los serafines, principados y potestades de la corte celestial. Desde su infancia se dedicó á cumplir con la mision que le encomendó su Padre Celestial; dió á los hombres lecciones de virtud en su nacimiento y en su circuncision, y hoy las da tan importantes en su presentacion en el templo, que si sabemos apreciarlas y nos conducimos por las máximas, doctrinas é inspiraciones que encierra podremos asegurar que nuestra felicidad es infalible, nuestra gloria cierta, nuestro porvenir

eterno el de los que viven y mueren en el Señor.

Así os lo voy á demostrar en este breve-rato, no con las frases y encantos de la elocuencia humana insuficientes para conmover virtuosamente los corazones de los hombres, sino con las especies que sirvieron á los santos padres y doctores de la iglesia para encaminar á los fieles por las sendas que trazó á los suyos el Pastor Eterno de nuestras almas. Jesucristo siendo Niño tierno y delicado es presentado en el templo y ofrecido á Dios, para que nosotros entendamos la obligacion que tenemos de ofrecer á la divinidad nuestras obras, palabras y pensamientos, nuestros cuerpos, nuestras almas y todas nuestras potencias y sentidos, si queremos atravesar seguros el tiempo de nuestra peregrinacion. Se verifican al presentarse Jesus en el templo prodijios y maravillas de eterna consecuencia. Todo en la presentacion que celebra la iglesia santa en este dia es edificante, instructivo y digno del Dios Hombre que se propuso salvarnos y redimirnos, como lo vais á ver si

Vos Virjen purísima nos alcanzáis la gracia que jamás se niega á los que devotamente os saludan diciéndoos con el ángel.

AVE MARIA.

Tulerunt illum in Jerusalem ut sisterent eum Domino-

Siendo de fé que al nacer Jesucristo nign detrimento sufrió su bendita Madre, virgen antes del parto, en el par-

to, y despues del parto: ¿qué necesidad tenia la Hija del Eterno Padre, la Madre del Divino Verbo, y la Esposa del Espíritu-Santo de purificarse como las mujeres que habian concebido por obra de varon, ni de presentar en el templo al Señor del templo mismo? ¿Qué impureza puede imaginarse en la que fué concebida en gracia, y se halló digna de llevar en su vientre virjinal al que por su inmensidad no cabe en los cielos y en la tierra? Ninguna ciertamente; y por lo tanto su purificacion mas parece ignominiosa, degradante é indigna de su escelencia y grandeza, que conveniente útil y provechosa: pero ¡cuánto distan amados mios, los pensamientos de los hombres atenidos á las luces de su débil razon, de los que descubre la fé en el Omnipotente que nos ha criado, salvado y redimido! La humillísima Virjen Maria cumplió con la ley de presentar á su santísimo Hijo en el templo para ofrecerlo al Eterno Padre como víctima espiadora de nuestros pecados, como el Cordero inmaculado destinado á satisfacer á la divina justicia ofendida con las culpas de los hombres, como el sacrificio capaz de reconciliar el cielo con la tierra. La Santísima Virjen quiso pasar por las leyes comunes de las demás mujeres para resplandecer con su rara humildad entre todas ellas, y enseñarnos á no singularizarnos saliendo del camino que con sus doctrinas y ejemplos nos señala el Dios humillado que vió Isaias cargado con nuestras mi-erias.

¡O y con cuánta alegría, placer y contento llevaría María Santísima en sus brazos al Hijo de sus entrañas para ofrecerlo en el templo al Dios que la movia é inspiraba! Su alma se llenó de gozo en su Dios Salvador en esta oca-

sion, mucho mas que cuando saludando á su prima santa Isabel santificó Jesus á san Juan con su llegada y presencia. La Madre de nuestro Dios fué la primera que inspirada por el cielo ofreció al Eterno Padre por el género humano á su benditísimo Hijo en oblacion purísima. Ella sabía que nuestro Redentor habia aparecido en el mundo vestido del traje de nuestra mortalidad para darse á sí mismo en precio y pago de la salvacion de los hombres, y deseosa de contribuir por su parte al gran negocio de nuestra redencion se convino con su santo esposo José y ambos movidos por la mas ardiente caridad tomaron y llevaron á su divino Jesus á Jerusalem para presentarlo al Señor en el templo, como lo dice san Lucas en el evangelio de este dia. *Tulerunt illum in Jerusalem ut sisterent eum Domino.*

Está, pues, ya el divino Niño que nació en Belen, presentado en el templo santo; no para ser santificado como los primojénitos de que habla Moises en la ley que promulgó al pueblo hebreo, sino para manifestarse en él como el Mesías verdadero, como el deseado de las gentes, como la luz de las naciones y la gloria de Israel. Está en el templo nuestro Jesus divino, y á su presencia se obran prodigios y maravillas para dar á los hombres lecciones de sabiduria eterna, y enseñarles los medios de conseguir los verdaderos bienes que pueden consolarlos en esta vida, y hacerlos felices en la eterna.

A qué sino la concurrencia del justo y timorato Simeon, de Ana profetisa y de tantos otros fieles como se vieron en el templo cuando se presentó en él nuestro Redentor, segun lo observan Hdefonso en su sermón de la purifica-

cion? El santo evangelista inspirado del cielo, nos lo explica y aclara todo diciéndonos «que habia entonces en Jeru-
 » salen un hombre justo y timorato llamado Simeon, que
 » esperaba el consuelo de Israel, y era poseido del Espíritu-
 » tu-Santo: que habia tenido revelacion de que no moriria
 » sin ver al Cristo del Señor; que movido del Espíritu-
 » Santo vino al templo, y que viendo á los padres del
 » Niño Jesus lo tomó en sus manos y bendijo á Dios di-
 » ciendo: ahora Señor dejas á tu siervo morir en paz, se-
 » gan tu divina palabra; porque han visto mis ojos al Sal-
 » vador que nos disto para ser la luz de las naciones, y la
 » gloria de tu pueblo de Israel.» En seguida, añade el
 sagrado testo, bendijo á los padres, y dijo á Maria. «Vé
 » aquí este Niño puesto para la ruina y para la resurrec-
 » cion de muchos en Israel, y como blanco de contradic-
 » cion; el cual será una espada que atravesará tu alma.»
 Tambien se hallaba en el templo una profetisa llamada Ana,
 hija de Fannuel, de la tribu de Aser. Esta despues de haber
 vivido siete años con su marido perseveró viuda hasta los
 ochenta y cuatro; no salia del templo en donde servia á
 Dios de noche y de dia en ayunos y oraciones, y habiendo
 visto á Jesus, empezó á alabar al Señor y hablar del Niño
 á todos los que esperaban la redencion de Israel. En estos
 hechos, que los filósofos podrán llamar casualidades, se
 envuelve una filosofia celestial y divina capaz de santificar-
 nos si pidiendo las luces del cielo y la gracia, comprende-
 mos todo lo que con ellos quiso significar el Dios que los
 dispuso para nuestra instruccion y aprovechamiento. Por-
 que amados míos; si la Virgen María entregó al justo Si-

meon el hijo de sus entrañas, y aquel varon timorato tuvo en sus brazos al Redentor del mundo ¿no fué porque inspirado por el Espíritu-Santo se dirigió al templo á cumplir con los deberes de la religion que nos manda alabar, bendecir y glorificar al Señor? Si aquel anciano venerable anunció toda la economía y sistema del cristianismo señalando á la misma Madre de Dios lo que habria de sucederle en la vida, pasion y muerte de su santísimo hijo ¿no puede asegurarse que todo fué efecto de su fé viva, de su esperanza firme y de su caridad ardiente. ¿Así lo sienten los santos padres estimulando á los fieles á imitar las virtudes del santo Simeon para hacerse dignos de recibir como él los consuelos con que el hijo de Dios presentado en el templo recompensó su justicia y santidad. Vivamos sóbria, piadosa y justamente, acerquémonos con devocion al templo santo, y la Virgen Maria pondrá en nuestras manos á su santísimo hijo para que nos consuele y llene de una gloriosa paz.

Cumplamos con el precepto de amar á Dios sobre todas las cosas acudiendo al templo para dar á la divinidad la honra y gloria que se merece, y Jesus tomará asiento en nuestros corazones, nos servirá de comida y de bebida, y seremos una misma cosa con él recibéndolo en el santísimo sacramento del altar. Seguid, hombres que me escuchais, seguid al santo Simeon en su fé y en su devocion, y experimentareis los bienes que proporciona á los hombres la presentacion del Niño Jesus en el templo. Y vosotras mujeres que manifestais tanta devocion en esta festividad, notad las perfecciones y virtudes de que estaba adornada la profetisa

Ana, imitadla en su piedad, y os hallareis dignas de publicar como aquella singular matrona la escelencia del grande, fuerte y poderoso, llamado el Leon de Judá por la fortaleza con que venció al mundo y triunfó del demonio y del pecado.

La escritura santa alaba la castidad de esta mujer virtuosa, antes de su matrimonio, en su matrimonio y en los muchos años que despues fué viuda siendo raro ejemplo de honestidad; hace mencion de sus ayunos, vigiliass y oraciones; dice que acudia frecuentemente al templo con mucha piedad y devocion, y hecha la biografia de tan devota Señora añade que confesaba y predicaba al Niño Jesus como al Señor del universo, dándole gracias por su venida, y hablando de él á todos los que esperaban la redencion de Israel. Seguid vosotras los ejemplos de aquella mujer santa, y Dios os declarará y revelará como á ella sus misterios y secretos adorables, aprendereis lo que para vuestra dicha y felicidad os enseña nuestro Redentor en su presentacion en el templo, y sereis piadosas, justas y devotas como fieles hijas de la gracia.

Haciéndolo así; imitando los hombres al santo Simeon, y las mujeres á la piadosa profetisa Ana, como lo quiere nuestro Redentor, ¿no será nuestra felicidad infalible, nuestra gloria cierta y nuestro porvenir eterno el de los que viven y mueren en el Señor? No os parecen importantísimas las instrucciones y doctrinas que se desprenden de las ocurrencias que acaecieron en la presentacion del Niño Jesus en el templo? Reflexionadlo ayudados de la gracia; meditat las obras del Señor con las luces de la fè; estudiad

los misterios de Jesus en la oracion, y en esta recibireis torrentes de sabiduria celestial, la ilustracion que necesitais para ser justos, piadosos y devotos. Desechad la ciencia vana de los que pretenden explicar los misterios de la naturaleza y de la gracia con el florido lenguaje de los filósofos carnales, poetas y sábios del mundo cuyo imperio no pasa de los límites de la imaginacion y ateneos á la verdad eterna é infalible que se dignó consignar nuestro Jesus divino en su evangelio santo. Escuchad la voz del Señor, no perdois de vista sus ejemplos, seguidlo en todos sus pasos, y vereis como sois conducidos suavemente hasta asemejaros al santo Simeon y á la profetisa Ana inundados del gozo celestial que percibieron cuando en premio de sus virtudes tuvieron la dicha de ver y alabar á nuestro Redentor cuando fué presentado en el templo. Esto justamente es, lo que se propone la iglesia santa en la solemnidad con que celebra la presentacion del Niño Jesus en el templo. Haced con vuestras virtudes que tengan efecto en vosotros los deseos de nuestra piadosa Madre, Maestra y Doctora de la verdad, y contaos por tan dichosos y felices como lo fueron el justo Simeon y la piadosa Ana de quienes nos habla el evangelio de este dia. Asi sercis virtuosos en la vida, santos en la muerte y eternamente felices en la gloria.

A. M.

SERMON

DE LA HUIDA DE JESUS A EGIPTO.

Huye Jesus de Herodes para enseñarnos á padecer y sufrir con paciencia los trabajos de esta vida, y para que huyamos del mundo, de sus pompas y vanidades.

Futurum est enim ut Herodes quærat puerum ad perdendum eum. Ha de acontecer que Herodes busque al Niño para matarle. Matth. c. 2. v. 13.

El santo de Israel, el Rey Eterno de Sion, el Padre del futuro siglo y el Príncipe de la paz que nació en Belen para salvar á los hombres todos ha sido desde el principio del mundo la esperanza de los patriarcas, la admiracion de los profetas, el consuelo de los justos, la alegría del cielo, el tesoro de la tierra y la felicidad del universo. Es el verdadero Dios que debe reinar en nuestras almas, el Maestro

á quien debemos seguir, el modelo que debemos imitar y el camino que puede conducirnos á la vida eterna. El, siendo infinitamente rico quiso nacer, vivir, y morir pobre, para infundir en nuestros corazones menosprecio á las riquezas y amor á la pobreza: siendo igual al Padre se anonadó hasta tomar la forma de esclavo y cargar con toda la ignominia de nuestros pecados para enseñarnos á ser humildes y sufridos, siendo el Criador de todas las cosas, el Señor de los señores y el que domina á las mismas dominaciones y potestades fué obediente hasta la muerte y muerte de cruz, segun san Pablo, para que siguiendo su ejemplo pudiéramos hacer la voluntad del Padre que está en los cielos y ser ángeles en la tierra. En fin, amados míos, si consideramos á nuestro Jesus divino en su concepcion admirable, en su nacimiento prodijioso, en su circuncision dolorosa, en su vida, en su muerte, en su evangelio, en su religion y en sus misterios hallaremos que sus sentimientos consistieron en menospreciar y huir de todo lo que puede fomentar la soberbia y la ambicion, la codicia y la sensualidad de los hombres: y que la virtud, la gracia y la gloria son los dones celestiales con que quiso enriquecer á los que vino á buscar en este valle de lágrimas. ¿Quereis acaso pruebas demostrativas que pongan en evidencia estas verdades?

Pues traed á la memoria al monstruo usurpador del reino de Judea, al cruel y sanguinario Herodes: y viendo en él al mundo, sus pompas y vanidades y en Jesus la huida de estos perniciosos elementos de desórden, aprended á sufrir, á tener paciencia y resignacion en la voluntad divina,

y triunfad de los enemigos de vuestras almas, como nos lo enseña el Hijo del Altísimo. Resuelve aquel Corio inhumano quitar la vida á Jesus como á competidor del reino de Israel, é inundar de sangre inocente y virjinal á Belen y toda su comarca: sus ideas no son otras que las de horrorizar al mundo con atrocidades jamás oidas, ni vistas en la historia de los crímenes y escesos de los hombres... Apresúrate José, dice un ángel al Esposo de María: Apresúrate, toma al Niño y á su Madre, huye con ellos al Egipto y no salgas de allí hasta que yo te avise, porque ha de acontecer que Herodes busque al Salvador del mundo para matarlo. *Futurum est enim ut Herodes quærat puerum ad perdendum eum.* Tenemos pues, que nuestro Redentor despues de haber nacido pobre y miserable, y derramado su preciosa sangre, como si fuera pecador, huye lleno de temor y espanto á la vista del furor de un hombre, como si este fuera omnipotente, y nuestro Dios débil, nulo y sin poder para defenderse. ¿No es esto asombroso y aun repugnante á la ciencia de la carne y de la sangre? Si; el hombre terreno no puede comprender las cosas que son del espíritu de Dios, ni entender los misterios que se encierran en las obras maravillosas del que vino á destruir el imperio de la soberbia con las armas de la humildad: pero como con las luces de la fé to lo se percibe, todo se entiende, todo se aclara, todo se nos presenta esplicito y terminante, os diré que presteis atencion sumisa y respetuosa á la divina palabra, y vereis como ella os demuestra que Jesus huye de la persecucion de Herodes para enseñarnos á sufrir, á tener paciencia y resignacion en la voluntad divina

y vencer de este modo á los enemigos de nuestras almas.

Jesús adorable: inspiradme para que acierte á dar razón de vuestros pasos, y obligar á mis oyentes á alabaros, bendeciros y engrandeceros en la tierra, como os alaban, bendicen y engrandecen los ángeles en el cielo. Os lo pido humildemente con todos los fieles prosternados ante la dignación de vuestra santísima Madre para decirle con el ángel.

AVE MARIA.

Futurum est enim ut Herodes querat puerum ad perdendum eum.

Para ser discípulos de Jesús y merecer la gracia que hace justos y santos á los hombres es necesario pensar como Jesús, hablar como Jesús, y vivir al menos con un deseo y voluntad eficaz de conformar las obras, palabras y pensamientos con los de Jesús. *Hermanos míos*, decía el grande apóstol á los Filipenses, *tened los mismos sentimientos de Jesucristo (1)*. Quered lo que quiere Jesús que que-

céis, y entended que en esto consiste toda la moral cristiana. Porque si miramos los bienes y los males de este mundo con los ojos con que los miró nuestro Redentor: si pensamos lo que él pensó, y de todas las cosas que nos rodean formamos el mismo juicio que él formó, ¿podremos dejar de ser del número de los fieles de quienes habla con tanto honor el Príncipe de los apóstoles? Siguiendo á Jesus, claro es que amaremos la humildad; que tendremos un placer muy singular en todo lo que nos humille y abata; que anhelaremos por padecer y sufrir por su amor, así como El sufrió y padeció por el nuestro, y que, como lo decia san Pablo reputaremos por bueno y ganancia el morir por el que abrasado de amor y caridad no se contentó con dar su vida por nosotros, sino que por disponernos y prepararnos para la milicia cristiana, tan apenas llegaba á los dos años de edad cuando siendo el dueño del universo y Señor de los que dominan sufrió la persecucion mas atroz, el destierro mas doloroso y afflictivo, los efectos del odio implacable de dos grandes y poderosos de la tierra.

No hay atrocidades comparables con las que de Herodes nos refiere la escritura santa. El infierno apoderado de aquel idúmeo enemigo del pueblo santo derramó sobre la tierra de Belen la copa de su ponzoñosa malignidad y todo fué allí esterminio, desolacion, lamentos y desconsuelo: las madres se negaron á toda consolacion; una prodigiosa multitud de niños inocentes son pasados á cuchillo; se inunda de sangre la ciudad de David; nadie es capaz de comprender el cuadro horroroso que presentó la matanza de los inocentes en los dias del desapiadado y cruel He-

rudes. ¿Y por qué todo esto amables oyentes? ¿Por qué tanto destrozo, tanta fiereza y crueldad? Porque Satanás pudo sospechar que habia venido al mundo el que lo habia de vencer y tenia un interés en acabar con él y destruirlo: porque celosos de sus pompas y vanidades los grandes y poderosos del mundo trataron en su delirante imaginacion el proyecto de confundir al Omnipotente y quitar la vida al autor de ella: porque el Redentor de los hombres queriendo enseñarnos los caminos que llavan á la gloria permitió que Herodes tratase de perseguirlo de muerte para enseñarnos con su ejemplo á sufrir y padecer con paciencia y resignacion las adversidades, contradicciones y trabajos de la milicia cristiana. Por nosotros huyó de su patria á tierra estraña el Salvador del mundo. Era necesario hacer entender á los hombres, que deben vivir de paso y como peregrinos en la tierra; que su destino eterno es el de la gloria, y que á él no se puede arribar amando los peligros, sino huyendo y apartándose de ellos segun las inspiraciones celestiales con que Dios dirige al que lo llama y consulta en la oracion. Deben los hijos del evangelio tener un modelo que imitar en las persecuciones, conflictos y compromisos en que con frecuencia los pruebe la divina providencia, y este modelo, tipo y ejemplar de paciencia y resignacion en la voluntad de Dios es el que nos ofrece Jesus huyendo de Herodes al Egipto.

Imitemos, hermanos míos, á Jesus, á María y á José que obedientes á la voz de un ángel caminan desterrados de su patria á tierra enemiga; que se alejan de su Zion amada, y comen el pan de la emigracion en un pueble

idólalra venerando la mano del que los alligía. Jesus, María y José sufren con paciencia y resignacion las injustas persecuciones de un tirano; imitémoslos nosotros, y no dudemos de que si el cielo los llenó de gozo trayéndolos victoriosos y triunfantes á su amada patria, nuestra suerte será la misma á pesar de nuestros perseguidores, porque escrito está, que la prosperidad de los impíos perecerá, pero que los justos vivirán perpétuamente. No vemos latentes y palpitantes estas verdades en los perseguidores de nuestros dias? ¿Qué es lo que notamos en los que parodiando la conducta del cruel Herodes se gozan en perseguir y atribular á los humildes y pacíficos que vejetan en los brazos de la pobreza y de la virtud? Orgullosa arrogancia, dureza, altanería y desprecio de sus inferiores; ambicion de honra y codicia por amontonar riquezas, aire ridículo de grandeza y superioridad, afectacion de un poder y de una paz que no pueden tener, apariencias y ficciones forsas y aparatos brillantes para deslumbrar y encubrir el infierno de los remordimientos é inquietudes en que viven desesperados sin poder jamás acallar la voz atronadora de una conciencia que los acusa sin cesar; estos, estos son los caracteres que distinguen á los tiranos y perseguidores de los justos é inocentes. Que os lo digan ellos mismos, si son francos. Los injustamente perseguidos; los que puestos en las manos de la divina providencia veneran los juicios de Dios, y saben que sus caminos estan llenos de equidad y de justicia; los humildes formados en la escuela de Jesus, que ocupados en pedir y merecer la gracia que todo lo puede no piensan mas que en conformar sus obras, palabras y pensamientos

con los de su divino Director y Maestro, reciben con gusto y resignacion los trabajos, adversidades y contradicciones con que se labra la corona de justicia que ha de introducirlos en la gloria, y sus pensamientos no son otros, que los que le inspira el obediente, humilde y paciente Jesus desterrado de su patria por el perseguidor mas atroz é inhumano que se ha dejado ver sobre la tierra. Consideran al Omnipotente huyendo de un hombre miserable, y bendicen su dignacion en abrazar un destierro penoso y afflictivo por enseñarnos, edificarnos é instruirnos en la ciencia de nuestra salvacion: ven la obediencia, la humildad y todas las virtudes hijas de la gracia en los divinos desterrados Jesus, María y José, y deseosos de imitarlos y seguirlos, abrazan con gozo inefable los trabajos, y se asocian al real profeta para decir á Dios. «Era necesario, Señor, que yo fuese humillado: este es un beneficio que me habeis hecho, por el que con las veras de mi corazon os doy las mas rendidas gracias.» Estudian en fin y trabajan por saber los sentimientos de Jesus, y convencidos de que los que aman los honores, la gloria mundana, y la humildad aborrecen las humillaciones, colocan su santificacion en el amor propio y en las alabanzas de los hombres y se alimentan de especies contrarias á las que inspira el evangelio, huyen de estas funestas aberraciones, como huyó Jesucristo del cruel Herodes, y logran, dirigidos por la gracia, ser vivas imágenes de Jesus amable que habita en sus corazones. Estos son los hombres que se propuso formar nuestro Redentor naciendo pobre y humillado, derramando su preciosa sangre en la dolorosa circun-

ción prescrita á los pecadores, y huyendo del sanguinario Herodes, como si este fuera el Todopoderoso, y El, el oprobio de los hombres y la abyeccion de la plebe, como lo vió el Salmista (1). Con obras, palabras y ejemplos no cesa nuestro Salvador de decir á los hombres todos para hacerlos justos y virtuosos. Dichosos los que lloran, los que son perseguidos y sufren por la justicia: porque serán consolados, y de ellos es el reino de los cielos.

Ahora bien, amados míos, diciéndonos la fé por boca de su mismo autor divino que el padecer es el camino del cielo, la contraseña del amor de Jesucristo, una señal evidente de la predestinacion, y como la prenda de la vida eterna ¿nos hemos de negar á seguir al Niño Dios que nació en la penuria, vivió en la afliccion y murió á la violencia de los mas atroces tormentos por redimirnos y enseñarnos á sufrir con paciencia y resignacion las persecuciones, trabajos y adversidades de esta vida? Viendo que todos los santos abrazan regocijados y contentos la cruz de Jesucristo, y qué con la consideracion de que son dignos de imitar á Jesus, se engolfan en un mar de consuelos y alegrías, aun en medio de sus tribulaciones; ¿no hemos de buscar como ellos á nuestro amable Redentor para seguirlo en todos sus pasos, y entrar con él y por él en la patria de los bienaventurados? Esto seria permanecer al lado de Herodes y amar lo que Jesucristo aborreció: seria buscar todo aquello de que ha huido nuestro Redentor, alabar lo

(1) Ps. 24 v. 6.

que él despreció, querer lo que él reprobaba y patentizar á la faz del cielo y de la tierra que nos contradecimos cuando blasonamos de cristianos sin serlo, cuando nos tenemos por piadosos siendo impíos, cuando honramos á Dios de boca sin tenerlo en el corazón. Jesucristo huyó de Herodes para que nosotros huyamos del mundo, de sus pompas y vanidades; fué desterrado al Egipto y condenado á los trabajos de una emigracion penosa, para enseñarnos á sufrir y padecer por su amor; vivió siete años en un pueblo idólatra creciendo en edad, virtud y gracia á los ojos de Dios y de los hombres, para que entendiésemos que no hay lugar en toda la redondez de la tierra en que no debamos bendecir, alabar y glorificar á nuestro Dios cumpliendo con sus santos mandamientos. Tengamos pues presentes estas inspiraciones con que el Hijo de Dios desterrado nos quiere espiritualizar y llevar á la gloria, y adelantaremos en la ciencia de la gracia; conoceremos á Jesucristo en quien se encierran los tesoros de la ciencia y de la saliduría; viviremos en su santa fé, en su temor y en su amor, y cuanto mas pobres seamos á los ojos de los hombres mas ricos seremos á los de Dios, cuanto mas humildes seamos tanto mayores serán las gracias con que seremos favorecidos, y cuanto mas atormentados, heridos y perseguidos, mas nos asemejaremos á nuestro Redentor y mayor será nuestra virtud. Esto es lo que nos predica Jesus, lo que nos enseña la fé, lo que yo os propongo en nombre del Señor para vuestra santificacion. Si en vista de lo espuesto os resolvéis á seguir los pasos de nuestro Redentor desterrado, con firme propósito de practicar las virtudes de que nos dió ejemplo en su vida

al Egipto, cuando dijo el ángel á san José que tomase al Niño y á la Madre y huyese porque Herodes habia de buscar al Salvador para matarlo, y procurais merecer la gracia que necesitais para sufrir con paciencia y resignacion los trabajos de esta vida y o habré logrado el objeto que me propuse al subir á este púlpito, y nuestro Dios será loado, bendito y glorificado. Si amais como Jesucristo las humillaciones, los dolores, los trabajos, el padecer y el sufrir por Dios, este Señor reinará en vuestras almas, os consolará en todas vuestras tribulaciones y os hará eternamente felices en la gloria, que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

DEL MISTERIO DEL NIÑO PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO.

Todo lo debemos dejar por cumplir la voluntad de Dios.

Remansit Puer Jesus in Jerusalem.... Et ait ad illos, quid est quod me quærebatis? Nesciebatís quia in his, quæ Patris mei sunt oportet me esse? El Niño Jesus se quedó en Jerusalem.... Y los dijo ¿por qué me buscábais? ¿Ignorábais que yo debo emplearme antes de todo en las cosas de mi Padre? Luc. cap. 2.

Habiendo llegado el Niño Jesus á la edad de doce años, en la fiesta en que segun rito y costumbre de los judíos subían todos al templo para celebrarla y solemnizarla los días señalados en la ley, subió tambien con sus padres, pero al volver á sus casas, el Niño Jesus se quedó en Jerusalem.

Sus Padres creyeron que vendria con los amigos y conocidos; pero al llegar la noche preguntaron á estos y no hallándole entre los que venian se volvieron llenos de dolor y tristeza á buscarle á Jerusalem donde al cabo de tres días le hallaron en el templo en medio de los doctores de la ley oyéndolos y preguntándolos. Tal es, hermanos míos, la relacion que nos hace el evangelio de este suceso tan sabido de la admirable vida de nuestro Redentor.

¿Por qué, pues, quiso perderse el divino Jesus lastimando el corazon de sus Padres y haciendo sentir un dolor tan acerbo á su Madre á quien tan tiernamente amaba? La primera razon es, dicen los doctores, porque quiso labrar y enriquecer la corona de su Madre. Quiso engrandecerla sobre todas las criaturas y los medios de que se valió fueron enviarla trabajos y aflicciones, porque estos son, en las disposiciones de Dios, los caminos seguros para el engrandecimiento verdadero. Quiso que pudiese en Belen en un completo desamparo y pobreza, que viese derramar la inocente sangre de su Hijo en la circuncision; que tuviese que huir precipitadamente á Egipto y padecer mil temores de la fuerza y las averiguaciones de Herodes; que su vida toda fuese un continuo penar y trabajo para premiarla y recompensarla mas; á la manera que un príncipe envia de embajador á naciones remotas, nombra por jefe de sus ejércitos, elije por su representante para sus tratados y encomienda otros trabajos al que quiere distinguir y enriquecer sobre los demas.

Otra razon es, el amor del hombre y el deseo que tenia de su remedio que pudo tanto en él, que le hizo olvidarse

de sus padres. Puesto Jesus en el templo vió en los sacrificios la necesidad que tenia el mundo de un sacrificio que aplacase la ira de Dios; en los panes de la proposicion, la que tenían de otro pan que los sustentase cuerpo y alma; en la luz del candelero, la que tenían de otra luz que desterrase aquellas tinieblas; en el Santo Santorum siempre cerrado la de quien rompiese aquel velo, y á la manera que una madre que ve el peligro en que se halla de precipitarse su hijo deja naturalmente la compañía de su esposo por acudir al remedio, así Jesus se apartó de sus Padres contemplando el peligro de los hombres y atendiendo á su socorro.

Otra razon es, el deseo tan grande que tenia de gozar de la casa de su padre que acabándose para todos los dias dias de la fiesta y volviéndose á sus casas, para Jesus no se acabaron, y se queda deteniéndole el deseo, como un hombre sediento que llegando á una fuente bebe y no se aparta hasta volver á beber, y como aquel que tiene su placer en una cosa que no se desvia de ella sino de muy mala gana. Si una Magdalena hallaba tanto gusto en besar los pies de Jesucristo, que con su voluntad se estaria gozando de aquel deleite hasta hoy; si de Ana madre de Samuel dice la escritura que pasaba en el templo todos los dias de su vida; si David dice de sí mismo que no desca ni pide á Dios otra cosa sino que le deje gozar de la hermosura de su templo; si á tanto llega este deseo en los hijos adoptivos ¿qué hará en el hijo natural? En esto dió prendas de su gusto y su deseo y descubrió el peso de su amor y sus inclinaciones, dando una señal cierta de lo que seria despues, porque los

hechos de la niñez son pronósticos grandes de la vida y en ellos descubre el Niño lo que será cuando llegue á ser hombre, si la mala educacion y mal ejemplo no le pervierten y corrompen.

Ultimamente se perdió el Niño Jesus en Jerusalem y quiso dejar á su Madre para enseñarnos á romper con la carne y con la sangre y atropellar los respetos humanos por el templo y por la religion que es la respuesta que dió el mismo Jesus á las quejas amorosas de sus Padres? *Quid est quod me quærebatis? Nesciebatis quia in his quæ Patris mei sunt oportet me esse?* ¿Por qué me buskais? ¿No sabeis que yo debo emplearme antes de todo en hacer las cosas de mi Padre?

Aprendamos en el ejemplo del Niño Jesus perdido en el templo la obligacion que tenemos de dejarlo todo por cumplir la voluntad de Dios, que es sobre lo que os voy á hablar en mi discurso ayudado de los auxilios de la gracia que pediremos al Señor por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Remansit puer Jesus.

El deseo de hacer nuestra propia voluntad, de no someternos á la voluntad de Dios, de escusarnos con el mas

liger pretesto de cumplir la voluntad de Dios, este es por lo comun el origen de nuestra tibieza, de nuestra indiferencia y de nuestras culpas. El conciliar la voluntad de Dios con la de los hombres y buscar razones para justificar nuestro modo de proceder y nuestras viles condescendencias, el no temer desagradar á Dios por no perder la gracia de los hombres, es lo que se llama cultura, prudencia y sabiduria humana. Jesucristo la reprueba y con su ejemplo y sus palabras nos enseña que todo lo debemos posponer al culto, al obsequio, al amor de Dios y cumplimiento de su voluntad.

A los tres dias de perdido lo hallaron en fin sus Padres en el templo en medio de los doctores, enseñando, preguntando y respondiendo y cumpliendo la voluntad de su Padre celestial. *In his quæ Patris mei sunt oportet me esse.* Jesus no cumple su voluntad propia, no se deja llevar de la vanidad ni ambicion, no se detiene en las cosas y pasatiempos de este mundo, se olvida hasta de sus mismos Padres, todo lo sacrifica, y nada ocupa su alma sino las cosas de su Padre celestial. No debemos pues, movernos á obrar por los antojos de nuestra voluntad propia, por nuestro interés, nuestra pasion sino consultar siempre la voluntad de Dios y cumplirla: obrar antes que todo aquello que nos conduce á agradar y servir á Dios evitando con todo cuidado el ofenderle. Como Jesucristo, no debemos anteponer al servicio de Dios los negocios terrenos, los asuntos familiares, la utilidad, los consuelos y recreos; la compañía de los padres, ni aun el cuidado de nuestra propia persona. El nos dijo: *Meus estis et ubi faciam voluntatem ejus qui misit me.* «No

» tengo otra comida ni bebida que hacer la voluntad de
 » mi Padre que me envió.» El observó antes lo que nos
 mandó observar despues diciéndonos: el que ama á su pa-
 dre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí. He
 venido á separar al hijo del Padre y á hacer entender que
 una sola cosa es necesaria que es agradar á Dios y cumplir
 su santísima voluntad. Segun esta doctrina oimos decir al
 apóstol que si pensase ya en agradar á los hombres dejaría
 de ser siervo de Jesucristo. *Si aduch hominibus placerem
 Christi servus non essem.*

Como la voluntad de Dios es santa justa y perfecta,
 como Dios tiene un completo y absoluto dominio sobre nos-
 otros, como todo cuanto nos ordena se encamina á nues-
 tra felicidad ninguna excusa podemos hacer valer para no
 cumplirla y someternos rendidamente á ella. Hé aqui el
 compendio de la perfeccion cristiana que Jesucristo nos en-
 señó en pocas palabras. *Hágase tu voluntad.* Debemos des-
 prendernos de nuestros afectos y deseos, y no querer sino
 lo que Dios quiere de nosotros, renunciarnos enteramente
 á nosotros y ponernos en las manos de Dios, averiguar
 cual es la voluntad de Dios y lo que nos manda en su ley
 santa y querer resueltamente perder todas las cosas de este
 mundo antes que ofenderle. Si preferimos nuestros deseos
 y nuestra voluntad, si anteponeamos el agradar á los hom-
 bres, las comodidades, los honores ó los intereses de esta
 vida, nada nos queda que esperar y el Señor justamente
 nos dirá cuando reclamemos la recompensa: *Recepisti mer-
 cedem tuam.* Habeis recibido vuestra merced, y nada nos
 quedará que esperar del Señor.

Cuidemos enhorabuena de nuestros intereses y adelantos temporales, cultivemos las amistades y el servicio de los hombres; esposos, amaos mutuamente; padres, amad á vuestros hijos, y vosotros hijos, sed sumisos y reverentes á vuestros padres, nada de esto nos prohíbe Dios, pero si ha de ser faltando á lo que Dios os ordena y por medios ilícitos y reprobados; si os veis en la alternativa de elegir entre el amor y servicio de Dios y el de los hombres, no temais perderlo todo, renunciar á la carne y á la sangre por no desagradar y obedecer á Dios. Dios es primero que todo y el primero y principal cuidado del hombre. Libres de la cautividad del demonio por la gracia de Jesucristo y trasladados á su reino, como agradecidos, como fieles súbditos, como hijos queridos es necesario que no tengamos otra ley, otras costumbres, ni otra vida que la que es propia del reino de Jesucristo. Debemos estar en vigilancia y pedir continuamente á Dios que aparte nuestra voluntad de todo lo malo y nos dirija á apetecer las cosas saludables y provechosas para el alma; que no permita ni tolere que corramos en pos de nuestras concupiscencias ni que nos abandonemos á los deseos depravados de nuestro corazón, que mortifique y refrene los ímpetus de nuestra carne que se rebela contra el espíritu para que así mortificados podamos obedecerle y servirle.

Debemos considerar que aquel que hace la voluntad del Padre que está en los cielos es Hermano, Hermana y Madre de Jesucristo como El mismo nos lo enseña; que está tan íntima y amorosamente unido con Jesucristo como si fuera su Hermano, su Hermana ó su misma Madre. Y

que si vivimos segun otra ley, si abrazamos otra doctrina, si anteponeimos los deseos de la carne á la voluntad de Dios, moriremos. *Si secundum carnem vixeritis, moriemini*(1). Como el real Profeta, debemos suspirar, y pedir ilustrados con estas máximas, que nuestros pasos se dirijan todos á guardar las justificaciones del Señor; que dé su luz á nuestro entendimiento para que conozcamos sus preceptos, que nos encamine siempre segun su ley, que no nos domine la iniquidad ni la injusticia, y que meditemos en ella dia y noche; que nos renunciemos á nosotros mismos, tomemos nuestra cruz y vayamos en seguimiento de Jesucristo como nos lo manda en su evangelio. Que por servirle y agradecerle nos privemos, no solo de todo lo malo y que el Señor espresamente prohíbe, sino aun de aquello que nos concede y permite y que corremos nuestra alma á toda inspiracion y sentimiento del mundo cuando el Señor nos llame para su servicio y para los fines de su adorable providencia abandonándolo todo por ser sus discípulos.

Por esto y segun esto todos debemos resignarnos en la voluntad de Dios, conformarnos con ella y adorar su mano poderosa cuando nos envia enfermedades, tribulaciones, desgracias, opresiones, afrentas y permite que seamos tratados con injusticia, porque está es su voluntad, él nos conduce á sus fines por estos caminos y lejos de murmurar y perder la paciencia debemos sufrirlo todo con una alegría espiritual y santa probando asi que sabemos anteponer á

(1) Rom. cap. 8.

todo la voluntad de Dios. Por esto y segun esto debemos sufrir con equidad de ánimo cuanto los hombres hagan, digan y traten contra nosotros, cuantas injurias y desprecios nos prodiguen reconociendo en esto la voluntad de Dios que se vale de tales instrumentos para corregirnos y contenernos. Por esto y segun esto debemos aquietarnos en el estado, destino y condicion en que el Señor nos ha puesto permaneciendo contentos en el por cumplir así su voluntad.

Así hallaremos á Jesus si le hemos perdido, porque solo le poseen los que hacen la voluntad de Dios y como él lo abandonan todo por cumplirla. No olvidemos jamás la necesidad grande que tenemos de perder todos los bienes, comodidades, placeres y la misma vida antes que dejar de hacer lo que Dios nos manda si queremos ser hijos del Padre que está en los cielos, ni se aparte de nuestra memoria el ejemplo de Jesus que á los doce años abandonó á sus mismos Padres María y José por ocuparse de hacer la voluntad de su Padre celestial. No haya excusa ni pretexto que nos aparte de esta resolucion porque ninguna nos ha de valer en la presencia del Señor.

. Concluiré, hermanos míos, con una reflexion interesante de un doctor contemplativo sobre este misterio y es: que observemos que Jesus no se perdió en el destierro de Egipto y se pierde en la fiesta de Jerusalem; lo que nos hace entender que en los destierros y adversidades pocas veces se pierde á Dios, antes se le invoca y se le llama con frecuencia, así como en las fiestas y placeres se le pierde á cada paso. Que Jesus no se perdió en Nazaret en los años

que allí vivió y quiso perderse en Jerusalem para avisarnos que en las ciudades grandes se suelen perder los hombres que acaso no se perderian en los pueblos pequeños. Isaías lloró á Tiro, Jesucristo á Cafarnaun, Jeremías anduvo buscando por Jerusalem un hombre que hablase verdad y se volvió á su casa desconsolado y triste. En la ciudad, dice, el sabio que vió la contradicción porque allí son los pleitos, las enemistades, las discordias, las guerras, los engaños, las usuras de que están mas libres las aldeas. Que Jesus se perdió en el templo, y que esto suele suceder á los que no se contentan con su estado y con su cruz. Muchos sacerdotes le pierden en la iglesia que tal vez no le perderian en la guerra; muchos religiosos le pierden en el monasterio que acaso no le perderian en las bodas. Judas fué á buscar misericordia al templo y no la halló y la hubiera hallado tal vez en el pretorio donde estaba Jesus preso y maniatado.

Diremos, pues, que en esta vida en todos los estados, en todas partes y todos tiempos tropezamos con peligros de perder á Jesus y tal vez mas donde menos lo pensamos y que el modo de hallarle es cumplir la voluntad de Dios, resolvernos con el ejemplo de Jesus perdido en el templo á dejarlo todo por ocuparnos de hacer lo que Dios nos manda en su ley santa sacrificando nuestros intereses, nuestra quietud, nuestros amigos y parientes, nuestra vida si fuere necesario por hacer la voluntad de Dios. Así hallaremos á Jesus en esta vida y le gozaremos despues en la gloria. Amen.

SERMON

DE LA INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESUS.

Jesucristo antes de enseñarnos con sus palabras, nos enseñó con su ejemplo.

Et descendit cum eis et venit Nazareth; et erat subditus illis. El Niño Jesús volvió con sus Padres á Nazareth y volvió con ellos sumiso y obediente. Luc. cap. 2.

Nace Jesús en Belén en la pobreza y desamparo; y los ángeles le obsequian y anuncian la paz á los hombres con sus cánticos celestiales; manifiestan á los pastores de las montañas de Judea que ha nacido el Salvador del mundo y

estos le buscan y le adoran; una estrella milagrosa descubre á los tres reyes del Oriente que ha nacido el nuevo Rey de los judios y se ponen en camino para reconocerle, adorarle y ofrecerle sus dones; Herodes estiende por todas partes la noticia de la venida del Rey esperado por tantos siglos, anunciado por tantos profetas y prometido á los antiguos patriarcas, con la medida inhumana y feroz de hacer degollar á todos los niños de dos años abajo; pero despues de señalado tan pública y solemnemente el lugar y el tiempo de su venida, queda oculto, desconocido y en la oscuridad por muchos años, confundido con el comun de los hombres y sin que los mismos que le conocian y trataban descubriesen en él circunstancia alguna extraordinaria.

¿Por qué razon aquel que vino para obrar la salud y conversion de todo el mundo, que habia de ser la luz, el ejemplo y la regla universal abrazó la oscuridad de una vida oculta, una profesion humilde y despreciable, y quiso vivir desconocido de los hombres? ¿Por qué ha de estar contenido el fuego de una caridad tan ardiente y de un celo tan fervoroso y ha de sofocarse en un punto tan estrecho? ¿Por qué esta luz tan brillante y tan necesaria ha de estar escondida bajo el medio celemin y no se pone sobre el candelero para que alumbre á todas partes? ¿Por qué un talento tan distinguido se encierra y no se lucra con él, por no incurrir en la pena del siervo perezoso? ¿Por qué, en fin, no se manifiesta Jesus á la luz del mundo puesto que habia venido para enseñarle con su doctrina, atraerle con sus ejemplos, escitarle con sus palabras, reducirle á creer en él

con sus milagros, y convertirle con sus trabajos? ¿Por qué aquel tiempo que parece debia ocupar en cumplir el deber y la cualidad de Salvador del mundo, le ocupa en obras de que ninguna utilidad resulta al mundo, puesto que ni vemos pecadores convertidos, ni pueblos ilustrados con la luz de la verdad, ni hallamos fruto alguno en la vengida del Mesias viviendo oculto y retirado? Porque los consejos de la sabiduria y prudencia de Dios son muy distintos de los de la sabiduria y prudencia de los hombres.

Siempre será admirable é irrepreensible la conducta de Dios aunque no esté de acuerdo con nuestros deseos; y si Jesus quiso vivir oculto, retirado y oscurecido hasta la edad de treinta años contra lo que segun nuestro sentir exijan el oficio de Salvador, Redentor y Maestro de los hombres es porque antes de enseñarlos con sus palabras quiso enseñarlos con su ejemplo. El Niño Jesus despues que fué hallado en el templo disputando con los doctores á la edad de doce años, «volvió con sus Padres á Nazareth y vivió en su compañía y obediencia.»

Ved todo lo que el evangelio nos dice de la vida de Jesus hasta que fué bautizado en el Jordan y se retiró al Desierto; pero en estas palabras, en esta vida retirada y oculta de Jesus, en este estado desapercibido y despreciable á los ojos del mundo se nos descubren los ejemplos y las máximas mas interesantes para nuestra instruccion y nuestro consuelo. Los ejemplos de todas las virtudes que nos dió Jesus en su vida oculta será el objeto de mi discurso y de vuestra atencion, recurrien-

do antes á implorar los auxilios de la divina gracia por la intercesion de Maria Santísima.

AVE MARIA.

Et descendit cum eis ..

El Hijo de Dios vivia en Nazareth en una completa sumision y obediencia á Maria y José. Este es el compendio de su vida desde los doce á los treinta años y todo lo que nos ha querido manifestar en su evangelio. ¿No podremos decir que la obediencia abraza todas las virtudes? Jamás podremos dudar que todas las practicó Jesucristo y sin embargo el evangelista se contentó con decirnos que fué sumiso y obediente con lo que nada quedaba que añadir. ¿En cuánto, pues, debemos estimar la obediencia y de cuánto consuelo debe servirnos el ejemplo de un Dios que obedece y vive sumiso para resignarnos gustosos á obedecer y servir á los demas en el estado en que nos ha colocado su providencia? Seamos obedientes, y basta; esto solo nos asegura de que agradamos á Dios, este es el compendio de la vida perfecta. Obedeciendo ejercemos todas las virtudes. La victoria de las tentaciones está reservada á la obediencia. La paciencia, la humildad, todas las virtu-

des podemos conseguir siendo obedientes y sin la obediencia no tendremos virtud alguna. Nada se nos dice de Jesus sino que fué obediente y se nos ocultan las virtudes que practicó, porque nada mas es necesario decirnos para que seamos virtuosos y santos y ninguna excusa tendremos para no obedecer despues que el mismo Dios nos dió el prolongado ejemplo de su perfecta obediencia á los hombres.

En verdad parece admirable que habiendo venido á la tierra el Hijo de Dios para glorificar al Eterno Padre y para salvar á los hombres consumiese casi todo el tiempo de su vida en la oscuridad y sin manifestarse al mundo. Podiera en este tiempo haber recorrido el mundo, haber enseñado con sus palabras y ejemplos y haber traído á los hombres al conocimiento de Dios con sus milagros. La pobre oficina de un carpintero no parecia el lugar de asiento del Salvador del mundo, ni la vida escondida y oculta parecia propia del Mesías y de quien era Dios y hombre al mismo tiempo; pero así debió ser porque el que es la misma sabiduría, el que nada obra sin una consumada prudencia, el que no puede errar y es la misma verdad por esencia la eligió. ¿Quién hay que mas se interese en la gloria del Padre que su Eterno Hijo? ¿Quién sabe mejor los medios con que debe procurarse? La salud de los hombres, ¿no era el fin de su venida y la obra que tenia que consumir en la tierra? Sí, pues, prefirió esta vida oscura hasta los treinta años, esta fué la mas gloriosa para Dios y la obra de nuestra salud requirió este largo silencio y prolongada oscuridad. ¿Qué cosa mas admirable y mas propia para nuestra instruccion que los ejemplos de esta vida oculta y

retirada? En ella glorificaba al Padre quo quiso ser honrado con la vida silenciosa de su hijo mas que con los milagros de una vida pública y esclarecida; enseñándonos asi que la perfeccion y el mérito no consiste en que obremos ó padezcamos grandes cosas por la gloria de Dios, sino en que hagamos y padezcamos aquellas que son de su mayor agrado. En su vida oculta nos enseñaba Jesus á hacer la voluntad de su Padre, y á saber anteponer la voluntad de Dios á todas las cosas. En su amor á la vida retirada nos preparaba un remedio poderoso contra nuestra soberbia y vanagloria. En el taller del justo José nos daba los ejemplos de obediencia y de humildad que habian de hacernos amables estas virtudes y que habian de llenar los desiertos de penitentes y de ceholitas los cláustros. Esta vida oculta de Jesus ¿no es verdad que reprende nuestra soberbia; nuestro deseo de brillar y ser conocidos y apreciados del mundo? ¿No condena nuestro apetito de gloria y de captarnos la voluntad de los hombres? Nuestro celo, tal vez, nos pone en grande movimiento, intentamos cosas grandes, virtudes estrordinarias que nos adquieran celebridad, todo lo queremos hacer; pero ¿cuánto es de temer que intentándolo todo, no hagamos con fruto cosa alguna? Aunque practiquemos las virtudes mas heroicas si no las obramos por Dios y las encaminamos á Dios nada hacemos, ¿y no es la vanidad la que nos mueve á obrar el bien en público? ¿No es el amor propio el que nos impela, el deseo de sobresalir el que se mezcla en las obras que hacemos para distinguirnos de los demas, prefiriendo las ruidosas y públicas que no son de obligacion y abandonando tal vez con una negligencia y

desprecio culpable las que son obligatorias y necesarias sin mas razon que porque estas son secretas y no nos resulta de ellas gloria alguna? Pues la vida oculta de Jesus condena nuestra soberbia y arrogancia y nos dá el ejemplo para que huyamos de las obras que llevan consigo la ostentacion y la luz de la vida pública y apelezquemos el silencio y el retiro y entendamos que yerran los que solo son celosos y quieren agradar á Dios en las obras que resplandecen y son vistas y alabadas de los hombres. Las pinturas preciosas si se esponen á la luz se marchitan y se pierden, y lo mismo sucede con las obras virtuosas. La virtud que se obra en oculto es la mas segura y esas que el mundo alaba y llena de gloria no son por lo comun sino virtudes puramente exteriores; y si queremos tener á Dios por remunerador debemos cuidar que solo él sea el testigo de nuestras virtudes y que ignore nuestra mano siniestra lo que hace nuestra mano derecha.

Jesucristo pasa su vida en la oscuridad y el silencio hasta los treinta años y destina los tres últimos de su vida solamente para su predicacion y vida pública, para darnos á entender: que debemos ocupar mas tiempo en la humildad y aprovechamiento espiritual, en santificarnos á nosotros mismos, que en las obras exteriores que se ordenan á santificar á los demas; para que nos confundamos y avergoncemos cuando sin virtud, sin ciencia, llenos de una soberbia y vanidad agena del espíritu del evangelio queremos hacer ostentacion de nuestros talentos, ser maestros de los demas, ser tenidos por sábios y prudentes, ser escuchados y obedecidos con docilidad; cuando seguimos el consejo de

los porientes necios de Jesús que antes del tiempo oportuno querían que se manifestase y diese á conocer al mundo. *Manifesta teipsum mundo.* Jesucristo en los largos años de su vida retirada y oculta nos manifiesta del modo mas conveniente que la perfeccion cristiana no consiste en obrar acciones esclarecidas y públicas que llamen la atencion de los hombres: en predicar con admiracion del auditorio, en regir y gobernar á las almas, en enseñar la ciencia de Dios, en darle culto con ostentacion y emplear capitales en levantar templos, erigir altares ó costear funciones suntuosas; sino solamente en hacer aquello que es del agrado de Dios, aunque Dios pida de nosotros aquello que en el mundo se reputa por vil y despreciable: en hacer lo que es del agrado de Dios de un modo conveniente á un alma que ama á su Dios; con un amor verdadero y fervoroso, con un celo puro y desinteresado, con una fortaleza que supere todas las dificultades y en esperar humildemente á que Dios nos dé ocasiones de manifestarle nuestra servidumbre y nuestro amor con las obras que sean de su voluntad.

Jesucristo con su vida oculta manifiesta del modo mas claro que la ciencia y prudencia cristiana debe ser enteramente opuesta á la ciencia y prudencia del mundo. Que el cristiano que ha de llevar dignamente este nombre debe detestar de los engaños, los fraudes y astucias de que usa el mundo para sus fines y vivir en la simplicidad y sencillez de los niños, en la simplicidad de una vida laboriosa y retirada, sin apetecer ni buscar implicarse en los negocios que le turben y menos en los enredos que le pierdan.

Jesucristo últimamente, hermanos míos, en los años

de su vida desconocida y oculta nos dá ejemplos abundantes de todas las virtudes en su admirable obediencia porque en esta estan contenidas todas y á esta solo redujo su historia el evangelista san Lucas. Vuelto á Nazareth con su santa Madre y san José que era reputado por su Padre se estuvo en su compañía y vivió con ellos sumiso y obediente. El Hijo del Eterno Padre, el Rey de los reyes, el Señor de los ángeles y de los hombres, el Criador del mundo se somete y obedece á José y á María; vive en su casa, los sirve y ayuda en sus menesteres y atiende á sus mandados con amor, con gusto y con un espíritu de perfecta obediencia. ¡Qué prodigio! Admirable fué ver al sol obedecer á la voz de Josué y pararse el tiempo necesario para que consiguiese una victoria completa de sus enemigos; pero lo es mucho mas ver al Criador del sol obediente á la voz de la criatura. El Hijo de Dios dejó todos los privilegios de la naturaleza divina y parece que se olvidó de sí mismo y solo tuvo presente que era Hijo de María. Jesus humillado y obediente hasta la muerte á su Eterno Padre es un objeto digno de nuestro aprecio y de que procuremos imitarle; pero Jesus obediente tantos años á María y José en las cosas mas bajas y humildes es el ejemplo que condena nuestra licencia, refrena nuestros apetitos, abate nuestra soberbia y vanagloria. El Salvador del mundo reducido á vivir en una aldea en la compañía de unos pobres artesanos sirviéndolos y obedeciéndolos en todo para librar á los hombres de la servidumbre del demonio y procurarles la libertad de hijos de Dios, es el ejemplo que reprende nuestras altanerías y desobediencias, nuestros deseos de la

gloria y de los aplausos del mundo, nuestro amor al bullicio y los placeres, nuestro odio al retiro y al silencio, es el ejemplo vivo y elocuente que condena todos nuestros vicios y rebeldías, puesto que si él obedeció á los hombres en todo, en todo debemos obedecer á Dios con aquella sumision y respeto con que obedeció Jesus á los hombres.

La vida retirada y oculta de Jesus nos sirve tambien de consuelo y aliento, puesto que en el retiro, en las aldeas, en los talleres de los pobres, en los oficios que el mundo reputa por despreciables podemos santificarnos y agradar á Dios no menos que en el bullicio del mundo, en las ciudades populosas, en los altos y honoríficos destinos gozando el consuelo de que el Hijo de Dios quiso honrar la pobreza y el trabajo tomando y eligiendo para sí esta suerte en el mundo. Consideracion que debe templar la amargura de tantos infelices reducidos á lo que llama el mundo suerte desgraciada contemplándose semejantes al mismo Hijo de Dios en los trabajos, que debe llenarlos de consuelo puesto que la majestad eterna prefirió á la condicion de los ricos, de los nobles, de los reyes y señores que se estiman y tienen en mucho mas que los artistas y trabajadores la condicion de los que ganan su sustento con el trabajo de sus manos y sudor de su rostro y tuvo por indigna de su persona la condicion y estado de los poderosos.

Tomemos todos los ejemplos de sumision, de obediencia, de retiro y silencio, de humildad, de conformidad con la voluntad de Dios en la suerte á que nos destina y de todas las virtudes que nos ofrece la vida oculta, retirada y silenciosa de Jesus en Nazareth. El ejemplo de un Dios

que vive retirado y obediente á su madre y al santo José es suficiente para desterrar el espíritu de soberbia que tanto domina en el mundo y para hacer amar á todos la obediencia, la humildad y la simplicidad de la vida de los párvulos tan necesaria para entrar en el reino de los cielos. Rectifiquemos nuestras ideas ajustándolas, no á lo que el mundo piensa, sino á la doctrina que nos enseña la vida retirada de Jesús.

No seamos ya amantes de la ostentacion y vanagloria, consolémonos y alentemos nuestras esperanzas de conseguir la gloria y felicidad eterna en la condicion en que el Señor nos ha puesto, porque sea ella la que fuere en todas podemos salvarnos, porque en todas podemos ser obedientes y sumisos como lo fué Jesús. Así lograremos una vida pacífica en este mundo y despues los premios destinados por Dios en el cielo para los que sometién dose á su voluntad le sirven y obedecen. Amén.

F. L. G.

SERMON

DE LA VIDA PUBLICA Y MILAGROS DE JESUS.

La vida pública de Jesus manifiesta su divinidad.

Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis, et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti à Patre plenum gratie et veritatis. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Joann cap. 1.

Al fin se dejó ver en el mundo nuestro Maestro y Redentor Jesucristo y despues de treinta años de una vida retirada y silenciosa emprendió su vida pública y la tarea de enseñar su nueva ley á los hombres y redimirlos y salvarlos de la esclavitud del pecado, del demonio y de la

muerte eterna. ¿Qué podré yo decir de este hombre extraordinario de quien jamás podrá formarse el debido elogio, y de quien segun el testimonio del discípulo amado, no puede hablarse dignamente en cuantos libros se han escrito y puedan escribirse? ¿Qué podré yo decir del Verbo eterno que tomó nuestra carne y habitó entre nosotros, sino que vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad como nos lo dice el mismo discípulo y evangelista? ¿Qué podré yo decir para explicar las grandezas de su vida prodijiosa sino recurrir al origen y fundamento, á la causa de donde procedian sus obras admirables que es su divinidad y deciros que este hombre es al mismo tiempo el Hijo de Dios? Examinaremos la pureza y santidad de sus costumbres, la integridad de su vida, su profunda penetracion y sabiduria, lo irreprochable de su doctrina, su poder absoluto y dominio sobre la naturaleza entera y sobre el mismo infierno y todo nos convencerá de que Jesus no era un puro hombre como los demas sino que era Dios y hombre verdadero. Daremos una ojeada sobre los pasos de su vida pública y nos convenceremos de la divinidad de Jesus lleno de gracia y de verdad. Con esto conoceremos todas sus grandezas y habremos explicado todo lo maravilloso de sus obras, y nos someteremos gustosos á su ley, cantivaremos nuestro entendimiento y nuestro corazon en su obsequio y nos tendremos por dichosos en ser sus discípulos y los herederos de sus promesas.

Inspiradme Señor y comunicadme vuestros auxilios para que acierte yo á manifestar como conviene una ver-

dad de tanto interés y consuelo. Os lo pedimos por la intercesion de vuestra Madre á quien saludamos con las palabras consoladoras del ángel.

AVE MARIA.

Et Verbum caro factum est....

Nada puede darse mas necesario, más útil ni mas consolador que examinar la verdad de la religion que profesamos y de cuya verdad ó falsedad depende el arreglo de nuestra vida y nuestra suerte despues de la muerte. Si Jesucristo autor de nuestra religion es Dios verdadero, su doctrina y nuestra fé es enteramente santa, verdadera y divina, nuestras esperanzas son ciertas; y las reglas conforme á las que nos mandó obrar son seguras; y si Jesucristo no es Dios pudo muy bien engañarse y dejarnos sumerjidos en el error. No tomemos otra regla para asegurarnos de su divinidad sino la que él mismo nos dejó para conocer á los hombres. Por sus obras. Recorramos la vida pública de Jesus y nos llenaremos de consuelo al ver que en ella nos puso de manifesto, digámoslo así, y no nos dejó lugar alguno á dudar de la divinidad de su persona y de que era el Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad.

Jesús que se llamó á sí mismo el Mesías y que fué tenido por tal por muchos de los que le conocieron y vivieron con él; Je-us cuya fama se extendia por todo el mundo tuvo una vida santa y absolutamente irrepreensible, practicó y enseñó todas las virtudes en el grado mas sublime de perfeccion; fué tenido por un hombre de una piedad singular y sus enemigos jamás pudieron argüirle de pecado ni echarle en cara con verdad la mas ligera falta. Su vida hasta los treinta años fué irrepreensible y aunque pasada en el silencio y la oscuridad fué siempre pura é inocente y los mismos que se valieron para denigrarle de su pobreza y vida retirada y empleada en el trabajo como indigna del Mesías que esperaban quien creian que habia de estar rodeado de pompa y de resplandor y poder visible superior al de todos los demas hombres, jamás se atrevieron á tocar á sus costumbres, ni llegaron á hablar de su conducta en mal sentido sin una manifiesta calumnia. Le observaron muy de cerca y con una increíble frecuencia; nada pudo ocultarse de la vista perspicaz de sus rigurosos censores; cada una de sus acciones, asi como cada una de sus palabras era llamada á exámen de modo que nada pasaba desapercibido de los ojos celosos, y de los espíritus censores en quienes el odio, la envidia y el resentimiento hacia levantar sospechas para acriminarle en el momento. *Ipsi observabant eum (1) venerunt ut caperent eum in sermone (2).*

(1) Luc. cap. 14.

(2) Matth. cap. 22.

Por lo que nos dice el evangelio podemos conocer bien que abundaron los enemigos de Jesus, que le siguieron á todas partes y fueron no solamente testigos sino censureros importunos que observaban sus palabras y hasta trataban de penetrar sus pensamientos, y sin embargo ¿en qué pararon todas estas investigaciones? Verdad es que interpretaron en mal sentido sus palabras, que daban á sus obras la explicacion que les sugeria su envidia y perversidad, ¿pero le pudieron descubrir jamás algun crimen verdadero ó que tuviese apariencia de tal? 'No hubo maldad á que no se atreviesen para que Jesus perdiese la estimacion y para menoscabar y trastornar el buen concepto que se merecia entre la multitud de jentes que creian en él y le seguan; buscaron testigos falsos, levantaron calumnias, fingieron infracciones de la ley, le llamaron seductor y conmovedor de los pueblos con su falsa doctrina: ¿pero probaron jamás estas ni otras acusaciones? El mismo Pilatos á quien le presentaron como á Juez para que le condenase y sentenciase ¿no declaró franca y publicamente su inocencia y que no hallaba causa alguna en él para condenarle? Y toda la maldad y furor de los escribas, fariseos y sacerdotes ¿pudo hallar el mas ligero delito para acusarle, ni otra cosa alguna que calumnias y contradicciones de testigos falsos?

¿Diremos que á los ojos de los hombres no manifestó sino bondad y que tuvo la astucia y sagacidad suficiente para ocultar sus vicios y los defectos de su vida privada sin permitir que pasasen al vulgo ni saliesen de entre sus amigos y parientes interesados en llevar adelante el buen concepto y las apariencias de una vida santa y enteramen-

te pura? Pero Jesus conversó con todo género de personas, con hombres y mujeres, con sábios y con ignorantes, con los grandes y con los pequeños, con los justos y los pecadores sin hacer jamás empeño en ocultarse sino para orar. El mismo se manifestó en el templo, habló en la Sinagoga, predicó en las plazas, las calles y los campos, se halló en las concurrencias donde fué visto y observado de todos, y entre tantos ojos y testigos que buscaban con ansiedad motivos para acusarle é infamarle nada hallaron que pudieran reprenderle ni apareció otro crimen para condenarle que su confesion misma hecha delante de los jueces y lo que El habia publicado antes, que él era el Mesias prometido y el verdadero Hijo de Dios.

Si pues habiendo provocado públicamente Jesus á sus enemigos para que le arguyesen de pecado; si habiéndoles concedido su facultad para que ejerciesen sobre su vida la mas rigurosa censura, lo que no se hubiera atrevido á proponer un hombre de una virtud menos probada, de nada pudieron acusarle, sino de que se llamaba Hijo de Dios debieron juzgar de la santidad de su vida y de sus obras, é inferir de estas que un hombre de costumbres irreprehensibles y santas, un hombre cuyas obras eran divinas, un hombre puro é inocente, un hombre justo y recto cual ninguno se habia visto en el mundo ni que mas buscarse la honra y gloria de Dios era imposible que fuese un embustero é impostor, y que manifestándose él como el Mesias prometido é hijo verdadero de Dios él debia serlo y así debian creerlo los hombres. No es posible que un hombre tan puro, tan íntegro como le reconocian y confesaban sus ene-

migos cuando trataban de armarle lazos para perderle: *Magister, scimus quia verax es, et viam Domini in veritate doces* (1), no es posible, digo, que un hombre tan santo faltase á la verdad cuando daba razon y testimonio de si mismo enseñando que él era el Mesias, siendo así que su misma virtud y santidad debia ser la prueba convincente de lo mismo que anunciaba y de que no era engañador sino sumamente veraz. Habremos pues de conocer y confesar que la pureza la santidad é inocencia de Jesus que descubrimos no menos en su vida oculta que en su vida pública y que se vieron obligados á respetar sus mismos enemigos nos manifiesta que no era un puro hombre, sino Dios y Hombre verdadero lleno de gloria y de verdad.

Su profunda penetracion y sabiduria asi como su doctrina tan santa y sublime nos acreditan lo mismo. Uno de los caractéres de la divinidad es aquella ciencia infinita por la cual Dios conoce igualmente las cosas presentes, las pasadas y las venideras sin que haya algo que se le oculte ni que le pueda engañar y este conocimiento le manifestó Jesus constantemente durante su vida. Los apóstoles que tenian esperiencia de esta verdad no vacilaban en decir: *Domine tu nosti omnia* (2). Señor todo lo conoceis. En Cristo Jesus, dice san Pablo, estan escondidos todos los te-

(1) Matt. cap. 22.

(2) Joann c. 2.

soros de la sabiduría y la ciencia de Dios (1). Con esta ciencia anunció la destrucción y ruina de Jerusalén, la extensión de su iglesia, la pérfida traición de Judas, la negación del Príncipe de los apóstoles, la dispersión de sus discípulos cuando él fuese presa de sus enemigos, su resurrección gloriosa, su ascensión triunfante á los cielos, la venida del Espíritu-Santo. Todos los tiempos son como un punto presente para Jesucristo; para él no hay pasado, ni futuro por mas que los sucesos hayan de verificarse después de muchos siglos. Hizo mas Jesucristo. Conoció los secretos de los corazones que son impenetrables y solo puede conocer su Criador; descubrió las intenciones y los pensamientos que solamente puede conocer Dios mientras están encerrados en el hombre. Los ángeles mismos no alcanzan á conocer los secretos de nuestros corazones, esa ciencia reservada enteramente á Dios. Pues Jesucristo veía y ponía de manifiesto los pensamientos de los hombres y respondía á sus enemigos antes que hablasen..... *Cum vidisset cogitationes eorum dixit: Qui quid cogitatis mala in cordibus vestris?* Todo estuvo desnudo y patente á sus ojos. Diremos, pues, que aquel que conoció, predijo y reveló lo que solo puede ser conocido de Dios, aquel que tuvo la ciencia de Dios es verdadero Dios, es la sabiduría increada, el Verbo eterno que se dignó habitar con nosotros.

A algunos justos de la nueva ley y á los profetas de la

(1) Coless. c. 2.

antigua ha descubierto Dios algunos secretos y han anunciado algunos sucesos; pero ellos mismos confesaron que recibían estos conocimientos de Dios que se los comunicaba, y se limitaban á ciertos y determinados acontecimientos. Jesucristo lo conocía todo indistintamente y su ciencia procedía de él mismo, y si decía que la había recibido del Padre era en cuanto que se le había comunicado con la naturaleza divina que era común y una misma cosa con el Padre como lo anunció explicando su doctrina.

Su doctrina, amados míos, hé aquí otra prueba luminosa de la divinidad de Jesús y basta recorrer el evangelio para convencerse. Jesús no ha estudiado las letras ni frecuentado las aulas y sin embargo nada hay comparable con su predicación; sus palabras persuaden, convencen, mueven y los pueblos van en pos de él por oírle. El penetra y aclara el sentido de las escrituras, sus parábolas son de una ciencia superior á cuanto han escrito los sabios y el conjunto de su doctrina y su moral la mas pura, la mas social, la mas consoladora de cuantos códigos ha visto el mundo. En ella no hay la mas leve contradicción; con ella no hay peligro de perderse, el hombre de todos los estados, condiciones y países halla lo que debe practicar y como debe llenar sus deberes; su principio es la caridad, y su término es la caridad, cuanto mas se la examina se la halla mas perfecta, mas admirable, mas santa, mas justa. ¿Quién pudo ser su autor sino el mismo Dios? Abandonad esas lecturas profanas que envelesan en el momento y en seguida desaparece la ilusión, si ya no perturban é inquietan al alma y roban la virtud; leed el evangelio de Jesús y hallareis cada vez

mas que admirar; sensaciones mas gratas, pensamientos mas sublimes y sacareis instrucciones de prudencia, de educacion, de piedad, hallareis la ciencia del cielo que os hará agradables á Dios y á los hombres.

Busquemos en la vida de Jesus otras pruebas y argumentos de su divinidad y hallaremos tambien las que él mismo nos dá en las obras de su poder y de las que se valió para dar testimonio de que era el enviado para salvar á los pueblos. Sus repetidos y admirables milagros manifiestan bien que la naturaleza toda le obedece, los cielos y la tierra, la vida y la muerte sigue sus órdenes y que el que así dispone del mundo entero no puede ser sino su autor, el que le crió de la nada, el mismo Dios. Convenia que Jesucristo acreditase de un modo indudable que él era el Mesias y que no tenian que esperar á otro los hombres; y lo acreditó realmente no con discursos elocuentes, no con un aparato de poder y magnificencia terrena conforme á los groseros deseos de los judios, sino con las obras milagrosas de su poder y haciendo ver que le habia sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, con su poder sin limites que es la señal mas propia de la divinidad. Si no quereis creer á mis palabras, creed, decia, á mis obras que ningun otro ha hecho. Anunciad lo que habeis visto y oido: los ciegos ven, los sordos oyen, los paralíticos andan, los muertos resucitan y á todos se anuncia el reino de Dios. Mis obras dan testimonio de mí y si yo no hubiera venido y las hubiera obrado tendrían los hombres alguna excusa de no haber creído que yo era el enviado de Dios, pero habiendo obrado tantos milagros ninguna excusa tiene el que no crea.

Es indudable que los milagros verdaderos no pueden obrarse sino por Dios, y por consiguiente en confirmacion de la verdad. Jesucristo obró tantos que no hubo quien pudiera dudar de ellos: fueron demasiado frecuentes, demasiado públicos, demasiado célebres; la resurreccion de Lázaro solamente es bastante para comprobar y persuadir su divino poder. Luego Jesucristo fué Dios porque tuvo el poder de hacer milagros y porque los obró en confirmacion y en testimonio de que él era Dios, y de otra suerte Dios comprobaria con su autoridad y poder la mentira y la calumnia lo que no puede decirse.

Solo Dios segun confesion de los mismos judios tiene potestad para perdonar los pecados cometidos contra su majestad infinita, y Jesucristo los perdonó públicamente muchas veces á varios pecadores y comunicó este poder á sus apóstoles y sucesores: *Quorum remiseritis peccata remittuntur eis*. Los pecados que perdereis serán perdonados. Luego Jesucristo es Dios. Para que conociesen y quedasen convencidos sus enemigos de que tenia potestad para perdonar los pecados dijo al paralítico que se le presentó pidiendo ser sano: en prueba de que tengo tan soberano poder levántate, toma tu cama y anda. Este fué el fin para que vino Jesus al mundo; á perdonar los pecados; por eso se llamó Jesus que quiere decir Salvador porque habia de salvar de sus pecados á su pueblo.

Diremos, pues, que la vida pública de Jesus en que descubrimos su pureza, su santidad y virtud esenta de toda sospecha de pecado, su infinita sabiduria con que conoce lo presente, lo pasado y lo futuro, asi como los mas escon-

didos secretos del corazón del hombre, su doctrina celestial tan suave, tan consoladora, tan general y tan propia de todos los hombres y de todos los tiempos, su poder sin límites sobre toda la naturaleza y sobre el mismo infierno puesto que se extiende á perdonar los pecados nos manifiesta bien que Jesús no es un puro hombre sino que es hombre y Dios juntamente, que es el Verbo hecho carne lleno de gracia y de verdad que se dignó habitar entre nosotros; nos manifiesta la divinidad del autor de nuestra religión adorable.

¿Qué diremos ahora de nuestra tibieza, nuestro olvido y desprecio de la ley santa que nos dejó Jesucristo? ¿La estimamos y cumplimos como merece ser cumplida una ley emanada del mismo Dios? Y si el evangelio es obra de Dios, si Jesucristo su autor es el mismo Dios ¿qué consuelo para el alma fiel que se propone cumplirle? Luego cuanto en él se nos enseña, cuanto se nos promete, la eternidad de una felicidad sin fin, todo es verdad y tendrá su verdadero cumplimiento. Luego hay un tormento que no tendrá fin para castigo de los malos y su suerte será muy distinta de la del justo. ¿Qué pensamiento tan cruel para el licencioso y pecador. Luego porque Jesucristo es Dios, porque nada le podemos ocultar, porque ha de juzgarnos según su ley debemos obrar conforme á su doctrina; porque es poderoso y tiene potestad para perdonarnos debemos recurrir con tiempo y con un verdadero dolor pidiéndole como la Magdalena que nos perdone nuestros pecados y nos salve de la esclavitud de nuestros enemigos; porque es Dios debemos obedecerle, servirle y

adorarle imitando la santidad y pureza de su vida , pidiéndole sus auxilios para hacer obras de justicia y santidad , venciéndonos á nosotros mismos y triunfando de nuestras pasiones para gozar despues con él la gloria del Padre por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

SERMON

DE LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR.

De la felicidad de la gloria.

Transfiguratus est ante eos. Se transfiguró delante de ellos. Math. cap. 17. v. 2.

¡Qué admirable (1) se ha manifestado siempre la divina sabiduría venciendo gloriosamente la maliciosa astucia del demonio! Si con diligente osadía llevó á Jesucristo á lo alto de un monte, y desde él le manifestó las galas, ri-

(1) Sap. 7. v. 30.

quezas y hermosura de los reinos de la tierra prometiéndoselas en premio de una servil adoracion, el Maestro de la divina sabiduría lleva hoy á los suyos á lo alto de otro dichoso monte en el que les muestra las grandezas y glorias del reino de la inmortalidad prometiéndolas á quien le adore y sirviere. Ciertamente se puede llamar con san Pablo (1), el evangelio que trata de la gloriosa transfiguracion, el evangelio de Jesucristo; porque en él se representa victorioso de la milicia del demonio, vestido de gloria y hermosura, con tan brillante resplandor que á su vista se oscurece el sol, y rebosando á sus vestidos la gala de su glorioso cuerpo, quedan lucidos, blancos y luminosos como el mismo sol. ¡Oh qué hermosura tan extraña! ¡Qué belleza tan inesplicable! Considerándola el profeta (2), muchos siglos antes bendice á su alma y la habla de esta manera: bendice, alma mia, á mi Señor. Mi Dios y Señor se ha engrandecido en gran manera. Ha vestido la confesion y el decoro, ha tomado la luz por vestidura. Ha estendido el cielo como se esticude la piel. Misteriosas palabras que descubren el singular favor que hace Jesucristo á sus discípulos manifestándoles la gloria que ocultaba en su cuerpo mortal y pasible. ¡Oh qué hermosura! ¿Quién se resistirá á la impresion de semejantes resplandores? Una figura hermosa arrebató los ojos de cuantos le miran. Los que vieron (3)

(1) Cor. 4. 4.

(2) Ps. 103.

(3) Ecch. 23. 44.

en Jerusalem pintadas las hermosas imágenes de los caballeros de Caldea, de tal modo se embriagaron con su vista que parecia haber perdido el juicio: *insanivit super eos concupiscentia oculorum suorum*. No apartan de ellos sus ojos, y ofrecen por ellos sus personas, sus haciendas y sus vidus. ¡Cuán justo será que hoy se lleve nuestros ojos, la gloria y hermosura de Jesus! En ella se nos manifiesta la del Eterno Padre que habita en un trono de resplandores y de luces. ¡Qué gallardía! ¡Qué hermosura! ¡Qué magestad!

El divino sol que todo lo alumbra y alegra, que todo lo llena de la gloria de Dios, entra hoy en el cielo de donde hace descender al Padre en la voz que le declara y reconoce, y al Espíritu-Sant., en una nube luminosa. Penetra al Limbo y saca de él á Moises. Entra en el Paraíso Terrenal y trae á un fortunado profeta. Mira á la tierra, y elige á nombre de todos los (1) estados, tres amados Apóstoles: *sol super omnia respexit et gloria Domini* (2) *plenum est opus ejus*. ¡Obra grandel! ¡Obra maravillosa llena de la grandeza y gloria de Dios! Obra que debemos contemplar con la dignidad que corresponde: obra que para que podais penetraros del cúmulo de felicidades que encierra, os dará una idea de la inmensidad de bienes que Dios tiene preparados en el cielo para los que observan su santa y divina ley; bienes cuya inmensidad se colige de la grandeza y hermosura del sol, de la luna y de las estrellas: bienes que con-

(1) D. Christ. hom. 38. in Matt.

(2) Eccl. 42. 46.

sisten en disfrutar de la gloria que manifestó Jesucristo en su transfiguración, y en la unión del divino Ser con los santos en la celestial Sion, y cuya gloria de la que se llenará el alma con la fruición de Dios se comunicará al cuerpo. Ved ya trazado el plan de este breve y sencillo discurso.

Dios omnipotente y santo, iluminad mi entendimiento, purificad mis labios, inflamad mi lengua, encended mis palabras, para que pueda dar á mis oyentes una idea de la grandeza de los bienes que teneis preparados en la patria celestial á los que observan vuestra ley santa. Esta gracia os pido por la intercesion poderosa de la depositaria de todas las gracias María Santísima á quien humildes y reverentes saludamos con las palabras del ángel.

AVE MARIA.

Transfiguratus est ante eos.

Describiendo el profeta Isaias (1) los bienes preparados al hombre en este lugar de delicias dice: *Faciet Dominus in monte hoc convivium, convivium pinguium, pinguium medu-*

(1) Isai. c. 25. v. 6.

Utorum vindemie defecate. Palabras misteriosas; en las que bajo el simbolo de manjares gruesos, sustanciosos y de purados se señalan unos bienes de singular grandeza que no pueden explicarse con ninguno de los nombres con que se significan los bocados mas regalados de la tierra. Espo- niendo san Agustin (1) las palabras de David: *Beatus vir cujus est auxilium abs te* (2) *ascensiones in corde suo disposuit.*.... pregunta cuáles son y de qué calidad los bienes que ha preparado el Señor para premiar á sus siervos? son por ventura manjares delicados, alhajas preciosas, ó joyas de brillante hermosura? Yo no sé explicarlos, responde, ni jamás ha podido comprenderlos la mas sublime criatura.

El citado Padre para darnos una idea de la grandeza y hermosura del cielo fija particularmente su atencion en el sol, la luna y las estrellas, y dice, que puso el Señor estas (3) criaturas en el universo para que fuesen unas señales de la magnificencia y hermosura de su casa. Si para este lugar de destierro nos ha concedido tan hermosas y brillantes criaturas ¿qué será lo que ha reservado para el lugar en donde reine eternamente con sus santos? ¿Qué cosa es este sol que nos alumbra en el dia, y esta luna que nos alegra entre las tinieblas de la noche?

¿Qué esta multitud de estrellas que esmalta la hermosa

(1) Un Ps. 449.

(2) Ps. 83,... 6.

(3) Lb 43. de Genes ad litor. c. 43 in imperf.

bóveda que nos parece cubrir la tierra que habitamos? ¡Oh prodigios de la divina sabiduría y omnipotencia! ¿Quién no se llena de admiración al considerar la rapidez de su movimiento, á cuya velocidad no puede compararse la de la bala arrojada con indecible violencia del cañon? ¿Quién podrá medir el espacio que recorren en su rapidísima carrera? ¿Quién podrá calcular la distancia de la tierra á las estrellas, que siendo soles de singular resplandor y prodigiosa grandeza, parecen puntos muy pequeños? ¿Quién el espacio total en donde se encierran tan diversos y magníficos cuerpos? Si tan espacioso es este universo, tan grandes los cuerpos que le forman tan admirable y concertado el orden de sus movimientos, ¿cuánta será la magnificencia, estension y orden de la casa de Dios, asiento de su corte soberana y trono de su gloria? ¡O Israel! *Quam magna domus Domini, et quam ingens locus possessionis ejus? Imensus est et non habet finem.* ¡Oh hombres! Sullid con vuestro pensamiento y ved que tal será la grandeza de aquel lugar que esperais gozar. Observad la belleza y hermosura de estos cuerpos, y colegid cuál será la de la corte celestial en donde habita y reina Dios. Mirad la techumbre hermosa y brillante que puso Dios á esta casa terriza y corruptible, y considerad cuál será la de su propia casa. ¡Oh qué hermosura! ¡Qué claridad, qué resplandores!

¿Quién no se llenará de consuelo al contemplar la dichosa suerte que le promete el Señor en la vida eterna? ¿Quién levantando sus ojos hácia esta ciudad santa, y viéndola tan resplandeciente y hermosa sabiendo que está

preparada para su habitacion y morada eterna no dirige hacia ella sus votos y deseos? Ved aquí, dicen los santos padres, el misericordioso fin con que se vistió Jesucristo de gloria y resplandores en la presencia de sus apóstoles; para encender en su corazon los deseos de aquella incomprensible felicidad, y animarlos á emprender el camino que conduce á ella. El evangelista (1) vió aquella hermosa ciudad cuyos cimientos eran piedras preciosas, las puertas piedras de inestimable valor, las plazas ladrilladas de tejuelos de oro, tan resplandecientes como el sol, porque la alumbraba el cordero de Dios: habia en ella una fuente de aguas vivas, y en torno árboles de tan maravillosa virtud, que hasta sus hojas daban salud á las jentes: todo cuanto en ella habia era precioso y alegre. Admirado á vista de tan glorioso espectáculo, oye la voz del ángel que le dice: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus et habitabit cum eis*. Esta ciudad, que ves tan magnífica como hermosa, es la morada destinada por Dios para el gozo eterno de los hombres. Sorprendido el evangelista al oir estas palabras, se arrojó á los pies del ángel y se los besó en señal de reconocimiento por la grande promesa que le hacia. ¿Cuáles deberian ser las señales de reconocimiento en el cristiano, cuando le muestra su divino Salvador en su cuerpo transformado en luces la admirable gloria preparada para su eterna mansion en compañía de los siervos del Señor? Cristianos los que buskais al Señor, alzad los ojos y ved

(1) Apocalip. 20.

la señal de la eterna gloria que os espera; no levanteis vuestra vista á las riquezas que se huyen de vosotros (1) y tanto resisten á vuestras eficaces diligencias, fijadlos en unas riquezas de infinito precio que no se huyen de vuestro alcance, antes bien os esperan, os desean y el Omnipotente os ruega y convida con ellas.

Pero apliquemos nuestra consideracion á la felicidad y gloria que gozará en este suntuoso palacio del Rey del cielo el alma que sea recibida en él, y sentada en una de sus sillas inmortales. Y en primer lugar, como en la union admirable de la divina persona con la humanidad se juntaron toda la gloria, propiedades y perfecciones de Dios con la naturaleza humana en Jesucristo, así en la glorificación de los santos se juntará Dios con aquellas almas escogidas empapándolas, para decirlo así, en su gloria, á la manera que se empapó el fuego en la zarza de Moises dejándola convertida en su sustancia, y penetrada de sus resplandores. Esto es lo que dijo el apóstol: *Cum* (2) *renerit, glorificari in sanctis suis, et admirabilis fieri in omnibus qui crediderunt*. Todo Dios se dará al alma con toda su sustancia, omnipotencia, gloria, magestad, eternidad sabiduría, riqueza; de manera que nada tendrá Dios que no sea del alma y tan suyo que lo poseerá en sí misma, y lo encerrará dentro de sí; mas suyo sin comparacion que el oro y la plata, las heredades y posesiones de la tierra,

(1) Prov. 23.

(2) 1. Cor. 13. 28.

y aun los propios vestidos que no pueden entrar en el cora-
zon, ni encerrarse en él.

Con efecto, cada uno de los felices moradores de aquella
casa santa poseerá á todo Dios, sin que por eso sea menor la
participacion de esta gloria en los demas bienaventurados por-
que en todos y en cada uno estará el Señor: como en el adora-
ble sacramento del altar, que es la señal y prenda de aquella
vida gloriosa, se comunica á todos y á cada uno en particular,
sin distincion ni reserva: *Sicutotum omnibus quod totum
singulis*. Si es tan prodigiosa la participacion de la divinidad
en este manjar divino, en el que aunque se nos dá todo
Dios, viene disfrazado y envuelto en misteriosos velos,
¿cuál será la que gozará el alma justa, que comerá y bebe-
rá con Dios en su reino celestial? Toda el alma se henchirá
del ser divino; todo su entendimiento de la verdad infinita,
su voluntad del bien infinito; sus sentidos y todo su cuerpo
de los tesoros celestiales quedando convertido en un vaso
de oro, adornado de las piedras mas preciosas y brillantes.
Sicut vas (1) auri solidum ornatum omni lapide precioso.
Pondrá en aquellos cuerpos gloriosos todo cuanto bueno
hay en las criaturas mas perfectas la claridad del sol, la
belleza de la luna, la incorrupcion de los cielos, la suavidad
de las flores, la frescura de las fuentes, el gozo de los mas
delicados manjares, la lijereza del águila, la fortaleza del
diamante, la firme salud de las estrellas. El profeta Joel
hizo una elegante descripcion de esta gloria universal de

(1) Eccl. 50. 10.

las almas y de los cuerpos de los bienaventurados en aquellas palabras (1). *Et erit in die illa, stillabunt montes dulcedinem, et colles fluent lacte, et per omnes rivos Judæ ibunt aquæ, et fons de domo Domini egredietur, et irrigabit torrentem spinarum.*

Los montes, espone san Gerónimo (2) destilarán dulzura y de los collados nacerán fuentes de leche. Esto es, llenándose de la gloria de Dios el entendimiento y voluntad de la criatura, saldrán de allí, y brotarán fuentes de suavidad y dulzura que inundarán todo el cuerpo: correrán estas fuentes por todos los arroyos de Judá. El cuerpo del hombre es, como dijo un filósofo, una tierra llena de acequias, ramificado en multitud de venas que llevan á todas partes el jugo y sustento necesario. Todas se llenarán de estas aguas de inestimable gozo.

Los ojos verán la santísima humanidad de Jesucristo, el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres, en tan supremo grado que viéndole perpétuamente los ángeles, siempre le desean ver: *in quem desiderant angeli prospicere*. Unese en ellos, dice san Agustín (3), el deseo con la hartura, sin que el deseo les aflija, ni la hartura les fastidie. Tal es la belleza, la grandeza, y hermosura de aquel sumo bien, que encierra en sí to-

(1) Joel 3. 18.

(2) In. c. 3. Joel.

(3) Lib. medit, c. 8.

dos los bienes. Este es el interior de aquella humanidad que es el digno objeto de la complacencia de su eterno Padre. Su estado es tan bello que escita (1), la admiración del sol y de la luna. Verán, dijo Isaias (2), al Rey del cielo en toda su hermosura: *Ragem in decore suo videbunt oculi ejus*. Verán también á la Princesa del cielo mas hermosa que el sol, mas bella que la luna, de cuya gracia se admiran las estrellas de la mañana, y aun los supremos serafines. Verán á los grandes del palacio de Dios, san Juan Bautista, san Pedro, san Pablo.... Los ejércitos lucidos de los mártires, cuyos cuerpos estarán mas sembrados de resplandores que en esta vida de llagas.... ¿Cuál será el gozo de aquellas almas felices viendo tanta gloria en sus hermanos, hacia quienes estarán animados de una caridad perfecta? No será menor el consuelo y deleite de los oídos que serán recreados con músicas y cantos celestiales de tan extraña suavidad y dulzura, que apenas han podido sostenerla los siervos de Dios, á quienes en esta vida se ha concedido un destello de este gozo soberano. El olfato, el gusto.... todo el hombre, en una palabra, será embriagado en delicias y por todas las canales de sus venas y sentidos correrán arroyos de aguas celestiales y suavísimas: *per omnes rivos Judæ ibunt aquæ*. Allí cesarán todas las espinas y miserias de la carne, el hambre, la sed, la enfermedad, las lágrimas;

(1) D. Ambr. serm. 40. de pas. B. Aga.

(2) Isai. 23. 47.

no será conocido (1) en aquel lugar santo el clamor, el llanto, ni la aflicción. El torrente de las espinas será regado con las aguas de la gloria: *et fons de domo Domini egredietur, et irrigabit torrentum spinarum.*

Tal es, católicos el cúmulo de bienes y felicidades que Dios tiene preparados en la Jerusalén triunfante para los que observan su santa y divina ley; bienes cuya inmensidad, como habeis oído, se colige de la grandeza y hermosura del sol, de la luna y de las estrellas: bienes que consisten en gozar de la gloria que Jesucristo manifestó en su transfiguración y en la unión del divino Ser con los santos en la celestial Sión, y cuya gloria de la que se llenará el alma con la vista del sumo bien se comunicará al cuerpo.

¿Y quién será el cristiano que no trabaje para hacerse acreedor al goce de unos bienes tan imponderables? ¿Quién no sentirá su corazón abrasado en el amor de Dios con el pensamiento de la eterna bienaventuranza? La mayor tibieza y frialdad se disipará en nosotros y adquiriremos el calor de la caridad si traemos á nuestra consideración y hacemos que repose en nuestro seno la nueva y bella esposa del cordero vestida de brillantes ropas, y adornada de riquísimas joyas que es la pura y eterna Jerusalén. Consideremos el premio que nos está preparado en aquella mansión de delicias: sigamos el camino que nos marca el Salvador divino: despreciemos los placeres, regalos, honras y riquezas de la tierra: mortifiquemos nuestros sentidos, re-

(1) Apoc. 21. 4.

frenemos nuestras pasiones; así tendremos una muerte piadosa á los divinos ojos y despues la dicha de oir de la boca de Jesucristo aquellas dulces y consoladoras palabras, venid benditos de mi Padre á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo que es la gloria que os deseo. Amen.

F. M. L.

SERMON

DEL LAVATORIO DE LOS PIES DE LOS APOSTÓLES.

Jesucristo hizo recomendable la humildad con el ejemplo de lavar los pies á sus discípulos.

Cæpit lavare pedes discipulorum. Comenzó á lavar los pies de sus discípulos. Joann cap. 13.

Para referirnos el evangelista san Juan el hecho memorable de Jesucristo en la última cena que celebró con sus discípulos de abajarse hasta lavarlos los pies como pudiera hacerlo el siervo de todos, nos preparó con el elogio y recuerdo del amor grande que tuvo toda su vida á los hombres y que en el fin quiso manifestar de un modo mas expresivo. Y á la verdad, ¿cómo puede explicarse la con

ducta de un Superior, de un Maestro, de un Dios hecho hombre, del Criador de cielos y tierra á quien adoran y sirven millares de ángeles que se levanta de la mesa, deja sus vestidos, se cñe una tohalla, toma agua en una palan- cana sin servirse sino por sí mismo y empieza á lavar los pies á sus discípulos y á enjugarlos con la tohalla de que está ceñido sino recordando su amor infinito, aquel amor que le obligó á venir de los cielos á la tierra, aquel amor que tuvo toda su vida á los hombres y que en el fin quiso manifestarlos con todo el afecto de su corazón? ¿En dónde cabe tanto abatimiento por engrandecer al hombre sino en un corazón lleno de caridad y de amor del hombre? ¿Quién no se admirará viendo aquel á cuyo arbitrio se estremecen las columnas del firmamento y á cuyo solo nombre se do- bla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno arrodillado delante de unos pobres pescadores lavándolos los pies con sus santísimas manos y besándolos con sus purísi- mos lábios, sin escluir al mismo Judas que *sabía* que le habia de entregar en aquella misma noche? Sabe Jesús que él es el Unigénito de Dios, que vino de su seno y que ha de volver pronto á él lleno de triunfo y majestad, que el Padre ha puesto todas las cosas en sus manos y que tiene una potencia sin límites y sin embargo, cuánto mayor es, cuanto mas elevado, cuanto mas poderoso, cuanto mayores son sus méritos y su dignidad tanto mas se humilla. Su amor solamente es el peso que le hace inclinarse y abatirse y sin temer presente el grande y excesivo amor de Jesús á los hombres jamás podríamos comprender tan grande humildad y abatimiento.

¿Y para qué, Señor, para qué quisísteis humillaros hasta tal extremo á los pies de los hombres? ¿Para qué, esclaman san Juan, Crisóstomo, esas manos que con solo tocar sanan á los ciegos y leprosos se abaten á lavar los pies de unos pescadores? No nos admiremo, dice el mismo santo; las manos de Jesus no obraron menor milagro curando nuestra soberbia.

¡Dios mío! ¡Qué difícil era inspirar al hombre la humildad! Y aunque tiene tantos motivos para humillarse; ¿cuántos ejemplos necesita para resolverse á ser humilde? Compadecido vuestro amor quiso curar su soberbia y si vuestra vida toda fué un ejemplo continuo de humildad en los momentos últimos le hicisteis mas recomendable y apetecible esta virtud.

Jesucristo abatiéndose á lavar los pies á sus discípulos nos hizo recomendable con su ejemplo la humildad. Hé aquí hermanos míos, lo que el evangelio mismo nos dice; lo que nos recuerda esa ceremonia augusta que acabais de presenciar y lo que voy á manifestaros en mi discurso. ¡Quiera el Señor que imitemos todos su ejemplo y nos desprendamos de la soberbia y vanagloria que tanto nos domina! ¡Qué empecemos á lavar los pies de nuestros hermanos ejercitando con ellos todos los actos de caridad y de humildad que Jesucristo nos manda y nos enseña! ¡Que desentendiéndonos de las vanas distinciones que nos diferencian en este mundo y que fomentan nuestro orgullo y altanería suspiremos y anhelemos por ser humildes. Tales son los deseos y resoluciones que quisiera haceros formar, y para lo que mis palabras no tienen virtud, si Vos Señor,

no las acompañais de los auxilios y mociones de vuestra gracia. Esta os pedimos por la intercesion de vuestra Madre á quien saludamos con el ángel.

AVE MARIA.

Capit lavare.....

Los hombres miran como un mal á la humildad y como una bajeza el humillarse. Todos por lo comun apetezen ser tenidos en mucho, obsequiados y respetados, no ceder á otro su lugar, buscan su engrandecimiento y no dejan escusa ni pretesto para evitar el humillarse. La humildad se mira con tanto horror y desprecio, como se mira con estimacion y con gusto la elevacion y la gloria. Jesucristo nos enseñó que para ser esaltados no tenemos otro camino que la humildad, que Dios resiste á los soberbios y dá su gracia á los humildes y que así como nuestra ruina proviene de la soberbia y desobediencia de nuestro primer Padre, nuestra justificacion debe tener su orijen en nuestra sumision y humildad. El evangelio es una leccion continua de humildad; pero para quitarnos toda escusa y hacernos amable y apetecible esta virtud quiso el mismo Jesucristo enseñarnosla con su ejemplo. Se postró á los pies de sus discípulos siendo su Maestro y su Señor, se los lavó y en-

jugó y dijo despues con todo el afecto de su corazon. Ejemplo os he dado para que conio he obrado jó, obreis tambien vosotros; nos mandó imitarle haciéndonos ver que si él siendo Señor y Maestro habia lavado los pies de sus discipulos debiamos con mas razon nosotros lavarnos unos á otros los pies, y nos propuso para alentarnos mas á imitarle las seguras recompensas y premios: « Sabiendo esto sereis » bienaventurados si lo haceis » Pues un ejemplo tan esclarecido del hombre Dios, un precepto de un Señor y Maestro tan grande, una merced y recompensa ofrecida por el mismo Criador de todas las cosas debe ser lo bastante para alentarnos á ser humildes y para resolernos á tener en el debido aprecio y estimacion á la humildad por mas que seamos ambiciosos de nuestra gloria y nos resistamos á todo lo que sea deprimirnos y envilecernos. Todo lo que estimó el Verbo hecho carne, lo que tomó y probó en sí mismo; de lo que nos dió un glorioso ejemplo y mandó que lo imitásemos ¿dejará de ser santo y glorioso para nosotros? El es la misma gloria por esencia, como le llama el apóstol y la comunica á todas las cosas que obra, no menos que á las que se acercan á él ó tienen relacion con su persona. Asi la cruz que antes de morir en ella Jesucristo era un patíbulo infame, se ennoblecíó y convirtió en una señal de gloria con la muerte que en ella sufrió nuestro Señor. En este sentido, dice san Bernardo, la pobreza fué despreciada y aborrecida antes que nuestro divino Salvador la consagrarse; pero despues ha sido tenuta en grande aprecio y honor, de modo que no se han avergonzado de abrazarla aun los que han sido ricos y poderosos en el mundo. *Paupertas Christi*

nulli est erubescenda nobilitas (1). ¿Por qué no hemos de decir lo mismo de la humildad? ¿Podrá el cristiano llamar indecoroso y vil el humillarse por Dios y siguiendo el ejemplo del mismo Dios hombre? Las acciones mas humildes y que se tienen por propias de los criados y esclavos solamente ¿dejarán de ser gloriosas despues que el mismo Dios no las tuvo por indignas de su persona y nos las enseñó con su ejemplo? Trayendo á nuestra consideracion el acto admirable de Jesus al lavar los pies á sus discípulos, no olvidemos lo que del mismo Jesus nos dice el evangelista: *Sciens quia omnia dedit ei pater in manus et quia á Deo exivit et ad Deum vadit, surgit á caena*. En el acto mismo de lavar los pies á sus discípulos tenia muy presente Jesus todo lo que él era, su grandeza, su majestad, su poder que habia venido de Dios y que iba á volver al mismo Dios, y sin embargo se postra y humilla para curar nuestra soberbia y comunicar su gloria á la humildad. Siendo nosotros débiles, miserables, flacos y sin virtud ni poder alguno ¿tendremos á mengua el humillarnos habiéndose humillado antes Jesucristo? Confesemos, pues, que el ejemplo de Jesucristo que se humilló hasta lavar los pies de sus apóstoles nos hizo gloriosa, recomendable y apetecible la humildad. Los hombres no conocian el precio ni la práctica de esta virtud. *Quod ego facio tu nescis modo*. Fué preciso que el mismo Dios se le diese á conocer con un espectáculo admirable, *cápít lavare pedes discipulorum*, y les recomendase

(1) Scrm. 4. in Nativ. Dom.

que imitasen su ejemplo. *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego fedi ita et vos faciatis.*

Jesucristo habia enseñado á sus apóstoles que ocupasen siempre el último lugar, pero quiso darlos el ejemplo en sí mismo abatiéndose á lavar los pies de los que no merecian besar los suyos; no podremos dudar despues de esto, que este lugar último, el lugar de la humildad es un lugar de honor porque es el lugar propio que quiere ocupar el hombre Dios; que la humildad nos eleva y hace semejantes á Dios; que las obras de humildad que ejercemos á ejemplo de Jesucristo son gloriosas porque traen hácia sí las miradas de Dios y merecen su elojio.

Ademas del ejemplo de Jesucristo que tanto nos recomienda la humildad tenemos tambien el precepto que nos dá de que nos lavemos los pies unos á otros, esto es: de que seamos humildes y no rehusemos el servirnos en los oficios que manda la caridad. Apenas acabó de lavar Jesus los pies de sus apóstoles y de darlos tan admirable ejemplo los recordó que era su Señor y Maestro, y con la autoridad de Señor y Maestro los mandó que imitasen su ejemplo. Ya los habia dado el precepto de la humildad mandándoles ser semejantes á los párvulos, ya los habia recomendado que no apeteciesen los puestos de honor y distincion sino que eligiesen siempre el último lugar; ya los habia dicho que la humildad era del agrado de Dios y que nada queria mas que el que aprendiesen de él á ser humildes; que la humildad era el fundamento de su ley; pero los apóstoles habian descuidado el cumplir el precepto de ser humildes tanto que en el cenáculo mismo se suscitó entre ellos la disputa de

cual era mayor, y Jesus lavándolos los pies hace lo mismo que los ha mandado para lograr que este precepto tan duro y repugnante á la soberbia humana se mitigue y haga llevadero con su ejemplo. Con su ejemplo hace mas fácil su ejecucion, y mandando de nuevo la humildad hace honrosa su práctica por la autoridad del que manda. Si se tiene á honor el hacer las cosas que mandan y son del agrado de los príncipes y poderosos ¿no lo será el hacer lo que Dios nos manda y el hacer por Dios y en obsequio de Dios las obras de la humildad por viles que parezcan?

Nada se nos manda por Jesucristo con mas frecuencia que ser humildes. Por eso quiso que aprendiésemos de él la humildad y se nos presentó como el ejemplar y el maestro. En su encarnacion y nacimiento se humilló y en toda su vida no hay virtud de que nos haya dado mas ejemplos ni que nos haya mandado con mas frecuencia y mas explicitidad. Esta podemos decir con san Pablo que es la virtud de Jesucristo (1). Esta es la que tenemos que aprender de Jesucristo y de lo que Jesucristo nos dá el precepto; el ejemplo y el documento. Bien podemos aprender las demas virtudes de las acciones de los antiguos patriarcas y varones santos que vivieron antes que Jesucristo. La penitencia de Adán que fué el primer penitente asi como fué el primer pecador. La fidelidad de Noé. La obediencia de Abraham. La paciencia de Job. La castidad de José. La mansedumbre de Moisés. El celo de Finees. El perdon de las injurias y

(1) 1.^o Cor. cap. 12.

amor de los enemigos de David; pero el Hijo de Dios quisó que aprendiéramos de él mismo la humildad y de ningún modo pudo enseñárnosla mejor que abatiéndose á lavar los pies de sus discípulos y mandándonos imitarle. Una virtud pues que ademas de enseñárnosla el mismo Dios, nos la manda tiene bastante recomendacion para que nosotros la practiquemos.

La merced tambien prometida á los humildes debe hacernos amable á la humildad. Si el ansia de adquirir un nombre esclarecido en el mundo y transmitirle á la remota posteridad hace que unos se espongan á los mayores peligros, otros sufran con ánimo inalterable los desprecios y pasen por bajezas indecorosas para llegar al puesto distinguido que apetecen ó para recobrarle despues de haberla perdido; si la sombra de una gloria leve y vacía hace justos y honestos los caminos para llegar á ella, ¿por qué la sólida y verdadera gloria que promete Dios como merced y recompensa á los que se humillan con el espíritu de una humildad cristiana, porque digo, esta gloria verdadera que es el precio de nuestras humillaciones no ha de hacerlas gloriosas, y porque no hemos de aceptarlas gustosos atendiendo al premio que nos proporcionan? Los medios son apreciables segun el fin á que se ordenan y segun la estimacion de los hombres merece el aprecio del mundo el que se prepara con el estudio, con el valor, con el trabajo para llegar á un fin honroso. Se dice que el que pone los medios se prepara el camino para la buena fama y el destino honroso á que aspira, que pone los principios y los hombres mismos le ayudan para que llegue al término: pue: segun

esto debemos decir tambien que la humildad y el abatirse á ejecutar los actos mas despreciables á imitacion de las humillaciones de Jesucristo debe ser glorioso y recomendable puesto que segun el oráculo de la verdad eterna la humildad es el camino y medio seguro y único para conseguir la gloria y exaltacion verdadera. *Qui se humiliaverit exaltabitur* (1). *Beati Cristis si feceritis ea* (2). La medida de nuestra gloria será la medida de nuestra humildad y cuanto mas nos humillemos seremos mas exaltados. Jesucristo se humilló y por eso le exaltó Dios sobre todos los tronos y potestades, y á nosotros nos exaltará tanto cuanto nos humillemos á imitacion de Jesucristo.

Los ejemplos de humildad de Jesucristo, el precepto que tantas veces nos repitió Jesucristo de ser humildes encargándonos que le imitásemos y aprendiésemos de él, la gloria eterna y merced incomprensible en el cielo que está prometida por el mismo Dios á los que se humillan todo debe hacernos amable y practicable la humildad.

¿De dónde nace despues de esto, hermanos míos, que los cristianos que tanto cuidado tienen de su honor, que apetece con un género de delirio y furor la gloria y el aprecio del mundo, que la buscan esponiendo su sangre y su vida, que corren sin reparar en estorbos en pos de una sombra vana de estimacion momentánea y perecedera, que adoran y veneran al honor mundano como á un ídolo y to-

(1). Matt. cap. 23.

(2) Joann. cap. 13.

de se lo ofrecen y sacrifican, de donde nace, digo, que conozcan y aprecien tan poco la humildad, que es el medio seguro y el camino cierto para llegar á la sólida y verdadera gloria? ¿Dirán que á la vida y la felicidad eterna se llega por las obras ruidosas, por el fausto y las acciones públicas y llenas de gloria? Pero el Hijo mismo de Dios con su ejemplo y sus preceptos nos asegura que no hay otro camino que la humillacion y el abatimiento que nace de la verdadera humildad. Pero en el mismo Jesucristo nos dice en los últimos dias de su vida y con toda la efusion de su corazon compasivo y amante: si yo, á quien vosotros llamais vuestro Señor y Maestro y decís bien porque lo soy, si yo no tengo por bajeza el humillarme á vosotros y ocupar un lugar inferior á vosotros: si yo que conozco toda mi dignidad no me desdeño de ser vuestro criado y lavaros los pies, ¿será para vosotros una deshonra el seguir mi ejemplo? Os he dicho ya que el discípulo no debe ser superior á su maestro y que todo su deseo debe ser el ser semejante á él, pues no debéis avengonzaros de hacer lo que yo hago y de seguir el ejemplo que os doy. Bastaria para haceros humildes el recordar lo que sois, pero quiero que sin olvidar lo que soy yo, hagais lo que yo he hecho.

Hermanos míos: ¿qué soberbia podrá permanecer despues de un ejemplo tan grande de humildad? Despues de ver á Jesus humillado y lavar los pies á sus discípulos, ¿necesitaremos buscar razones para humillarnos? ¿Hallaremos ya excusa ni pretesto para no ser humildes? ¿El temor del mundo, la pérdida de la reputacion, del honor, podrán valer algo en un cristiano para separarse del camino de Jesu-

cristo su Maestro? ¿Miraremos como una bajeza á la humildad cristiana? ¿Qué vergüenza, hermanos míos, y qué conducta tan ajena de un discípulo de Jesús esa ansiedad con que se procura el honor y el sobresalir de los demás, el apetecer las distinciones y los puestos elevados, el ser altaneros orgullosos y soberbios, el no ceder á nadie y despreciar y tener en menos á los otros! No, no es este el carácter de los discípulos de Jesucristo ni el camino de los que quieren llegar á su reino. No es esto lo que nos enseña esa misteriosa ceremonia que acabais de presenciar. No dejéis que pase como un entretenimiento e téril: aprovechad los ejemplos y preceptos, los grandes misterios y promesas que nos recuerda. Lavad los pies de vuestros hermanos, servid y socorred á los pobres, visitad á los enfermos y encarcelados, haced sin orgullo ni arrogancia las obras que la religión os ordena en beneficio de vuestros prójimos y así tendreis parte en Jesús, sereis sus verdaderos discípulos y os exaltará despues y hará que reineis con él en la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DE LA ORACION DEL HUERTO.

Jesucristo enseñándonos con el ejemplo á que deseemos y pidamos que se haga en nosotros la voluntad de Dios nos pone en el camino de la virtud que conduce á la gloria.

Veruntamen non sicut ego volo, sed sicut tu. Mas no como yo quiero, sino como tú. Math. c. 26 v. 39.

Amables oyentes: ¿Es nuestro Dios ese Hijo del hombre que vemos en el huerto de las olivas atribulado, congojoso, triste, afligido y herido con el golpe omnipotente del que aborrece infinitamente al pecado? ¿Podrá ser nuestro Redentor el que entregado al rigor de las contradicciones mas crueles se halla avergonzado, pavoroso y angus-

¿a lo con los horrares de una agonía penosa y mortificante? ¿Cómo el *Admirable*, el *Fuerte*, el *Poderoso*, y el *Vencedor del infierno* llamado por los profetas el *León de Judá* por su fortaleza, desfallece, tiembla, se congestiona y agoniza al verse desamparado del cielo y perseguido por las potestades de la tierra....?

Escuchad sabios y prudentes del siglo: prestadme atención hombres ilustrados: oid mis palabras antes de contestarme mortales todos: porque sin el buen juicio, sin la razón recta y sin las luces de la fé nada puede afirmarse ó negarse con acierto. Ese justo que veis sumergido en la ignominia tormentosa é infamante de los criminales es el Mesías que toma sobre sí los pecados de muchos, y se sacrifica por salvarnos; es Jesucristo Dios y Hombre verdadero enviado al mundo por su eterno Padre para redimirnos del pecado en que nacimos, para curarnos con sus heridas, sanarnos con sus golpes y alejar de nosotros todos los males con los que sufrió por nosotros. Tal es el que agoviado con el peso de las mayores calamidades nos presenta la fé en lucha abierta y declarada consigo mismo, con el cielo, con la tierra y con el infierno, en el huerto de Getsemani. ¿Habrá ya despues de esto quien no venera en el débil al fuerte, en el desamparado al que á todos ampara, en el desconsolado al consolador, en el triste al que es la alegría del mundo, y en Jesucristo humillado, paciente y sufrido al Dios que nos redime, salva y glorifica? No; no hay en este santo templo quien no vea en Jesus un farol luminoso que alumbra é ilustra á todos los hijos de los hombres. El es nuestra luz, nuestro norte, nuestra guía, nues-

tra esperanza y nuestra seguridad. Si lo seguimos hallare-
mos resueltos y aclarados todos los programas que ajitan á
los hombres de la ciencia, seremos tan ilustrados como pue-
den serlo los mortales en esta vida, nos convenceremos de
que las tribulaciones, tristezas, congojas, conflictos, mi-
serias y calamidades á que por nosotros se sujetó el Hijo del
Altísimo en el huerto, nos atraen la paz, el gozo espiritual,
la alegría del corazón, los dones del Espíritu-Santo y todas
las virtudes que hacen el adorno de los hijos de la gracia, y
diremos llenos de júbilo: «Jesucristo en el huerto nos ense-
» ña á ser felices con solo decir á su Eterno Padre: Padre
» mío, si es posible pase de mí el cáliz de la pasión. Ma-
» ña como tú quieres, sino como yo quiero, sino como tú lo quieres.» *Verunta-*
men non sicut ego volo, sed sicut tu.

Así nos lo enseña la fé; así lo experimentaron los justos
de todos los tiempos y lugares, y así lo vais á ver probado
en este discurso, si sois conmigo para pedir la gracia que se
nos concede cuando decimos devotamente á María Santísima.

AVE MARIA.

Veruntamen non sicut ego volo, sed sicut tu.

La fé nos dice que abrasado Jesucristo con la llama del
amor inmenso que manifestó á los hombres en la noche de

la cena se retiró al lugar en que acostumbraba orar: que llevó consigo á los apóstoles que lo vieron glorioso en el Tabor, y que cargado con el peso de todos los pecados de los hombres nacidos y por nacer, se sintió tan apesadumbrado, desfallecido, y desanimado que no pudo menos de decir á Pedro, Juan y Santiago: *mi alma está triste hasta la muerte: tristis est anima mea usque ad mortem.* ¡El Cordero sin mancha cubierto con todos los crímenes de la raza pecadora, afeado con las culpas de todos los hombres! Responsable ante la divina justicia de las ofensas con que la agravió el primer prevaricador con toda su numerosa descendencia, y precisado á comparecer ante el Juez Eterno que en nada cede de sus derechos, según Tertuliano, se apartó de sus discípulos al lugar de la oracion, y en él... ¿quién es el hombre para explicar lo que padeció el Hijo del Altísimo vestido de nuestra frágil naturaleza? La sabiduría infinita sabia apreciar la gravedad de nuestros pecados y la santidad del Dios ofendido por ellos. La conciliacion de la tierra con el cielo no podia tener lugar sin que Jesucristo sufriese todos los tormentos, aflicciones y penalidades de la mas acerba pasion. Jesus comprendia perfectísimamente su angustiosa posicion, y en ella escuchando como hombre los gritos de la naturaleza se dirigió al Eterno Padre y le dijo: Padre mio, si es posible, haced que pase de mí el amargo cáliz de la pasion. Con esto nos enseña nuestro Redentor á no tener por un mal moral digno de castigo la inclinacion de nuestra naturaleza: pero para dejarnos perfectamente instruidos, continuó diciendo: mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos, Padre mio, queréis que

se haga en mí: *veruntamen non sicut ego volo, sed sicut tu.*

Con esto nos dió ejemplo nuestro divino Maestro de la fortaleza con que debemos seguir á Dios, aun cuando la naturaleza se oponga y haga esfuerzos en contrario, como lo dice el Crisóstomo. Nuestro Redentor para consuelo de sus miembros flacos y enfermos sintió en el Huerto de las Olivas la voluntad de la naturaleza humana, que le inclinaba á no beber el cáliz de la pasión, y así lo hizo presente al cielo; pero nos hace ver que en medio de la repugnancia que experimentaba la voluntad humana estaba perfectamente sumiso al querer de su Eterno Padre á quien por tres veces le dijo: no como yo lo quiero Padre mio, sino como Vos lo queréis.

¡O si nosotros, hermanos míos, aprendiésemos esta lección de nuestro Redentor, y lo imitáramos en hacer la voluntad del Padre Celestial! ¡Qué dichosos y felices seríamos si en todos los lances de nuestra vida azarosa dijéramos á Dios como Jesús: no se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra! Imposible es, dice san Gerónimo, que el alma del hombre no sea tentada, pero si esto es cierto, también lo es que con la oración siempre se vence, que con la gracia siempre se triunfa, que con Jesús nadie perece. Se vé amenazado nuestro Salvador de la pasión mas ignominiosa, cruel y acerba que pudo inventar el infierno; agobiado con el peso de nuestros delitos, y la tormentosa idea de los oprobios, desprecios, escarnios, dolores, penalidades é injuriosos tratamientos á que iba á entregarse por redimirnos, cae en una penosa agonía en que sudando sangre rie-

ga con ella la tierra. Se necesita un milagro para que el Autor de la vida no muera en esta ocasion, y el milagro se obra para que Jesus padezca, y nosotros seamos consolados. Un ángel del cielo anima al Señor de los ángeles para que emprenda la dolorosa carrera de su pasion, pero el Salvador del mundo mas solícito por cuidar y atender á los que se le habian encomendado, que por aliviar su propia situacion, los visita y vuelve á visitar; les avisa, los instruye, les dá las lecciones mas importantes y dejándose ver de ellos acongojado, triste, azaroso y agonizante notaron que oraba prólijamente, como lo dice el Evangelista, y que en el cielo buscaba el consuelo que no encontraba en la tierra. ¡O leccion digna del Omnipotente capaz de fortalecer á los mas débiles, de consolar á los mas aflijidos, y de llenar de gozo á los atribulados! Si Jesus en la agonía del huerto no halló otro remedio que el de la oracion, y con su ejercicio sostuvo su espiritu y recuperó las fuerzas necesarias para salir al encuentro de sus enemigos y arrojarle al mar de las contradicciones de su dolorosa pasion, ¿qué no podremos hacer los fieles si imitando á nuestro Pastor Eterno recurrimos á la oracion, y en ella sacrificamos nuestra voluntad deseando y pidiendo que se haga en nosotros la del Padre Celestial? Si segun el apóstol pudiéramos decir todos: no soy yo el que vivo, sino que Jesucristo es el que vive en mí: ¿habria cosa comparable á nuestra dicha? ¿Qué mas felicidad cabe en el hombre que vive miserable sobre la tierra, que la de estar alegre en sus tristezas, satisfecho en sus conflictos, gozoso en sus dolores, contento en sus penalidades y lleno de placer como san Pablo, en la

cruz de Jesucristo? Pues todo esto, amados míos, se consigue siguiendo los ejemplos que nos dá nuestro divino Redentor en la oracion del huerto. No habia necesidad, dicen los santos padre, de que Jesucristo padeciese tanto para salvarnos y redimirnos, pero sí le fué preciso padecer y sufrir lo que padeció y sufrió para enseñarnos á entrar en la gloria por el camino de los trabajos, adversidades y contradicciones que él practicó y dejó abierto para que siguiéndolo seamos virtuosos en esta vida y felices en la eterna. Cargado con nuestras culpas, y atribulado con las congojas de la mas cruel agonía sintió la repugnancia de la naturaleza que rechaza el dolor y la afliccion y manifestó su deseo de que se le dispensasen los padecimientos de la pasion; pero sacrificando los impulsos de la naturaleza y haciéndose superior á sus exigencias buscó en la voluntad divina la fortaleza que necesitaba y la encontró tan cumplida que con ella arrastró los incomprensibles tormentos de la cruz en que transó del infierno y venció al mundo dejándonos sensibles y patentes sus vestijios para que los sigamos, como nos lo encarga el apóstol.

Sigamos nosotros en nuestros apuros y tribulaciones á nuestro Maestro celestial, opongamos á los instintos de la naturaleza las inspiraciones de la gracia, pidamos á Dios que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo, y el cielo nos fortalecerá para seguir vigorosos por los caminos escabrosos de la perfeccion cristiana, y nos dará las luces necesarias para conocer que nuestra felicidad consiste en seguir y en imitar á Jesucristo cuando viendo sobre sí el diluvio de calamidades que lo iban á destruir no se negó

á sufrir y padecer, sino que dijo resignado en la voluntad divina. «No se haga, Padre mio, mi voluntad, sino la vuestra:» *Non sicut ego volo, sed sicut tu.*

Esta, amados míos, es la filosofía celestial que nos enseña nuestro amantísimo Jesús en el huerto. Ella derrama sobre los fieles la paz, el gozo espiritual, la alegría del corazón, los dones del Espíritu-Santo, y todas las virtudes que hacen el adorno de los hijos de la gracia, y con su direccion no seremos ya hombres terrenos, sino divinos y celestiales hijos del segundo hombre celestial y divino Jesucristo, como lo dice san Pablo. Aprendedla y estudiadla bien en el Dios humillado, triste y afligido que padece por nosotros hasta lo infinito, y no olvideis que en la oracion del huerto está la escuela en que se enseñan todas las virtudes cristianas. Porque ¿puede haber mas que perfeccion, virtud y santidad en donde se hace la voluntad de Dios? En donde la naturaleza se halla rendida al autor de ella, y amoldada á los hábitos de la gracia, sigue gustosa las tendencias de la virtud que se hallan las delicias del orden, los placeres de la justicia y los incomprensibles consuelos del Espíritu-Santo? Experimentadlo vosotros mismos. Pedid á Dios, como Jesucristo en el huerto, que se haga siempre en vosotros su santísima voluntad. Sacrificad vuestras propias inclinaciones, resistid las tentaciones con la oracion; desead los trabajos, contra licciones, penalidades, tristezas, angustias para llevar en vuestros cuerpos las señales de vuestro Redentor, como el grande apóstol; sed imitadores de san Pablo, así como lo fué este santo de su divino Maestro Jesús, como él mismo lo dice á los de Corin-

to y vereis como se convierten en flores las espinas, en alegría la tristeza, en gozo el padecer, en celestial y divino lo carnal y terreno, y en gloria los trabajos de la vida cristiana. Jesucristo fortalecido con la voluntad divina venció los crueles tormentos que sufrió por nosotros en la agonía del huerto, y se presentó voluntariamente á sus enemigos para arrostrar los tormentos de su pasión dolorosa. Imitémoslo nosotros; deseemos y pidamos con las veras de nuestro corazón que se haga siempre en nosotros la santísima voluntad de nuestro Dios, y él nos dará la fortaleza que necesitamos para seguir á Jesús en todos los pasos de su dolorosa pasión, y conseguir con su gracia las delicias celestiales que ha prometido á los que imitan sus ejemplos y aspiran á ser eternamente felices con él en la gloria, que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

DEL PASO DOLOROSO DE JESUS EN LOS TRIBUNALES.

Jesús en los tribunales es el ejemplar que debemos proponernos para sufrir con virtud y mérito los juicios de los hombres.

Quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum. Como el Cordero delante del que lo trasquila enmudecerá y no abrirá su boca. Isai. cap. 53. v. 7.º

Es verdad, amables oyentes; es verdad que Jesucristo nos ha salvado y redimido: que nos ha librado de la esclavitud del pecado, de la tiranía de Satanás y de las penas del infierno á que estábamos justamente condenados por culpa nuestra. Es cierto que nuestro Redentor amable nos ha elevado á la incomprensible dignidad de hijos de Dios, y que nos ha hecho herederos de su gloria. Pero tan gran-

des beneficios dispensados á los hombres por la bondad inmensa del Dador de todo bien, ¡cuánto no costaron al Hijo del Altísimo! Qué no sufrió el bendito Jesus para renovarnos con su espíritu, convertirnos de terrenos y carnales, en celestiales y espirituales, y hacernos dignos de acompañar eternamente á los espíritus angélicos, que alaban y glorifican sin cesar al Cordero digno de todo honor y gloria, en la corte celestial! ¿Habrá quien nos haga comprender lo que padeció el Hombre-Dios que nació en Belén y murió afrentosamente en el Calvario, para formarnos en la escuela de su virtud y santidad?

No, hermanos míos; las inteligencias criadas no son capaces de hacernos conocer todo lo que por los hombres sufrió el Redentor de las naciones. Este conocimiento es propio y privativo de los que ven intuitivamente á Dios en el cielo, y no puede convenir á los que vivimos en la tierra. Sin embargo, la iglesia santa ocupada en estos dias de recordar á los fieles los misterios de nuestra redención mueve los labios de los predicadores evangélicos, entona tristes lamentaciones, es que á nuestra veneracion las santas imágenes que se ven en nuestros templos, ordena las procesiones más edificantes, usa en el culto divino de sus sagradas ceremonias, y con estos y otros medios adecuados procura elevarnos á la contemplacion de aquel Dios, de quien dice el profeta, que como el Cordero delante del que lo trasquila enmudecería y no abriría su boca contra sus acusadores y verdugos. *Quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum.* Así cabalmente nos representan á Jesus los santos Evangelistas, y así quisiera yo que lo

considerásemos cuando acusado en los tribunales de blasfemos, de perturbador del reposo público, de enemigo del Cesar y de transgresor de la ley, fué escarnecido, burlado oprobiosamente, tratado con infamia, sentenciado con injusticia, y ejecutado con la mayor crueldad para enseñarnos á sufrir con paciencia y resignacion los juicios de los que nos injurian é improperan, como voy á demostraros en este breve rato. «Jesucristo en los tribunales es el ejemplar y » modelo que debemos proponernos para sufrir con virtud » y mérito los juicios de los hombres.» Esta será la materia del presente discurso.

Virgen purísima, en cuyo corazon reinó siempre como en su templo el Salvador del mundo: mostrad que sois nuestra Madre piadosísima en alcanzarnos de vuestro Santísimo Hijo la gracia que necesitamos y os pedimos diciéndoos con el ángel.

AVE MARIA.

Quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum.

Ningun hombre puede verse en un conflicto, en una desgracia, en una penuria, calamidad ó miseria, en que pro-

poniéndose á Jesucristo por ejemplar y modelo de paciencia y resignacion en la voluntad divina, no pueda ejercitar las virtudes cristianas y adquirir méritos de gran precio y valor para conseguir la gloria eterna. Si somos pobres, necesitados y menesterosos, en el nacimiento, vida y muerte de Jesus podremos aprender á ser ricos en méritos y virtudes. Si la divina providencia derrama sobre nuestras almas la copa de los desconsuelos, tristezas y congojas en el huerto de las olivas se halla agonizando Jesucristo para enseñarnos á convertir en dulzuras deliciosas, los pesares, aflicciones y padecimientos que pueden aquejarnos. Podrán prendernos, cargarnos de cadenas, llenarnos de burlas, desprecios é improperios, y conducirnos de insulto en insulto, de tormento en tormento y de atrocidad en atrocidad hasta la muerte mas cruel é ignominiosa, pero al considerar que prendieron á nuestro divino Redentor con infernal sevicia, despues de haber sido vendido por el alevoso y traidor Judas; que lo ataron con crueldad; lo insultaron, escarnecieron é improperaron llenándolo de oprobios; que lo condujeron como al mayor de todos los criminales maltratándolo de mil modos y maneras diabólicas hasta ponerlo á la vista y presencia de sus mas encarnizados enemigos: despues, digo, de ver lo que nuestro divino Redentor padeció cuando lo prendieron y llevaron á los tribunales mas injustos que se han conocido en el mundo: ¿qué cristiano no se alegra, como los apóstoles al hallarse digno de seguir á Jesucristo en los pasos de su pasion dolorosa? ¿Qué criminal no se santifica uniendo sus padecimientos con los del que sufrió por enseñarnos, salvarnos y redimirnos? Hablen los

mártires y confesores, los anacoretas y cenovitas; los cristianos de todas las edades y naciones, y todos nos dirán con san Pablo, que no hay consuelos comparables con los que experimentan los fieles cuando imitan á Jesucristo en su paciencia y resignacion en la voluntad divina.

No perdamos de vista á nuestro Jesus divino en el tiempo de la tribulacion, propongámoslo como modelo de paciencia en todas nuestras contradicciones, y por graves que sean nuestros pesares, dolores y aflicciones, Dios nos consolará con la paz de los justos, nos dará su gracia para vencer con ella á los que no pueden dañar nuestras almas, y seremos lo que nuestro Salvador se propuso hacernos al entregarse á los tribunales de sus enemigos. En ellos ¡con cuánta modestia, circunspeccion, gravedad y sumision se condujo para servirnos de ejemplar y modelo en los juicios en que pudiéramos comparecer á dar cuenta de nuestra conducta á los mismos enemigos interesados en condenarnos como criminales, aunque seamos inocentes! Llevan atado y repleto de injurias, malos tratamientos, baldones y desprecios al Juez de vivos y muertos, y lo presentan al pontífice Anás furioso enemigo de Jesus. Se le pregunta tumultuosamente teniéndolo por criminal sin prueba alguna. El Juez lo dice que dé razon de su doctrina; Jesus contesta que él nada ha enseñado en oculto, que habia predicado públicamente en la Sinagoga y en el templo, y que cuantos lo habian oido podian deponer sus doctrinas y enseñanzas. Esta sabia, justa y categórica respuesta no acomodó al genio infernal de uno de los esbirros que tanto figuraban en aquel injusto tribunal; montó en cólera, y di-

ciendo á nuestro Redentor. ¿Así respondes al pontífice? le dió tan fuerte bofetada, que muchos creen que lo derribó en Terra. ¡Atreverse un cualquiera delante de un Juez que preside un tribunal á dar una bofetada á la parte inofensiva! ¿Se ha visto esto mas que en la casa de Anás cuando sin forma de juicio improperaron al Hijo del Altísimo sus crueles y feroces enemigos?

Pervertido tan á las claras el orden de justicia, y no hallando en el inocente Jesus razon alguna para condenarlo, mandó Anás que lo llevaran atado á Caifás para que lo juzgara con todos los demas príncipes de los sacerdotes, fariseos y doctores de la ley que lo estaban esperando. Condujeron á nuestro Salvador divino como á un facineroso á la presencia de los que tanto se habian esforzado por prenderlo y sujetarlo á su jurisdiccion, y puesto á la vista de sus enemigos, como si fuera un cordero en medio de lobos rabiosos, fué injuriado con tantos desacatos, lastimado con tantos golpes y acusado con tantos falsos testimonios, que hasta la sagrada historia no puede hacer mas que indicarnos.

En la casa de este segundo juez inicuo de los judios fué nuestro divino Redentor juzgado por blasfemo, declarado por reo de muerte y mandado poner en la cárcel para llevarlo al dia siguiente al tribunal de Poncio Pilato gobernador gentil de Jerusalem en aquel tiempo. Lo que sufrió y padeció por nosotros Jesucristo la noche en que estuvo encarecelado se os tiene indicado en otras ocasiones y vosotros podeis muy bien reflexionarlo, mientras que yo sin dejar mi propósito de presentaros á Jesus en los tribunales os digo, que

que al amanecer del día siguiente al de los juicios de Anás y Caifás fué presentado nuestro Redentor como si fuera el mayor de todos los criminales, á Pilatos para que lo sentenciara á la última pena y muriese crucificado. Pero Pilatos mandó que lo llevaran á Herodes y á sus oficiales de ejército, que se burlaron de él, teniéndolo y tratándolo como á loco; vistiéndolo como á tal, y remitiéndolo oprimido, despreciado y cargado de insultos al tribunal del mismo Poncio Pilato para que lo juzgara.

En traje de loco fué presentado á Pilatos el Dios de la sabiduría, de la rectitud y santidad. Sus enemigos lo acusaron diciendo que era reo de lesa majestad divina y humana; que alborotaba como sedicioso los pueblos; que enseñaba no ser lícito pagar el tributo al César; que se tenía por hijo de Dios, y que debía ser sentenciado á muerte. Pronto conoció el juez el odio encarnizado con que los judíos habían prendido y llevado á Jesus á su tribunal. También se convenció de la inocencia del acusado; pero comprometido con el imposible de querer contentar á la verdad y á la mentira, á la virtud y al vicio, á la justicia y á la iniquidad tomó la resolución de contemporanizar y mandó azotar cruelmente á Jesucristo. Azotado, coronado de espinas, llagado, sin tener una parte sana en todo su santísimo cuerpo, desconocido, humillado y sin figura de hombre, como lo vió Isaías, fué otra vez presentado nuestro Redentor á Pilatos á quien causó horror y espanto el calamitoso estado en que lo vió. Es verdad que este juez romano quiso absolver á Jesus y librarlo del furor de los judíos,

pero tambien lo es, que con este motivo dió ocasion á que creciesen y se aumentasen los padecimientos, aflicciones, desconsuelos y pesares de Jesucristo. Si Pilatos toma al llagado Jesus y lo presenta al pueblo para que movido á lástima consintiese en su salvacion, fué para que el pueblo amotinado y frenético contra el que sufría por redimirlo, clamase y dijese á voces aterrantes y amenazadoras. Crucificalo, crucificalo. Si se les propone el perdon del facineroso Barrabás ó el de Jesus, todos prefieren al asesino y condenan al Dios de la santidad.

Si reconvenidos por pedir la muerte de su Rey les echa en cara Pilatos su crimen horroroso, todos claman y dicen furiosos. Venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Crucificalo. Quitalo de nuestra presencia. En fin, Pilatos pregunta y vuelve á preguntar á Jesus, se convence mas y mas de su inocencia, pero cediendo á las exigencias de un pueblo amotinado condena á la muerte al autor de la vida y lo entrega á sus feroces enemigos para que lo crucifiquen en el lugar de los criminales en medio de dos ladrones.

Estos, amados míos, son los hechos reales, ciertos y verdaderos de que nos certifican los santos evangelistas. En ellos se nos dan las lecciones mas importantes para conducirnos con virtud y santidad en los casos análogos á los en que se vió nuestro Salvador, muy parecido al cordero que delante del que lo trasquila enmudece, y no abre su boca para quejarse, como lo dice el profeta. Hay, ni puede haber santidad como la de Jesus, á quien dice la iglesia. «Tú solo eres el santo?» Ha habido tribunales mas injustos, jueces

mas inicuos, testigos mas parciales, ni plebe mas irritada que la de los judios cuando fué acusado y condenado nuestro amable Redentor? ¿Qué desgracias, miserias é infortunios puede derramar la mano del Omnipotente sobre los mortales, que no hayan caido sobre la víctima inocente que satisfizo á la divina justicia por todos los pecados del mundo? Es de fé que nadie es tentado sobre sus fuerzas; que con la gracia se vence á los enemigos de nuestras almas, y que Dios no la niega á los que se la piden rectamente.

Tambien sabemos, que en imitar á Jesucristo consiste toda la perfeccion cristiana, como lo dice el apóstol, y que sin vivir unidos á la cabeza, á la raiz, origen y causa de toda virtud y santidad es imposible nuestra salvacion. Con que, hermanos mios, fijemos nuestra consideracion en Jesucristo presentado en los tribunales, propongámoslo por ejemplar y modelo para sufrir, como él, con virtud y mérito los juicios de los hombres, y fiemos la defensa de nuestra inocencia al Dios que dijo á sus apóstoles, que serian perseguidos y llevados á los tribunales de los fuertes y poderosos del mundo, pero que ni un pelo de su cabeza pereceria, porque con su gracia tendrian la paciencia en que se asegura la salvacion de las almas. Jesucristo compareció en los tribunales mas injustos y depravados; fué tratado con atroz barbarie; escarnecido, burlado y abofeteado con fiereza, y condenado contra la conciencia del mismo juez que lo sentenció á muerte afren tosamente: ¡y sin embargo, ¿con cuánta sumision, respeto, gravedad, modestia y circunspeccion se condujo en estos juicios?

No abrió su boca para defenderse; calló y sufrió con paciencia los tormentos, injurias, desacatos, baldones é improperios de sus desapiadados enemigos, y reconociendo en Pilatos la autoridad que le habia venido del cielo nos enseña no solo á sufrir y padecer con paciencia y resignacion persecuciones por la justicia, sino tambien á obedecer y respetar á las personas constituidas en dignidad y gobierno por depravadas, díscolas y perversas que ellas sean, como nos lo encarga el Principe de los apóstoles, y lo han cumplido siempre los cristianos.

Nuestro Jesus divino no supo aborrecer; amó á todos los hombres hasta el estremo de padecer por ellos los mas atroces tormentos de su pasión dolorosa; nos dejó en testamento el nuevo mandato de amarnos los unos á los otros como él nos ha amado, y no, no se hallarán en la vida, doctrinas y ejemplos de nuestro benignísimo Redentor otras especies, que las que nos sujieren estas palabras de Isaías. «Como el cordero delante del que lo trasquila enmudecerá, y no abrirá su boca contra sus acusadores y verdugos.» *Quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum.*

Imitemos á Jesucristo juzgado injustamente en los tribunales de los pecadores. Procuremos sufrir con virtud y mérito los juicios de los hombres. Revistámonos con la armadura de la fé que siempre triunfa y vence á los enemigos de nuestras almas, y convencidos como los apóstoles, mártires, confesores y fieles de que es un lucro el padecer y morir por Jesucristo, es-

temos dispuestos á sufrir, padecer y morir por él para que nos proteja con su gracia y nos haga participantes de su gloria en el cielo, que á todos deseo.
Amen.

A. M.

SERMON

DEL PASO DOLOROSO DE JESUS COMPARADO CON BARRABAS.

La maldad de los judíos prefiriendo á Barrabás y pidiendo la muerte de Jesús nos hace conocer el crimen de los que anteponen el mundo, sus delitos y pecados al amor de Jesús y el cumplimiento de su ley.

Exclamavit autem simul universa turba dicens: tolle hunc, et dimitte nobis Barabbam. Toda la turba exclamó: crucifica á Jesús y dá libertad á Barrabás. Luc. cap. 23. v. 18.

Una confusa y tumultuaria gritería se oye en el atrio de Pilatos; una turba compuesta de los principales del pueblo judío, de los sacerdotes, los fariseos y de jentes de toda edad, sexo y condicion esclama á un mismo tiempo y dice al presidente de los romanos: *crucifica á ese hombre y déjanos libre á Barrabás.* ¿Quién es este hombre cuya muerte se pide con tanto deseo y encarnizamiento y en cuyo favor no se oye la voz de uno solo? ¿Quién es este

hombre que se compara con Barrabás ladrón, alborotador, sedicioso y homicida y se pide la libertad del último y el suplicio mas cruel y de mayor afrenta para el primero? El profeta Jeremias habia anunciado la injuria atroz que habia de hacer su pueblo al Mesias que habia de venir y se llenó de acombros y quiso que se pasinasen los cielos al presenciaria: « llenos de espanto por esto, cielos, y vosotras »
 « puertas eternas desolaos con vehemencia: dos maldades »
 « ha cometido mi pueblo; me ha dejado á mí que soy fuente de agua viva y se ha abierto unas cisternas disipadas. »
 ¿Será contra el Mesias mismo ese clamor que se deja oír como el ruido del Leon en el desierto? Jesus el de Nazareth que se ha dado á conocer á su pueblo como el Mesias enviado de Dios, ¿ha hecho otra cosa que predicar con dulzura, curar infinitos enfermos, resucitar á los muertos, alimentar milagro-amente á las turbas en el desierto y hacer beneficios á todos? Pues Jesus sin embargo, es comparado á Barrabás por Pilatos y su pueblo pide su muerte y que se dé soltura á Barrabás. *Tolle hunc, et dimitte nobis Barabam.* « Se ha hallado la conjuracion en los varones de Judá y en los habitantes de Jerusalem, » como anunció el mismo Jeremias.

Hecho presa de sus enemigos el inocente Jesus fué conducido de tribunal en tribunal, y como á la vuelta de la casa de Herodes observasen los pontífices y fariseos que Pilatos, no solo no le condenaba, sino que se disponia á darle libertad empezaron á clamar tumultuosamente contra Jesus y contra Pilatos. Temeroso este que llegase á formarse una sedicion y alboroto trazó libertar á Jesus presentándole co-

no culpado, ya que no podía sin riesgo declararle por inocente. Recordó la costumbre de dar libertad á un reo el que pidiese el pueblo en la solemnidad de la pascua, y habiendo un conocido malhechor, ladrón, sedicioso y homicida llamado Barrabás que aventajaba en crímenes á todos los demas presos, propuso la libertad de este á la de Jesus no dudando que así quedaria Jesus libre. Salió él mismo en persona á las turbas y dijo: ¿ á quien quereis que ponga en libertad, á Barrabás ó á Jesus? Los principales y anti-
guos, los escribas y fariseos persuadieron á las turbas del pueblo á que pidiesen á Barrabás y condenasen á Jesus para cubrirse con la muchedumbre, como si no fuera mayor la iniquidad de muchos iníquos, ó como si hubiera de quedar sin castigo un crimen porque sean muchos los que le cometan; y la turba toda respondió á Pilatos: *tolle hunc, et dimitte nobis Barabbam*. Asombrado Pilatos de la respuesta inícuo y de la insolente pertinacia de los judios volvió á instar, ¿qué he de hacer de Jesus que se llama Cristo? Y todos clamaron, los sacerdotes y el pueblo, los que poco antes le recibieron con aclamaciones: *que sea crucificado* como si fuera un sedicioso y reo de lesa majestad. En vano insta Pilatos y dice: *quid enim mali fecit?* Yo no haré tal porque ¿qué mal ha cometido? Vuestra envidia é increíble pertinacia es la que quiere llevar al infame suplicio á un inocente. Entonces clamó mas y mas la turba amotinada pidiendo la muerte de Jesus y la libertad de Barrabás: *tolle hunc et dimitte nobis Barabbam*. Al que no habian podido oprimir con falsos testimonios y calumnias quieren llevar á la cruz con voces tumultuarias para que no se atre-

viese Pilatos á absolver al que todos querian que pereciese. Barrabás fué puesto en libertad y Jesus entregado al furor de sus enemigos.

Sin detenernos á considerar la injusticia, la tibieza y falta de enerjia; la falsa política y criminal condescendencia del juez en este paso doloroso y lleno de ignominia de la pasion de Jesus, contemplemos la maldad de los judios anteponiendo en su infame eleccion á Barrabás asesino y malhechor á aquel mismo que habian recibido en triunfo pocos dias antes y que no habia hecho sino bien en todas partes, y considereinos tambien que no es menor el crimen y la injuria que hacen á Jesucristo y su ley los que se separan de su amor y su obediencia por servir al mundo y entregarse libremente á sus deleites y pecados. Conozcamos lo que vale Jesus y estimémosle apreciémosle y no le demos en cambio de ninguna de las cosas criadas. Para que yo acierte á inspirar tan saludable resolucion en mi discurso pidamos los divinos auxilios por la intercesion de María Santísima:

AVE MARIA.

Esclamavit autem simul....

La sola comparacion de Jesus con Barrabás llena de consternacion y dolor y es una afrenta é ignominia para Je-

sus, ¡El salvador de los hombres comparado con el mas infame malhechor! ¡El Rey de los cielos y la tierra, el Unigénito del Eterno Padre comparado con un hombre sedicioso y el peor de los reos en el concepto del mismo Pilatos! ¡Comparado con un homicida el que dá la vida á todas las criaturas! ¡Con un ladrón al que formó los tesoros y los reparte con liberalidad y justicia en los cielos y la tierra! ¡Con un salteador y aborotador de los pueblos, al que vino á dar la paz al universo! Y aunque saliese perdonado y libre Jesus, ¿qué importaria su vida si salia de la prision sin honra?

Si tan injuriosa fué para nuestro divino Salvador esta comparacion, si no podemos oirla sin horror, si Jesus la sufrió con paciencia y en silencio, ¿cómo podremos quejarnos de las injurias que nos hace el mundo teniéndonos en menos y comparándonos con los que tienen menos ciencia, menos nobleza, menos fortuna que nosotros? ¿Cómo seremos celosos de nuestro honor y de que no se nos degrade ni deprima en nada viendo á Jesucristo nuestro Redentor y Maestro comparado con un sedicioso? Suframos con paciencia todo lo que pueda mortificar nuestro amor propio, nuestra delicadeza y nuestro honor, y contemplemos que por mucho que se nos deprima y humille siempre hallaremos debajo de nosotros á Jesus, siempre es mayor la humillacion y afrenta de Jesus comparado con Barrabás, que Jesus quiso sufrir para nuestro consuelo y ejemplo.

Pero ¿qué hemos de decir de la inicua eleccion, de la preferencia, de las voces que en honrosa confesion claman por todas partes á la vez: *tolle hunc, et dimitte nobis Barrabam? Crucifica á Jesus y dá libertad á Barrabás?*

¿Queremos á Barrabás, pedimos á Barrabás y que muera Jesus? Hé aquí el juicio y la sentencia que dieron los hombres acerca del mas santo, del mas sabio, del mas grande de todos los hombres. ¡Cielos, llenos de espanto, podemos occir con Jeremias, al ver una eleccion y preferencia tan infame y criminal! ¡Al ver á Jesus que en el dia grande de la mayor festividad clama: si alguno tiene sed que venga á mí y beba (1), y que los hombres le abandonan y desprecian sus gracias y están inquietos y alborotados pidiendo su muerte!

El apostol san Pedro para reducir á la fé, y á la verdadera compuncion y arrepentimiento á los judios, de todas cuantas injurias irrogaron á Jesus en su pasion se valió de esta infame preferencia, del hecho indisculpable y escandaloso de haber preferido á un monstruo infernal á aquel Rey pacífico de quien tanto bien habian recibido. *Petistis virum homicidam donari vobis, auctorem vero vite interfecistis* (2).

San Juan Crisóstomo considerando esta afrenta esclama: ¿qué haces pérdida Sinagoga? ¿Llevas á ser víctima á la sangre justa y pides que salga libre un homicida manifestado? ¿Declaras inocente á un ladron, y pides la cruz para el que no ha cometido culpa alguna? ¿El que se ocupó en matar se libra de la muerte y del castigo por tu voto, y el

(1) Joann. cap. 7.

(2) Act. cap. 3. v. 44.

que dió vida á los muertos es condenado á muerte por tus voces? ¿Dispones que sea reo el que no lo fué, y que se declare libre al que tiempo hace debió ser condenado? En ambas cosas te haces criminal, pueblo obcecado; en condenar al inocente, y en absolver al culpado. San Agustín levanta su voz contra los impíos é ingratos judíos y dice: ¿qué otra cosa fué pedir á Barrabás, que decir: que muera Jesús el Salvador porque ha resucitado á los muertos, y que se deje libre á Barrabás para que cometa mas homicidios? Ved, dice san Buenaventura, en lo que podemos conocer la perversidad de los judíos: antepusieron un sedicioso al Salvador, un ladrón á un bienhechor, un homicida al Autor de la vida. Con razon los dijo el apostol san Pedro: vosotros habeis negado al que es justo y santo, habeis pedido que se os conceda la libertad de un homicida y quitásteis la vida al Autor de la misma vida: esta es la mayor impiedad, conceder la vida á un destructor y quitarla al que dá la vida á todos.

¿Quién no se pasma al considerar esta eleccion detestable? Habiendo de elegir entre Jesús y un ladrón dice san Auselmo, piden en vez de Jesús al ladrón, en vez del Salvador al homicida, por el Hijo de Dios, al hijo del diablo para que este salga libre y el Hijo de Dios condenado. Hasta hoy lleva sobre sí este ingrato pueblo los efectos de esta infame peticion y porque quisieron perder al dador de la libertad y la vida, estan sin nacion, sin templo y sin libertad llevando su ignominia por todo el mundo. Cambio indigno y detestable, dice el mismo santo, y tanto mas, cuanto que se hizo por un pueblo obligado por infinitos tí-

tulos á Jesucristo: ciegos, ingratisimos y cruellisimos judíos. ¿cómo ha podido caber en corazones humanos pedir la muerte mas acerba y cruel y reputar por peor que un ladrón y homicida al que ha hecho tanto bien á vuestros hijos y á vosotros sanando todo género de enfermedades, librando á los endemoniados, resucitando á los muertos, dando de comer á los hambrientos, enseñando á los ignorantes, llorando vuestra futura destruccion y haciendo bien en todas partes?

Las turbas que habian concurrido delante del *Presidente* para hacer una obra de misericordia, para pedir la libertad de un reo, debieron tratar á Jesus, al menos como á los demas presos y decir á Pilatos: obra con justicia, á nosotros no nos toca sino pedir la gracia acostumbrada; pero olvidados de la misericordia se convirtieron en crueles pidiendo la muerte del inocente y no solamente la muerte sino el género de muerte de mas ignominia y crueldad. Pecaron pidiendo que se librase el reo y que fuese condenado el inocente, porque el que justifica al impío y el que condena al justo uno y otro es abominable delante de Dios, dice el Espíritu-Santo (1). ¿Pero cómo pudieron declararse tan pronto por enemigos de Jesus? El pueblo sabia bien que Jesus era benéfico y compasivo porque todos los dias estaba recibiendo sus beneficios: sabia que era sapientísimo porque oia suspenso su doctrina, sabia que era divino porque pre-

(1) Prov. c. 17.

senciaba sus milagros; cinco días antes le habían recibido en la misma ciudad entre aclamaciones y aplausos, y ¿hoy mira Jesús á todas partes y no hay quien le conozca ni hable en su favor? Hoy rehusan poner en los lábios su nombre propio y por un desprecio dicen: *Tolle hunc, crucifica á ese hombre. Queremos á Barrabás y quita de delante á ese hombre. No faltan patronos á Barrabás que se interesan en su favor aunque es un malvado, no le faltan amigos y tiene de su parte á los mismos sacerdotes, y ¡Jesús no halla uno que defienda su causa, que levante su voz contra la calumnia, que se atreva siquiera á pronunciar su nombre, no hay ningún amigo, ningún discípulo, ninguno de tantos á quienes ha hecho beneficios sin embargo de que el juez desea salvarle! Jesús no es de este mundo y por eso el mundo no le conoce. Tales es la falsedad é injusticia de los judíos de los hombres aun en las causas y derechos mas palpables. A tal exceso conduce la envidia y tanto ciega el odio á las almas que se dejan dominar de este vicio. Tan fáciles y movibles son los hombres y tal es el aprecio que debemos hacer de sus favores y de sus burlas y persecuciones. *Mendaces filii hominum in stateriis suis* (1). Tal es la iniquidad y perfidia de los judíos anteponiendo Barrabás á Jesús. Este es el clamor de que dijo el Señor por un profeta: espere el juicio y hé aquí la iniquidad; espere la justicia y halle el clamor.*

(1) Psalm. 64.

¿Qué otra cosa hace el pecador cuando pospone á Jesucristo y su ley, al mundo, á sus deseos y concupiscencias, al pecado y al demonio? Aquel tiene por mejor el hombre á quien se determina á servir y de quien quiere ser, dice con propiedad y exactitud Tertuliano. No es de admirar que un hombre gentil, un presidente político, un juez desidioso dude lo que ha de hacer con Jesucristo. *¿Quid igitur faciam de Jesu qui vocatur Christus?* Lo que debemos extrañar es, que los cristianos mismos duden y vacilen sin saber lo que han de hacer de Jesucristo: no quieren reconocer, confesar ni defender á Jesucristo; no quieren saber las obligaciones y el culto que le deben; Jesucristo los sirve de una carga pesada, de un estorbo su doctrina, su evangelio, sus preceptos y su cruz. No se avergüenzan en posponerle á Barrabás y pedir su muerte como los judíos sino con sus palabras clamando con sus obras: *Tolle hunc, et dimitte nobis Barabbam.*

Igual ó mayor injuria que los judíos hacemos los cristianos al Hijo de Dios cuando consentimos en cometer el pecado que sabemos que dá la muerte á Jesús en nuestro corazón y le desaloja de nuestra alma. En esa guerra intestina entre nuestra conciencia y las pasiones, en esa indecision entre Jesucristo y su ley y los objetos que nos solicitan al pecado ¿qué hacemos sino comparar á Jesús con Barrabás y deliberar á quien hemos de dar la preferencia y el dominio de nuestro corazón, á quien hemos de hacer vivir si á Jesús ó Barrabás? Y si en la quietud de nuestras pasiones, cuando todo nos sucede bien y no somos tentados preferimos á Jesús ¿no es verdad que en

los momentos del peligro, en las ocasiones del deleite, cuando nos conviene á nuestros antojos y deseos decimos como los judios. *Tulle hunc*, que muera Jesus y que sea crucificado con tal de que yo satisfaga y logre mis apetitos y conveniencias. ¿No preferimos con frecuencia los deleites de los sentidos al cumplimiento de la ley de Dios, la felicidad de la vida presente á la felicidad de la eterna, el vicio á la inocencia, el crimen á la virtud, el demonio á Jesucristo? ¿No preferimos un pequeño logro de la tierra al mismo Dios, la criatura al Criador, la tierra al cielo, la sensualidad y los placeres transitorios á la sangre y la pasion de nuestro Redentor? Un pequeño interés, un honor quiniérico, un deleite momentáneo ¿no es motivo muy frecuente para abandonar á Dios? ¿El Señor no puede lamentarse justamente como en otro tiempo por Ezequiel de que los suyos le abandonan y venden por un pedazo de pan? ¡Ay de los que llamais malo á lo bueno y bueno á lo malo! ¡Ay de los que preferis la relajacion y el crimen á la moderacion y la virtud! ¡Ay de los que con sus blasfemias y dichos escandalosos, con sus obras de iniquidad, con sus errores y doctrinas pestilenciales piden á voz en grito la muerte de Jesus! ¡Ay de los que por una debilidad culpable, por no alterar su tranquilidad ni sufrir la menor leve pérdida no defienden á Jesus y convienen tácitamente con las turbas que piden su muerte y le crucifican con sus vicios! ¿Qué es esto sino anteponer Barrabás á Jesus? ¿Y cuál ha de ser la suerte de los que obran de este modo?

Los judios, dice san Anselmo, «no pueden tener paz porque quisieron mas bien un príncipe sedicioso.» Pidie-

ron que selos diera un hombre homicida y al autor de la vida le dieron la muerte. Con razon por esto mismo se ven envueltos en los homicidios, las sediciones y tantas calamidades que no es posible referir. Dieron al príncipe de la paz, por el autor de la sedicion. ¿Qué esperabas que te habia de suceder, pueblo obcecado, quitando con tus manos la vida á tu Salvador, sofocando con tus gritos la voz de tu abogado y procurando con tus persuasiones la muerte del que habia venido á auxiliarte? ¿Podia menos de convertirse el mal contra tí? Ya lograste lo que has pedido. Has quitado la vida al príncipe pacífico; has pedido al sedicioso y alborotador, te se ha concedido á Barrabás que por alborotos y homicidios habia sido puesto en la cárcel: pues ya se acabó para tí el bien, se ha ausentado de tí la paz, el sosiego y la quietud no te será conocida porque tú has pedido y te se ha dado la sedicion y la muerte. Reconoce que Barrabás es quien reina y domina en tí y que Jesus ha muerto como pedias y por eso reina en tí la sedicion y las miserias y ha sido sepultada la paz. Pues esto mismo sucede al pecador que abandona á Jesus y quiere mas la guerra que la paz y la muerte que la vida. Su corazon estará inquieto y perturbado y su destino será la condenacion eterna.

Lloremos semejante locura y ceguedad y cuidemos de no preferir nunca Barrabás á Jesus: á Jesus que es la piedra reprobada por los hombres, pero elejida por Dios para forinar el edificio del santuario fuera del que no hallaremos la salud ni la paz. No abandonemos á Jesus por cosa alguna y reputémoslo todo como estiércol en comparacion de Jesus. Con Jesus lo tenemos todo y todo lo per-

demos si perdemos á Jesus. Señor, venga sobre nosotros vuestra sangre, no para nuestra condenacion sino para lavarnos y perdonarnos. Sea nuestra medicina que cure las enfermedades de nuestra alma y nos purifique y limpie mas y mas de nuestros pecados. Somos reos de vuestra sangre y vuestra muerte; pues dadnos el que nos lavemos en esta misma sangre. Tenemos aun tiempo de conseguir la gracia de Jesus. *Pœnetemini et convertimini, ut deleantur peccata vestra.* Arrepentios y convertios para que se borren vuestros pecados, decia el apóstol san Pedro despues de echar en cara á los judios la ignominiosa preferencia de Barrabás. Dolámonos de la preferencia que tantas veces hemos dado al mundo y al pecado con afrenta y desprecio de Jesus. Estudiemos y comprendamos lo que vale Jesus y no le dejemos por nada de este mundo para gozarle despues en la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DE JESUCRISTO AZOTADO Y ATADO A LA COLUMNA.

Jesucristo es azotado para que mortifiquemos nuestros cuerpos y los reduzcamos á servidumbre.

Corpus meum dedi percutientibus. He dado mi cuerpo á los que me herian. Isai. c. 50. v. 6.º

¿Quién de vosotros, amables oyentes? ¿Quién de vosotros no se siente afectado y conmovido al ver á Jesus azotado con la mayor crueldad y fiereza, atado á una columna, y puesto á la merced de enemigos infernales que rasgan sus purísimas é inocentes carnes, abren sus venas, llagan su

:

santísimo cuerpo hasta dejarlo sin figura de hombre, y derraman á torrentes la sangre que se dá en premio de nuestra salvacion? ¿Puede algun cristiano mirar esa imájen lastimosa de Jesus atado á la columna, sin asombrarse, llenarse de admiracion, y quedar yerto y estasiado con espectáculo tan repugnante á los sentidos? Yo en este momento juzgo de vuestros corazones por el mio y digo, que al ver á Jesus como lo vemos, se llenan de amargura nuestras almas; que un dolor pavoroso, aterrante y desconsolador nos aflige y atormenta; que las lágrimas y suspiros nos sobrecojen y dominan sin dejarnos atender á lo que más nos importa é interesa. Porque decidme: ¿si hoy mismo viéramos á un hombre tratado como Jesucristo, azotado, cubierto de llagas su cuerpo, ensangrentado y sufriendo los dolores mas acerbos, los ultrajes mas ofensivos y los modos y maneras que usa el odio mas cruel y desapiadado con sus víctimas, ¿no nos habríamos de enternecer y lastimar por semejante desgraciado? Esta compasion es natural, la imprimió el Omnipotente en nuestras almas, y forma el carácter de los que en nuestros dias se llaman *humanitarios*. Estos no pueden ver esa imájen dolorosa de Jesus azotado y atado á la columna, sin dolor y sentimiento, sin enternecerse y llorar por el que tanto sufre y padece.

Pero para esto no somos hoy convocados á este santo templo, ni la iglesia quiere que sus hijos lloren y se entristezcan como los que no tienen fé. Quiere que contemplemos en Jesus cruelmente azotado, escupido, blasfemado, ultrajado y cubierto de llagas y oprobios, el amor con que

sufrió tantos dolores, improperios y desacatos en favor de nuestras almas. Quiere que comparemos los desórdenes de nuestros miembros, los extravíos de nuestros sentidos, la malicia de nuestra carne y los pecados con que hemos ofendido la nobleza de nuestro origen, con los castigos que tanta iniquidad merece, y nos convenzamos de que habiendo tomado Jesucristo sobre sí nuestros pecados para satisfacer por ellos á la divina justicia, sufre los dolores y penalidades que nosotros debíamos sufrir y padecer, para lavar nuestras manchas, enseñarnos el precio de nuestra salvación por lo que esta le cuenta, y apartarnos de los vicios y pecados que llenan al mundo y al infierno de los males que hay en ellos. Ese Jesus que veis atado á la columna es un Dios que no se ha dejado azotar para que por él derrameis una lágrima de compasión y lástima, como las mujeres que lo vieron con la cruz á cuestas. Sufre y padece como inocente para que aprendan los culpados y criminales á mortificar sus cuerpos y reducirlos á servidumbre, como el apóstol nos lo enseña y yo voy á probar en este discurso. El dijo por el profeta Isaías: «he dado mi cuerpo á los que me » herían.... No retiré mi rostro de los que me injuriaban » y escupían.» Y nosotros que juramos seguir á nuestro Redentor y Maestro, ¿hemos de dejar la mortificación por el deleite, la penitencia por el regalo, la virtud por el vicio, y el cielo por el infierno?

No, amantísimo Redentor de nuestras almas. Nosotros queremos sufrir y padecer con Vos para entrar por el camino del sufrimiento en la gloria á que os condujo vuestra pasión dolorosa. Somos vuestros hijos, y

descamos la gracia que os pedimos por medio de Maria Santisima vuestra Madre y Señora nuestra , á quien decimos con el ángel.

AVE MARIA.

Corpus meum dedi percutientibus....

Aun cuando en la dolorosa pasion de Jesucristo no hubiera padecido nuestro Redentor mas tormento que el de la flagelacion, fué este tan grave, doloroso y allictivo, que él solo basta para instruirnos en todo lo concerniente á nuestra salvacion y dejarnos tan convencidos del amor con que sufrió y padeció por nosotros el Hijo del Altisimo, como lo estamos despues de haberlo visto crucificado y muerto en medio de dos ladrones. Pilatos conoció la inocencia y santidad de Jesucristo; hizo instancias para salvarlo, trató de quebrantar el odio de los fariseos y al efecto mandó castigar al inocente , no con cuarenta azotes, como lo prescribia la ley de los judios, ó como lo disponia la ley de justicia ordinaria que jamás permitia azotar hasta desollar y casi matar: sino que lo entregó á sus furiosos enemigos para que lo azotasen sin tasa ni medida, sin ley,

sin forma de juicio, ni sombra de razon. El que con tanta injusticia obra de este modo ¿le queda ya que añadir á su crueldad? Mandando el gobernador romano azotar desapiadadamente á Jesus ¿no lo condenaba á sufrir un suplicio mucho mas riguroso que el de la muerte misma? Y los fariseos incitando á los sayones para que se ensangrentasen contra Jesus y lo despedazasen á golpes llenándolo de injurias, desprecios, improperios y ultrajes ¿no intentaron hacer todo el mal que despues manifestaron gradualmente? Jesus por su parte ¿cuánto no sufrió y padeció al verse entregado al poder del infierno coligado con el de las potestades de la tierra para afligirlo y atribularlo?

Dada la órden para que Jesus fuese azotado se apoderaron de su sagrada persona los verdugos mas feroces é inhumanos que han podido verse entre los hombres, desnudaron totalmente á nuestro Redentor, lo ataron á una columna y lo azotaron con tanta crueldad y fiereza que necesariamente hubiera muerto sino hubiera intervenido un milagro de su omnipotencia para conservar una vida consagrada á los padecimientos, dolores, aflicciones y tormentos mas atroces por salvarnos y dejarnos instruidos. Innumerables fueron los azotes con que atormentaron al Hijo de Dios vivo. No hubo una sola parte de su santísimo cuerpo que no estuviera llagada. Desde la planta de los pies hasta lo alto de la cabeza no hay en él parte sana, dice el profeta. No tiene color ni hermosura, añade: lo hemos visto despreciado y reputado como el mas vil de los hombres, cercado por todas partes de dolo-

res. y que sabe por experiencia lo que es padecer (1).

Como un hombre que afrontado de la miseria y oprobio en que se vó, se avergüenza de sí mismo; así nuestro pacientísimo Jesus horrorosamente afeado con las llagas y heridas de los azotes se estremecía de sí mismo, no se conocía, era en aquella ocasión mas que nunca el oprobio de los hombres y la abyección de la plebe, y como que se veía desartado de la lista de los vivientes. Es necesario, amados míos, tener en cuenta el odio que tenían los fariseos, escribas y doctores de la ley á Jesucristo, el amor inmenso de nuestro Redentor, y lo que merecen nuestras culpas y pecados para apreciar debidamente lo que sufrió y padeció nuestro Jesus divino atado á la columna, despedazado y bañado en su propia sangre. Si atendemos á los judíos: ¿Será posible hallar entre todas las jeneraciones, hombres mas frenéticos, furiosos, enconados, coléricos y tenaces en perseguir, injuriar, maltratar y atribular á Jesucristo que aquellos malvados hipócritas? Azotar, escarnecer, improperar y despedazar las carnes virginales de Jesus: Esto era muy grato y satisfactorio para sus crueles enemigos. Se gozaban con los padecimientos del justo, y en variarlos y multiplicarlos hasta lo infinito trabajaba su infernal malicia. Nadie entre las turbas amotinadas contra Jesucristo pensaba mas que atormentarlo. Todos tenían derecho para herirlo y maltratarlo; lo pusieron como nos

(1) Isai. c. 53. vv. 2.º y 3.º.

lo representa la sagrada historia cuando viéndolo Pilatos lo cogió y presentó al pueblo diciendo ECCE HOMI! Aquí tenéis al hombre que me habeis traído! con lo que se irritaron mas aquellos corios inhumanos, raza de las víboras, como los llama el mismo Jesus; y transformados en verdaderos ministros de Satanás no pararon hasta arrancar á viva fuerza la sentencia de muerte que hicieron sufrir en el árbol ignominioso al Redentor de las naciones. El pobre Lázaro llagado y llenó de úlceras á la puerta del Epulona era consolado por el perro que lamia sus heridas, pero Jesucristo no tuvo en el tiempo de su dolorosa flajelacion ni uno de sus amigos que lo consolase; todas las ovejas luyeron en cuanto vieron herido á su pastor; dejaron á su Señor los que comian y bebían á su mesa, y todo, todo conspiraba á hacer mas calamitosa la situacion de nuestro Redentor azotado á la columna y privado de todo consuelo.

Pero, si esto es lo que queria y deseaba el corazon amoroso del amantísimo Jesus ¿qué hay que extrañarlo? El dijo á los apóstoles que se había de bañar en un bautismo que descaba mucho, cuya tardanza lo traia en grande pena y tormento; y este bautismo, sabido es entre los ascéticos, que es el de la sangre en que se vió revolcado desde que lo azotaron atado á la columna. Jesucristo inflamado de amor hácia nosotros se ofreció voluntariamente á sufrir toda clase de tormentos por nuestra salud. Previó los azotes y ofrece á ellos sus carnes inocentes, puras y virginales: previó las espinas y ofrece su cabeza: previó el taladro de los clavos y ofrece sus manos y sus pies: previó la cruz, y á ella ofrece

toda su vida. Nos vé Jesus manchados por el pecado, y nos prepara la pascina de su sangre para purificarnos y hacernos agradables á Dios. Nos vé condenados á muerte, y se prepara á morir para conquistarnos la vida: nos vé maldecidos de Dios, y se apresura á cargar sobre sí con todo el peso de las maldiciones que teníamos merecidas, por logrararnos la salvacion, como lo dice san Pablo (1). «O caridad, caridad, caridad!» esclama san Francisco de Paula. Si la fé no nos certificase de lo que padeció Jesucristo por salvarnos, doctrinarnos é instruirnos, ¿podríamos dar crédito á la historia de sus padecimientos? El gozo, los placeres, los deleites, las delicias y satisfacciones de Jesucristo siempre se hallaron en sus padecimientos, dolores y trabajos. Llamó su hora al tiempo de su pasion, la deseaba ardientemente, y en ella no abrió su boca para quejarse. Se dejó azotar con la mayor crueldad, despedazar sus carnes, atribular y llenar de heridas y dolores tormentosos, para satisfacer á la divina justicia por los pecados de la carne que se habian cometido y cometerian en el mundo. Tenia contra sí nuestros pecados, su amor inmenso, la divina justicia, el infierno y la tierra que se unieron para vengar los derechos de la divinidad ofendidos por los hombres, y todos dirigian sus golpes al fiador, al Cordero inmaculado, al que llamaba y atraia sobre sí todas las penalidades merecidas por nuestras culpas para dejarlas borradas y satisfechas.

(1) Galat. c. 3. v. 13.

¡Qué conjunto de causas tan fuertes y poderosas para cubrir de dolores, angustias y pesares á nuestro inocente Jesus! Todos los pecados de la carne que han cometido y cometerán los pecadores de todos los tiempos y lugares pidiendo venganza al cielo para que los castigase en el Corde-ro sin mancha que cargó con todos ellos para descargarnos de su peso ignominioso! ¡Todas las deshonestidades, impu-dicias y vergonzosos enjendros de la concupiscencia des-bordada de los hijos de la carne sobre Jesucristo para res-ponder por su horrenda criminalidad al cielo irritado con-tra los pecados del mundo! ¡Jesus abrasado con un amor inmenso hácia los hombres, que deseaba, pedia y aceptaba con gusto las aflicciones, pesares, dolores, afrentas é igno-minias capaces de purificarnos de nuestras manchas y ha-cernos virtuosos con sus doctrinas y ejemplos! ¡El Padre Celestial encargado de tomar satisfaccion por las ofensas con que la razon humana se habia atrevido á declararse hostil á la divinidad! ¡Nuestras innumerables culpas; el amor con que Jesucristo queria sufrir y padecer por librarnos de ellas, y la divina justicia interesada en admitir una satis-faccion proporcionada: ¿no os parecen causas poderosas para producir en Jesus todos los dolores, tormentos, angus-tias, afrentas, crueldades y ferocidad con que fué tratado en los días de su pasion dolorosa? ¿Estrañareis despues de esto la rabia de los judios, el odio de los fariseos, la infer-nal sevicia de los verdugos, ni toda la atrocidad que deja sentirse en esa sagrada imájen de Jesus azotado y atado á la columna? «Mé rodearon los dolores del infierno,» podia decir muy bien nuestro Redentor atormentado cruel y bár-

baramente en su bajelacion ignominiosa; pero mi amor hace suaves y aun deliciosos mis tormentos. Sálvense los hombres, quede vencida la culpa y confundido el infierno; aprendan de mí los hijos de mi esposa la religion que traje del cielo á la tierra; entiendan los fieles que la mortificacion de los sentidos es necesaria para que la gracia produzca en sus corazones frutos de salvacion, y veigan tras mi todos los que quieran llegar á la perfeccion que abre las puertas de la dichosa eternidad á mis escogidos. Estoy desollado; todo mi cuerpo es una viva llaga; sufro los mas acerbos dolores; muero.... Pero no, aun no moriré; tengo sed de padecer y sufrir por los pecadores y aun padeceré y sufriré por ellos. He dado mi cuerpo á los que me herian, y no he retirado mi rostro de los que me injuriaban y escupian, para salvar y enseñar á los pecadores que vine á buscar para sanarlos, hacerlos virtuosos y llevarlos á la gloria: *corpus meum dedi percutientibus.*

¿Qué contestais, amados míos; qué contestais al Hombre-Dios que se explica de este modo en medio de los dolores, angustias, y tribulaciones en que nos lo representa nuestra fé en estos momentos? ¿No os sentis inclinados á imitar á nuestro divino Maestro en sus penalidades, dolores y aflicciones? Si El siendo la misma santidad sufrió y padeció por nosotros tantos tormentos; nosotros que somos culpables y estamos cubiertos con la lepra del pecado, ¿nos hemos de negar á tomar la medicina de la mortificacion y penitencia que tanto necesitamos para conservar la vida de la gracia, sin la que el que vive está muerto, como lo dice el

apostol? Jesucristo azotado cruelmente por nosotros, y nosotros entregados á los gozes, deleites y placeres de la carne, ¿no es el anacronismo mas degradante para los que se honran con el nombre augusto de fieles hijos de la iglesia santa é inmaculada? Ahí teneis á Jesus azotado y atado á la columna: en situacion tan calamitosa nos enseña á mortificar carnos y á reducir nuestros cuerpos á servidumbre. Lo que aprendan en esta escuela y sigan al Maestro Celestial, que nos enseña, se salvarán entrando en la iglesia como imágenes de su Salvador amoroso: los que rechazando las contradicciones, trabajos y adversidades que deben labrar su corona, dejan á Jesus y se engolfan en los laberintos de los pecadores impenitentes se condenarán y su porvenir eterno será mucho mas desastroso que lo que puede explicarse y comprenderse. En vuestras manos pues está la vida y la muerte, el pecado y la gracia, la gloria y el infierno. Escoged entre el bien y el mal; entre el evangelio y las máximas del mundo: entre la razon recta é ilustrada con las luces de la fé, y las pasiones desenfrenadas: entre la ferocidad de los judios, y la santidad del pacientísimo Jesus llamado como lo veis. Sed vosotros jueces de vosotros mismos, y pronunciad la sentencia que merecen vuestras buenas ó malas obras; pero para esto humillaos delante del Dios que os llama á la mortificacion y penitencia; pedidle la gracia que os ha merecido con sus dolores y penalidades; resolvéos á seguirlo en sus mortificaciones y confiad en la bondad del que dirá á los justos en el dia del juicio. «Venid, beneditos de mi Padre, á poseer el reino de los cielos» que os está preparado desde el origen del mundo.»

No aparteis vuestra consideración de Jesucristo azotado y atado á la columna por nuestro amor, y El os concederá la gracia de la mortificación y penitencia que ha de introducirnos en la gloria eterna que á todos deseo.

A. M.

SERMON

SOBRE LA CORONACION DE ESPINAS DE JESUS.

Jesus coronado de espinas es el ejemplar de la vida cristiana.

*Et plectentes coronam de spinis posuerunt super caput ejus.
Habiendo tejido una corona de espinas la pusieron sobre su cabeza. Matth. cap. 27.*

No habia mandado Pilatos á los soldados del Pretorio sino que azotasen á Jesus; pero quando una vez se dá licencia y empieza á ser lícito lo que á cada uno se le antoja no hay freno que contenga y suele venirse á parar á los males en que no se habia pensado. Llenos de crueldad y furor los soldados asi como las turbas alborotadas,

desterrado de los corazones de todos el sentimiento de humanidad y compasion hallaba cada cual su complacencia en inventar nuevos tormentos é ignominias con que afflir al inocente que como un manso cordero no desplegaba sus labios y se dejaba conducir al matadero. Se habian burlado de Jesus los soldados de Herodes tratándole como á un loco, y quisieron sobreponerlos los de Pilatos despues de haberle azotado tratándole como á un rey irrisorio porque habia dicho que él era Rey de los judios.

Cuando los usurpadores de los reinos quedaban vencidos y se los esponia á la vergüenza y las burlas de los pueblos, se los coronaba con una corona de papel; pero á Jesus Rey verdadero del cielo y de la tierra á quien se mira como un embustero, impostor y sedicioso se le trata con una severidad desconocida y es poco atormentarle con la ignominia y la afrenta sino se une la crueldad y el dolor, los ultrajes y los suplicios. Formando los soldados una corona de agudas y penetrantes espinas, la pusieron sobre su cabeza con violencia; y para que no fallase ningun género de insultos á esta ceremonia de burlas y oprobios despues de ponerle esta corona de sangre se apresuran á ponerle las demas señales del aparato real. Le desnudan de nuevo renovando las llagas de los azotes y despedazando la piel que habia quedado en su santísimo cuerpo y le ponen un manto viejo de púrpura en señal del manto real; y una caña en sus manos en señal del cetro. Arrodiábanse delante de él y con el modo mas grosero é insultante le decian: Dios te salve rey de los judios. Por tributo le daban de bofetadas, le herian en la cabeza con la caña y los que no

podían llegar tan cerca escupían en su divino rostro glorificándose con este espectáculo de horror. ¡Dialólica y jamás oída invencion! ¿Quién ha oído jamás semejante suplicio? ¿Cómo han podido inventarle los hombres? El furor pensó en él, y el demonio lo sugirió para atormentar é infamar al mismo tiempo á Jesus, como si fuera un reo de crímenes inauditos, y como si no fueran bastantes para espiarlos los tormentos y suplicios antiguos que hubiera necesidad de inventar otros nuevos. Plantó, cultivó y regó su viña, nada dejó por hacer en su beneficio, y no dió otro fruto que espinas que sirvieron para su afrenta y su tormento. Por todas partes penetran sus santísimas sienes, punzan sus nervios, taladran sus venas, la sangre corre y se mezcla con las salivas, llegan hasta sus ojos, y no hubiera sobrevivido á este tormento sino le hubiera confortado y sostenido la virtud divina. ¿Quién puede comprender lo grave y acerbo de este dolor y la confusion que padeció en estas burlas y tormentos nuestro Salvador? ¿En el estado de afrenta y afliccion en que nos le recuerda esa dolorosa imágen? Cada espina es un tormento que le aflige de muerte, la sangre que corre de tantas llagas cierra sus ojos, sus cabellos se empapan en sangre y desfiguran su santísimo rostro, le afean y mudan al escogido entre millares en un objeto de horror, de lástima y compasion sin que sus enemigos se apiaden ni se cansen de regocijarse en ultrajarle.

Divino Jesus, Rey de los cielos y la tierra! ¿Qué distinta corona y qué distintos tratamientos mereceis! Pero vuestro amor no os permitió llevar otra mientras vivisteis tener

los hombres. Huisteis solo al monte cuando los judios quisieron haceros Rey y poneros la corona como á verdadero hijo de David, y ahora os ofreceis y recibis con paciencia una corona que se os pone como señal de oprobio y como un cruelísimo tormento. Salid, hijas de Sion, venid á ver á vuestro Rey ceñido con la diadema con que le coronó la Sinagoga en el dia en que se despo ó con vosotros, en el dia de la mayor alegría de su corazon. Angeles, hombres, criaturas todas del universo, venid y ved á vuestro Rey con este triste y doloroso aparato. A verle coronado de espinas para manifestarnos el imperio de su amor, que su reino no es de este mundo y que todo es distinto en Jesus de los reyes de la tierra. Su corona no es de oro, de piedras preciosas ni del laurel con que se ciñen las sienes de los vencedores, es de espinas como propia de un varon de dolores, del Rey de los que lloran y que tiene su gloria en la afrenta y el dolor; del que ha tomado á su cargo y lleva sobre sí las iniquidades de todos los hombres. Ningun malhechor ha sido tratado tan mal como lo fué en este paso de horror el mas santísimo de todos los hombres. La ciencia habia de inventar cada dia nuevos crímenes y para espiarlos todos quiso Jesus que se inventasen contra él nuevos géneros de oprobios y tormentos. Miremos hermanos míos, y contemplemos este paso doloroso de la pasion de nuestro Redentor que nos recuerda esa venerable imágen y hallaremos el exceso de su amor infinito á los hombres, nos moveremos á compasion de sus afrentas y penas, veremos el ejemplar de paciencia, y le reconoceremos por nuestro Rey y Señor al mismo tiempo que es el oprobio de los hombres

y el desprecio de la plebe. Hallaremos en Jesus coronado de espinas la reprension mas fuerte de nuestros vicios y el ejemplo de la vida cristiana.

Ayudadme á pedir la divina gracia para que yo manifieste con acierto y conozcamos todos con fruto esta verdad saludable, valiéndonos de la intercesion de Maria Santisima.

AVE MARIA.

Et plectentes coronam.

Jesus coronado de espinas y con el manto de púrpura, dice san Agustín (1), no se nos presenta con magestad y con imperio, sino lleno de oprobio. Los suplicios habian sucedido á los ultrajes y los ultrajes á los suplicios desde que Jesus estaba en poder de sus enemigos; pero ahora se reunen las burlas y los tormentos en una sola accion; en el suplicio no menos doloroso que humillante y lleno de ignominia de coronar de espinas á Jesus y tratarle como

(1) Tract. 116 in Joann.

á un rey de farsa. La corona es un vilipendio, un desprecio, una burla injuriosa tanto mas cuanto mayor es la persona á quien se hace, y mas viles y despreciables los que la hacen. Aquel cuyas sienes ceñian desapiadadamente con una corona de espinas es el Rey y Señor de cielos y tierra, el autor de la vida y de la muerte, el que corona con su misericordia y sus conmiseraciones á los que confían en él, y los que así lo injurian y desprecian no tienen dignidad alguna, son unos soldados viles, unas gentes de lo mas inhumano de la plebe que sin causa alguna toman por inhumana y bárbara diversion el burlarse de Jesus: y las espinas son un suplicio y tormento inesplicable, un dolor acerbísimo que no tiene semejante. ¡La cabeza delicada de Jesus, sus santísimas sienes atravesadas con agudas y multiplicadas espinas, setenta y dos heridas de otras tantas espinas clavadas furiosamente sobre la cabeza de Jesus de un golpe y penetrando algunas de ellas hasta los ojos! ¿Cómo pudo sobrevivir Jesus á este piélago de tormentos, á este seto de espinas que le circunvaló? Si tanto nos molesta un pequeño golpe, la mas pequeña pinzadura que suframós en la cabeza ¿cuál seria el dolor y tormento de Jesus lleno de espinas y lleno tambien, para no tener consuelo alguno, de oprobios, de burlas, recibiendo bofetadas, salivas inmundas y oyendo baldones y dicterios? Fijad vuestra vista á consideracion en esa dolorosa imágen y contemplad ¡cuál estaria el divino Jesus en el estado que os le representa!

Pues hermanos míos, este Jesus lleno de heridas, sumergido en las humillaciones y abatimientos, coronado por

burla de espinas y con un manto andrajoso y una caña en sus manos por el cetro y vestidura real, es nuestro Rey, nuestro Señor bajo cuyo servicio estamos, y el ejemplar a que estamos obligados á conformarnos si hemos de ser participantes de la corona de gloria que tiene preparada á los suyos. Es necesario que seamos semejantes á El si queremos ser del número de sus escogidos.

Antes que el divino Jesus fuese coronado de espinas fué azotado cruelmente y desgarrado sin piedad todo su cuerpo. No conviene á una cabeza tan penetrada del dolor un cuerpo sano, ni unos miembros delicados. Vergüenza y temor debe causarnos el ser unos miembros regalados teniendo una cabeza coronada de espinas. *Non decet sub capite spinoso membrum esse delicatum*, dice el padre san Bernardo. Jesus es nuestra cabeza y nosotros somos sus miembros, ¿es justo que vivamos en las delicias mientras El muere en los tormentos? Si nos avergonzamos de ser semejantes y de imitar á nuestra cabeza, ¿no se avergonzará tambien Jesus de reconocernos por miembros suyos? ¿Y qué semejanza tiene con Jesucristo una vida en que no se procura sino el goce de las posibles comodidades, deleites y placeres? Para llenarnos de confusion y vergüenza, para reprender nuestra vida impenitente y regalada, para conocer lo criminal de nuestra conducta, ¿necesitamos mas que recordar que somos miembros de Jesucristo y que desdichados y son ajenos de una cabeza coronada de espinas unos miembros que se hallan entre las delicias? Meditemos seriamente que no tendremos esperanza, perfeccion ni mérito alguno delante de Dios sino en cuanto seamos semejantes y

nos hallamos conformes con nuestro ejemplar Jesus, y viendole en su santísima cabeza una corona de espinas conozcamos que á nosotros que somos sus miembros no nos conviene ser mejor tratados, ni coronados de rosas. ¿Con qué señales podremos acreditar que somos discípulos de este divino Maestro y miembros de esta cabeza? ¿Qué semejanza hay entre Jesus cubierto de llagas sin parte sana en todo su cuerpo y coronado de espinas y los cristianos rebosando en el placer y rodeados de comodidades? ¿Es justo que los pecadores vivan en el regalo y la molición mientras el inocentísimo y santísimo Jesus es tratado con tanta crueldad?

La corona de espinas es un misterio, dice san Cipriano, un misterio de afrenta y de deshonra, pero de él ha emanado la gloria de Jesucristo: es un misterio de flaqueza y enfermedad, pero de él ha emanado la virtud y fortaleza de su iglesia; un misterio de dolor, pero de él ha emanado la alegría de los fieles. Este misterio de ignominia y de desprecio contra la intención de sus enemigos, ha producido en Jesucristo una gloria inmortal y lleva la corona como rey y como vencedor del mundo y del demonio. Jesus coronado de espinas es el vencedor de nuestros enemigos, nuestro Salvador y nuestro Rey. Obligados estamos á seguirle, á pelear bajo sus banderas, á obedecer sus órdenes y á imitarle. Venid, nos dice, y descansad bajo mi sombra porque yo os defenderé y oponiendo mis espinas os haré terribles á vuestros enemigos. Pero responde el avaro: yo no puedo seguirte, porque no quiero un Rey pobre y que manda ser pobre. Tendría necesidad de dejar mis riquezas, de separar

mi corazon del oro y los tesoros y de abrazar al menos con el ánimo y el afecto la pobreza evangélica. Tendría que poner tasa á mis deseos y limitarme á negociar los bienes temporales por los medios honrosos y justos. Yo no puedo seguirte, dice el lujurioso, porque no quiero un Rey que ofrezca espinas, oprobios, hiel, dolores y cruz á los que le sirven.

Me sería necesario renunciar á los placeres de este mundo, á la vida regalada y deliciosa, á los deleites y comodidades de esta vida y acomodarme á las prácticas de la mortificación y penitencia. Yo no puedo seguirte dice el gloton, porque no quiero un Rey que apaga su sed con hiel y vinagre y que manda la sobriedad y la templanza. Yo no puedo seguirte, dice el soberbio, porque no quiero un Rey que se deje ultrajar sin abrir sus labios y quiere que seamos humildes y mansos de corazon. Si queremos que Jesús reine en nosotros, que sea nuestro verdadero Rey, es preciso que nos pongamos bajo su sombra, que le obedezcamos, le sigamos, le imitemos y antepongamos sus espinas á las rosas, sus trabajos y las mortificaciones que nos ordena al lujo, la vanidad y los placeres del mundo. Lo contrario es adorarle como hipócritas es fingir impianamente que le amamos, es burlarnos de su majestad y tratarle como á un rey de burlas como la soldadesca y la plebe del Pretorio.

Siendo Jesús nuestra cabeza, nuestro ejemplar y nuestro Rey debemos asemejarnos y conformarnos con El, obedecerle y pelear bajo la enseña de la cruz y de un Rey coronado de espinas que quiere que los suyos se coronen tam-

bien con las espinas y trabajos. Las coronas de los reyes de este mundo son de oro, de plata ó de hierro porque los reinos de la Tierra se adquieren con riquezas, con esplendor y con la fuerza, pero la corona de Jesucristo en este mundo es de espinas porque el reino de Jesucristo es de aflicciones y trabajos y solo con las afrentas, dolores y mortificaciones se adquiere el reino del cielo y la corona de gloria y de eterna hermosura y duracion. Jesus se nos manifiesta y nos llama estando coronado de espinas, y no se nos presenta coronado de flores, dice san Bernardo, para que le imitemos y nos avergoncemos de ser unos miembros regalados teniendo una cabeza traspasada de espinas. ¿Diremos ya con los amadores del mundo y los que no conocen ni quieren gozar sino de lo presente: coronemos de rosas antes que se marchiten? Todas las coronas con que la vanidad y soberbia ciñe nuestras mortales cabezas, ¿son mas que una flór que ha de desvanecerse y aniquilarse? ¿Es propio de un cristiano ese adorno de la vanidad y el artificio, esas posturas y maneras con que tantas mujeres engalanan sus cabezas para llamar la atención para parecer bien, dar realce á su hermosura y robar los adoradores á Jesucristo? Avergoncémonos de adornarnos con unas coronas tan vanas y corruptibles. Volvamos nuestras miradas á Jesus coronado de espinas y avergoncémonos de nuestra debilidad y apego al descanso y al regalo, de nuestra vana temeridad en querer ser coronados de gloria, sin serlo antes de dolores y de oprobios; de nuestra necedad y locura en no imitar y seguir al que es nuestra cabeza y nuestro Rey. Y para satisfacer á la divina justicia y corresponder al infinito.

amor del Señor con nosotros; para que dejen de punzarnos las espinas de la tierra de-pues que perdieron su maleza en la cabeza de Jesús y sirvieron para nuestro remedio, armémonos de severidad contra nosotros mismos; nada nos perdonemos, ya que hasta ahora nos lo hemos perdonado todo. Reparemos con nuestras mortificaciones y austeridades que duren hasta nuestra muerte, tantos excesos como nos hemos permitido en nuestra vida delicada, licenciosa, deshonesta, libre y tan poco conforme con la de Jesús. Sea Jesús coronado de espinas el ejemplar de nuestra vida cristiana, así como es nuestra cabeza, nuestro Rey y queremos participar de sus triunfos y su gloria.

¡Paciente y manso Jesús! Yo os di mi palabra y acepté por él Dios de mi alma; conmigo contrajisteis una alianza de misericordia y yo prometí seros fiel; pero os he abandonado casi al tiempo mismo que os conocí. Mi alma se ha avergonzado de ser esposa de un Dios paciente y humillado. Mientras que vuestra cabeza estaba coronada de espinas, la mía llena de vanos adornos sólo respira fausto y orgullo. Mientras que cubierto con unas ropas de ignominia eraís el juguete del pueblo, mi vanidad desplegaba todo su lujo por llamar la atención de un mundo vano y soberbio. Mientras vuestras lágrimas corrían mezcladas con vuestra sangre y las salivas impuras de vuestros verdugos yo me entregaba á las delicias, los placeres y las diversiones del mundo. Recibid esta confesion mia como un principio de la espacion de mis crímenes. Me llamáis y vuelvo á Vos resuelto á abandonarlo todo por seguirlos.

Sea esta nuestra resolucion, amados míos, este es el

dia de la alegría del corazón de Jesús, el día que se desposa con nuestras almas y nos manda que lo imitemos y sigamos con fidelidad. No nos apartemos de él en los oprobios y trabajos y por la de espinas recibiremos una corona eterna de felicidad y de gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DEL PASO DOLOROSO DE JESUS

ECCE HOMO

La presencia de Jesus atormentado debe movernos á una compasion cristiana.

Ecce Homo. Ved aquí á este hombre. Joann. cap. 19 v. 5.

Viendo Pilatos á Jesus desfigurado, cubierto de heridas, desgarrado todo su cuerpo con los azotes y que para mas atormentarle y burlarse de El los soldados le habian puesto una corona de espinas, un manto viejo de púrpura y una caña por cetro, creyó que al verle quedarian satisfechos sus enemigos y que seria el único medio para moverlos á compasion y que le dejaran con vida: el presentarle á su vista

en aquel estado tan lastimoso. Hizo que saliese á un sitio público don le pudiese ser visto de las turbas y el mismo Pilatos levantando con su mano el manto andrajoso que cubria á Jesús, haciéndolo observar su estado horroroso y lamentable, sus llagas extendidas por todo el cuerpo, su rostro desfigurado y que no habia quedado en él parte sana, dijo: *Ecce Homo*. Ved aquí el hombre que me habeis presentado como un malhechor y en quien yo no hallo causa alguna que merezca castigo. Este es el hombre cuya muerte buscáis y cuyo poder tanto teméis, ¿podrá ser ya temible en el estado en que se halla? ¿Qué mas queréis? ¿Os parece que quedará ya con fuerzas para alborotar y seducir á los pueblos y provocarlos á la rebelion? ¿No pudiendo ya ser conocido como hombre, podreis temer que apelezca ser rey? Despues de la infamia, las burlas y las ignominias en que está sumergido y con las que ha sido desacreditado, ¿queréis que arrastrará á las gentes en pos de sí y que habrá quien oiga su doctrina? En el estado á que le veis reducido ¿le queda otro partido que tomar que huir y ocultarse donde no sea visto ni conocido á esconder su confusion y concluir su vida miserable?

ECCE HOMO. El que se llamaba Rey, el Mesias, el Hijo de Dios, el que obraba milagros no es mas que un hombre lleno de tormentos y de oprobios. ¿No os basta verle en el estado en que se halla? ¿No es mas digno de lástima y compasion que de envidia? Si ha merecido vuestros odios y venganzas, si teniais algo que castigar en él ¿no ha sufrido ya bastante? ¿Tan crueles é inhumanos habeis de ser que podais sufrir su presencia sin eternoceros

y que queráis todavía quitarle la poca vida que le queda?

ECCE HOMO. Es preciso que Pilatos asegure que es un hombre el que presenta al pueblo porque los tormentos le han quitado la forma humana, está desfigurado y hecho una masa viva sin que haya quien pueda reconocer en él al Hijo querido en quien el Padre Eterno tiene sus complacencias, al que vieron curar tantos enfermos y resucitar á tantos muertos.

¿Qué podré yo decir, hermanos míos, de este paso tristísimo de la pasión de nuestro adorable Jesús? ¿Cómo os haré ver el estado lastimoso y humillante á que se vió reducido, la vergüenza y confusión que sufrió á la vista de un pueblo que en los días anteriores le había recibido en triunfo, y el dolor y la ignominia que sintió al oír la desentonada gritería de sus enemigos que sedientos de su sangre que pedían su muerte y que sea crucificado? ¿Quién podrá dar una idea de lo que padeció el inocente y manso Jesús en el estado en que nos le representa esa dolorosa imagen del ECCE HOMO?

Teniendo delante ese cuadro lastimoso y recordando los momentos terribles en que Pilatos enternecido presentó á Jesús á las turbas hecho un varón de dolores, no hay alma sensible que no se conmueva y angustie, no hay entendimiento que no se oscurezca y se turbe y las vivas sensaciones del sentimiento y compasión no dejan lugar al discurso. Contemplando á un hombre Dios desfigurado, desgarrado todo su cuerpo, descoyuntado y herido de pies á cabeza, coronado de espinas y lleno de afrentas y baldones presentado por el mismo juez para dar lastima á sus ac-

salores ¿habrá cristiano con serenidad para hablar y concurrir con orden, con acierto y elocuencia? No extrañéis, hermanos míos, que mis reflexiones y discurso en este día sean desconcertados también y que sin atender á la exactitud y propiedad de mis palabras ni al método riguroso de mis razonamientos deje hablar á mi corazón y que exprese sus sentimientos y afectos; pero afectos y sentimientos de un corazón conmovido y lleno de aflicción y pesar.

¡Dichoso yo si al fin soy mas afortunado que Pilatos y logró de vosotros unos sentimientos de compasión verdadera y cristiana y lejos de pedir la muerte, concedéis que viva y reine en vuestros corazones Jesús! Imploramos antes sus auxilios por la mediación de María Santísima su Madre llena de dolor y de gracia.

AVE MARIA.

Ecce Homo.

Cuando despues de oprimir sus razores no podian los oradores antiguos alcanzar una favorable sentencia en favor de aquellos á quienes defendian ó mitigar algun tanto la pena de la ley, descubrían á los jueces la miseria del culpado poniéndoselo delante cargado de hierros, las heridas

descubiertas, la ropa teñida en sangre los hijos desnudos y la mujer y los parientes llorando. Pilatos habia dado repetidas veces testimonio de la inocencia de Jesus y habia procurado salvarle; pero viendo lo inútil de sus razones no obstante de ser él el juez, se valió de este medio para mover á los acusadores y enemigos implacables de Jesus y se le presentó mostrando sus heridas, su rostro taladrado con las espinas, sin poderse sostener y próximo á espirar, en un estado tan lastimoso que diera compesión á las mismas piedras y los dijo: *Ecee Homo*. Ved aquí al que acusais de que queria ser Rey, ved que es un hombre lleno de miserias y desventuras; menos venganza es ver á un hombre muerto, que tan herido y lastimado, baste este castigo para venganza; mirad que es hombre de carne y sangre como vosotros, doleos y no queráis ser mas crueles.

Efectivamente; el estado en que se hallaba el inocente Jesus, despues de haber sufrido la furiosa descarga de azotes, los tormentos de las espinas, las burlas, irrisiones; bofetadas y cuanto habia querido ejecutar el furor de los sayones, el presentar á un hombre herido de piés á cabeza, desfigurado y sin poderse conocer si era hombre á fuerza de los golpes que habian descargado sobre él; la confusion y vergüenza en que se ponía á la vista de todo un pueblo al mismo que se habia hecho á mirar y que habia sido lleno de bendiciones por su doctrina y sus obras y para quien se imploraba clemencia; el ver al hombre mas lastimoso y cargado de llagas y de oprobios que ha habido y habrá entre todos los hombres, era el medio mas eficaz para mover á al olvido de las mayores injurias que se hubieran recibido

por su causa; pero los enemigos de Jesús no se ablandaron ni enternecieron; las turbaba su aborrecimiento y clamaban cada vez con mas encono. *Que sea crucificado.* Es preciso que le veamos morir en la cruz, y no estamos contentos hasta que no derrame la última gota de su sangre.

Pueblo judío, hoy te se presenta tu Rey, tu Salvador y ¿creas conocerle? ¿Le niegas, le desprecias y le condenas á la muerte de cruz? Este es tu Rey, tu Mesías, aquel á quien tantas veces te han anunciado tus profetas. Jerusalén, tú que le presentas á los demas ¿no le conoces? Este es aquel á quien has visto obrar tantos milagros, curar tantos enfermos, mandar á las mares y á los vientos y cuyas doctrinas no podiais oir sin admirarte. ¿No es el mayor prodigio el que despues de esto le niegues y desconozcas? ¿Esperas á conocerle cuando le veas lleno de magestad y coronado de gloria venir á pedirte razon de la sangre que has derramado y los ultrajes y afrentas que le has hecho sufrir? Judios furiosos é ingratos, ¿es posible que no os degeis enternecer y que ya que no reconozcais á vuestro Salvador en Jesús, no considereis que al menos es semejante á vosotros, es un hombre? ¿Y qué mal os ha hecho para que le trateis con tanta crueldad?

¿Y es posible, hombre pecador, que á la vista de Jesús no conozcas la enormidad de tus culpas y tengas compasion de tí mismo? *Ecce Homo.* Ved aquí al hombre, te dice el mismo Jesús para moverte á lástima como Pilatos á los judíos; mira y reconoce en el estado en que me hallo, la enormidad de tus crímenes y los males que me han traído.

Yo soy aquel hombre á quien tanto has injuriado y aquel Dios á quien tan gravemente has ofendido, ¿por qué obras conmigo con tanta crueldad? Bajé del cielo á la tierra por tí: ocupe mi vida en procurarte la salud y la gloria, ¿y tú me pagas con desconocerme y maltratarme? ¿Con llenarme de heridas y pedir mi muerte? Mira la obra de tu pecado y el rigor con que le castiga la divina justicia. Hombre engañado y perdido, si quieres ver tu desengaño en un hombre: *Ecco Homo*. Vé aquí al hombre. Hombre muerto por el lujo y por las galas mira al que viste los lirios y las flores desnudo y cubierto de ropa de ignominia por enseñarte la moderacion. Hombre vicioso y dado á los pasatiempos y deleites, vé aquí al hombre lleno de llagas desde los pies á la cabeza pagando en sus carnes los regalos de la tuya. Hombre impaciente, soberbio y mal sufrido, mira el ejemplar de paciencia y mansedumbre. Hombre gloton y destemplado, mira los daños que causan tus destemplanzas. Hombre perezoso que descansas en la blandura y haces de la noche dia y del dia noche para gozar mas á tu gusto y sosiego los placeres, mira á un hombre que despues de haber pasado toda la noche sufriendo injurias, afrentas y tormentos, está dispuesto á morir por tu salud sin haber quien le alivie ni se mueva á compasion.

Pecador, cualquiera que tú seas y sean tus crímenes los que fueren, Jesus te sale al encuentro cuando te encaminas á tu perdicion; en el fondo de tu alma te se presenta vestido con el manto de la irrision é ignominia, coronado de espinas, bañado en sangre, desfigurado y hecho un varon de dolores, solicita tu compasion y que ceses de atormentar-

tarle con tus culpas: por tantas bocas cuantas son sus heridas te dice: *Ecce Homo*. Soberbio y orgulloso, mira á ese pobre á quien niegas las migajas de tu mesa y los regalos con que engordas á tus perros; mira á ese enfermo desvalido postrado en una cama desnuda en que espera una muerte anticipada que le aceleran sus privaciones y desgracias; mira á ese pobre desgraciado á quien piden pan sus hijos y cuyos gritos traspasan su corazón porque no tiene con que acallar su hambre. *Ecce Homo*. Debajo de esa capa de ignominia y afrenta del pobre, entre esas heridas del enfermo, entre esas aflicciones del menesteroso debes reconocer á tu Dios y Señor que sufre y padece en el pobre. *Ecce Homo*. Hombre sin relijion y sin fé, mira la obra de tus manos. Has atormentado á Jesus en la persona de sus ministros, en sus templos y su culto.

Los templos se arruinan porque te has apoderado de los fondos que destinó la piedad para su conservación: ya no se oyen los cánticos sagrados en tantos lugares consagrados al Dios vivo y en que habia dispensado beneficios muy especiales: las esposas del Señor están en esqueleto acabando de consumirse; los sacerdotes sin aliento, llenos de ultrajes, del vilipendio con que los insultas, los desprecias y atormentas; están en la desnudez y la miseria espuestos á la irrisión de la plebe, no te ha sido bastante reducirlos á la indijencia, has aumentado las burlas y quisieran que murieran. *Ecce Homo*. Mira hombre á Jesus en la persona de sus sacerdotes, en la persona del pobre y allijido, mira á Jesus á quien tú mismo reduces á ese estado humillante

y doloroso con tus culpas. ¿Te atreves á pasar adelante y pedir que muera? Ya que no puedes desconocerle por mas que le hayas desfigurado con tus viles tratamientos, ¿tendrás valor para crucificarle? ¿No se sacia tu pasión, tu envidia, tu sensualidad, tu impiedad y tu desenfrenada licencia, tu corazón empedernido no se ablanda con el espectáculo de un hombre Dios tan maltratado por tu culpa.

Mira á Jesus hecho el oprobio de los hombres, y contempla en él á un hombre hecho el objeto de la justicia de un Dios irritado; á un hombre que ha tomado sobre sí la semejanza del pecador, que ha salido por fiador de los hombres delante de Dios; que ha cargado con los pecados ajenos y en quien no hay ni puede haber pecado alguno propio. ¿Puede el Eterno Padre manifestarnos de un modo mas palpable y eficaz su aborrecimiento á nuestras culpas y escitarnos á la detestacion de ellas que diciéndonos como Pilatos al pueblo. *Ecce Homo*. Trata por mil medios de contener nuestro furor, nos pone delante la inocencia, la santidad; la benignidad y todas las perfecciones del divino Jesus; nos representa sus beneficios, su dignidad, sus milagros y todo cuanto pueda hacer impresion en nuestros ánimos y ablandar nuestros corazones, y cuando nada de esto alcanza para detenernos, nos manifiesta á este hombre Dios lleno de dolores, herido, traspasado y sin parte sana, pone á nuestra vista el castigo terrible que descarga sobre el pecado su divina justicia; nos hace entender que no perdonó á su hijo propio siendo justo é inocente sin otro motivo que por haberse cargado de

los pecados ajenos, y que veamos en sus tormentos y abandono el rigor que nos espera para que tengamos lástima de nosotros mismos y si no le servimos y obedecemos por amor, le sirvamos al menos por el temor del castigo.

Ecce Homo. Hé aquí hombre pecador el ejemplar del castigo que espera á tu pecado y el tratamiento con que te ha de pagar el Señor esos desprecios y ese abandono de su ley en que vives tan sin remordimiento ni escrúpulo. Si así paga el justo ¿qué será el culpado? *Ecce Homo.* Reconoce, confiesa y ten compasion de tu Dios ultrajado, ofendido y lleno de tormentos é ignominia; cesa de atormentarle y pedir su muerte con tus culpas; él es tu Rey, tu Señor, tu Redentor y tu Dios á quien has de reconocer al fin, porque ha de venir á tomarte una cuenta estrecha de tu vida y de tus obras, y á pedirte razon de su sangre y de los tormentos que le has hecho sufrir. *Videbunt in quem transfixerunt* (1). Le conocerás como juez y vengador.

Dios mio, mirad á este hombre tan lleno de dolores por nuestros pecados. ¿Quereis que nosotros le contemplemos para que nos compadezcamos de sus aflicciones y de su angustiosa situacion? Pues por la gracia y el amor de este Hijo vuestro miradnos con piedad y tened misericordia de nuestros males. ¿Quereis que le miremos como á nues-

(1) Joann. cap. 49.

tro modelo y que le sigamos como á nuestro ejemplar? Pues volved vuestros ojos misericordiosos á nosotros pecadores y dadnos las gracias necesarias para imitarle. Padre amantísimo, nada tenemos que presentaros mas digno de Vos ni mas capaz de moveros á tener compasion de nosotros que á vuestro mismo Hijo que sufre y padece por nosotros y nos atrevemos á deciros á nuestra vez: *Ecce Homo*. Os hemos ofendido con millares de culpas, pero no nos mireis á nosotros, mirad á este hombre que ha sufrido tanto y llevado con paciencia los rigores de vuestra Justicia por reconciliarnos con Vos. Aplacad vuestra ira y concedednos el perdon de nuestras iniquidades. Dios justo; hé aquí al hombre que lleva en su seno á todos los hombres, que es la cabeza de todos los hombres y que ofrece su vida por todos los hombres. No nos mireis solos, sino en él y con él y concedednos por sus méritos lo que merecen nuestras culpas y no somos dignos de conseguir por nuestros escesos. Miradnos también á nosotros ¿cómo podeis dejar de ver á los que escondisteis en el semblante de vuestro mismo Hijo desfigurado por nuestra salud? En este divino espejo os hallareis á Vos mismo, Dios mio, porque él es vuestra imágen viva, y la figura de vuestra sustancia y nos hallareis tambien á nosotros porque somos sus imágenes.

Por el amor grande que teneis á vuestro santísimo Hijo os pedimos que nos deis una santa compasion de sus penas, un arrepentimiento verdadero de nuestras culpas, un horror á unos pecados que castigais con tanta severidad; que santifiqueis nuestras almas criadas á su imágen y redi-

midas con su sangre para que en el fin de nuestra vida, en el terrible momento de nuestro juicio no le temamos como juez y tengamos la satisfaccion de que sea nuestra esperanza, nuestro consuelo, nuestro gozo y nuestra gloria. Amén.

F. L. G.

SERMON

DEL PASO DOLOROSO DE JESUS CON LA CRUZ A CUESTAS.

Imitando y siguiendo á Jesus por el camino de la cruz seremos virtuosos en la vida, santos en la muerte y eternamente felices en el cielo.

Si me persecuti sunt, et vos persequentur. Si á mi me han perseguido, tambien á vosotros os perseguirán. Joann. c. 15. v. 20.

Ya estais sentenciado á muerte, divino Redentor de nuestras almas. Vuestros enemigos ufanos con su triunfo os ven entregado al furor de un pueblo frenético que os aborrece, os ultraja y se goza en vuestras amarguras y aflicciones. Están, Señor, autorizados para quitaros la vida con la mayor crueldad é ignominia, y todo lo tienen preparado. Nada les falta para consumir su obra.... Ya sacan la cruz en que debeis morir no solo como criminal, sino como in-

fame cargado con la maldición de Dios. Pero ¿quo es esto lo que habeis descado ardientemente en los treinta y tres años de vuestra prodijiosa y admirable vida? No es la cruz vuestra cariñosa esposa, la tesorera de vuestras riquezas, el triunfo de vuestras victorias, la corona de vuestro amor y la bandera que ha de conducir al cielo á todos los escogidos? Pues recibidla, abrazadla bautizadla con vuestra sangre preciosísima, y quedará hecha Madre y amparo de todas las gentes, tutora de tus hijos, honra de los cristianos, y compañera perpétua de los justos. Tornad, amantísimo Jesus, tomad la cruz en vuestros desollados hombros, y marchad con ella al lugar de la muerte para dar la vida á los hombres todos. Cargad con la cruz y reinad, vanced y triunfad juntos.

Así, amados míos, lo hizo nuestro Redentor amable. Ninguna ley mandaba que el reo llevase el instrumento del suplicio en que habia de perder la vida. Pero como en la dolorosa pasión de nuestro Salvador no se conocieron mas leyes que las del odio infernal de los judíos poseídos del furor satánico que los movia, cogieron la pesada carga de la cruz y la pusieron sobre los hombros heridos de Jesucristo, y con la crueldad mas inaudita se la hicieron llevar á costas, no para subir al monte y bajar sano como Isaac, sino para quedar eternamente unido á ese árbol de salud que dá la vida al mundo y es la prenda mas segura de nuestra salvacion. Caminemos pues con Jesus desde el atrio del palacio de Pilatos hasta el monte Calvario: acompañémoslo en tan penosa carrera; consideremos que ella representa muy al vivo la vida del cristiano, y no olvidemos jamás, que Jesu-

cristo para hacernos virtuosos y animarnos á sufrir y padecer con paciencia los trabajos de esta vida nos dejó dicho: si á mí me han perseguido también á vosotros os perseguirán. *Si me persecuti sunt, et vos persequentur*: contemplemos pues á Jesús con la cruz á cuestas, y convenciéndonos de que la cruz es el centro de las divinas misericordias, el signo de la reconciliacion del cielo con la tierra, y la escritura de nuestra gloria, adorémosla y ella nos hará virtuosos en la vida, santos en la muerte y felices eternamente en el cielo como voy á demostrarlo en este breve rato.

Cruz adorable: siendo como eres la sabiduría escondida, la luz que ilumina á los que te contemplan, la honra de los que te sirven, la seguridad de los que te llevan, la corona de los que te abrazan y el premio de los que te aman: ¿no nos dirigirás un golpe de la gracia que te comunicó el Autor de ella? Para nosotros la depositó el Omnipotente en ese leño misterioso, y á él recurrimos demandando misericordia. Otorgádnosla por intercesion de la que os debe la grandeza con que la reconocemos los cristianos cuando la decimos con el ángel.

AVE MARIA.

Si me persecuti sunt, et vos persequentur.

En amar, en imitar y seguir á Jesucristo por los caminos de su cruz, consiste toda la perfeccion cristiana. La

bases, el fundamento, el principio y el fin de nuestra santa y adorable Religión se manifiestan en el leño sacrosanto depositario de los trabajos, de las penalidades, dolores, amarguras y aflicciones del que se dejó llevar á la muerte como una oveja segun lo habia anunciado Isaías (1). El es el signo de nuestra salud, y para que nadie pudiera alegar ignorancia, para que todos pudieran ver y conocer al capitán generoso y esforzado que conduce á los hombres al triunfo mas importante que puede imaginarse dispuso la bondad divina que Jesucristo, como nos lo representa esa sagrada imágen, tomase la cruz á cuestas, y la llevase á las horas mas claras del día, por las calles mas públicas, acompañado de un pueblo inmenso, rodeado de soldados, de curiales, escribas y doctores de la ley. Quiso la sabiduría eterna que nuestro Jesus divino abrazado á la cruz con toda la vehemencia de su amor inmenso, caminase como ella enseñando y diciéndo á todas las jentes del universo. «Yo soy el camino, la verdad y la vida de los míos.» El que quiera ser mi discípulo haga abnegacion de sí mismo, tome su cruz y sígame. Exanime, desfallecido, en la debilidad mas estremada, casi muerto á la violencia de los tormentos, de los azotes y de la corona de espinas se hallaba nuestro Redentor amoroso cuando oyó la sentencia de muerte á que lo condenó un juez injusto atemorizado por un pueblo amotinado contra el que padecia por salvarlo. Pero en cuanto vió la cruz que tanto habia deseado, se

(1) Isaí c. 53.

reanimó; adquirió nuevas fuerzas, hizo un esfuerzo omnipotente, se abrazó á ella con tanto gozo que no es dado al hombre comprender, ni menos explicar en esta vida. Toma nuestro Redentor en sus llagados hombros la pesada carga de la cruz; emprende su marcha al calvario en medio de dos ladrones, y aquí amados míos, aquí reclamo vuestra atención para que contempleis al Salvador del mundo, cargado con nuestros pecados y con los castigos, dolores y penalidades que merecen.

No es cierto, que por un deleite prohibido entró el pecado en el mundo; y con su malicia la muerte, como lo dice el apóstol? Pues también lo es, que si nacemos hijos de ira, todos somos vivificados en Jesucristo; que si el primer hombre terreno nos señaló los caminos hediondos de la carne y de la sangre, el segundo celestial nos manifiesta los de su cruz para que en ellos obrémos nuestra salvación; que si nuestras pasiones, vicios y pecados nos arrastran hácia el mal, la cruz nos llama hácia el bien, nos ofrece la gracia, nos abre las puertas del cielo y es la escuela en que debemos aprender á ser virtuosos, justos y santos. De aquí el decir los santos padres á una voz, que en la santa cruz está siempre ardiendo el amor divino del que en ella se sacrificó por los hombres; que en ella está la confusión del infierno y la salud, la vida, la fortaleza, la alegría, la esperanza, la santidad; la gracia y la gloria de los que la aman; que su virtud omnipotente alumbra á los ciegos, hace sabios á los ignorantes, justos á los pecadores, humildes á los soberbios y piadosos á los mas destemplados libertinos; que la cruz consagrada con el contacto

de Jesús confirmó á los apóstoles, esforzó á los mártires, dió la victoria á las vírgenes, santificó á todos los justos, alegró á los ángeles, sustenta la iglesia y puebla el paraíso; que ella en fin vendrá en el día del juicio delante de Jesús para gloria de sus amigos y perpétua confusión de sus enemigos.

Todos estos elogios, amados míos, que se hacen de la santa cruz son porque este instrumento glorioso se hizo una misma cosa con Jesús desde que la tomó en sus sagrados hombros para llevarla como una joya de valor infinito al monte desde donde con el Criador y Redentor del mundo había de atraer así á todos los habitantes de la tierra. Carga Jesús con la cruz; lo insultan, baldonan, persiguen y atormentan con feroz sonrisa los pérfidos judíos; atraviesan con el inocente las principales calles de Jerusalem, sale de la ciudad maldita, y estenuado, débil y sin fuerzas cae con su cruz en tierra nuestro pacientísimo Jesús, y su penuria es la mas aflictiva y angustiosa que cabe en hombre mortal. Ella queda depositada en la cruz á favor nuestro; al considerarla, nada importa que nos opriman, que nos derriben, que nos desconsuelen, inquieten, aflijan ó quiten la vida, porque en imitar y en seguir á Jesucristo con la cruz á cuestas ¿no es sabido que salen al encuentro de nuestras contradicciones y adversidades los consuelos celestiales, la paz del corazón, el gozo espiritual, la vida de la gracia y los dones del Espíritu-Santo? Cayó con la cruz en tierra nuestro amantísimo Redentor. Pero esta caída ¿á qué prodigiosa multitud de criminales no levantó del miserable estado de la culpa al dichoso y feliz de la gra-

cia? Cayó el inocente, y se levantaron los caídos; el Señor, y cobraron libertad los esclavos; la fortaleza y adquirieron fuerza los débiles; el justo, el santo y el omnipotente y los hombres todos adquirieron el derecho de afirmarse en la cruz para no caer, para justificarse, hacerse santos y ser las delicias del Eterno.

Viendo los judíos caído en tierra á Jesucristo redoblaron sus injurias, y con palabras afrentosas, modos y maneras insultantes y crueles tratamientos, le hicieron seguir con la cruz á cuesta arrojándole como si fuera una bestia, con golpes y empujones acompañados de expresiones dignas del coraje, rabia y cólera infernal que los poseía. Todo lo depositaba nuestro Redentor divino en su cruz para que viéndolo en ella los hombres todos, pudieran seguirlo y arrostrar con su gracia los trabajos, penurias, conflictos y compromisos en que de continuo nos ponen los enemigos de nuestras almas. Se convencieron al fin los escribas y fariseos de que faltaban fuerzas á Jesucristo para llevar la cruz hasta el Calvario, y temiendo que se les quedase muerto en el camino echaron mano de un jornalero llamado *Simon Ciríneo*, para que llevase la cruz en que pública y solemnemente había de morir el Redentor de las naciones. Quedó Jesús por unos momentos sin su cruz: pero ¿por qué? Porque quiso darnos á entender que quería compartir con sus escogidos los bienes y los males de su cruz: porque la cruz se hizo para el Padre y los hijos; para el capitán y los soldados, para el autor de la fé y los fieles. Quedó Jesús sin su cruz, porque desmayado, y sin fuerzas para llevarla, nos enseñó á hacer todo cuanto está en nuestro

podet seguros y confiados en la bondad del que jamás falta á los que por su parte hacen todo lo que pueden. Dejó Jesucristo la cruz y viendo que unas mujeres devotas lloraban al verlo tan maltratado compadeciéndose y lastimándose de su lamentable estado, se volvió á ellas y las dijo: «No lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos: porque vendrá día en que se llamarán dichosas las estériles, y pedirán á los montes que caigan sobre ellas y á los valles que las cubran. Pues si esto se hace con un palo verde en que florecen la inocencia, la gracia, el amor, la sabiduría, los merecimientos infinitos y todos los bienes celestiales y divinos: ¿qué no se hará con el seco de méritos, apartado de Dios y enemigo de mi cruz? . . .

Esto fué lo que mas afligió á Jesucristo en su pasión dolorosa; el ver que sus infinitos trabajos, sus padecimientos y sangre derramada con tanta profusion no habian de aprovechar ni servir, sino para su mayor condenacion á los que militando bajo las banderas del mundo, del demonio y de las pasiones lo habrian de tratar con mas crueldad y desprecio que los pérfidos judíos. En la plática que dirigió Jesucristo á las mujeres que lloraban por él, se vé el amor infinito de nuestro Redentor que por enseñarnos á llorar con fruto, y á unir nuestras lágrimas con las suyas ofreciéndolas á Dios para honra y gloria suya y salvacion nuestra, se olvidó de sus dolores y padecimientos, y solo atendió al remedio de los nuestros. Nosotros somos antes que Jesus, á los ojos de Jesus mismo. Ningun caso hace de sus penas. Si lo insultan y ultrajan, él calla, sufre y padece sin quejarse: si le faltan las fuer-

zas y alarga su cruz al Cirineo representante de toda la milicia cristiana, es para interesarnos en las amarguras y delicias de la cruz, para hablar á las mujeres palabras de vida eterna, para enseñarnos el camino que conduce á la perfeccion y á la gloria. Sigámoslo, hermanos míos, imitemos á nuestro Redentor en la paciencia, amor y caridad con que por redimirnos y enseñarnos llevó la cruz á cuestas, y contemos con que este es el medio inflexible de conseguir la virtud en la vida, la santidad en la muerte, y la felicidad eterna en el cielo.

Llegó por último al fin de su carrera el divino Pastor de nuestras almas y como si no hubiera manifestado bastante amor á su cruz, él mismo se tendió sobre ella para que lo clavasen y uniesen al sagrado leño con lazos tan indisolubles y eternos, como los que estrechan á Jesucristo con su iglesia simbolizada por la santa cruz. Este signo de nuestra redencion es el cielo en donde debemos poner nuestros ojos para aprender en él la ciencia de nuestra salvacion y sacar de él los bienes infinitos que para nuestro provecho y felicidad depositó el amable Redentor de las naciones. Desagradable al parecer se presenta á nuestros sentidos; amargos parecen sus frutos; penosos sus mandatos; é imponentes sus exigencias; pero bajo las angustias con que nos alimenta ¡cuántas felicidades y gloria encuentran los que la aman y abrazan como Jesucristo! La cruz fabrica la corona de gloria para los que ella misma aflige, desconsuela, abate y desampara. Purifica el corazon, limpia la conciencia, justifica al alma, enriquece al espíritu, dá fuerzas á los flacos, asegura la esperanza, afirma la fé y enciende la

caridad. Los que por ella se abaten son ensalzados; ella libra á los que preme; dá riquezas del cielo á los que quita los de la tierra; llena de bienes celestiales á los que por ella se ven privados de los temporales; es en una palabra, la encargada por Dios de cambiar los trabajos, aflicciones, penalidades, angustias, padecimientos, tribulaciones, y amarguras de esta vida por los consuelos interiores por la paz y alegría del corazón, por los gozos de la virtud, por las delicias de la santidad y por la felicidad eterna que ha ofrecido el Omnipotente á los que viven y mueren unidos á la cruz. Esta....

Pero no bastará lo espuesto para que os resolvais á imitar y seguir á nuestro divino Jesus con la cruz á cuestas por salvarnos, redimirnos, y enseñarnos los caminos del cielo? Estos son penosos; abundan en abrojos y espinas, están llenos de penuria y los que andan por ellos tienen que ser atribulados y aflijidos. Pero al ver á nuestro Redentor andar por ellos, hacerlos practicables y vincular á los dolores momentáneos, las delicias incomprensibles de su gracia ¿nos detendremos en imitarlo y seguirlo? El dijo que así convenia vivir y morir para entrar en la gloria, y de este modo vivieron y murieron los santos que lo alaban y glorifican en la Corte Celestial. Cualquiera que piense salvarse fuera de la cruz vive en el error y se condenará. La cruz de Jesucristo es necesaria: nuestro Redentor la llevó en sus sagrados hombros para enseñarnos á caminar con ella hasta morir en sus brazos. Si lo imitamos y seguimos desde que salió del atrio de Pilatos hasta que llegó al Calvario, y abrazamos los trabajos de esta vida con

espíritu de mortificación y penitencia, de amor y caridad como nos lo manda con sus palabras y ejemplos la sabiduría eterna seremos virtuosos en la vida, santos en la muerte y eternamente felices con Jesús en la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

DE LAS SIETE PALABRAS QUE DIJO JESUCRISTO EN LA CRUZ.

Consideremos, hermanos míos; consideremos á Jesucristo clavado en la cruz, y puesto á la vista y afrenta de todo el mundo. Miradlo con las carnes desgarradas; deramando copiosa sangre; herido por la mano de Dios; ultrajado por los viles mortales; feo, denegrido y hecho de peor condicion que un leproso, como lo vió Isaías. ¡Qué dolores tan acerbos lo atormentan! ¡Qué penar tan horroroso lo aflige! La imaginacion se pierde, y el hombre se confunde al reflexionar lo que hoy pasa en el Calvario con ese crucificado entregado á las penurias mas crueles por darnos la vida que nos quitó la culpa. Sufre y padece los mas atroces tormentos: está agonizando... y sin embargo, quiere hablarnos; quiere ejercer los oficios de Maestro en la cáte-

dra de la cruz, y enseñarnos desde el lecho de la muerte los caminos de la vida. *Oídlo*, nos dice una voz del cielo; *escuchadlo*; *prestad atención á sus palabras*; y estas palabras que salieron de los labios de nuestro Redentor moribundo y agonizante son palabras de amor y de consuelo para las generaciones y los siglos; son rayos de caridad ardiente que arrojan al mundo para encenderlo; son los siete sellos de su testamento; son la historia de lo pasado, de lo presente y de lo futuro en que se contiene un Dios Rey Sacerdote, y víctima ofrecida en sacrificio por los hombres todos, hasta por sus mismos verdugos.

Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. Per-
dónalos Padre mío, porque no saben lo que hacen.
Luc. cap. 23. v. 34.

Padre mío, dice Jesucristo desde la cruz; Padre mío, perdona á los que me han afligido y atormentado; porque no saben lo que se hacen. Yo, Dios mío, los amo, y muero por ellos. Perdonadlos por la sangre que os ofrezco en favor suyo. Descienda sobre sus almas un rayo de gracia que los ilumine, para que os conozcan, alaven, bendigan y glorifiquen, y vivan y mueran reconocidos al que enviaste al mundo para su salvacion. ¡Qué lección esta, para los fieles! ¡Qué filosofía tan sublime, tan humanitaria y llena de cari-

dad! Ella sola es capaz de convertir la sociedad de los hombres en una reunión de hijos de Dios, en una mansión de ángeles, en una congregación de fieles nutridos con la gracia y santificados con la caridad. Pedir perdón por los enemigos convertidos en verdugos desapiadados...! ¡Amarlos, ofrecer por ellos los tormentos que le hacen sufrir y padecer, y sacrificarse por los mismos que lo ultrajan, bafdonan, oprimen y atormentan...! ¿No es esto celestial y divino? ¿Se enseña esto en la escuela de los sábios del mundo? Y sin embargo, las inteligencias de todos los siglos se han llenado de asombro y admiración al oír esta doctrina saludable, y han confesado que es digna de un Dios que es amor y caridad. Perdonad á vuestros enemigos: pedid á Dios por ellos: ofreced en su favor lo que os hagan sufrir y padecer: amadlos, y santificad vuestras almas con el lávamo precioso de la caridad que infunde el Espíritu Santo en los corazones que se unen á la cruz, y la primera palabra que pronunció nuestro Redentor desde el árbol ignominioso será para vosotros una voz de virtud y de salud que haciéndoos accesibles á vuestros hermanos, os haga mirarlos como á miembros de un mismo cuerpo y os obligue á amar, á perdonar, á pedir gracias por los que os aborrecen, persiguen, atormentan y dañifican. Esta es la doctrina del Maestro. Nos la enseña con el ejemplo. Parece que se olvida de sus dolores, pesares y aflicciones por atender al sócorro de los pecadores que lo crucificaron. Un diluvio de males habia caído sobre el justo; en la situación mas aflictiva se hallaba agobiado, exánime, lleno de mortales heridas, ahogado con su misma sangre, atribulado y estremadamente angus-.

tioso... Y con todo eso reasume sus debilitadas fuerzas para decir á su Eterno Padre en favor de sus verdugos: «Padre » mío: perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Reflexionemos sobre estas palabras de amor y caridad. Meditémoslas en la oración, y ellas producirán en nuestras almas las virtudes que necesitamos para ser dignos hijos de la gracia.

Hodie mecum eris in paradiso. Hoy estarás conmigo en el paraíso: Luc. c. 23. v. 43.

¡Qué pronto se vieron los efectos de la caridad inmensa de nuestro Salvador! Dos ladrones crucificados por sus crímenes tenían en medio al inocente, al justo, y solo santo que se ha dejado ver en el mundo. Padecían los tormentos horriblos de la crucifixion, y el uno en el frenesí de una desesperacion infernal blasfemaba y decia de Jesus: «Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros.» Pero el otro le contestó diciendo: ni tú teines á Dios estando en el mismo suplicio. Nosotros en verdad parecemos como él; pero con esta grande diferencia, que nosotros padecemos lo que merecen nuestros delitos: mas este á quien insultas, es inocente, no es reo de culpa alguna; ¿qué mal ha hecho? Y en seguida dirigiéndose á Jesus le dijo con punjido y lleno de fe, de esperanza y de caridad: «Señor,

» acuérdate de mí, cuando estés en tu reino.» ¡Qué mutacion esta tan maravillosa hermanos míos! En cuanto pronunció Jesucristo su primer palabra desde la cruz pidiendo perdón al Eterno Padre por los mismos que le habían crucificado y ofendian, el Buen Ladrón reconoció sus culpas y pecados confesando que erán justamente castigados; un golpe de la gracia triunfadora lo iluminó para que viese en el varón de dolores atormentado en la cruz, al Dios que crió al mundo y salvaba á los hombres; un rayo de luz misericordiosa penetró hasta el fondo de su alma, ablandó su corazón de bronce, y liquidado como la cera al lado del fuego, recibió el calor de la gracia, y con ella ardiendo en deseos de unirse con su Redentor en la gloria le dijo con fervorosa caridad: *Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.* ¡Oh venturoso criminal arrepentido! Tú eres el primero que pides al Señor te aplique los méritos de su pasión, y se acuerde de tí en su reino. Pero aunque poseído por la gracia, ¿sabes á dónde llega el amor del Señor á quien demandas un recuerdo en su reino eterno? El dijo, «que el que pide, recibe; que el que busca, encuentra; y que el que llama á la puerta de su misericordia logra que se le abra;» y su palabra es infalible. No: no aguarda el Dios de bondad á quien suplicas la entrada en su reino para acordarse de tí, y otorgarte mucho mas que lo que le pides. Muere por tí, y entre sus tormentos y tribulaciones tiene un placer de Padre compasivo en decirte: en verdad te digo, que hoy mismo serás feliz conmigo en el paraíso de la gloria. *Amen dico tibi, hodie mecum eris in paradso.*

¿Qué lección está para los pecadores! ¿Podrá despues de ella, haber uno solo que no deba confiar en la misericordia del Dios que derrama á torrentes su sangre preciosísima por redimirlo y salvarlo? Si en la cruz abundó el delito de los hombres ¿no sobrecabundó la gracia del Salvador segun el apóstol? Un malhechor cubierto de crímenes horribles es condenado á muerte ignominiosa para satisfacer la vindicta pública; atormentado en un patíbulo se convierte al Dios que vino á buscar á los pecadores, y del precipicio en que se hallaba de caer en los infiernos fué puesto por la bondad de Jesus en la puerta de la bienaventuranza. Mírense en este ejemplar todos los miserables que llenos de crímenes desean pasar del desgraciado estado de la culpa al de la gracia, y acérquense á la cruz de Jesucristo, mírenla como la miró el buen ladron y el Dios de piedad hará con ellos lo que hizo con aquel feliz arrepentido.

Pero si lo que pasó entre el buen ladron y Jesucristo crucificado debe obligarnos á hacer penitencia de nuestros pecados, á unirnos con nuestro Redentor y á pedirle que se acuerde de nosotros en su reino; el ladron malo que blasfemaba de la divina majestad encubierta con la ignominia de la cruz deba llenarnos de un temor pavoroso y escitarnos á recurrir contritos y humillados al Señor que en su misericordia infunde al que lo llama, la gracia con las virtudes que conducen á la gloria. El buen ladron se arrepiente de sus culpas, defiende á Jesucristo, lo reconoce por Dios, le pide entrada en su reino y nuestro Redentor le ofrece la gloria. El mal ladron desesperado desprecia su propia felicidad, mallice al Redentor que padecía por salvarlo

muere en su pecado, y cae en los fuegos sempiternos. ¡Qué ejemplos estos, amables oyentes! Ya estaban anunciados en las santas escrituras. José en otro tiempo estuvo preso entre dos malhechores, de los que el uno fué puesto en libertad, y el otro en un patíbulo. Jesús en la cruz se vió en medio de dos ladrones de los que el uno se salva y el otro perece.

Todo lo que pasa en el Calvario es misterioso, sublime, digno de la mas profunda veneracion. Se salva el buen ladron convirtiéndose al Señor? Pues imitémoslo nosotros y nos salvaremos. Se condena el malo porque obstinado en el pecado blasfema del que padecía en la cruz por redimirlo de la culpa y llevarlo á la gloria? Pues huyamos de este mal ejemplo, y no nos condenaremos. Estudiemos en la cruz de Jesucristo, y aprenderemos á conocer que sola ella es el centro de las gracias y virtudes que hacen justos de pecadores; pero que repele todo crimen y se declara contra los que blasfemando de Jesús ninguna parte quieren tener con él en la gloria prometida á los virtuosos, á los contritos y humillados, como el buen ladron, que por haberse arrepentido y pedido á Jesucristo la participacion de su reino, tuvo la dicha de que le dijera el Redentor «En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso.» *Amen dico tibi, hodie mecum eris in paradiso.* Meditemos sobre esto, y nutramos nuestras almas con la contemplacion de los misterios de la cruz.

Mulier, ecce filius tuus.... Ecce Mater tua. Mujer, he ahí á tu hijo.... Ahí tienes á tu Madre. Joann. cap. 19. vv. 26 y 27.

Dice el evangelista que estaban junto á la cruz de Jesucristo su santísima Madre, María de Cleofas prima hermana de la Virgen, y María Magdalena. Añade; que viendo Jesus á su Madre y al discípulo amado, que allí estaba, dirigiéndose á la Madre la dijo. «Mujer, hé ahí tu hijo.» Y que despues mirando al discípulo le dirigió estas palabras. «Hé ahí tu Madre.» Es decir, que viendo Jesucristo de la cruz que su santísima Madre traspasada de dolor, iba á quedar despues de su muerte sin la compañía del bendito fruto de su vientre, cuidó de dejarla socorrida y amparada con la solicitud de su discípulo querido, y que por esto la dijo. «Mujer, hé ahí á tu hijo.» También vió nuestro Redentor desde el árbol afrentoso, que Juan quedaba sin Maestro, sin Amigo y sin Padre; y queriendo consolarlo y dejarlo bajo una proteccion omnipotente le dijo con voz piadosa y llena de amor paternal. «Hé ahí tu Madre.» Esta hermanos míos es la historia; estos los hechos; estas las terceras palabras que pronunció Jesucristo en la cruz. ¿Seré yo capaz de explicaros la doctrina que encierran los beneficios que contienen, las gracias que arrojan sobre los

mortales, y los tesoros de riquezas que en ellas encuentran los fieles.

La grandeza del Dios hombre que dirige á los hombres desde la cruz es superior á la comprension humana; las obras de Jesus crucificado són la admiracion de las potestades angélicas; sus designios adorables objeto digno de nuestra veneracion y respeto. Sin embargo, con las luces de la fé somos iluminado, el Espíritu-Santo nos infunde sus dones y con ellos se comprende, se aclara y esplica con facilidad lo que sin estos recursos divinos nada podría decirnos la pobre razon humana....

Los santos padres y sagrados espositores con la constante creencia de todos los fieles desde los primeros siglos hasta nuestros días estan firmemente persuadidos de que al decir Jesus á su santísima Madre. «Mujer, hé ahí tu hijo.» La constituyó Madre, refugio, amparo, socorro y consuelo de todos los miserables hijos de Adán; que le confió el cuidado de los justos y pecadores, de los grandes y pequeños, de todos aquellos por quienes derramaba su sangre preciosísima y padecía los mas atroces tormentos en la cruz. Esto lo confirmó el Redentor cuando dirigiéndose al discípulo querido le dijo. «Hé ahí á tu Madre.» Como si dijera: ahí tienes á mi Madre depositaria de todo el poder divino en orden á los hijos de los hombres. Queda encargada de velar, de proteger, de amparar, de socorrer y de iluminar á mis escogidos. Ella los cuidará como á sus verdaderos hijos; los llenará de favores y beneficios; los dirigirá por el camino de la verdad, sacará para ellos torrentes de gracia de la cruz en que soy atormentado por

los mortales, y no habrá uno que no se salve por su medio.

Es tierna y compasiva; respira bondad y dulzura; es toda clemencia y misericordia, y no es posible que á su lado perezca una sola oveja de mi rebaño. Os la dejo por Madre, hijos míos: acoged á su patrocinio y no pereceis. Yo muero á la violencia de los tormentos mas atroces por salvaros y redimiros. Mi Madre y la vuestra vivirá entre vosotros para protejerlos, auxiliarnos y conducirlos á la gloria que voy á merecer. Sus puertas aun estan cerradas; pero mi muerte las abrirá para que entreis dirigidos por la Madre de la gracia á ser eternamente felices con ella y con el Redentor que tanto sufre y padece por vosotros.

¿Qué os parece, almas sensibles y devotas, que os parece del rasgo de bondad y amor inmenso con que Jesus en la cruz nos encomienda á la Reina de los cielos y la Tierra mandándola que nos tenga por hijos, y diciéndonos á nos tros que la tengamos por Madre? Despues de haber pedido á su Eterno Padre perdon y gracia por sus mismos verdugos, y ofreciendo la gloria al buen ladrón ¿pudiera hacer por los pecadores mas que darles á su santísima Madre como prenda segura de su salvacion? Abrió Jesucristo su boca sacratísima en la cruz, y para animarnos, alentar-nos, y obligarnos á desear su amistad pide perdon al Eterno Padre por los mismos que lo crucificaron, y nos asegura con esto que es un Dios que no sabe aborrecer; que es un Señor que no piensa en vengarse; que es todo clemencia, bondad y misericordia para los pecadores. Con-

firma esta verdad con la segunda palabra que pronunció en la cruz ofreciendo al buen ladrón el paraíso; pero al darnos su Madre santísima ¿quién no dirá que todo nos lo dió juntamente con ella? ¿No es María la depositaria de los tesoros del Omnipotente, el conducto por donde pasan todos los bienes que derrama el cielo sobre la tierra, y la señal del triunfo que consiguen los fieles de los enemigos de sus almas? Pues Jesús nos la dá desde la cruz cuando la dice. «Mujer, hé ahí tu hijo.» El mismo nos dice que la recibamos por Madre. *Ecce Mater tua.* ¡Qué dignacion! ¡Qué amor! ¡Qué piedad la del Dios que atormentado cruelmente en una cruz se desentiende de sus dolores acerbísimos por atender, cuidar y socorrer á los que vino á salvar, enseñar y redimir!

Jesucristo piensa en la salvacion de los pecadores mucho mas que en sí mismo. Sus primeras palabras desde la cruz lo manifiestan. En la tercera de que estoy hablando nos dió por madre á su misma Madre, elevándonos á la incomprensible dignidad de hermanos de Jesús é hijos de María. Este favor inmenso es digno de meditarse en la oracion, pues que en él tenemos asegurada la gracia, la virtud y la gloria los devotos de la hija del Eterno Padre, de la Madre del divino Verbo y de la Esposa del Espíritu-Santo. ¡O cruz preciosa! Desde el trono majestuoso en que te ha convertido el Redentor del mundo se nos dá en Madre á la obra mas perfecta del Omnipotente, al prodigio de la gracia, al árbol de la vida.... á María Santísima. Reflexionad sobre los bienes que con esta Madre de Jesús nos han venido, y dad honor y gloria al autor de ellos.

Deus meus; Deus meus, ¿ut quid dereliquisti me? Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habéis desamparado? Math. cap. 27. v. 26.

Al ver la paciencia, la humildad, la perseverancia y la obediencia de Jesucristo en su santísima pasión nos admiramos, veneramos al Dios autor de tantas virtudes y le pedimos su gracia para imitarlo en su santidad, según nuestras fuerzas. Pero al considerarlo atropellado por los que lo prendieron; escarnecido y maltratado en los tribunales; cruelmente azotado en el Pretorio; coronado de espinas; sentenciado á muerte por las exigencias de un pueblo amotinado; cargado con la cruz á cuestas; clavado en ella, y en lugar de seguir las impresiones de la naturaleza destrozada proferir palabras de caridad en favor de sus enemigos de misericordia en gracia de un miserable y de piedad en solicitud de sus parientes, parece que nos vemos tentados á decir. O este que tanto sufre y padece, sin la menor queja, no es hombre, ó si lo es, ha perdido enteramente la sensibilidad; y en este caso, nada tiene de admirable su paciencia. ¿Es natural, propio y comun ver á un hombre desollado, enclavado en un palo, derramando sangre por cuatro fuentes copiosas, coronado de espinas,

fatigado y entregado á los dolores mas acerbos ¿sin quejarse, sin gemir, y sin abrir su boca, sino para pedir gracias, conceder beneficios, y darnos á su misma Madre? No, señores: esto no es comun. Esto solo puede verse en un hombre Dios; en el hijo del Altísimo; en Jesucristo Pontífice santo, inocente, impoluto, segregado de los pecadores y exaltado sobre los cielos, como lo dice el apóstol. Sin embargo, en este cordero inmaculado tenia que cumplirse todo lo que de él se habia escrito en los profetas y en los salmos, para demostrar que su historia era una ordenacion del cielo en favor del hombre criminal, y que en Jesucristo no puede verse mas que amor, obediencia, humildad, virtud, gracia y verdad, como lo dice el evangelista. El Redentor del mundo no solo padeció los tormentos que despedazaron su santísimo cuerpo reduciéndolo al estado en que lo vemos en esa cruz de dolor que adoramos los fieles, sino que sufrió un desamparo tan aflictivo y tormentoso, que levantando su voz mas que lo que permitian sus fuerzas para que conociésemos la grandeza de sus penas, exclamó y dijo en su tribulacion: «Dios mio, Dios mio: ¿por qué me has desamparado?» *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

Quería nuestro buen Jesus que supiéramos el pesar que sufrió al verse desamparado hasta del cielo, en los tormentos de la cruz, y por eso levantó su voz para decir de modo que pudiera ser oido de todos. «Dios mio, Dios mio: ¿por qué me has desamparado?» ¡Ay católicos de mi alma, y cuanto nos dice con esta palabra nuestro Redentor!

No pregunta Jesús para averiguar y saber, puesto que siendo la sabiduría eterna nada podía ignorar; sino que pregunta, dicen los santos padres, para obligarnos á inquirir las causas y motivos del desamparo en que se vió al satisfacer á la divina justicia por los pecados del mundo. Estos eran innumerables y gravísimos; ofendian infinitamente al Dios de la santidad, y nuestro Redentor quiso satisfacer por ellos con cuantos dolores, penas y aflicciones podian atormentarlo. Uno de los mas amargos y sensibles pesares que podian oprimirlo es sin duda, el desamparo en que se vió en la cruz; lo sufrió con paciencia y resignacion, como lo manifiesta esta palabra de dolor y sentimiento: Dios mio, Dios mio: ¿por qué me has dejado desamparado? Y con esto, nos advierte, que reflexionemos sobre lo mucho que le costó nuestra redencion, para que procuremos apreciarla, y nos decidamos á seguirlo é imitarlo en sus trabajos, penalidades, dolores y contradicciones... ¿Quién consoló á Jesús en el lecho del dolor y de la ignominia? Nadie. No sus enemigos empeñados en atormentarlo y afligirlo: no María Santísima cuyas penas aumentaron la de su divino Hijo: no las devotas mujeres que lo lloraban, ni san Juan, por quienes sufría y padecía hasta lo infinito para hacerlos gratos á la divinidad ofendida: no sus discipulos ni amigos que lo habian abandonado; no Dios mismo, que mirándolo como victima espiadora de nuestros pecados queria que apurase hasta las heces del cáliz aceptado por la redencion de los hombres. Solo, desamparado, rodeado de tribulaciones mortales, hecho el uprobio de la plebe, y el objeto de la indignacion divina, padece y sufre nuestro Redentor mu-

cho mas que lo que podemos comprender, y dice: como asombrado de sus mismas penalidades: «Dios mio, Dios » mio: ¿por qué me has de-amparado?»

La tierra cubierta de densas tinieblas; temblorosa y obligada á manifestar su dolor con sacudimientos horribos: las piedras que se parten, el velo del templo que se rasga, los sepulcros que arrojan los muertos, el sol oscurecido, la luna ensangrentada, la naturaleza en espantosa confusion, y Jesus gritando y diciendo con voz fuerte y atronada.

«Dios mio, Dios mio: ¿por qué me has dejado?» ¿No son cosas dignas de llamar nuestra atencion, de mover nuestros corazones, y de obligarnos á confesar y decir, como el Centurion: verdaderamente es este el Hijo de Dios? Pues esto es lo que quiere el Dios desamparado en la cruz. Porque lo confesemos, veneremos, alabemos y engrandezcamos; como se merece, clama y dice á Dios que por qué lo ha desamparado. Esta pregunta lastimosa de nuestro Redentor hizo que se rompieran infinitos corazones empedernidos con la culpa, y se abriesen para recibir los beneficios de la gracia; iluminó á los que vivian en las sombras de la muerte del pecado; sacó á innumerables de la confusion de los vicios y los puso en la apacible senda de la virtud; fué el consuelo de los apóstoles, de los mártires, de los confesores y de las sagradas Vírgenes, y ella, si la meditamos con las luces de la fé, basta para hacernos sufridos, virtuosos, pacientes y humildes, como deben serlo los hijos del que oprimido de dolor clamó y dijo desde la cruz. «Dios mio, Dios mio: ¿por qué me has desamparado?»

Veamos si es así, en el gran libro de la oración que nos pone en comunicación con el cielo.

Síto. Tengo sed. Joan. c. 19. v. 18.

Aun falta á Jesus que sufrir un tormento para dejar cumplida una profecía. En mi sed me dieron á beber vinagre, dijo el Salmista hablando en nombre de nuestro Redentor (1), hiel y vinagre pusieron á la boca seca de Jesucristo los encargados de atormentarlo. Tengo sed: dijo en la cruz, el Dios que hizo brotar raudales de agua pura y cristalina á las rocas, y convirtió en rico vino el agua en las bodas de Caná. El horrible padecer, la efusión de sangre, el martirio mas bárbaro y angustioso, las congojas de la agonía mas penosa: ¿no producen sed material, segun los facultativos inteligente? Y si á esto se agrega la fiebre del alma, la calentura del corazón, y el fuego del amor divino que abrasaba á nuestro benignísimo Jesus agonizante por nosotros en la cruz ¿será extraño que lo afligiese una sed devorante capaz de secar y consumir la vida mas vigorosa, cuanto mas la casi acabada y estinguida de nuestro atribulado Redentor?

(1) Ps. 68. v. 32

¡Tengo sed! No solo la sed que acompaña á la agonía del que está para morir desangrado, sino tambien la del alma ansiosa de sufrir y padecer hasta la última pena del cáliz amargo que se ofreció á beber por salvarnos y redimirnos. Tengo sed.... y los judios sedientos de venganza contra el bienhechor del mundo corren presurosos en busca de hiel y vinagre. Hacen un brevaje desabrido, repugnante y sobremanera contrario al estado angustioso de nuestro Redentor; se lo ponen en la boca por medio de una esponja puesta en una caña; lo martirizan y añjen con este nuevo tormento, y gozosos con los padecimientos del justo no piensan mas que en aumentarlos y hacerle sufrir los dolores de la muerte mas afflictiva y angustiosa. Martirizan de cuantos modos y maneras sujiere el infierno á los verdugos mas crueles á nuestro amantísimo Jesus, y Jesus sediento de nuevos martirios, de nuevas burlas, de nuevas afrentas, de nuevos dolores y de mayores tormentos dice con voz lánguida y apagada. Tengo sed. Sitio.

¿Qué es esto Jesus divino? Despues de haber sido vencido como un vil esclavo, preso como un forajido, despreciado y ultrajado en los mas injustos tribunales, azotado y tratado como Rey de burla, condenado á muerte entre dos facinerosos, y abandonado del cielo y de la tierra en esa cruz ignominiosa, aun deseas mas padecimientos y dices que tienes sed? ¿Qué te han de dar á beber tus encarnizados enemigos? ¡Ah! No esperes agua del pozo de Jacob en que saciaste la sed de la Samaritana; tampoco aguardes la del Jordan, ó la de las cisternas de Ezebon, porque esta es la hora de las potestades infernales y en ella

no hay mas que dolores, penas, tormentos y aflicciones. En ella no hay mas que lo que experimentas en esa cruz de dolor, de afliccion y de tormento. Pero bendita y eternamente alabada y glorificada sea la bondad inmensa con que nos amaste en la cruz divino Redentor de nuestras almas. Porque si estais sediento y permitis que os den hiel y vinagre es para dejar al hombre copiosos manantiales de agua viva que quita la sed eternamente: es para que en el terrible lance de la muerte se bañen nuestros corazones con las aguas puras de la gracia: es para que nuestros lábios esten húmedos y frescos para poder decir al salir de este mundo. ¡Tengo sed! pero sed de ver á mi Dios, de unirme eternamente con él, de verlo cara á cara y de gozarlos bienes sempiternos que nos mereció nuestro Jesus adorado con los dolores, tormentos, penas, desconsuelos y angustias de la cruz.

Pidámos al Señor con corazón contrito y humillado que nos conceda la gracia necesaria para que se nos apliquen los méritos de la pasión de Jesucristo y podamos seguirlo é imitarlo en el padecimiento de la sed que sufrió por nosotros, y confiemos en su misericordia infinita y en su bondad inmensa. En nuestros mas congojosos apuros, en nuestras enfermedades, en nuestros dolores y aflicciones acordémonos de que Jesus en su agonía dijo que tenia sed de padecer y sufrir por nosotros, y procuremos unir nuestros padecimientos á los suyos para que broten virtudes, aumenten méritos y nos hagan dignos del que por obedecer y cumplir con la voluntad divina dijo con deseo de padecer por nosotros. «Tengo sed.»

Si amantísimo Redentor nuestro, tenemos sed de unirnos á Vos en vuestra dolorosa pasión, y sufrir por vuestro amor, como Vos sufristeis por el nuestro; para ser una misma cosa con vuestra majestad oscurecida y ultrajada en el árbol afrentoso, y tenernos por gloriosos trofeos de vuestros triunfos y victorias. ¿Quién Dios mío, puede contemplaros en la cruz padeciendo por salvar y redimir al hombre sin aborrecer el vicio y hacer propósitos de seguirlos por el camino de la mirra y de los agenjos abrazando una saludable penitencia? ¿Quién os puede ver devorado por la sed mas tormentosa, sin asombrarse de vuestras virtudes, sin asociar sus padecimientos á los vuestros, sin fastidiarse de los placeres mundanos, sin repudiar los halagüeños alicientes de las pasiones, y sin clamar y decir en voz alta? «¿Dios mío, tengo sed de seguirlos en vuestra pasión?» Felices mil veces los que resueltos á imitar á Jesucristo en la paciencia, en la humildad, en la caridad, en la resignacion, en la voluntad divina y en sus ardientes deseos de padecer y sufrir por salvarnos y enseñarnos, tienen sed de unirse con su Redentor y vivir crucificados con él como el apóstol, porque ellos serán consolados en esta vida y glorificados en la eterna. Asi nos lo asegura el mismo Jesucristo, asi nos lo enseña desde la cruz cuando dijo: Tengo sed, y asi lo han entendido y practicado cuantos han tenido la dicha de pertenecer al infinito número de santos que reinan con Jesucristo en la gloria. Para que nosotros seamos enumerados con los justos y escogidos del Señor, meditemos en la palabra misteriosa que pronunció el Salvador del mundo cuando dijo: Tengo sed,

y saquemos de ella el fruto que solamente recojen en la oracion fervorosa las almas devotas y compásivas.

*Consumatum est. Todo está consumado. Joan. cap. 19.
v. 30.*

Cumplido todo lo que se habia escrito de Jesus en la ley, en los profetas y en los salmos, y estando nuestro Redentor para exalar el último suspiro pronunció desde la cruz esta palabra de bendicion y de paz para el género humano. *Consumatum est.* «Todo está consumado.» Hé cumplido con la mision que me confió mi Padre; hé enseñado á los hombres con doctrinas y ejemplos poderosos los caminos del cielo; me quedo con ellos en el sacramento de mi amor hasta la consumacion de los siglos: hé padecido por su salud los dolores mas acerbos, y sufrido los oprobios, afrentas, ultrajes, injurias, desprecios y baldones de todos los que se han coligado para atormentarme y hacerme morir en esta cruz de dolor y de afliccion: hé arreglado desde este ignominioso patíbulo entre las congajas de una agonía angustiosa, todo lo concerniente á la salvacion de todos los hombres sin escluir á uno solo, y ha llegado el momento de poder decir que todo está concluido, y que todo está acabado y consumado. *Consumatum est.* El mundo queda salvado á costa de sangre di-

vina derramada en una cruz; se salva á costa de una muerte horrible, atroz y sacrilega: se salva..... y salvándose, yo muero gustoso.

¡Qué cosas estas para los fieles que las miran con las luces de la fé, hermanos míos! ¡Qué conjunto de sabiduría, de cie.cia y de verdad para los que tienen en mucho el negocio de su salvacion! ¿Podremos meditarlas sin movernos á penitencia, sin abrazarnos á la cruz y sin determinarnos á seguir á Jesus por los caminos que nos traza en su congojosa agonía? Si por atender este Redentor amable al bien y salvacion de nuestras almas, se muestra superior á los tormentos que lo afligen y quitan la vida ¿no deberemos nosotros vencer la tirantez de la ley del pecado que habita en nuestros miembros, y entrar en el dulce imperio de la gracia para vivir con ella justa, sóbria y piadosamente, como nos lo encarga el vaso de eleccion, el grande apóstol san Pablo? Desgraciados sobre toda ponderacion los que no miran al ejemplar y modelo que se les presenta en la cruz para ser justos en la vida, santos en la muerte y eternamente felices en el cielo. No seamos nosotros del número de estos desdichados, no contradigamos con nuestros vicios y criminal conducta el sagrado carácter de cristianos con que hemos sido elevados á la incomprensible dignidad de hijos de Dios: no seamos vietimas de la impiedad que se infiltra en nuestros corazones cuando pecamos y ofendemos la santidad de aquel Dios moribundo que celebra su triunfo diciendo: *Consumatum est*. «Todo está consumado.» Sí, amados míos; todo queda consumado en la cruz, como lo dice Jesucristo. Se han cumplido todas

las profecías; han desaparecido las sombras, las imágenes y aparatos que figuraron al Mesías por espacio de cuarenta siglos; y hoy se rasga el velo que cubría tantos misterios y verdades; hoy se alegra Jacob, porque se descifra el misterio de aquella escala que comunicaba y unía los cielos con la tierra. Isaías, Ezequiel, David y todos los patriarcas, profetas y justos de la antigua ley prorrumpen en cánticos de júbilo en este día, porque todo en él ha sido consumado. *Consumatum est*. La antigua serpiente que silbó orgullosa en el paraíso queda clavada en la cruz: está muerta: la venció el León fuerte de Judá, y no hay por qué temerla, si usamos contra ella las armas de la fé, como nos lo encarga el Príncipe de los apóstoles. «Todo está consumado: estamos salvados y redimidos; tenemos en Jesus un Padre, un Abogado, un Redentor y un Dios que nos ama y quiere llevarnos á la gloria: su omnipotencia parece agotada en favor nuestro: porque despues de habernos dado su santísimo cuerpo en verdadera comida y su sangre en verdadera bebida, y padecido tanto por nosotros en la cruz convertida por su bondad en cátedra de virtud y santidad ¿podria hacer mas por nosotros? No es mi intencion la de medir el poder infinito de Dios. Respeto sus juicios, venero sus designios y me someto humilde á sus decretos eternos llenos de equidad y de justicia. Pero al asegurar que Jesucristo hizo por nosotros todo cuanto pudo ¿no estoy con la iglesia santa que así nos lo dice y enseña por los maestros y doctores que respetamos en los santos padres? «Todo está consumado,» dijo nuestro Redentor. Nada mas falta Dios desde su escelso trono se dá por sa-

tisfecho de las ingratitudes de los hombres. Se nos abren las puertas del cielo, porque Jesucristo ha dicho solamente desde la cruz, *Consumatum est*. «Todo está consumado.» Nada más. Echémonos en los brazos de la meditación, y en ella nos hablará Dios; nos concederá su gracia, y todo se consumará en favor de nuestras almas.

In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum. En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu. Luc. capítulo 23, v. 46.

El dueño y Señor de la vida está muriendo abandonado del cielo y de la tierra. Esta exhalando el postrer suspiro clavado en una cruz; pero aun se le oye esta palabra: «en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.» *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*. Todo, en estos críticos momentos es espanto, soledad y terror. El Calvario cubierto de tinieblas, tiene en su cumbre al Dios de la misericordia y al Dios de la justicia: al Justo é inocente alargando el precio de nuestra redención, y á la divinidad exigiendo el rescate aceptado para librar al género humano de la esclavitud del infierno y del pecado. La muerte vá á descargar su golpe tremendo sobre el que manda en ella; recibe órdenes del cielo para que acelere sus pasos y no se

detenga; la misma víctima le dice: aquí estoy: obedece mi voz, y quita la vida al Criador de todo cuanto existe. Ya me tienes exánime; sin sangre en las venas; sin aliento; casi sin vida. Acaba de quitármela: el cielo te lo manda, y los rigores de la justicia así lo exigen; llega... «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.» Esta fué la última palabra que salió de los labios de aquel Pastor amoroso que iba diciendo á las gentes: «La paz sea con vosotros.» Así dejó de hablar aquel humilde peregrino que santificaba la caridad y la pobreza; aquel reparador del mundo que formó la sociedad de los hijos de la gracia bajo de la base de amarse los unos á los otros, como él había amado á todos: aquel gran profeta que vaticinó la destruccion del templo; y las ruinas de Sion: aquel dulce JESUS en fin, proclamado Rey de los judios en las calles y p'azas de Jerusalem. O vosotros los que estais comiendo el pan de la amargura y pasais los dias en la afliccion de los huérfanos, de los desterrados, menesterosos y desvalidos; acercaos con los Príncipes, Poderosos y Reyes del mundo á la cruz de Jesucristo y recibid de ella, como una familia de hermanos, la bendicion del Padre universal que vá á morir en este momento por darnos la vida. Cercad el lecho de agonía en que el Rey de los Reyes y el Señor de los Señores muere angustiado por redimir á su pueblo. Escuchadlo... Ya no habla... muere... Sus últimas palabras fueron estas: «en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.» *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

Gravémoslas en nuestros corazones; jamás dejen de meditarlas nuestras almas; recibámoslas como proferidas

para nuestra enseñanza, para nuestra santidad y para nuestra gloria, y sean para nosotros el testamento eterno que nos dé derecho para decir con la Iglesia Santa: Señor nos debes el reino de los cielos que con tanta caridad nos has prometido, *Certe debes ex promiso*. «En tus manos, » Señor, encomiendo mi espíritu! Puede dejar de salvarse el que al morir profiera estas palabras de virtud, con el espíritu de obediencia, de humildad, de veneracion y respeto á la divinidad, con que las pronunció nuestro divino Redentor? ¿Qué alma puesta en las manos del Señor, puede perecer? Ninguna. Pongamos las nuestras en manos del Dios en quien puso la suya Jesucristo y nada mas necesitamos. Acudamos como Jesus, á nuestro Dios, en la vida y en la muerte. Valgámonos para esto de nuestro Señor Jesucristo y El nos dirigirá; El nos purificará; El nos dará las vestiduras de la gracia y nos inspirará para caminar virtuosamente por la senda estrecha que conduce á la vida. Digamos sin cesar, como nuestro Redentor amable: «en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu:» y contemos con el triunfo de los justos que vivirán perpétuamente. Repitamos con espíritu religioso las últimas palabras que dijo Jesucristo en la cruz, y unámonos al apóstol para decir: si Dios está por nosotros ¿quién podrá dañarnos, ni ofendernos? *Dios mio, y todas las cosas!* decia San Agustin. *Dios mio, y todas las cosas,* diremos tambien nosotros en todos los dias de nuestra peregrinacion para poder decir en la hora de nuestra muerte con nuestro Redentor: «En tus manos, Señor, encomiendo » mi espíritu.» De este modo, nuestra muerte será pre-

ciosa en los ojos del que nos dió la vida y nuestra felicidad será eterna. Meditadlo con espíritu devoto y compunjado, y vereis cuán intimamente unida está nuestra salvacion á la imitacion de nuestro Señor Jesucristo en los últimos momentos de su admirable vida.

CONCLUSION.

Sonó, amados míos, sonó la hora de muerte en el reloj infalible de la eternidad, y nuestro lastimado Jesus murió á la violencia de los tormentos mas atroces que han conocido los mortales. Espiró nuestro Redentor en la cruz! Pero venció á la muerte, triunfó del infierno, y salvó al mundo. Ya están abiertas las puertas del cielo y cerradas las de los abismos infernales. La faz del mundo ha cambiado. Era necesario que muriese uno para evitar la ruina de todos, y este uno es el Dios-Hombre que acaba de morir en el Calvario dejándonos ejemplos que imitar y doctrinas que seguir, para ser justos virtuosos y santos. Desde la cátedra de la cruz nos enseña el divino Maestro todo lo que necesitamos para salvarnos. En ella epilogó todo su evangelio. Con siete palabras dictadas por la caridad que ardía en su amoroso pecho nos enseñó á «hacer bien á todo el» mundo, y mal á nadie:» á compadecernos de los miserables, y á recurrir á su bondad, aun en el estado mas deplorable en que puedan ponernos nuestras culpas: á recurrir

en nuestros conflictos á la Madre de los aflijidos y refugio de pecadores: á sufrir con paciencia y humildad los desconsuelos, desamparos, contradicciones y penurias en que podemos vernos en este valle de lágrimas: á tener sed de padecer y sufrir en union con nuestro Salvador para saciar la que debe devorarnos de vernos enteramente unidos con nuestro Dios en la gloria: á cumplir y consumir todo lo que se nos manda en la ley santa, y á poner en las manos del Señor nuestras almas, al tiempo de dejar la mortalidad de esta vida con la muerte á que estamos condenados los miserables hijos de un Padre criminal. Si aprendemos estas lecciones celestiales, é imploremos con rectitud de corazón los auxilios de la gracia que ofrece el Dios de las misericordias á todos los que lo invocan, para imitar y seguir á nuestro divino Maestro por donde nos llama, ¿quién será capaz de comprender nuestra dicha y felicidad? ¿Hay perspectiva mas agradable que la de una sociedad en que todos sean un corazón y una alma, como se dice de los primeros cristianos que asombraron y convirtieron al mundo con las virtudes y caridad que les proporcionó la cruz de nuestro Señor Jesucristo? Acudamos todos, hermanos míos, á ese manantial fecundo de gracias para los cristianos, y abrazándonos (1) á este signo precioso de nuestra redención, digamos contritos y humillados al que tanto padeció y sufrió por enseñarnos, salvarnos y redimirnos:

Señor mío Jesucristo; Dios y Hombre verdadero; en

(1) Se toma un Crucifijo.

quien creo, en quien espero, y á quien amo sobre todas las cosas amables. Me pesa, Señor, de haberos ofendido. Una y mil veces me pesa de haber pecado. Misericordia, Dios clementísimo: misericordia para los que imitando al buen ladrón os suplican que os acordeis de nosotros en vuestro reino eterno de la gloria. Perdonadnos como á aquel pecador arrepentido, pues que como el Centurion os confesamos verdadero Hijo de Dios. Misericordia y gracia para vivir y morir virtuosamente en la tierra, y pasar á reinar con Vos eternamente en el paraíso de la gloria: «que á
» todos deseo, en el nombre del Padre, del Hijo, y del
» Espíritu-Santo.» Amen.

A. M.

SERMON

DE LA PASION Y MUERTE DE JESÚS.

La consideracion de la pasion y muerte de Jesus debe producir en los cristianos un dolor verdadero y una firme detestacion de los pecados.

*Pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt jam non sibi vivant sed ei qui pro ipsis mortuus est. Jesu-
cristo ha muerto por todos, para que los que viven, no
vivan ya para sí sino para el que murió por ellos. 2.^a
Corinth. cap. 5.*

Vengo á recordaros hoy desde este lugar sagrado la pa-
sion y muerte de nuestro adorable Redentor Jesucristo: á
traer á vuestra memoria los suplicios crueles, las injurias y
tormentos atroces que sufrió: á deciros, que el mas santo
de todos los hombres, el justo en quien no tuvo entrada al-

guna el pecado, el Hijo de Dios que se hizo Hombre por salvarnos, murió en una cruz como si fuera el mas vil y perverso de todos los hombres. No entremos á sondear el abismo de los arcanos de Dios que así quiere darse por vengado y satisfecho de los agravios de los hombres. Una palabra sola suya fué suficiente para sacar al mundo entero de la nada, y nada mas hubiera sido necesario para redimir á los hombres y sacarlos de la esclavitud del pecado; pero así estaba acordado en los consejos eternos y era necesario que tuviese su debido cumplimiento todo lo que la escritura y los profetas habian anunciado del Hijo del Hombre. Jesus al fin murió y murió crucificado.

¿Cómo podré yo daros noticia de los muchos, diversos y gravísimos tormentos que la crueldad de sus enemigos le hizo sufrir hasta despues de muerto? ¿Por dónde daré principio á referir un cúmulo de atropellamientos, injurias, atrocidades é insultos que no tiene término y un número sin número de penas, de dolores y suplicios sin orden, sin modo y que se amontonan unos á otros sin dar lugar al descanso? En parte ninguna halla alivio ni consuelo y todas parecen que se han coligado para atormentarle y allijirle. Las turbas, los soldados, los doctores, los sacerdotes, los judios, los gentiles, los presidentes de las provincias, los majistrados, los amigos y los mismos apóstoles y discípulos. Judas le entrega y pone en manos de las gentes armadas que le prenden: Pedro jura que no le conoce: los otros apóstoles huyen y le abandonan: Anás y Caifás le tratan como á un calumniador y blasfemo: los escribas y fariseos le acusan sin cesar y quieren que sea tenido por un alborotado y mal-

vado. Herodes y sus amigos y dependientes le desprecian como á un loco: Pilatos le condena: las turbas elanorean pidiendo que sea crucificado: los ministros y soldados le azotan desapiadadamente, le coronan de espinas, le burlan é insultan, le cargan la cruz acuestas y le clavan de pies y manos en ella haciéndole morir entre la afrenta y los dolores... En el huerto de las olivas donde se retira á orar en soledad y silencio, en la casa de los pontífices, en el consejo de los ancianos, en los palacios de los magistrados, en las calles y plazas Jerusalem, en los tribunales, en el Pretorio y el Calvario, en todas partes halla Jesus enemigos y perseguidores á quienes le parece que son libres para atormentarle sin tasa, sin forma de justicia ni proceso alguno y sin piedad ni misericordia. Sus enemigos no descansan y se esmeran en aventajarse unos y otros en inventar nuevos y mas crueles suplicios.

Bien sé que en este dia no necesita el ministro del Señor hacer grandes esfuerzos para enternecer á sus oyentes y que basta recordar los tormentos de Jesus en su pasion y muerte para escitar el dolor y sentimiento. Y ¿quién podrá menos de conmovérse al contemplar como presente al mas inocente de todos los hombres, al Rey de los reyes, al Hijo unigénito del Dios vivo lleno de oprobio é infamia y al verle espirar clavado en una cruz? ¿Para cuándo dejaremos la compasion y las lágrimas si no las derramamos en la muerte del hombre Dios; cuando lloran amargamente los ángeles de paz; cuando la naturaleza entera se llena de luto por la muerte de su Criador y el sol retira su luz, la tierra se estremce, los elementos se agitan y hasta las

misimas piedras se parten? ¿Cuándo lloraremos sino lloramos hoy que vemos por todas partés las señales del dolor y la tristeza, los templos y sus altares despojados de sus adornos, la cruz, las espinas, los clavos y las imágenes mas dolorosas, las lamentaciones y cánticos lúgubres que ha sustituido la iglesia á sus himnos de alabanza y ese mismo silencio y tristeza que se manifiesta en los semblantes de cuantos habeis venido á este templo á oir y contemplar la passion de Jesus? Nada pues tengo que hacer sino recordar los padecimientos y oprobios que la crueldad mas desapiedadada descargó sobre nuestro divino Redentor y deciros: que lloremos sí, pero que lloremos como debemos llorar: que nuestras lágrimas no sean puramente naturales y nuestra compasion semejante á la que tendríamos viendo padecer á un culpado: que meditemos profundamente la magestad adorable, los méritos infinitos, las perfecciones y la dignidad del que padece y que padece por nuestro amor y nuestro remedio: que para que cumplamos con lo que á vosotros y á mí nos pide Jesus en este dia de su muerte, no es bastante una compasion ni unas lágrimas estériles; que es preciso que añadamos á ellas un dolor verdadero y un firme arrepentimiento de nuestras culpas y una sincera detestacion y aborrecimiento de nuestros pecados que son la causa de todos los tormentos y de la muerte de Jesus. Os diré con san Pablo que Jesu Christo murió por todos, para que todos los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos. *Pro omnibus mortuus est Christus, ut qui vivunt jam non sibi vivunt sed ei qui pro ipsis mortuus est.*

No debemos vivir ya para nosotros habiendo muerte Jesús para darnos la vida; nuestra vida es suya que la ha comprado con su sangre: y considerando su pasión debemos excitarnos á una vida santa y cómo conviene á un cristiano; á un dolor y detestacion formal de nuestros pecados. ¡Quiera el Espíritu-Santo disponernos para estos saludables sentimientos; ó mas bien, obrarlos en nuestras almas con su gracia! Nos atreveremos á pedírsela por la intercesion... iba á decir, de María Santísima; pero esta Señora está hoy llena de amargura; de afliccion, y de dolor: Está al pie de la cruz, fija su atencion en la cruz y absorta en la contemplacion de los misterios de la cruz. Acerquémonos á este madero santo del que está pendiente la redencion, la salud y la vida. Adoremos al madero precioso que tiene sobre sí á nuestro Salvador y digámosle con la iglesia en este dia de su triunfo y de su triunfo:

O CRUX AVE.

Pro omnibus.....

He dicho que nada tengo que hacer para el fin que me he propuesto y que nada es mas adecuado en este dia para excitarnos al dolor y sentimiento que el recordar la historia

de los oprobios y martirios de Jesús. Y en efecto, ni ha habido ni habrá jamás una escena mas lúgubre, ni un espectáculo mas digno de lástima: pero ¿quién se atreverá á querer penetrar en este abismo profundo de penas de que habló el profeta Jeremías como de un dilatado mar: *Magna est sicut mare contritio tua?* ¿Cómo buscaré límites en un asunto en que todo sale de su medida y su regla? ¿Hablaré de la paciencia del que sufre; del furor inaudito de los que maquinan y preparan su muerte; de la multitud, de la diversidad, y de la intension de los tormentos que le hacen padecer sin descanso? Quanto mas me internó en la historia de la pasión de Jesús, me viene á suceder lo que aquel que jamás ha atravesado los mares, quien cuanto mas camina y estiende su vista por las dilatadas superficies sin descubrir otra cosa que las aguas, tanto mas teme, se comprime de terror y se cree que va á quedar sepultado entre las ondas.

Para proceder con algun método llamaré vuestra atención sobre tres géneros de penas á que relució cuantas padeció Jesús y que os haré observar con la brevedad posible en la historia de sus padecimientos. Las aflicciones y tristezas de su alma; las ignominias y afrentas en su reputación, y los crueles y desapiadados tormentos en todos los miembros de su cuerpo. La conciencia, la fama, la vida, hé aquí lo que mas amamos y en todo lo que fué atormentado Jesús.

Acabada la cena que celebró con sus discípulos empezó á conturbarse su espíritu como quien sabia bien los tormentos que le esperaban y la mano del alevoso que le habia de

entregar. Os digo, dijo á sus discípulos, que uno de vosotros me ha de entregar en manos de mis enemigos. ¡Ay de aquel infeliz en cuyo corazón está proyectada esta infamia! ¡Cuánto mas le valiera no haber nacido! Anunció á Pedro que en aquella misma noche le habia de negar, y ¿cuál sería la pena de su alma cuando volviendo sus miradas al apóstolá quien habia lavado los pies y dado tantas señales de su amor le halló perjuro y culpado en el atrio del pontífice? ¿Cuál sería su angustia al ver al discípulo alevoso capitaneando las tropas entradas por los escribas y fariseos para prenderle y aprisionarle como si fuera un facineroso?

Salió segun tenia de costumbre á orar al huerto de las olivas y se separó de sus discípulos encargándolos que orasen para no caer en lá tentacion. Solo con el Eterno Padre; contemplando el número sin fin de tormentos que iba á padecer; viendo el sacrificio á que estaba destinado y que habia de consumarse, su alma se llenó de tristeza, de la tristeza melancólica de la muerte, su cuerpo empezó á sudar sangre en fuerza de la amargura y la intension del dolor, y el Dios de la fortaleza, el que resucitaba á los muertos y disponia de los vientos y los mares se afijó y estremeció y pidió á su Eterno Padre que si era posible pasase de El aquel amargo cáliz: *Pater si possibile est transeat á me calix iste*. El que fundó los cielos y dió su consistencia al universo, desfalleció de temor y fué preciso que un ángel del cielo le confortase. En aquella oracion prolija en que se sumió su alma, contemplaba los pecados de todos los hombres; tantas abominaciones y maldades, tantas ingratitudes, tantas

impurezas, tantas blasfemias; allí veía tantas almas que habían de perderse y despreciar el mérito de la sangre que iba á reconciliarlas con Dios y ganarlas la gloria. ¡Cuánto padecería su alma contemplando en el amargo cáliz de su pasión los tormentos inauditos que iba á sufrir, el desamparo de sus discípulos, el furor y crueldad de los sayones, las injusticias de los pontífices y jueces, las burlas y desprecios de la plebe y su muerte en la cruz desamparado de Dios y de los hombres! ¡Cuánto padecería su alma contemplando el rigor con que iba á ser tratado por la justicia divina por haber tomado sobre sí la deuda pesada de los pecados de todos los hombres! Y ¿cómo podría dejar de afligirse viendo que había de ser todo en vano é inútil para tantas almas que habían de rehusar valerse del tesoro de sus méritos para satisfacer á Dios por sus culpas? ¿Qué había de ser inútil para tantos que habían de burlarse de su religión, de su doctrina, de sus ministros por vivir en las anchuras del vicio? ¿Para tantos hijos que despues de haberlos educado habían de ser sus mas desapiadados enemigos?

Como á Jesus le era conocida la historia de todos los siglos pasados y venidero; como con su ciencia infinita sabía cuanto ha sucedido y ha de suceder, cuanto con mas perfeccion se presentaban á su alma, no menos sus tormentos que la ingratitude y pecados de los hombres, tanto mayor era la afliccion y amargura de su corazon, su tristeza mortal y el dolor que le obligó á regar la tierra con el sudor de su sangre. Aflicciones y tristeza que le duraron hasta su muerte y obligaron á quejarse de verse tan desam-

parado. Aflicciones y tristezas en que quedó sumergido como quien se sumerge en el mar, según lo que había anunciado un profeta. Aflicciones y tristezas que jamás podremos conocer ni explicar y que ellas solas hubieran privado de la vida mil veces á Jesus sino le hubiera asistido la virtud y fortaleza de lo alto. El alma y la conciencia de Jesus fué cruelísimamente atormentada. Y lo fué tambien con las afrentas é ignominias que le hicieron sufrir. Padeció en su fama y reputacion. Le llenaron de oprobios y fué presentado como lo mas vil y despreciable de la plebe.

Aunque encargó á sus discípulos que velasen y orasen, cuantas veces volvió á ellos los halló dormidos y estando despertándolos llegó Judas capitaneando á los soldados que vinieron á prenderle como si fuera un ladron. Atándole furiosamente le llevaron á las casas de Anás, Caifás, Herodes y Pilatos entre los insultos y las burlas y le hicieron pasar por la confusion de presentarle como un reo y un malhechor delante de los jueces. El que se deja llevar tan inhumana y vilmente de tribunal en tribunal es el Dios hombre que revne en una sola persona la naturaleza divina y humana. Es el Verbo increado coeterno y consustancial con el Padre, su Hijo unigénito y natural, la imájen viva de su grandeza, el esplendor de su gloria, por quien han sido criados los cielos, la tierra y todo cuanto tiene ser, y en cuya comparacion todas las cosas criadas son como si nada fuesen. Es el descendiente de los antiguos patriarcas, la flor de la casa real de Judá, el descendiente de David que cuenta catorce reyes entre sus progenitores;

es el que ha sido concebido en el seno de una Virgen purísima por virtud del Espíritu Santo. Es aquel á quien tantas veces han anunciado los profetas, á quien desearon ver y por quien tanto suspiraron los patriarcas, el que Dios ha prometido en tantas ocasiones, es el Mesías, el reparador y Salvador del género humano, el esperado de todas las naciones, el deseado y pedido por el espacio de tantos siglos, el anunciado por infinitos oráculos. Es aquel cuya vida santa, inocente y pura, cuya doctrina celestial han admirado to los cuantos le han visto y oído, cuyos milagros y beneficios le han adquirido tanta estimacion y reverencia que las jéntes han llegado hasta adorarle y tenerse por dichosas con que los toque su sombra ó alcancen á tocar sus vestiduras.

¿Y este es á quien se le presenta como un réo delante de los jueces, á quien se burla y escarnece con improperios y amenazas, á quien se imputan crímenes de sediciones y alborotos, contra quien se buscan testigos falsos, á quien se reputa por peor que Barrabás, á quien se castiga como á un delincuente, á quien se pone al público como un rey de burlas lleno de llagas, coronado de espinas, con un manto andrajoso de púrpura y una caña por cetro; este es á quien se sentencia á sufrir la muerte en la cruz como á un infame? Aunque en todo el tiempo de su pasion no hubiera sufrido otra cosa que la vergüenza de presentarse á los jueces y comparecer en sus tribunales, hubiera sido la mayor humillacion é ignominia atendiendo á su dignidad y á la intachable conducta que el mundo todo no podia menos de reconocer en él y que se queria denigrar y po-

ner en duda; pero fué mucho mayor arrastrándole á los tribunales y sometiéndole al fallo de los que eran sus mas declarados enemigos y á quienes podia recusar por mil títulos. Anás y Caifás eran unos impíos, llenos de envidia y de deseos de venganza y habian concebido contra él un odio implacable. Pilatos era un idólatra; Heródes un lascivo y los testigos todos estaban seducidos con el dinero. El que es Rey de la gloria, el Señor de todos, el que ha de juzgar algun dia á todos los hombres y entre ellos á los que ahora le juzgan, llega á sus tribunales como un reo, maniatado y con la cabeza descubierta oye en silencio las inculpaciones de sus enemigos, sufre las discordantes deposiciones de los testigos inicuos, se somete á sus juicios y recibe sus sentencias injustas y crueles. ¡Divino Salvador de mi alma! ¿De qué modo mas atroz y con qué abatimientos y humillaciones mas profundas pudieron denigrar vuestra fama y despojaros de vuestra estimacion y de aquel buen nombre y concepto que vos habia merecido vuestra santidad y virtud, que presentándoos en los tribunales y declarándoos en ellos reo de crímenes enormes y dignos de muerte? Por mas que haya sido recta la intencion y buena fé de las turbas y de los pueblos ¿qué han de decir, ni pensar cuando en los tribunales se os declara como un impostor y falsario, cuando vean que en los tribunales de justicia sois condenado y que se os aplica la sentencia que ellos creerán justa?

Las injurias privadas manchan el honor, es verdad; pero esta mancha se borra haciendo ver que provienen de un odio, de una envidia, de un resentimiento, de una ira

ú otra pasion detestable de nuestros agresores. Las injurias de un pueblo alborotado pueden ser rechazadas por ser temerarias, inconsideradas, injustas y nacidas del mismo desórden que reina y preside á los alborotos y tumultos, y siempre queda lugar para vindicarse ante la rectitud y justicia que debe presidir en los tribunales de los jueces: pero cuando se dá la sentecia en los mismos tribunales, cuando los jueces mismos declaran á uno por infame y malhechor ¿qué camino le queda para recobrar su fama, y quién hay que no se atreva impunemente á ultrajarle y despreciarle? Por mas que el divino Salvador de todos los hombres fuese teni lo en concepto del mas puro de todos los hombres; por mas que los crímenes de que le acusaban sus enemigos se tuviesen por fingidos y por pretextos inventados para perderle, una vez declarado y sentenciado como reo aunque inicuamente en los tribunales no podia resultarle sino infamia, ignominia y afrenta aun respecto de los mismos que estaban de su parte y declarados en su favor, y ningun medio le quedaba en la tierra de hacer aparecer su inocencia.

De aqui es el furor y clamoreo, los insultos, los desprecios y la rabia con que no solo se le reputa por peor que un Barrabás sedicioso y homicida por un pueblo que se cree engañado, sino que se pide su sangre y que sea crucificado. *Tolle, Tolle; crucifige eum.* A tal extremo llegó la ignominia del justo sentenciado por los injustos, del santo declarado reo por los malvados y tan mal parada quedó su fama en los tribunales mismos en que debieron hacerle justicia y le condenaron á la muerte de mas igno-

minia y afrenta. ¿CÓMO Jesús mío, inocentísimo y santo, autor de todo bien y maestro de todas las virtudes, cómo se afligiría vuestra alma pasando por la confusión de veros sentenciado como un infame criminal, expuesto á las burlas y los insultos de los sayones y de la plebe, caminando al Calvario con la cruz entre las injurias y dictérios y clavado en ella desnudo y levantado en alto para ser visto y blasfemado de todos?

Sin que acerremos á ponderar lo que padeció Jesús en las ignominias y afrentas á que le espusieron sus enemigos durante su pasión, pasemos á dar una rápida ojeada por los tormentos y suplicios que le hicieron sentir en su santísimo cuerpo.

Desde que con el ósculo traidor le entregó Judas en el huerto, le ataron bárbaramente los que le prendieron y condujeron á la casa de Anás entre empuellones y malos tratamientos sin que bastase á contener á aquellos hombres con corazones de tigres ni la blandura, la bondad, ni los milagros de Jesús obrados en su beneficio, y no suspendieron un instante el atormentarle de mil modos hasta que después de muerto desgarraron con una lanza su sacratísimo pecho. Entregado en manos de sus enemigos fué libre á cada uno de ellos no menos el injuriarle que el atormentarle y herirle. Un soldado le dá una terrible bofetada con la mayor osadía á la presencia de los mismos sacerdotes y pontífices. Pilatos, á quien fué entregado por los mismos judíos para que le sentenciase y condenase conoció su inocencia y que sus acusadores no tenían otro motivo para querer perderle que el odio y envidia que los devora-

ba, y sin embargo le mandó azotar, y los ministros lo hicieron con tal crueldad y fiereza que desgarraron sus carnes y no quedó parte sana en su cuerpo siendo sin número ni cuenta los azotes, y empezando unos verdagos despues de cansados de descargar golpes otros. Cansados de azotarle tejieron una corona de espinas y con la mayor crueldad la pusieron sobre su cabeza atravesando sus sienes y logrando asi, no solo hurlarse de su Majestad, sino tambien atormentarle del modo mas cruel y nunca visto. Sin que hubiera quien se moviese á compasion de este varon de dolores desconocido ya y sin conservar la figura de hombre, clamaron al juez con las voces del tumulto mas sedicioso, y sin oir otra voz que la de su venganza y encono, no cesaron hasta lograr que fuese crucificado. Contra toda ley y costumbre le hicieron cargar con la cruz de su suplicio hasta el Calvario, obligándole el peso á caer repetidas veces en el camino y levantándole á golpes y empujones con la mayor fiereza é inhumanidad. Habiendo llegado á la cima del monte le desnudaron enteramente y tendiéndolo en la cruz le clavarón en ella y le levantaron en alto poniéndole entre dos ladrones, redoblando los baldones, insultos é improperios con que le injuriaban á porfia, y congratulándose en verle espirar al rigor de los tormentos.

Si fuera posible explicar en pocas palabras los tormentos y el estado á que quedó reducido el cuerpo santísimo de Jesus en su pasion os diria: que su carne se convirtió toda en una llaga viva sin que la mas pequeña parte dejase de estar marcada con alguna señal de la crueldad. Figúraos presentes al espectáculo sangriento del Calvario, que levan-

tais vuestros ojos y hallais á Jesus crucificado; su rostro pálido, macilento y próximo á espirar á los rigores del dolor; sus ojos hundidos, apagados y sin poderlos apenas abrir; sus mejillas entumecidas y acardenaladas; sus labios secos; su boca atormentada con la sed, y mucho mas con la hiel y vinagre que le alargan para su consuelo y alivio; su frente y todo su semblante, tan lleno antes de majestad, manchado con la sangre y las salivas asquerosas de sus verdugos; su cabeza cercada de una corona de penetrantes espinas; sus manos y pies traspasados con los clavos que le sujetan á la cruz; en sus brazos se conocen los surcos que hicieron los cordelos con que fué atado á la columna para ser azotado; en sus hombros se ven los tumores, que ha levantado el peso de la cruz que ha llevado á cuestas hasta el lugar del suplicio; en sus espaldas y todo su cuerpo las heridas que amontonaron una sobre otra los golpes de los azotes; ya no hay gota de sangre en él, y sus huesos se ven por todas partes ¿cómo es posible detener la vista en un cuadro tan lastimoso y lleno de horror. Pues este es el retrato de Jesus y una ligera reseña del estado á que le han reducido los inhumanos tormentos que la mas bárbara crueldad ha descargado sobre su cuerpo.

¿Y para qué Señor, para qué y por qué es tanto sufrir y padecer en el cuerpo, en la reputacion y el honor y en el alma que se separó de vuestro santísimo cuerpo despues de una larga y congojosa agonía? ¿Para qué y por qué quisisteis sufrir tantos tormentos hasta morir en una cruz? No es una imaginacion piadosa ó una arbitraria contemplacion del alma devota el asegurar que Jesucristo murió y pade-

ció por nosotros los hombres y por nuestros pecados; es un dogma de fé, y no podemos menos de confesar que nuestros pecados y los de todo el mundo fueron la causa de su muerte; que murió por reconciliarnos con Dios y borrar con su sangre el decreto de nuestra condenacion eterna. Cuando toda la carne habia corrompido sus caminos sumerjió Dios en las aguas de un diluvio á todos los hombres; pero no fué ni podia ser bastante este castigo para aplacar á la divina justicia; no podia esta quedar satisfecha sino con una víctima de un valor y mérito infinito, y esta víctima fué Jesucristo en cuya sangre quedaron sumerjidos todos los pecados.

El pecado dió la muerte á Jesucristo y fué la causa verdadera de su pasion. Esto solo ¿no debe hacer que conozcamos lo abominable que es este monstruo y que de todas veras le eborrezcamos y detesteemos? Ni las penas eternas con que han de ser castigados los pecados por la justicia divina en el infierno, ni ningun otro castigo, ni cosa alguna hay que nos haga conocer con tanta claridad la gravedad y malicia del pecado como el considerar que ha sido necesario que el mismo Dios se haga hombre y sufra una muerte cruelisima para satisfacer por él á la divina justicia. ¿Qué diremos pues, qué es el pecado? Un mal para cuyo remedio y espicion ha sido necesario que un Dios-Hombre se haga anatema y torre sobre sí la maldicion y los castigos mas rigurosos, que muera en el patibulo de la cruz. Venid pecadores á los pies de la cruz, contemplad el misterio doloroso de la pasion y muerte de vuestro Salvador, contad, si podeis todas las heridas con que está traspasado, todas

las espinas que taladran su cabeza, todas las gotas de sangre que ha derramado y preguntadle con el profeta ¿quién es el que le ha traído á un estado tan deplorable y le ha herido de un modo tan inhumano? Vuestros pecados, os responderá.

Pecador, ¿puedes ignorar que tú mismo sin causa alguna y que solo por la ingratitud y perversidad de tu corazón afliges, deshonras y atormentas á tu Salvador y que le crucificas con tus pecados? ¿De qué le puedes acusar? ¿De qué te puedes quejar de él? ¿Eres cruel con él porque te ha sacado de la nada? ¿Por qué ha criado por causa tuya todo cuanto hay en el universo y te ha destinado para su gloria? ¿Y por estos beneficios repites su pasión y la reniegas con tus crímenes? ¿Qué te ha hecho el Señor para que seas con él tan ingrato, cruel é inhumano? ¿Qué males ó qué tormentos te ha causado? Por los bienes sin número que te dá y la gloria que te prepara ¿le azotas, le coronas de espinas y le clavas en la cruz? Porque te ha prometido una vida eterna, ¿le quieres dar una muerte violenta y dolorosa? ¿Qué respondes á estas quejas justas y amorosas de tu Salvador? En su corazón hace el pecador cuanto está de su parte para afligir á Jesús y reproducir las penas y dolores que le hicieron sufrir los judíos en el Calvario. Fué vendido y entregado por un discípulo; burlado y despreciado delante de Herodes; pospuesto á Barrabás; juzgado y condenado en el tribunal de un juez político, desdichoso y solícito de conservar su destino á toda costa; espuesto al furor de los judíos y entregado á la crueldad de los verdugos; pues esto mismo hacen todos los días los pecadores. Los cristianos

mismos le vendan y renuncian á él por un pequeño interés, por una corta ganancia, por un vil placer y deleite. Los impíos de nuestros días le burlan y escárneceñ mas que lo fué en la casa de Herodes; su evangelio se reputa por locura, su relijion y su culto por una estravagancia, sus dogmas por un juego ridiculo para seducir. Se habla de Jesus con mas impiedad y descaro que de un malhechor, se le blasfemia y maldice, se profanan sus templos con las irreverencias mas escandalosas. La justicia y la relijion se la acomoda como Pilatos á la política y el interés lejos de someter todos los intereses y toda la política á la relijion. Cuantos así obráis, pecadores todos, volved vuestros ojos á Jesus crucificado y observad que esta es la obra de vuestro pecado; que el pecado es el que tanto allije y atormenta á Jesucristo, que el pecado es enemigo de Jesucristo y que por consiguiente Jesucristo debe ser enemigo del pecado y castigár y vengarse del pecado.

Jesus ha muerto por todos los hombres y para satisfacer por los pccados de todos; y aunque pudo satisfacer con una sola palabra y lavarnos y purificarnos con una sola gota de su sangre, quiso que nuestra redencion fuese copiosa, y el cordero sin mancha que quita los pecados del mundo nunca se hartaba de padecer y murió sediento de tormentos. Pero ¿qué hace el pecador con sus crímenes y maldades? Destruye la pasion de Jesucristo porque la hace inútil y perjudicial para sí. Inútil porque nada son y de nada le sirven tantos beneficios y gracias como Jesucristo la mereció con su sangre y se priva de la gloria y felicidad eterna que le compró con sus tormentos y su muerte. Perjudicial,

porque se convertirá en su daño; será juzgado con mas severidad; condenado y castigado con mas rigor y esta sangre que se derramó para su absolucion y para pedir misericordia, pedirá venganza y servirá para su mayor tormento por no haberse lavado y purificado mas y mas en ella.

Consideremos y contemplemos seriamente, hermanos míos, que la pasion de Jesucristo nos condenará y aumentará nuestros tormentos sino nos aprovechamos de ella, y por nuestra culpa deja de obrar en nosotros la salud y redencion de nuestras almas. Ved la necesidad á que nos ha reducido la pasion de Jesucristo. Preciso es que su sangre derramada en el Calvario clame para nosotros gracia y misericordia, ó que pida rigor y justicia contra nosotros. Si nos aplicamos esta sangre y méritos de Jesus con una fé viva y una penitencia sincera será para nuestras almas un bálsamo saludable; pero si con nuestros vicios y pecados estorbamos y rechazamos su fruto, pedirá contra nosotros venganza y seremos tanto mas cruelmente atormentados cuanto mas fáciles y abundantes han sido los medios que hemos tenido para salvarnos. Deberemos pues inferir con el apóstol; que si Jesucristo ha muerto por nosotros, nosotros no debemos ya vivir para nosotros sino para Jesucristo; que nuestras ansias, nuestros deseos y pensamientos deben encaminarse á Jesucristo, nuestras obras deben ser conformes con la ley de Jesucristo, y que debemos consentir en perder nuestra vida antes que desagradar á Jesucristo. Debemos inferir, que puesto que el pecado es la causa de la muerte y tormentos de Jesus; que en la pasion de Jesus se nos dá á conocer todo el horror que Dios

tiene al pecado y los terribles castigos con que toma venganza del pecado; que con el pecado y por el pecado crucificamos de nuevo á Jesucristo, nos privamos de sus méritos y obligamos á su sangre á que pida venganza contra nosotros, nuestro deber es renunciar enteramente al pecado, y vivir solamente para Jesucristo.

Vednos ya divino Redentor (1), dulce Jesus, refugio y consuelo de los pecadores, vednos postrados á vuestros pies en este día de vuestra pasión y de vuestras grandes misericordias. Nosotros somos la causa de vuestros tormentos y nuestras culpas son las que os han clavado en esta cruz. ¿Cómo podemos miraros sin estremecernos? ¿Cómo podremos amar y seguir en el pecado viendo los estragos horribles que causa? Mirádeos á Vos, Jesus mío, y mirádonos á nosotros mismos ¿qué nos queda que hacer si somos prudentes y justos, si tenemos algún interés por nuestra alma, si conservamos la luz de la fé y creemos en el misterio de la cruz, qué nos queda que hacer sino volvernos á Vos llorando, suspirando y jimiendo con toda la amargura de nuestro corazón, hiriendo nuestros pechos como los mismos que os crucificaron y pidiros perdón antes que acabeis de espirar, y deciros que aborrecemos y detestamos el pecado, que no le queremos cometer mas y que quisiéramos morir de dolor por haberos ofendido?

Todos hermanos míos, desengañados de nuestra mala

(1) Aquí tomará el Santo Cristo en la mano.

vida, ansiosos del perdón y resueltos á enmendarnos postrémonos delante de este divino Jesús que nos espera con los brazos abiertos y nos convida con su reino como al buen ladrón y digámosle con el corazón y las lágrimas mas bien que con los labios: Señor mio Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador, Redentor y Salvador de mi alma, en quien creo, en quien espero, á quien amo, me pesa Señor, una y mil veces me pesa de haber pecado, detesto y aborrezco mi vida pasada, compadeceos y tened misericordia de mí, perdón y misericordia. Acordaos de nosotros todos cuando esteis en vuestro reino.

F. L. G.

SERMON

DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ Y SEPULTURA DE JESUCRISTO.

Venit quidam homo dives ab Arimathæa, nomine Joseph, qui et discipulus erat Jesu. Hic accessit ad Pilatum et petiit corpus Jesu. Tunc Pilatus jussit rediti corpus: et accepto corpore, Joseph voluit illud in sudone munda, et posuit illud in monumento suo novo quod exsciderat in petra et advoluit saxum magnum ad ostium monumenti. Matt. cap. 27.

Llorar nuestras culpas y enriquecernos con la divina gracia son las disposiciones con que debemos prevenirnos y los aromas con que debemos asistir á dar sepultura á Jesucristo.

Pendiente de una cruz está el cadáver herido, desfigurado y cubierto de sangre del que ha espirado después de una larga agonía y ha muerto con sentimiento general de toda la naturaleza, porque el sol se ha eclipsado, el día se

ha escondido en las tinieblas, las piedras se han despedazado, los sepulcros se han abierto y muchos de sus mismos verdugos están á su alrededor hiriendo sus pechos y pidiendo perdón de su delito. Es el cadáver de Jesús tan celebrado en Israel por su sabiduría, que en la edad de doce años esplicó con general admiración los mas altos misterios de las sagradas escrituras é interpretó las mas ocultas profecías. De Jesús tan celebrado en Israel por su honra, por sus costumbres irreprochables, por su modestia esenta de toda presunción y soberbia. Sus enemigos abrasados de una negra envidia han seguido sus pasos, han examinado todos sus movimientos, han acechado todas sus acciones con ojos malignos y perspicaces, y se han visto obligados á confesar que sus obras son rectas y nacidas todas de un amor inmutable á la justicia y la verdad. Es el cadáver de Jesús tan celebrado en Israel por sus profundos conocimientos porque él tenía presentes los últimos sucesos que han de verificarse en el mundo, penetraba los mas ocultos pensamientos y le estaban patentes los deseos mas escondidos de los corazones. De Jesús celebrado en Israel por su poder; porque al imperio de su voz obedecía el mar, recobraban vista los ciegos, revivían las cenizas de los muertos, y la tierra, el cielo, los infiernos, los vientos y las olas el día y la noche, la muerte y la vida y todo cuanto existe solo espera su voluntad para cumplirla.

¿Qué es esto? ¿Ayer era Jesús el Hijo de David y hoy ha sido ya el objeto del odio público? ¿Un día solo ha sido bastante para destruir la obra y la gloria de tantos

año? Los muros de Jerusalem donde resuena todavía el eco de sus alabanzas ¿han de repetir tambien los clamores sediciosos de los que piden su muerte, y los últimos suspiros de Jesus moribundo? Pecador, quien quiera que seas, aunque seas mas duro que las piedras, yo te conjuro que detengas el peso por un instante en tu carrera precipitada por el camino de los vicios: detente á mirar á este hombre Dios muerto y pendiente de la cruz. No pido tus lágrimas para él, las quiero solamente para ti. No te acuerdes de su pasion y sus tormentos, de su agonía mortal, de su muerte de afrenta y de ignominia; pero entra á considerar el estado de tu alma.

Hermanos míos que habeis venido en esta tarde al templo santo á celebrar las honras de Jesus y dar los honores de la sepultura á su santísimo cadáver, deteneos, no paseis adelante, no os mezcléis con el acompañamiento de su Madre Santísima, de las mujeres piadosas y de los justos José y Nicodemus sin sepultar antes el pecado que asca y desfigura vuestras almas. No paseis adelante sin haceros dignos de cooperar á tan grande obra, sin llorar primero vuestras culpas y enriqueceros con la gracia y las virtudes. Hé aquí los aromas con que debéis venir prevenidos para sepultar á Jesus y el modo mejor con que podeis dar el honor y respeto debido á su sacratísimo cuerpo. De nada nos servirá presenciar el descendimiento de la cruz de ese divino Señor, ponerle en los brazos de su Santa Madre entre las lágrimas y suspiros que arranca de nuestros ojos una escena tan lúgubre que nos trasporta al Calvario; de nada nos servirá acompañar á poner á Jesus en el se-

palero si nuestras manos no estan puras, nuestra conciencia limpia, y si no sepultamos tambien al pecador para que no dé horror su fealdad á la vista de Dios y para que sepultado ya, ni le vea, ni le castigue. No perdamos de vista el formar estas resoluciones y propósitos y sacar este fruto saludable, á la vez que con el afecto y devocion posible presenciamos estas tristes ceremonias que la piedad nos recuerda con este mismo objeto. Unámonos á María Santísima, participemos de los afectos y sentimientos de esta angustiada Madre y pidámosla que interceda con su Santísimo Hijo para que nos conceda la gracia.

AVE MARIA.

Venit quidam homo.....

El cuidado piadoso y el empleo de enterrar á los muertos, dice san Agustin, es una declaracion y un efecto del amor natural que nos debemos unos á otros; y de aqui es que no ha habido nacion tan bárbara que no haya desconocido la obligacion que tenemos á los cuerpos de los muertos y la decencia y respeto que se debe á sus huesos y cenizas. Los arcos, suntuosos, las pirámides, agujas y manseolos demuestran este cuidado de los hombres en que mas bien han pecado por exceso pasando los límites

de la prudencia y racional economía. El Espíritu-Santo nos dice que no neguemos esta gracia á los cuerpos, en la que se divisa algun tanto la gloria de la resurreccion, porque aunque los ángeles juntáran entonces las cenizas por divididas que esten, el no dejar maltratar á los cuerpos en la muerte parece que nace y confirma la esperanza de la vida incorruptible é inmortal.

Jesucristo ha muerto despues de ser cruelmente azotado, herido, golpeado y atravesados sus pies y manos con los clavos; despues de una larga agonía de tres horas ha inclinado la cabeza sobre su pecho y ha entregado su espíritu en manos del Eterno Padre! Ha espirado y su hiesto y frio cadáver ha quedado pendiente de la cruz de su suplicio. Sus enemigos se complacen en verle y le injurian y ultrajan. Uno de ellos atraviesa su costado con una lanza, como sino fuera bastante el haberle hecho morir que llevan su saña hasta mas allá de la muerte y se ensangrientan en su cadáver. ¿Quedaré sin sepultura y olvidado de todos el que es dueño y Señor de todo y no ha hecho sino bien en todas partes? María Santísima que le acompaña constantemente al lado de la cruz ¿no tendrá el consuelo de hallar entre tantos discípulos y favorecidos de su Hijo, uno siquiera que venga á desclavarle y ponerle en sus brazos para que ella le sepulte aunque sea tan pobre y tan desnudo como le tuvo cuando nació en el portal de Belén? Durante su vida ha sufrido Jesus afrentas y deshonras, ha permitido que le hieran y maltraten manos infames y viles; pero despues de su muerte no permite que lleguen á él sino manos nobles; para darnos á entender que suframos en vida y ate-

soremos la honra para despues de la muerte. Despues de hora nona, cuando iba á concluirse el día José de Arimathea ciudadano rico, noble y decurion en Jerusalem, que era discípulo de Jesus aunque oculto por el miedo de los judios, se llegó con atrevimiento y resolucion á Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesus. Pilatos, á quien debiera extrañar que Jesus hubiese salido con vida del pretorio, y mucho mas el que hubiese llegado al Calvario, se admiró de que ya hubiera muerto, y llamando al Centurion, informado de que Jesus estaba difunto mandó que se entregase el cadáver á José. Acompañado José del piadoso Nicodemus tomaron unas cien libras de *aloes* que es una especie de ungüento que tiene virtud para preservar á los cuerpos de la corrupcion y una sábana de lino precioso que llamaban *sindon*. Observemos, hermanos mios, que desde la muerte comienzan las honras del justo, así como entonces empieza el descrédito y deshonra del pecador. Los Césares, los Alejandro y muchos grandes y poderosos del mundo gozaron de los honores y respetos de los hombres durante su vida; pero con ella se acabaron y en su sepulcro comenzó, sino su deshonra, por lo menos su olvido. *Quorum non est memor amplius*. El sepulcro del justo es glorioso, cuando el Señor envia á sus escogidos el sueño de la muerte los admite á la participacion de su herencia. *Cum dederit dilectis somnum, ecce hæreditas Domini*.

Llegó José y Nicodemus al lugar del suplicio de Jesus. ¡Angustiada María! Justo es que se acabe el padecer y que se empiecen los consuelos; que cesen los desprecios y malos tratamientos y empiecen los obsequios. No os turbeis ni se

allija vuestro corazon. No vienen hácia vos dos varones justos á insultar á vuestro santísimo Hijo ó á ejecutar alguna nueva crueldad en su cadáver sagrado: son discípulos de Jesus á quienes su muerte ha dado una fortaleza y aliento para arriesgarlo todo en defensa del que antes solo creian y confesaban en oculto. Han tenido valor para pedir el cuerpo de Jesus á Pilatos, han tomado los lienzos y los aromas y se acercan á Vos á pedirnos licencia para bajarle de la cruz y darle sepultura.

Unámonos hermanos míos á estos dichosos discípulos, vamos con ellos á consolar á María Santísima y á las mujeres piadosas que la acompañan, sin temor al mundo, ni á los enemigos de Jesus: no consintamos como verdaderos discípulos suyos que quede sin sepultura y sean sus carnes pasto de las aves. Pero entendamos que Jesus no quiere ser sepultado sino por manos de justos, por discípulos que le amen y no teman la indignacion de las potestades de la tierra ni se detengan en obrar por los respetos del mundo, por discípulos que vengan prevenidos con los lienzos de la verdadera doctrina y las ligaduras de la pureza y castidad, con los aromas y bálsamos de las virtudes y buenas obras. Discípulos cobardes, discípulos llenos de impureza y corrupcion, no son á propósito para dar sepultura ni tocar al cuerpo del Santo de los santos unido á la divinidad. La madre de toda pureza los rechazará y no consentirá que pongan sus manos inmundas en el Cordero sin mancha.

Es preciso que le sepultemos con los aromas deliciosos de la verdadera virtud y devocion y tenemos necesidad de sepultar antes nuestras culpas destruyéndolas con el dolor

y las lágrimas y sepultándolas en el tribunal de la penitencia. Tenemos necesidad de proveernos de las virtudes y ser humildes, castos, pacíficos, caritativos, justos, prudentes sin que exalemos el olor pestilencial del vicio, sin que haya en nosotros dolo ni injusticia, impiedad ni mentira, hipocresía ni vanidad. Deseosos de ser gratos al Señor y de que acepte nuestros obsequios, preparándonos con la pureza de conciencia para poder ser dignos de acompañar á María Santísima, vamos á bajar de la cruz, á quitar del patíbulo de los infames y malhechores á ese divino Jesús que se complacerá en que le sepultemos y honremos como á nuestro amigo, nuestro hermano, nuestro Maestro y nuestro Dios.

Ministros del Señor postraos ante esa divina imagen de María Santísima triste y aflijida, pedidla su permiso y ofrecidla el consuelo de bajar de la cruz el cuerpo de su Santísimo Hijo. Acercaos á ese divino Señor. Lleguemos hermanos míos, al árbol de la cruz, pero contemplemos antes quien es el que está crucificado en ella; reparemos el estado en que se halla; las heridas que tiene en todo su cuerpo; lo desconcertado de todos sus miembros, y que todos sus tormentos y su muerte cruel é ignominiosa los ha sufrido por nuestra salud y remedio; para satisfacer y aplacar la ira de Dios justamente irritado por los pecados de los hombres; no pasemos adelante sin contemplar que ha muerto y padecido por nosotros y por librarnos del pecado y abrírnos el cielo, y ofrezcámosle no atormentarle mas con nuestras ofensas, no reproducir sus dolores con nuestros pecados, no pecar mas para no ser reos de su sangre.

Subid sacerdotes del Altísimo y quitad si podeis esa corona de espinas que taladra las sienes del delicado Jesús; esa corona fabricada por la burla y la crueldad; esa corona de tormento y de ignominia. Ved esas agudas y penetrantes espinas con que la fiereza de los soldados del Pretorio ha querido burlarse y castigar al rey de los judíos. Nosotros Señor, os reconocemos por nuestro Rey y os adoramos como a Señor de los cielos y la tierra; y porque quisisteis que vuestra corona no fuera de oro ni plata sino de espinas, os seguiremos por el camino de los trabajos y mortificaciones reservando los gozos para la vida venidera. Con esa corona os desposáis con nuestras almas y no puede ser el que Vos padezcáis y nuestras almas vivan en el placer y pasatiempo. Serian esposas infieles, esposas que no os amasen si no padeciesen cuando Vos padecéis. Detestemos el lujo y esos adornos mandados de la vanidad y del orgullo y el deleite. ¿Por qué? Porque Jesús nuestro Rey, nuestro Maestro y nuestro Dios está desnudo y coronado de espinas. Porque nuestra alma se ha desposado con él, y mil veces le ha ofrecido serle fiel y debe reducirse á tener la misma suerte que su esposo. Depositad esa corona, ¿En donde diré? Es la señal de su triunfo, el trofeo de su victoria, la señal de su reinado, no consentais que se pierda porque es mas estimable y preciosa que todas las coronas de los reyes y emperadores del mundo. Presentadla á su Santísima Madre y decidla: que ella sola es digna de ser la depositaria de la corona del Rey de los cielos y la tierra; que no la haceis el presente de un instrumento de dolor y martirio, sino de triunfo y de gloria: que con esa

corona ha vencido Jesús al pecado y al demonio y ha sido declarado Rey de los ángeles y los hombres: que se convierta en alegría su tristeza, porque ya está redimido el mundo y los hombres todos pueden salvarse si se alistan bajo la bandera y abrazan la ley de un Rey coronado de espinas. No mireis, Señora, el cruelísimo dolor que habrán causado esas agudas saetas en aquella cabeza delicada que criasteis y asististeis con tanto esmero y cariño; mirad que han borrado la maldición que cayó sobre los hombres y que levantadas desde los pies de Adán á la cabeza de vuestro Hijo han aplacado al Eterno Padre y han roto el decreto de condenacion de todos los hombres. En Vos depositamos como en nuestra Reina y Señora la corona de nuestra salvacion y origen de nuestra gloria.

Desclavad esos pies, ministros del Señor, y sin retirar la escalera del árbol de la cruz, sacad los clavos que atraviesan las manos santísimas del que fabricó los cielos y la tierra. Dad soltura á esos pies y esas manos que tanto bien han hecho á los hombres y que los hombres ingratos, ó mas bien, el pecado que ha tomado Jesús sobre sí, ha clavado en el patíbulo de los infames. Ayudad, ángeles santos, ayudad á arrancar del madero de la infamia al Dios fuerte y poderoso, al Dios que vence en las batallas y que no suene el ruido del martillo que taladra el corazón de la angustiada María con el triste recuerdo del furor inhumano con que ha visto crucificar al mejor de los hijos. Sostened el cadáver santo antes de envolverle en la sábana de su mortaja y presentad á María en el entretanto, esos clavos que han clavado en la cruz el decreto de muerte, que han

roto la muralla de division entre Dios y los hombres y han abierto las puertas del cielo á los desterrados hijos de Eva. Aceptadlos Señora como el obsequio que os hacen unos hijos que os reconocen por Madre y saben los dolores con que los adquiristeis en el Calvario; como un obsequio digno de Vos porque estos son los instrumentos del triunfo y las belleras con que se engalanó vuestro Hijo Santísimo, nuestro Esposo y nuestro Rey en el dia de su exaltacion y de la mayor alegría de su alma: estos son los trofeos de su victoria y del triunfo que ha conseguido de sus enemigos.

Pasad ya, venerables sacerdotes, pasad á envolver como José y Nicodemus el cuerpo Santísimo de Jesus y á darle sepultura en un sepulcro nuevo. Pero, deteneos.... ¿Será posible privar á María Santísima de tener por última vez en su regazo al hijo de sus entrañas? Habiendo asistido con una fortaleza admirable al lado de la cruz durante sus tormentos y su muerte ¿ha de quedar sin el consuelo de despedirse del amado de su alma? Su rostro está desfigurado, su cuerpo yerto y denegrido, sus ojos ya no ven la luz y de su boca, no sale ya el aliento de vida, pero es el Hijo de María, María le ama con todas las veras de su corazón y nada esterbará que le abrace y desahogue su pena mezclando sus lágrimas con su sangre al estrecharle entre sus brazos. Pero ¿cuál será la aflicción de esa divina Señora, cómo podrá resistir á la fuerza del dolor, cómo la quedará aliento para vivir si poneis delante de su vista, si depositais en su regazo el desfigurado cadáver de su querido Hijo? ¿Cuál será mayor dolor para Vos, aflijidísima Señora,

apartar de vuestra presencia el cadáver de vuestro Hijo y cerrarle en el sepulcro sin que le volvais á ver, ó ponerle en vuestros brazos para que le deis la última despedida?

Tomad esa corona y esos clavos que han atormentado á Jesus y que ahora están atormentando á Maria, tomadlos venerables sacerdotes del seno de la mejor de las madres y depositadlos al lado del altar para que recordemos los fieles todos los días los tormentos de Jesus y lo caro que ha costado el salvarnos. Acerenos con ese preciosísimo tesoro, con el cadáver del mismo Hijo de Dios que se hizo hombre por nosotros y dad á la mas angustiada Virgen, á esa Reina de los mártires, el consuelo terrible y doloroso de que tenga algunos momentos en sus brazos al amado de su alma.

Este es, Santísima Maria, el instrumento de vuestro martirio. El cadáver de Jesus en vuestro regazo nos explica todo lo acerbo de vuestros dolores con mas claridad y expresion que la espada en las manos de san Pablo, las parrillas en las de san Lorenzo, la rueda al lado de santa Catalina y los instrumentos y suplicios de los santos mártires puestos al lado de sus imágenes. ¿Quién puede explicar la angustia de vuestro corazon al sostener ese yerto cadáver sobre vuestras trémulas rodillas? ¿Qué se ha hecho de aquella hermosura y majestad de su rostro? El amado de vuestra alma ¿no era blanco y escojido entre millares, su vista grave y majestuosa, su voz dulce y apacible y todo él hermoso y amable? Pues ¿cómo está todo desgarrado, su costado abierto, sus mejillas pálidas, sus manos traspasadas, sus rodillas descarnadas con los golpes que ha caído,

sus pies atravesados de los clavos y todo él hecho una llaga desde los pies á la cabeza? ¿Es así como pagan los hombres al que tantos beneficios los ha hecho?

¡Madre afligidisimal esclama san Buenaventura: ¿no era bastante que vuestro Santísimo Hijo fuera sacrificado por nosotros que quisisteis crucificaros con él? ¡O corazon sagrado de María asiento del santo y divino amor! ¿Por qué te has convertido en abismo de dolor? Virgen Santísima, yo busco vuestro corazon y no le hallo y hallo en su lugar un compuesto de hiel, de mirra y ajenjos. Busco á la Madre de Dios y no hallo en María, no hallo ya mas que las espinas, los clavos, la lanza, la esponja, la hiel; no reconozco otra cosa que los oprobios, las llagas, la cruz, porque esto solo es lo que vé en su Hijo y es lo que se ha trasladado á su corazon. ¡O Reina de las Virgenes, ó hermosísima Hija de Sion! ¿Dónde hallaré con quien compararte para dar á conocer tu dolor!

Basta, Señora, no mas atormentaros y aflijiros. Recordad que así convenia para que los hombres nos salvemos; que así estaba dispuesto en los eternos decretos y así lo habian anunciado los profetas. Recordad que los hombres todos hemos quedado en el lugar de vuestro Hijo, que sois nuestra Madre y.... Muchos os afligen y atormentan, muchos crucifican de nuevo á Jesus con sus pecados, nosotros hemos sido tambien del número de los hijos ingratos y rebeldes; pero hoy venimos á consolaros en vuestra afliccion, á llorar y detestar el pecado que tanto estrago hizo en nuestro Salvador y tantos dolores os hace sentir. Recibid el consuelo de nuestro arrepentimiento, el desco de agra-

daros y servirlos, de ser hijos agradecidos y obsequiosos, discípulos fieles y cristianos verdaderos.

Vamos pues, que si María Santísima halla estas buenas disposiciones y estos afectos de hijos verdaderos en nosotros, no se detendrá en entregarnos el cadáver santísimo de su Hijo para que le demos sepultura. Tomadle en vuestros brazos ministros del Señor.... Pero ¿dónde vais? ¿Dónde hallareis sepulcro para enterrar á Jesus? Es el criador de todo; pero no tiene por suyo un palmo de tierra. ¿Y para qué, dice San Agustin (1), para qué era sepultura á quien era estraña la muerte; para qué era túmulo en la tierra á quien tenia su trono en el cielo; para qué era sepultura á quien habia de ocuparla solos tres dias no tanto como sepulcro de muerto, cuanto como cama y descanso de vivo? Jesus necesita un sepulcro prestado. Confúndete vanidad y ambicion humana y conoce en el ejemplo de la pobreza de Jesus que no á la tierra, sino al cielo es donde deben dirigirse nuestros afanes y cuidados; que esos funerales pomposos, esas lachas encendidas, esos pobres vestidos, esa multitud de parientes enlutados, esas músicas estrepitosas, ese crecido número de sacerdotes, esos bustos de alabastro pidiendo el perdón que debieran haber pedido sus dueños, esas capillas edificadas con los bienes mal adquiridos; ese cuerpo difunto rodeado de tanto fausto, de nada vale si el alma está rodeada de demonios, y que lo que interesa es, morir entregando el espíritu en manos del Se-

(1) Serm. 433.

fior y contentarnos para nuestro cuerpo con lo que sea proporcionado á los bienes que el Señor nos dé ó confiar en que no ha de faltarnos la piedad. Jesus necesita un sepulcro prestado: pero el que eligió para tomar nuestra carne el seno de una Virgen purísima, quiere un sepulcro nuevo y limpio, sábanas limpiás, discípulos limpios porque siempre gustó que todas sus cosas fuesen puras. Convenia, dice san Ambrosio (1), que el cuerpo que la virjinidad parió, que la justicia guardó, que los gusanos y la corrupcion no tocaron, el monumento que le guardase fuese limpio y fuese nuevo. Los discípulos se le ofrecen hecho en una piedra en que nadie habia sido enterrado. Ofrecámosle nosotros nuestros corazones limpiándolos y purificándolos antes, proveámonos de los aromas de las buenas obras y virtudes y vamos á unirnos al mas solemne de los funerales que ha presenciado el mundo, á María Santísima y las mujeres piadosas, al apóstol san Juan y los discípulos justos que forman el acompañamiento del entierro de Jesus.

Tended ya, venerables ministros del Señor; tended el cadáver de Jesus y envolviéndole en la sábana depositadle en esa preciosa urna preparada por la piedad y devocion de estos fieles para sepulcro del Señor. ¡Bendiga el Señor de nuevo á la tierra dándola el tesoro preciosísimo de su cuerpo; deje benditos con su sepultura los sepulcros de todos sus fieles hijos, y quite la cautividad de las culpas sepultándolas consigo! Muerto el pecado con la muerte de Jesus,

(1). Serm. 48.

quede enterrado en su sepultura para que los ojos del Eter-
no Padre no vean ya su iniquidad.

Ya está sepultado Jesus, hermanos míos, el que tantos beneficios hizo á los hombres, el que tantos ejemplos de virtud los dió, el que tenia palabras de vida eterna, el que obraba tantos milagros está reducido á un sepulcro ageno que los discípulos le han cedido. ¿Qué haremos al recordar la historia de su vida y de su muerte sino aflijirnos y llorar? ¿Qué haremos entre María Santísima y los ángeles del cielo que acompañan en su funeral á los justos de la tierra sino sentir y derramar lágrimas con abundancia? Dad en-
sanche á vuestro corazón y dejad que corran las lágrimas por vuestras mejillas; pero es preciso que vuestro dolor y sentimiento sea discreto y provechoso y vuestras lágrimas piadosas: que no lloreis como las mujeres de Jerusalem, que consideremos que sentimos y lloramos la muerte y entierro del que es Dios y por consiguiente es la suma bienaventuranza y felicidad y por esta parte no puede ser llorado sin ignorancia: del que es hombre verdadero pero que desde el primer instante que lo fué tuvo gloria en el alma sobre todos los ángeles del cielo, y aunque porque así convino no la gozó en su cuerpo mientras vivió en el mundo, la goza y posee desde el momento de su gloriosa resurreccion, de modo que por lo que toca á Jesus no tiene necesidad de nuestro llanto: pero quiere y es preciso que lloremos para nuestro provecho porque cuanto mas fuere nuestro sentimiento será mayor la parte que nos cabrá de su gloria. Quiere y es preciso que lloremos por nosotros mismos que somos la causa de sus tormentos y su muerte con nuestros

pecados; que lloremos por amor, por gratitud y penetrada nuestro corazon de haberle ofendido y maltratado y con una resolucion de nunca mas pecar. Con estas santas disposiciones vamos, hermanos mios, vamos á celebrar el santo entierro y á conducir en nuestros hombros por las calles el cadáver de Jesus para inflamar á todos en nuestros deseos y sentimientos. No lameptemos á Jesus; lloremos nuestras culpas y levantemos nuestras voces con humildad y contriccion entonando el salmo de la penitencia. *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam.* Tened Señor piedad y compasion de nosotros segun vuestra grande misericordia.

F. L. G.

Como en muchas partes haya la costumbre de celebrar el descendimiento de Jesucristo ejecutando los sacerdotes vestidos de albas y estolas moradas lo que va diciendo el predicador hasta poner la imájen en una urna y llevarla despues en procesion se ha dispuesto este sermón de modo que pueda servir para esta ceremonia y cuidará el predicador de dar tiempo y hacer pausa donde convenga hasta que los sacerdotes hagan lo mismo que va anunciando y pueda hacerse sin precipitacion y con gravedad religiosa

SERMON

DE UN SANTISIMO CRISTO VENERADO CON CUALQUIER
TITULO.

*Jesús crucificado es un motivo de confianza y alegría
para el cristiano.*

Nunc judicium est mundi, nunc Princeps hujus mundi ejicietur foras, et ego si exaltatus fuero á terra omnia traham ad me ipsum. Ha llegado la hora en que se haga justicia sobre quien ha de tener el principado de este mundo: será despojado de él el que ahora le posee, y en siendo yo exaltado en la cruz, todo lo traeré hácia mí. Joann cap. 12. v. 31 et 32.

Si tratára de moveros á lástima y compasión, si viniera á despertar en vosotros los sentimientos de huma-

nidad, si mi objeto en este dia fuera escitar vuestros corazones al dolor, á los suspiros y las lágrimas pudiera justamente valirme de esa venerable imájen de Jesus crucificado y poner á vuestra vista un hombre Dios, el justo, el santo é inocente desconocido, desfigurado, bañado en su sangre, traspasado en sus pies y sus manos, taladrado en su cabeza, herido en todo su cuerpo, pendiente de un infame patíbulo y lleno de dolores y de oprobios. ¿Pero á que fin poner á vuestra consideracion esta misma imájen del mismo Señor para animaros, para daros alientos de vida en esta rejion de la muerte, para desterrar de vosotros la tristeza, la desesperacion, el temor y difundir en vuestros pechos la alegria, el consuelo y una santa y segura confianza? ¿Será capaz de producir estas sensaciones la escena del Calvario y la imájen de un Dios crucificado? ¿Será posible que dé la salud á los demas el que no se salvó á sí mismo?

* Esta es, hermanos míos la victoria desconocida en el mundo. Sí; Jesus crucificado es el objeto mas propio y el fundamento mas sólido para nuestra alegria y confianza. Se ofrece voluntariamente al sacrificio, sube por su libre eleccion á la cruz y desde esta cátedra de los tormentos pronuncia el juicio sobre el dominio del mundo y declara á quien toca el principado sobre los hombres. *Nunc judicatum est mundi*. Jesus desde la cruz redime al mundo, vence al demonio, destierra y quita todo su poder al príncipe de las tinieblas. *Nunc princeps hujus mundi ejicitur foras*. Jesus desde la cruz, por la cruz y en virtud de los méritos que ganó en la cruz, nos adquiere y compra para sí, sibi facit

por nosotros y nos abre las puertas de las mansiones eternas cerradas por el pecado y es declarado solemnemente por nuestro Abogado, nuestro Mediador, nuestro Rey y nuestro Principe. *Et ego si exaltatus fuero à terra omnia traham ad me ipsam.*

Ved, hermanos míos, el aspecto por donde debemos mirar hoy á ese divino Jesus, contemplándole en sus tormentos como á nuestro libertador, como á nuestro protector el mas benéfico que rompe las cadenas pesadas de nuestra dura esclavitud y quita de nuestra débil cerviz el yugo de la mas ignominiosa servidumbre. Consolémonos, pues, alentemos nuestras esperanzas porque no, no somos ya hijos proscritos y de maldicion condenados á un eterno destierro y desamparo; somos si, hijos del Eterno Padre, hermanos de Jesucristo redimidos con su sangre y herederos de su reino.

Esta es la victoria que nos consigue Jesus en la cruz, ya que dá al corazon cristiano los ensanches de la mas santa alegría y le confirma en las mas sólidas y verdaderas esperanzas y consuelos. Jesucristo exaltado en la cruz vence al demonio y todo lo trae para si: *Princeps hujus mundi ejicietur foras.*

Contemplemos en este rato sobre esta verdad pronunciada por el mismo Jesucristo, y para sacar el fruto correspondiente para nuestras almas recurramos al mismo Jesus que es quien dá el querer, el poder y el obrar con buena voluntad. No se pierda, Señor, la semilla de vuestra divina palabra porque la anuncie el mas indigno de vuestros ministros. Prevenid á vuestros devotos con vuestra divina gra-

cia que os pedimos por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Nunc judicium est mundi...

Todos los títulos que tenia el demonio para dominar al mundo fueron anulados y quebrantados en la cruz de Jesus.... Digo que: Jesus crucificado con sus padecimientos deshizo y rompió los derechos que asistian en cierto modo al demonio para gozar la posesion del mundo. Tres son, dice mi angélico doctor santo Tomás, las principales razones porque el espíritu prevaricador ejercia su potestad sobre los hombres antes de la pasion de Jesucristo. La primera se toma de parte del mismo hombre que voluntariamente se dejó vencer y se entregó á su dominio consintiendo en el pecado: la segunda se toma de parte de Dios de quien el hombre se apartó por las ofensas que cometió contra la suprema Majestad, en cuyo castigo la divina justicia abandonó al hombre y le dejó en manos del enemigo á quien él mismo habia buscado; y la tercera de parte del mismo demonio que con su perversa voluntad impedia al hombre por todos los medios posibles el conseguir su perdida salud; pe-

ro todas, dice mi anjélico Maestro, las desbarató Jesucristo exaltado en la cruz.

Espondré con la claridad posible su doctrina. Se dejó vencer voluntariamente el hombre del demonio consintiendo en el pecado, y él mismo por su antojo se sometió á la desventurada esclavitud de un tirano tan cruel, y ató á sus manos y pies tan pesadas cadenas. El miserable jamás hubiera podido salir de ella por sí mismo y debilitándose cada vez mas sus fuerzas hubiera ido de una en otra consintiendo en todas las tentaciones que el demonio le hubiera sujerido, añadiendo cada dia pecados á pecados hasta que con la muerte finalmente hubiese recibido las horribles penas del infierno preparadas como justo castigo de sus crímenes. Pero Jesus crucificado nos libra de tan odiosa esclavitud y nos arrebató de entre las manos de nuestro seductor, porque con su muerte y pasión, dice mi citado doctor, satisface por nuestros pecados, lava con su sangre nuestras manchas, borra nuestras iniquidades, nos adquiere la remisión de todas nuestras culpas, quita el decreto de nuestro exterminio. Jesus desde la cruz aboga por nosotros, habla al Eterno Padre por tantas bocas cuantas son sus heridas y es la propiciación por los pecados de todo el mundo como dice el apóstol: El hombre por su desobediencia se apartó de su Dios, pues Jesus se hizo humilde y manso de corazón, obediente hasta la muerte y muerte de cruz, para rescatarnos, para redimirnos, para lograr traernos á la debida obediencia, para reconciliarnos con Dios indignado contra nosotros.

Habiéndose el hombre apartado de Dios, Dios también

se aparta del hombre y le dejó con desprecio envuelto entre sus enemigos; pero tambien desde la cruz quita Jesucristo este título al demonio para subyugar al mundo porque el Eterno olvida sus injurias, aplaca sus iras y todos nos reconciliamos con Dios por la muerte de su Hijo. *Reconciliati sumus Deo per mortem filii ejus.* Es verdad que Dios pudo muy bien condonar al hombre las ofensas con que le habia injuriado, ó haber elegido otro medio mas suave y menos costoso para redimirle y reconciliarle con él; pero es preciso, y quiere la incomprendibilidad de sus juicios que un Dios hombre derrame toda su sangre y muera en una cruz para restablecer la amistad de Dios con el hombre. Los sacrificios, las oblações, las víctimas, los becerros, los clamores y las súplicas de todos los patriarcas y de todos los justos, ni le agradan, ni son suficientes para aplacar las iras de un Dios infinito atrocemente injuriado por el hombre; esta obra exige mas poder, mas valimiento, solo un Dios ofreciéndose en el ara de la cruz es el holocausto agradable á los divinos ojos, solo un Dios hombre crucificado es la víctima de propiciación, el sacrificio que Dios acepta y con que se aplaca; sola la sangre de un Dios hombre, es el precio del rescate del hombre pecador. El Hijo del Eterno consustancial con el Padre, enjendrado de su sustancia, tan santo, tan bueno, tan poderoso como el Padre y en todo igual con el Padre padece muerte y muerte de cruz para salvar al hombre, para que entiendas tú miserable, quien es el Dios á quien ofendes, viendo que solo se aplaca y recibe su satisfaccion de un Dios que padece y que muere: para que entiendas lo que es el pe-

cado, ese pecado que cometes con tanta frecuencia y con tanto desprecio, ese pecado que obras con risa y con escándalo, viendo que solo se satisface por él con los tormentos, con la pasión y con la muerte de Hijo unigénito de Dios: viendo que Dios no perdonó á su mismo Hijo que tomó sobre sí nuestros pecados para satisfacer por ellos, sino que le entregó por nosotros hasta derramar toda su sangre; para que entiendas lo que es la salvación que tanto desprecias, de que tanto te olvidas y tan poco consideras, viendo que ella sola costó la vida á un Dios y por ella un hombre Dios no juzgó que daba demasiado ni que era prodigo en sacrificarse á sí mismo. Sí: con este sacrificio de un Dios hombre, olvido el Eterno sus venganzas, nos franquea la entrada en el cielo, nos admite á su amistad, nos reconcilia con él, y los que éramos sus enemigos y estábamos abandonados al poder de Satanás, somos sus hijos, sus herederos y la porción mas escogida de su cariño.

Con este sacrificio tambien, burló Jesus crucificado las astucias del demonio con que impedía el recobro de nuestra salud. Por qué nos quitó nuestra ignorancia, ilustró nuestro entendimiento, rectificó nuestra voluntad y en donde abundó el delito, superabundó la gracia como dice el apóstol. Del árbol de la cruz corren con la sangre del contero los auxilios, los dones y las gracias necesarias para todos los hombres, la justicia y rectitud para los superiores y magistrados, el respeto y la obediencia para los súbditos, la misericordia y moderación para los grandes y los ricos, la paciencia y la humildad para los perseguidos y los pobres, la fortaleza para los mártires, la santidad para los confeso-

res, la pureza para las vírgenes y para todos los siete sacramentos que son las medicinas seguras é infalibles de todas nuestras enfermedades, el alimento que fortifica todas nuestras flaquezas, la luz que destierra todas nuestras tinieblas. ¡O culpa feliz que ha merecido tal Redentor!

Pero detengamos nuestra consideracion, hijos míos, y contemplemos que no hemos sido redimidos de valde, que tantos bienes no se nos han vendido sino muy caro, que el sacarnos de la esclavitud le costó al mismo Hijo de Dios inmensos trabajos, escarnios, tormentos, persecuciones, muerte, contemplemos y conozcamos que si aun vivimos en la esclavitud del pecado, si somos siervos de Satanás, no es ya porque el demonio tenga poder sobre nosotros, sino porque nosotros mismos renunciando á la libertad de hijos, despreciando la sangre y la cruz de Jesus olvidándonos del sumo precio de nuestro rescate, abandonando y apartándonos con necia temeridad de los auxilios y las gracias de Jesus, queremos voluntariamente ser esclavos del demonio y alistarnos en sus banderos. Esta es la locura de la mayor parte de los hombres. Antes de la muerte de Jesucristo no hubieran podido librarse fácilmente del demonio y luego que Jesucristo los mereció con su muerte la libertad, los reconcilió con su Dios y se hizo su príncipe, *nollumus hum regnare super nos*, esclaman con ingratitud y con despecho, no queremos ser de Jesucristo, queremos obedecer, servir y que sea nuestro príncipe el demonio. ¡Qué rebelion tan indigna y tan temeraria, qué rebelion tan digna de nuestras lágrimas y de nuestra abominacion, pero qué rebelion tan general y que acaso la ha-

llaremos dentro de nosotros mismos. Apliquémonos á destruirle, desterremosla de nosotros, busquemos nuestras fuerzas en el árbol de esa cruz, que en ella están los remedios mas seguros y eficaces, remedios con que Dios nos convida, remedios que podemos aplicarnos cuando queramos, que no nos podrá impedir Satanás porque en esa cruz le venció ya Jesucristo y quitó el principado del mundo; *nunc princeps hujus mundi ejicietur foras*. Y á todos nos trajo para sí. *Et ego si exaltatus fuero á terra omnia traham ad me ipsum*.

Rescatados por la cruz de Jesus del poder del demonio y despojado este del principado del mundo, es consiguiente que todos pertenecemos á Jesucristo y que ya él es nuestro Príncipe porque desde la cruz á todos nos compró con su sangre: por eso dijo el mismo Jesus que en siendo él exaltado de la tierra todo ó á todos los hombres los traería para sí. *Et ego si exaltatus fuero á terra omnia traham ad me ipsum*. A cada uno trae el Señor segun su naturaleza y siendo el hombre libre no le trae por violencia ni por fuerza sino libremente. Aunque pueden ser muchos los modos de traer proporcionados á la humana libertad, podemos reducirlos principalmente á tres; á fuerza de persuasiones, á fuerza de beneficios y á fuerza de simpatía, y de todos estos se valió Jesucristo en la cruz para traernos á sí. De las persuasiones, porque á la predicacion con que antes habia enamorado al pueblo, de manera que muchos no sabian apartarse de él por oír sus dulces palabras, añadió su ejemplo muriendo desnudo en la cruz levantado entre dos ladrones, pero con tanta humildad, con tanta paciencia y sosiego, con

tanta resignacion que enamoró hasta á sus mismos enemigos y verdugos. Murió en una cruz, pero pidiendo á su Padre por los mismos que le crucificaban, los que no pudiendo resistirse á estos poderosos atractivos bajaron del Calvario llenos de dolor y compuncion hiriendo sus pechos y llorando su pecado.

De los beneficios, porque aunque toda su vida la empleó en hacer bien á los hombres, en enseñarlos el camino recto con sus palabras de vida eterna, en escitarlos á seguirle con sus milagros, en la cruz los dispensó el beneficio mas grande que podian prometerse, el beneficio de su redencion. En ella lavó y borró todas sus culpas, quebrantó la cabeza del Dragon infernal, abrió de par en par las puertas de la gloria y á todos los preparó un lugar en el reino de su Padre.

Se valió de la simpatía porque en la cruz se dió á conocer por verdadero Dios y verdadero Hombre padeciendo la muerte como hombre y triunfando de ella como Dios. En cuanto Hombre trajo á los hombres á sí con aquella simpatía que proviene de la semejanza siendo muy natural interesarnos por un hombre que padece, que padere inocente y aun mas, que padece por nosotros y lo que nosotros debiamos de padecer. En cuanto Dios los trajo á sí con otra mas fuerte y poderosa semejante á aquella que lleva las cosas á su centro, porque no teniendo los corazones de los hombres otro centro sino solo Dios, ¿cómo es posible que le conozcan y que no se vayan con impetu hacia él? De todo se valió Jesucristo en la cruz estendiendo sus brazos para recibir desde ella al judío y al gentil, al

fariseo y al publicano, al sacerdote y al lego, al grande y pequeño, á todos los hombres. *Et ego si exaltatus fuero á terra omnia traham uel me ipsum.*

¿Pero cómo pudo Jesucristo gloriarse con tanta franqueza de que habia de traer á sí á todos los hombres cuando tantos lo repugnan por su voluntad y no quieren ser suyos? Todos los hombres pueden considerarse en dos clases, buenos ó malos, entre estos no se dá medio alguno, y á unos y á otros los trajo Jesucristo en la cruz para sí; á los buenos porque por su muerte los hizo sus amigos, sus hermanos, participantes de su bondad, de su justicia y de su gloria: á los malos porque por su muerte se constituyó su Juez y los ha de tener rendidos y sujetos á sí en el día del juicio cuando vendrán temblando de miedo á sus pies, no como amigos sino como reos y delincuentes arrastrados por horribles verdugos: todos, dice san Pablo, hemos de ser presentados ante el tribunal de Cristo. Es verdad que siendo esto así, á unos habia de traer por amor y á otros por fuerza. ¡Ah! ¡qué diferentes modos de traer! Entra ahora un poco dentro de tí mismo, hermano mio, y considera si te conviene vivir apartado y lejos de Jesucristo. A sus pies has de venir á parar algun día ó por amor, ó por fuerza; ó como amigo y secuaz, ó como enemigo y culpado; ó como justo ó inocente para recibir el premio, ó como delinciente y reo para recibir el castigo. ¿Quieres mas que te lleven arrastrando, que irta tú desde ahora por amor y devoción?

Nuestra felicidad ó desgracia, hermanos míos, pende de nosotros; hemos visto que Jesus desde la cruz nos sacó del

poder del demonio, porque nos libertó del cautiverio del pecado, nos reconcilió con Dios, nos dió á conocer las astucias de la serpiente infernal que nos seducia y la arrojó con su muerte de este mundo. *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras*: hemos visto que Jesus desde la cruz nos trajo á todos para sí porque empleó en nuestro bien sus persuasiones, sus ejemplos, sus beneficios, su amor paternal que arrebató nuestro corazón para el suyo como para su centro: *Etego si exaltatus fuero a terra omnia traham ad me ipsum*. Le vemos en esa cruz que está con los brazos abiertos para recibirnos, ¿qué le queda que hacer por nosotros? Está en el cielo y se interesa en nuestro favor. *Qui etiam interpellat pro nobis*. Si somos desgraciados, si somos pecadores, si somos esclavos de Satanás, es porque queremos. En Jesus crucificado está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección como dice el apóstol. Alentémonos que aun estamos en el tiempo de las misericordias, consolémonos acogiéndonos á ese divino Jesus y poniendo en él toda nuestra confianza. En él hallaremos el perdón y la indulgencia, hallaremos un amigo, un bienhechor, un hermano, un padre que se sacrifica por el bien de sus hijos, un Dios que bajó del cielo á la tierra no para buscar justos sino pecadores: con su cruz nos ha comprado el perdón y nos ha traído para sí.

¡Ab Jesus amoroso! Es verdad que con la mas odiada ingratitud hemos despreciado vuestros favores, nos hemos apartado de vos, pero sabemos que sois Padre de misericordias, sabemos que hay tambien recompensa para las lágrimas, sabemos que teneis complacencia en perdonar, per-

donaste á David, perdonaste á la Magdalena, perdonaste á Pedro; tus triunfos y victorias son estas. Pecadores fueron nuestros padres, esperaron en tí y no fueron confundidos.

Cuando en el año de..... en que devoraba la peste, guerra etc. cuando todos estaban poseidos de temor, esperando la pérdida de todas sus haciendas, su libertad y su vida se acojieron á este santo templo y llenos de devoción y de fé con los corazones partidos de dolor y los ojos bañados en lágrimas enarbolaron esa santa Imájen, la hicieron regativas públicas y solemnes, la sacaron en procesion por las calles entre llantos y suspiros y recibieron el fruto de su piedad. Clamaron á Vos y fueron consolados (1).

¡Señor! Hijos y descendientes de aquellos son estos devotos que agradecidos á vuestros favores continúan todos los años tributándoos estos humildes cultos. Recibidlos con agrado y continuad dispensándolos vuestros beneficios, sed como habeis sido el protector especial de esta parroquia, el alivio de los enfermos, el socorro de los necesitados, el amparo y refugio de todos. Ahora que son mayores nuestras necesidades, nos son mas necesarios vuestros auxilios. No

(1) Este párrafo podrá suprimirse sino viniése al caso, ó en su lugar hacer referencia de algun suceso milagroso de la Imájen que se celebre en tiempo, ya fuese de hambre, guerra, sequia, avenida de rios, incendios etc. conformándose con la historia particular y motivo de la veneracion y culto especial de la Imájen de que hay muchísimos ejemplares y sucesos.

dulce Jesus, no suspiramos tanto por los bienes del cuerpo como por los del alma, supuesto que todos somos vuestros que á todos nos trajisteis á Vos desde la cruz; haced que todos vengamos á Vos por amor, por agradecimiento, por inclinacion, haced que todos procuremos vuestro culto, vuestro honor y la exaltacion y triunfo de vuestra santa religion; haced que todos nos perdonemos mutuamente nuestras injurias, que se acaben los resentimientos y que habite en nosotros la paz, la paz santa. No la paz con los vicios, con la mala conciencia, con el mundo y el demonio, sino aquella paz hija de la virtud y el buen obrar que nos compramis con vuestros dolores. Traednos á Vos con los lazos del amor y de la gracia; y supuesto, hermanos míos, que ha de llegar un dia en que todos nos hemos de presentar en su tribunal para darle cuenta de nuestras obras, pongámonos desde hoy bajo su proteccion arrojando en ese dulce Jesus todas nuestras esperanzas; en él hallaremos el consuelo, el perdon, las lágrimas y las gracias que nos merezcan su sentencia de bendiccion: Venid benditos de mi Padre á poseer el reino que os tengo preparado desde el origen del mundo.

F. L. G.

SERMON

DE LAS CINCO LLAGAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

En las Llagas de Jesus tenemos nuestro consuelo y nuestro refugio.

Venit Jesus, et stetit in medio et dixit eis: Pax vobis. Et cum hoc dixisset, ostendit eis manus et latus. Jesus se presentó en medio de sus discípulos y los dijo: La paz sea con vosotros. Y habiéndolos dicho esto los manifestó sus manos y costado. Joann e. 20. v. 19 y 20.

Cuando nuestro divino Salvador Jesucristo se presentó en medio de sus discípulos despues de resucitado y los saludó con las palabras llenas de consuelo: *Pax vobis*. La paz sea con vosotros, los manifestó en seguida las llagas de sus manos, sus pies y su costado; no solo para que no

dudasen que era él mismo el que habia sido crucificado, sino tambien para que no dudasen que era sólida y verdadera la paz que los anunciaba comprada con sus llagas. Ved mis manos, mis pies, y mi costado traspasado para procuraros la paz que os anuncio: estas son las prendas que os doy de la verdad de mis palabras. La paz que os anuncio y que os llena de alegría la debeis á estas llagas que os manifestó; porque la justicia y la paz que estaban tan distantes y opuestas entre sí, se acercaron y unieron con estas llagas y se dieron un ósculo en señal de su eterna alianza. Estas llagas han satisfecho á la divina justicia y os dejan la paz y la misericordia. *Pax vobis.* No quiero decir que os deseo todos los bienes contenidos en la paz, que es el mayor de todos, sino que os anuncio y os doy esta paz de que podeis gozar, como que ya está sancionada y establecida entre Dios y los hombres y firmada y sellada con mis llagas. *Et cum hoc dixisset ostendit eis manus et latus.*

Las llagas recibidas por Jesucristo y que fueron la causa de los dolores del hombre Dios nos adquirieron la paz; y las mismas llagas gloriosas conservadas y manifestadas por Jesucristo á los hombres nos exortan á la paz. No quiso borrarlas á pesar de haber resucitado lleno de gloria y majestad y quiso llevarlas al cielo para manifestar al Eterno Padre el precio de nuestra libertad y redencion. En el cielo claman para nosotros, no la justicia y venganza en la sangre de Abel contra el fraticida, sino la misericordia y la gracia y podemos mirarlás como las fuentes y conductos de todos los bienes que recibimos del Señor.

Sean dadas gracias sin fin á Jesucristo Señor nuestro

que por nuestra causa quiso recibir unas llagas tan dolorosas; conservarlas como un monumento eterno de lo que obró y padeció por nosotros, y manifestárnoslas para alentarnos y darnos con ellas la paz y la alegría de nuestras almas. Correspondamos al amor de Jesucristo que se dejó herir y traspasar por nuestro remedio. En todas nuestras angustias, aflicciones y necesidades miremos á los pies, las manos y el costado de Jesucristo para que saquemos de estas sagradas fuentes de salud la paz, la tranquilidad interior y la alegría de nuestro espíritu. Jesucristo nos las manifiesta y nos convida á que permanezcamos en ellas. Hagámonos aquí tres tabernáculos como contempla y aconseja san Buenaventura. El primero en las llagas de los sacratísimos pies y meditemos todos los dolores que sufrió y los pasos que dió por nosotros para que aprendamos á enderezar los nuestros por el camino del cielo. Otro en las llagas de sus manos y traigamos en él á nuestra memoria todas nuestras obras para ver y confundirnos con lo poco que hemos hecho por Jesucristo después de tanto como Jesucristo obró por nosotros. Y el tercero en la llaga de su costado y permanezcamos incesantemente en él contemplando el amor inmenso, la caridad inesplicable de Jesucristo ofreciéndose á sí mismo, sufriendo y padeciendo tanto como sufrió para redimirnos. Busquemos en los pies traspasados de Jesús el perdón de nuestras culpas. En las llagas de sus manos la gracia para ejercitarnos en buenas obras; y en su costado abierto procuremos transformarnos en él, conformando con la suya nuestra voluntad y haciéndonos unas criaturas según el corazón de Dios.

Contemplemos las llagas sacratísimas de Jesús, bien sea como cruentas y dolorosas según que las recibió y padeció en la cruz, ó bien como gloriosas según que las sacó del sepulcro después de resucitado y las conserva en el cielo. Como sangrientas y dolorosas nos obraron y merecieron la redención. Como gloriosas y triunfantes interceden por nosotros en el cielo y nos alcanzan las gracias y auxilios necesarios. Contemplemos y seamos devotos de las llagas santísimas de Jesús, porque en ellas tenemos nuestro consuelo y nuestro refugio.

Así deseo manifestároslo para escitaros á ser devotos del divino Jesús herido y traspasado por nosotros; para que no decaigais del espíritu y fervor con que venerais sus santísimas llagas, y para que busqueis en ellas la paz de vuestras almas. A vuestras llagas, Señor, tenemos que recurrir para lograr por su medio las gracias necesarias; y porque quisisteis que fuese nuestra Mediadora y abogada vuestra Santísima Madre recurrimos á su intercesión y la saludamos con el ángel.

AVE MARIA.

Venit Jesus et stetit...

Seamos justos ó pecadores; sea el que fuere el estado de nuestra conciencia ¿podremos dudar de la divina misericordia? ¿Nos atrevremos á dudar que la sangre que con

tanta abundancia ha corrido de las llagas santísimas de Jesús, ha corrido para salud y remedio de todos los hombres? ¿Qué las gracias y sacramentos que de ellas emanan tienen virtud para borrar las manchas de todas nuestras iniquidades y que en ellas tenemos el lugar de asilo y fortaleza contra nuestros enemigos? Jesucristo nos ha escrito en sus manos; los clavos y la lanza son los instrumentos con que han sido señalados nuestros nombres: en sus llagas nos hallaremos escritos si las miramos con los ojos de la fé. Y si Jesucristo nos tiene impresos en sus llagas ¿qué no podemos inferir en nuestro favor? Primero se olvidará una madre de su hijo único y objeto de todas sus delicias que se olvide de nosotros nuestro amable Salvador. Primero se acabará en su corazón la caridad que el dejar de mirar por nuestra eterna salud. Primero se olvidará de su gloria que del cuidado de nuestra alma. Mientras vea las gloriosas señales de las llagas que recibió por redimirnos siempre se acordará de nosotros. Y ¿podrá pensar en nosotros sin hacer cuanto está de su parte para evitar nuestra ruina? El que despues de grandes expensas y trabajos ha adquirido algun bien ¿podrá mirar con indiferencia y con ojos serenos que se pierda? Pues ¿cómo podremos creer dice san Agustín, que la sabiduria encarnada sufra lo que no podría sufrir el hombre y que vea perderse el precio grande que pagó por nosotros sin hacer los esfuerzos para contenernos y recobrarnos?

Es verdad que nosotros con nuestra ingratitud y desprecio, con nuestras repetidas culpas y pecados damos sobrados motivos á la divina justicia para que nos mire como víctimas destinadas á las venganzas eternas de un

Dios ultrajado. Pero Jesús es demasiado celoso del bien de nuestras almas. Le hemos costado mucho, siente que se le pierda una sola alma, que los pecadores hagan inútil la sangre con que los redimió y nada deja de hacer para que los sea provechosa y vengan sobre ellos los efectos de la divina misericordia. Padre mío, podemos contemplar que dice incesantemente nuestro amabilísimo Jesús en el cielo: verdad es que todos vuestros caminos están llenos de justicia y de misericordia, pero ¿no habeis prometido que abundaria y resplandecería mucho mas vuestra misericordia si yo satisfacía á vuestra justicia? He consumado la obra, he hecho todo cuanto me habeis ordenado; cumplid ahora vuestras promesas. Yo me he sometido á todos los rigores de vuestra justicia y sobre mí ha recaído la pena y el castigo del pecado; hé aquí las llagas que jamás se borrarán y serán unos testimonios eternos; derramad sobre los hombres las riquezas de vuestras misericordias. Así lo habeis ofrecido y estas llagas son unos monumentos fieles que sin cesar os recuerdan vuestras promesas. Así intercede Jesucristo por nosotros delante de su Eterno Padre. ¿Qué desconfianza no se disipará con una intercesion tan poderosa? Bien podemos desconfiarlo todo de nosotros mismos, pero atendiendo á que tenemos á Jesús por nuestro abogado en el cielo: mirando á las llagas que recibió y que conserva para pedir por nosotros, sin embargo de ser unas criaturas despreciables que tantas veces hemos irritado á la divina justicia y que tanto deberíamos temer, tenemos sobrados motivos para confiar y acercarnos al trono de la gracia seguros de alcanzar misericordia.

¿Sentimos y hallamos que está nuestra conciencia llena de delitos y que mas bien que á esperar la divina misericordia debemos inclinarnos á temer su rigurosa justicia? Pues hagamos lo que nos aconseja el profeta Isaías (1). *Ingre- dere in petram*. Entremos y escondámonos en la piedra. La piedra es Jesucristo. Entremos y escondámonos en la profundidad de la llaga de su costado y estaremos seguros. Grandes pecados he cometido y mi conciencia me arguye de muchos delitos, dice san Agustín, pero no desconfío, los clavos y la lanza claman á favor mío y me dicen que si no á Jesús estoy reconciliado con él. ¿Queremos inclinar á nuestro favor la divina misericordia? Pues llevemos en nuestro corazón las llagas de Jesucristo y ofrezcámonos al Eterno Padre rociados con su sangre. No puede negarse Dios, dice san Buenaventura, al que está marcado con la sangre de su Hijo. Jesús retiene sus llagas para prepararnos en ellas una mansion y para que habitemos en los agujeros de sus pies y manos y en la caverna de su costado. ¡Hermanos míos! ¡Qué agradable, deliciosa y segura es esta mansion! Es firme y seguro el descanso que se tiene en las llagas del divino Salvador, dice san Agustín. En ellas habito con toda confianza y sin temor alguno. En las llagas de Jesús habitamos y descansamos espiritualmente cuando nuestro entendimiento se ocupa con devoción en meditar y pensar con frecuencia en los tormentos de Jesús y el poderoso valimiento de sus méritos é interce-

(1) Cap. 2.

sion; cuando nuestra voluntad se ocupa en actos de amor y de gozo, de gratitud y reconocimiento al que tanto sufrió por nosotros y tanto se interesa en nuestro bien; y cuando nuestra memoria se recrea en tener presentes las llagas de Jesus y siente el apartar de ellas su consideracion. El alma dichosa que así habita en las llagas de Jesus, el alma cuya vida se esconde en las llagas de Jesus no solo halla seguridad y descanso sino que encuentra en esta mansion tanta suavidad, unas delicias tan inexplicables, que pierde el gusto de todos los placeres terrenos, ningún trabajo la inquieta ni molesta porque goza de una tranquilidad inalterable; ninguna amargura ni afliccion la turba porque todas las disminuye y convierte en dulzuras la contemplacion de las santísimas llagas con que se alimenta. Es tanto el consuelo interior y los afectos divinos de que se llena el alma fiel considerando las llagas de Jesus, que no siente las mortificaciones exteriores y halla placer en los mismos dolores y tormentos. A la manera que un soldado no siente sus heridas cuando vé las del capitán que le manda, así dice san Bernardo, el cristiano que mira á las llagas de Jesus queda sin valor para quejarse de sus tormentos. ¿De dónde, dice este santo, de donde la indolencia de tantos mártires, la alegría y complacencia que manifestaban cuando eran atormentados? De que su alma estaba absorta en la contemplacion de las llagas de Jesucristo. Vereis á un mártir saltar de gozo mientras le estan despedazando su cuerpo, y que mira con alegría la sangre que la hacen derramar los gárfos y las uñas de hierro. ¿En dónde está entonces el alma de este mártir? En las

llagas de Jesús: No es extraño que no sienta los dolores de su cuerpo, no porque haya perdido la sensibilidad sino porque el amor ocupa toda su alma y hace una impresión mas fuerte que los mas crueles tormentos.

El que logra que su alma descansa en las llagas de Jesús consigue gozar del paraíso en la misma tierra, porque si la bienaventuranza del cielo consiste en gozar de Dios, la de la tierra consiste en parecer por Dios, en tener una paciencia semejante á la de Jesús, y esta se halla entrando con la consideración en sus llagas y hallando en ellas el tesoro inestimable de las luces divinas, el fervor de la piedad, la paciencia en las aflicciones propias, la compasión de las miserias ajenas, la humildad de corazón y todas las virtudes que abren la puerta de la gloria.

Si el pecador halla el perdón, la gracia y la misericordia en las llagas de Jesús; si en ellas halla seguridad y son las ciudades destinadas para su refugio; si el justo halla tantos consuelos, tantas ilustraciones, tanta fortaleza y tantas virtudes; si para todos son el fuerte en que deben entrar para defenderse de sus enemigos, para vencerlos y derrotarlos. Si son como la consumación y complemento de los tormentos y trabajos de Jesús y las que han obrado nuestra redención y nos han merecido las gracias necesarias para poder salvarnos. Si en el cielo habla Jesucristo por ellas y las presenta á su Eterno Padre para que suspenda los castigos de su justicia; si por ellas se nos otorgan las gracias y aplican los méritos de Jesucristo. Si en ellas podemos hallar la paz y las consolaciones que nos hagan despreciar los placeres y los tormentos de la tierra y que nos transporten

anticipadamente al cielo, diremos con razon que he dicho muy poco cuando he asegurado y propuesto manifestar que en las llagas de Jesus tenemos nuestro consuelo y nuestro refugio.

Huid pues hermanos mios, os diré con el profeta Jeremias (1), huid y abandonad la ciudad y habitad en la piedra. *Relinquitte civitates et habitate in petra*. Buscad con tiempo un asilo y refugio en donde no perezcais envueltos en el incendio con que han de ser abrasadas vuestras ciudades. Acojeos á la piedra que es Jesucristo. Huid del tumulto del mundo, de sus diversiones y pasatiempos, no deis lugar á que los peligros os arrastren y envuelvan en su ruina, está sobre él la venganza que sin cesar provoca del Dios de justicia, huid y acojeos al refugio seguro, á esconderos en las llagas de Jesucristo.

Esta es la puerta del Señor; vamos y pongamos nuestra habitacion en el corazon adorable de nuestro divino Salvador. La abertura que hizo la lanza en su costado es la puerta estrecha por la que tenemos necesidad de entrar si queremos conseguir la gloria. Es la entrada para el asilo en que salvemos nuestras almas y vivamos con tranquilidad y con alegria, en que hallemos una completa seguridad contra las asechanzas del demonio, las tentaciones y peligros del mundo y contra las venganzas y castigos del mismo Dios. Entremos en este dichoso asilo, ¿pero no temeremos ser rechazados de este santuario de todas las virtudes? ¿Cómo se

(1) Cap. 45.

nos ha de permitir la entrada en un corazón tan puro estando llenos de impureza? ¿En un corazón tan humilde estando llenos de soberbia? ¿En un corazón tan suave y pacífico, estando llenos de ira? ¿En un corazón inflamado todo en el amor de Dios estando tan apegados y llenos del afecto de las cosas de la tierra? *Justi intrabunt in eam.* Solamente las almas justas son las que pueden entrar y habitar en este divino corazón, en este santuario de la divinidad. Puesto que nos es necesario entrar en él, detestemos y lloremos el miserable estado en que nos hallamos, dejemos la carga pesada de nuestros vicios y acerquémonos, entremos en este santísimo corazón que nos abre y franquee el amor y caridad grande de nuestro Señor Jesucristo; no nos neguemos por mas tiempo á habitar en él. El fuego que allí arde consumirá todas las manchas de nuestras culpas, los purificará y hará gratos á Dios, nos alentará en el camino de la virtud. Allí estaremos tranquilos, seguros y llenos de la santa alegría.

Cuando se acerque el fin de nuestra vida y nos faltén pocos momentos para presentarnos en el tribunal de Dios se presentarán á nuestros ojos las puertas de la eternidad; el sacerdote que nos asista nos pondrá delante la imájen de Jesús crucificado y nos dirá: mira hermano el costado abierto de Jesús, aquí debes colocar tu alma para que llegue segura á las manos de su Criador. Entonces querremos recoger nuestras fuerzas, volveremos nuestros ojos turbados y moribundos á Jesús, y suspirando hácia el costado abierto querremos traspasar nuestro espíritu á su corazón. Pero, hermanos míos, si mientras hemos vivido no hemos entra-

do jamás en él, si hemos estado entregados á la vida del mundo y no hemos cuidado de acojernos al corazón de Jesús y aplicarnos la virtud de sus santísimas llagas, en vano trataremos de entrar entonces. ¿Cuánto nos podrá decir y echar en cara el Hijo de Dios que empieza á ser, no nuestro intercesor y abogado sino nuestro Juez? Estas son, nos dirá como reflexiona san Agustín, estas son llagas que vosotros habeis abierto, este es el costado que habeis traspasado. Si vuestras maldades abrieron mis manos mis pies y mi corazón yo deseaba que entráseis por mis llagas para que halláseis en ellas vuestra medicina; pero no quisisteis hacerlo por entregaros á los vicios; pues entended que este corazón y estas manos se os cerrarán para siempre y sino entráis por ellas no podeis llegar con los justos á la gloria.

Evitemos con tiempo las venganzas del Señor y desarmemos su ira. Entremos con tiempo por las llagas de Jesús, habitemos espiritualmente en ellas, no sean para nosotros la señal de una guerra eterna y un manantial de suplicios y tormentos, cuidemos lograr que sean las señales de paz, las fuentes de gracias y beneficios y el lugar seguro de nuestro descanso. De nosotros depende el que empecemos á experimentar los consuelos de que llenan á las almas justas en esta vida y despues recibamos los premios y felicidad de la gloria. Amen.

SERMON

DE LA IMITACION DE JESUCRISTO.

Veamos lo que fué Jesucristo para saber lo que exige de nosotros.

Qui mihi ministrat, me sequatur. El que hace profeseion de ser mi siervo y discípulo, es preciso que imite mi ejemplo. Joann cap. 12.

¿Con cuánto placer de mi alma os veo reunidos en este santo templo y rendir vuestros homenajes á Jesus en esa milagrosa Imágen y reconocerle y adorarle por vuestro Señor, vuestro Maestro, vuestro Redentor y vuestro amigo y protector especial? ¿Con cuánto placer admite mi alma la grata sensacion que lo hace experimentar el ver un

concurso de fieles de todo sexo y condicion que abandonando sus afanes y tareas se mezclan como hermanos y se postran á los pies del Padre y bienhechor comun á ofrecerle sus respetos, cumplir sus votos, hacerle presentes sus necesidades y tributarle estos relijiosos cultos? ¿Qué diré yo para avivar vuestra fé, alentar vuestra devocion y conservaros siempre tan amantes y obsequiosos de Jesus transmitiendo vuestra piedad y vuestra creencia á vuestros nietos asi como la habeis recibido de vuestros Padres?

Jesus habla por mí, y para que los cultos y la piedad de sus devotos no sea vana é infructuosa, para que no se satisfagan con un culto y veneracion puramente exterior, para que reciban el premio de su devocion y sus obsequios dice: *Qui mihi ministrat, me sequatur*. El que hace profesion de ser mi siervo, el que se gloria de ser mi devoto, el que desea obsequiarme y honrarme segun mi deseo, es preciso que imite mi ejemplo. Ved hermanos mios, cuanto yo pudiera deciros y cuanto os conviene para ser verdaderos cristianos y devotos de Jesucristo. Cuanto Jesus exige de nosotros por todos los beneficios que nos ha dispensado y el modo con que debemos venerarle y honrarle.

Venid y seguidme, nos dice Jesucristo en su evangelio. El que no camina en pos de mí, no es digno de mí. Yo os daré el reino celestial con las mismas condiciones que á mí seme ha dado. Yo soy el camino, la puerta, y es preciso entrar y seguir por mí para llegar al cielo. Todo el evangelio está lleno de estas máximas que nos proponen como un deber y obligacion indispensable el imitar á Jesucristo. Hacerse semejante á Jesucristo, revestirse

de Jesucristo, llevar la imájen de Jesucristo, sepárrsele con Jesucristo, hacer que Jesucristo reine en nosotros, he aquí el resumen de la doctrina y las exhortaciones de san Pablo. Cristianos, dicen los santos padres, quiere decir, hijos de Jesucristo, discípulos é imitadores de Jesucristo obligados á su santo servicio. Con Jesus nos confrontarán en el último dia y esto solo será lo que decida sobre nuestra suerte eterna. No reinaremos con él, sino somos semejantes á él.

Ahora bien, hermanos míos, ¿qué semejanza con Jesucristo hallamos en nosotros para que podamos gloriarnos de ser suyos y tener un derecho á su reino? Confieso que debe aflijirnos este pensamiento, pero no podemos desentendernos de él porque de él depende nuestra desgracia ó felicidad eterna, y sin averiguar si estamos ó no conformes con Jesucristo son inútiles nuestros obsequios y vana nuestra confianza. Examinemos y conozcamos á nuestro ejemplar y modelo Jesucristo. Veamos lo que él fué para que sepamos lo que exige de nosotros y lo que tenemos que hacer y corregir para ser semejantes á él. No nos detengamos en lo penoso de su vida, en considerar su cuerpo desfigurado y maltratado á fuerza de tormentos y muerto en una cruz entre afrentas y dolores inexplicables: entremos hoy en su interior, considerémosle y aprendamos.

Ilustrad mi espíritu, divino Jesus, para que yo conozca el vuestro, abridnos vuestro corazón para que aprendamos á dirigir los nuestros, haced que os conozcamos para que os imitemos, y así os veneremos como Vos Señor

quereis ser venerados. Ilustradnos con vuestra divina gracia que os pedimos por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA

Qui mihi ministrat.

¿Cuáles eran los pensamientos, los juicios, los deseos y las inclinaciones de Jesus? Hé aquí lo que debemos examinar para conocer el espíritu de Jesucristo y el modelo que debemos tener presente para gobernar el nuestro. Sus pensamientos todos eran en Dios y de Dios; en todas las criaturas y en todas sus obras no veía, ni tenía otro objeto que á Dios; todas sus miras, sus deseos y todas las reflexiones de su espíritu se encaminaban á la gloria de Dios. Entre la multitud de sus ocupaciones su espíritu estaba en Dios: aunque veía á los hombres, solo veía á Dios, aunque trabajaba por su salvacion, solo trabajaba por Dios; aunque hablaba y escuchaba á los hombres solo hablaba y escuchaba á Dios; todos sus deseos y placeres eran entregarse á la contemplacion de Dios. Pasaba los dias en buscar y procurar la gloria de su Padre y empleaba las noches en la oracion. Este era su descanso, su reposo y su sueño. El

imitar á Jesus en este apacible recogimiento, en esta union con Dios, seria caminar á largos pasos en la senda de la vida verdaderamente cristiana. La multitud de pensamientos vanos á que se abandona nuestro espíritu es la causa de las distracciones que nos estravian y del tedio que nos disgusta en la oración. Acostumbrados á estar siempre distraídos no acertamos á recojernos y orar con seriedad y atencion. El orar siempre y cuanto se puede, es segun nos previene el apóstol, el medio mas conducente para orar bien. No hablo sino de los pensamientos inútiles y omito hablar de los criminales peligrosos, porque si el ocuparnos de los primeros es apartarnos de la semejanza y la imitacion de Jesucristo, ¿cuánto mas lo será el dar entrada en nuestras almas á los pensamientos inmundos que la dan la muerte? Sin que contemplemos mas que nuestros pensamientos inútiles y vanos; esos pensamientos terrenos en que creemos que no ofendemos á Dios ni á los hombres y que nos ocupan en el día y en el descanso del sueño, yo quiero que me digais francamente, ¿es amar á Dios con todo el espíritu el ocuparse continuamente en cosas que no tienen relacion alguna con Dios? ¿Es amar á Dios el sentir tanta dificultad y repugnancia en conversar con él? Si hablamos y pensamos con tanto gusto sobre lo que amamos y con quien amamos, ¿como diremos que amamos á Dios á quien con dificultad hablamos y quien dificilmente ocupa nuestro espíritu y nuestro pensamiento en el corto espacio que estamos en su templo y presenciarnos el tremendo sacrificio? Las horas nos parecen instantes cuando estamos en la compañía de los que amamos; pero se nos hacen años los ins-

tantos que pasamos con Dios. La mas pequeña oracion nos parece pesada, cualquier devocion nos parece molesta: de aquí proviene la tibieza, la negligencia, el olvido de Dios, el amor propio, el amor del mundo, la ignorancia de las obligaciones y falta de conocimiento de los pecados, la fuerza de las pasiones, la flaqueza del corazon, la indiferencia para con Dios de quien nos alejamos, y el abandono de parte de Dios que viéndose olvidado y despreciado se retira de nosotros. ¡Señal! ¿Reconocereis por vuestra un alma que no se ha ocupado de Vos, ni ha hecho otra cosa que huir de Vos? ¿Hallareis la semejanza y el espíritu de Jesus en un alma que jamás piensa en Vos? ¿Colocareis á vuestro lado á unas almas que nada temen tanto como estar cerca de Vos? Si hemos de tomar los ejemplos de Jesucristo, vestarnos de Jesucristo y vivir del espíritu de Jesucristo, es preciso que apetezcamos la union con Dios, que frecuentemos la oracion, que amemos el silencio, el retiro, la privacion de los placeres, la mortificacion, que seamos modestos, que pensemos como pensó Jesucristo y hagamos los esfuerzos posibles para imitarle y su gracia nos ayudará y dará nuevo aliento.

Es preciso tambien que juzguemos como juzgó Jesucristo. Nosotros juzgamos comunmente por nuestros sentidos, por las ideas del mundo, por lo que nos inspira el interés de nuestras pasiones ó por los juicios ajenos que por lo comun son tan interesados y engañosos como los nuestros. Así no es de extrañar que sean opuestos á los de Jesucristo: que llamemos bueno á lo que él llamaba malo, y malo á lo que él llamaba bueno: que desprecie-

mos lo que él estimaba y que estimemos tanto lo que él despreciaba. En vano intentaremos aparecer semejantes y devotos de Jesucristo interin no reformemos nuestros juicios y juzguemos como Jesucristo juzgó; segun los juicios de Dios. Si para formar nuestros juicios y tomar nuestras resoluciones preguntamos como debemos á nuestro Dios y nuestra religion, nada hallaremos grande sino Dios, nada hallaremos tan amable como la virtud, ninguna cosa de mas importancia que la salvacion; con facilidad nos consolaremos, ó mas bien, no tendremos necesidad de consolarnos en la pérdida de los bienes terrenos y aspiraremos solo á que no perdamos el alma, el mundo aparecerá á nuestros ojos como lo que es: una mezcla de bienes frágiles y perecederos que no pueden amarse sin esponerse al peligro de perder los bienes eternos. Sus tesoros, sus delites y placeres dejarán de arrastrar nuestro corazon; no llamaremos dichoso al rico ni tendremos por infeliz al pobre. Tomemos por regla para juzgar lo que nos enseña la religion: juzguemos como juzgó Jesucristo si queremos ser semejantes á él y discipulos suyos. Juzguemos no segun las máximas y las ideas del mundo, sino segun Dios.

Veamos tambien los deseos y las inclinaciones de Jesus.

¿Qué deseaba y cuales eran las inclinaciones y movimientos de su corazon? Dar gloria á su Padre, reparar los ultrajes que le habia hecho el pecado, cumplir en todo su santísima voluntad, verle conocido, respetado, adorado y amado en todo el mundo. No tenia temor, ni esperanza, ni alegría, ni tristeza, ni dolor, ni consuelo, ni reposo que

no se encaminase á este fin. El trabajar por Dios es lo que el llamaba su mantenimiento; no conocia otros amigos, otros hermanos ni otros padres, que los que son fieles y cumplen la voluntad de Dios, no hallaba otra felicidad que manifestar su amor y obediencia á Dios. ¿Es preciso nacer y vivir en los trabajos y la mas espantosa pobreza, sufrir hambre y sed, cansancio y malos tratamientos, dolores y tormentos inexplicables y muerte de cruz, porque asi conviene para que Dios sea reconocido y glorificado y para que los hombres se reconcilien con él y vuelvan á su gracia? Pues todo lo admite y á todo se somete Jesus y no tiene otra voluntad que la de su Padre. Repasemos la vida y los tormentos que sufrió resignándose en la divina voluntad y sin desplegar sus labios, y hallaremos lo que debemos hacer y cuales deben ser nuestras inclinaciones y deseos. ¡O dulce Jesus! ¡Quién nos diera el que todos tornásemos á vuestro divino corazón por modelo! Nuestro consuelo, nuestro reposo y placer en este mundo seria entonces el unirnos y amar á Dios, el procurar que todos le amasen y bendijesen, el obrar y padecer por la gloria de Dios, el no inquietarnos ni aflijirnos sino por lo que Dios nos manda que lloremos y sintamos, el no querer sino lo que cede en honra y gloria de Dios y está conforme con su santísima voluntad. Pero ¿cómo diremos que Dios ocupa el primer lugar en nuestro corazón, que no descamos sino amar y agradar á Dios, cuando amamos, nos aflijimos y nos conmovemos al impulso de una multitud de objetos que nos apartan del servicio y hasta de acordarnos de Dios? ¿Cuándo negamos nuestro corazón á Dios por cu-

tregarle á las criaturas, sin temer á faltar al cumplimiento de lo que el mismo Dios nos ordena en su ley? ¿Cómo podemos decir que Dios tiene el primer lugar en nuestro corazón cuando para consolarnos de una ligera desgracia necesitamos dias y meses? Un disgusto y una pequeña humillacion nos abate y consterna; una enfermedad fácil de tolerar nos hace inquietos y molestos á los demas; una empresa que lisonjea nuestra vanidad ó asegura nuestra fortuna nos quita el reposo y la atencion á nuestras obligaciones; una alabanza, un suceso favorable por pequeño que sea nos aprisiona y envanece, lo que nos interesa á nosotros mismos posee y ocupa enteramente nuestra alma y nuestros deseos y lo que pertenece á Dios y su gloria apenas nos hace una ligera impresion. Si hemos ofendido á Dios, si hemos perdido su gracia ¿cuánto necesitamos para volvernos á él? ¿Cuánto necesitamos para aflijirnos y sentir nuestro pecado? Tenemos necesidad de todos los remordimientos de nuestra conciencia, de todas las luces de nuestra fé, de todas las reflexiones de nuestro espíritu para formar un arrepentimiento que muchas veces es equivooco ó viene á reducirse á un dolor pasajero de nuestras culpas. Las confesamos y en recibiendo la absolucion creemos que nada mas tenemos que hacer, que nada tenemos que temer, dejamos de aflijirnos y de pensar en nuestro pecado y llega á desvanecerse el dolor. No hermanos míos, no es esto imitar á Jesucristo; no es tener un espíritu y un corazón semejante al de Jesucristo; no es tener unos deseos y unas inclinaciones semejantes á las de Jesucristo.

Hasta ahora no os he hablado de las inclinaciones y el espíritu de Jesucristo sino con respecto á Dios; preciso es decir os ó que recordeis lo que fué Jesucristo para con los hombres, los deseos y las inclinaciones de su corazón para con los hombres. Hermanos míos, ¡si nos detuviésemos con frecuencia á examinar á Jesucristo y conocer su corazón, que diferentes seríamos de lo que ahora somos! Jesús está lleno de ternura, de paciencia y de caridad. Recordad la historia de su vida y hallareis que á nadie desprecia, á nadie trata con orgullo ni altanería, que vive con los hombres como si fuera el siervo de todos, que no puede sufrir las miserias humanas sin apresurarse á socorrerlas, que llora y se aflige por las desgracias ajenas, que está lleno de celo por la salvación de las almas y se ocupa día y noche en la salvación del mundo entero. Hallareis un corazón lleno de caridad que sus deseos é inclinaciones hacia los hombres no son sino amor y caridad. Nombrar la caridad es lo mismo que nombrar á Jesús. La unión, la paz, la concordia es la doctrina mas común y frecuente de su evangelio. Siempre habla de ella, siempre la recomienda con fuerza, con imperio y con las mas terribles amenazas contra los que faltan á ella. La caridad es el precepto predilecto de Jesucristo y parece que nada mas pide á los suyos que la caridad.

Preciso es si queremos agradarle y ser discípulos suyos que seamos tiernos y compasivos con los demás; que no seamos orgullosos ni altaneros; que miremos y tratemos á todos como á hermanos; que seamos jenerosos y mezclemos nuestras lágrimas con las del desgraciado procurando

aliviarle; que con nuestros ejemplos, nuestras prácticas y exortaciones, nuestra oración y con cuanto esté de nuestra parte procuremos ganar almas para Dios, que tengamos paz y caridad con todos. En el momento que entren en nuestro corazón la maledicencia, la ira, la envidia, los odios y maquinaciones para hacer mal á los demás hombres dejamos de agradar á Jesucristo y ser semejantes á él. En esa imagen de Jesus crucificado vemos de una ojeada todo cuanto os he dicho y se nos pone de manifiesto su espíritu y su corazón. Mirad,... y descubriréis en Jesucristo pendiente de la cruz la víctima de su amor por Dios y por los hombres. ¿Qué mas necesitamos para conocer el espíritu de Jesucristo?

Continuad ofreciendo vuestros cultos y homenajes á Jesus; acudid á él en vuestras necesidades, aflicciones y desgracias; sed y procurad que todos sean sus devotos; pero no olvideis jamás que la devoción verdadera consiste en imitarle; que lo que Jesus quiere de vosotros es que seáis semejantes á él; que vuestros pensamientos, vuestros juicios, vuestras inclinaciones y deseos, vuestra conducta para con Dios y para con los hombres sea como la de Jesucristo. *Qui mihi ministrat me, sequatur.* Concedednos, Señor, el que seamos semejantes á Vos, el que os conozcamos y aprendamos en vos lo que exijís de nosotros y queréis que seamos; que nuestros deseos y todas nuestras inclinaciones sean el querer, el sentir, el buscar y apetecer lo que Vos quereis, sentís, buscáis y apetecéis. Así seremos semejantes á Vos, así seremos vuestros discípulos y devotos y nos podremos lisonjear de que reinaremos

con Vos y gozaremos con Vos de la eterna felicidad de la gloria. *Ubi ego sum, illie et minister meus erit.*
Amen,

F. L. G.

ADVERTENCIA

El tomo siguiente segundo y último de la Serie de los misterios de Jesus contiene los sermones de los misterios de Jesucristo desde su Resurreccion, de la Trinidad, Corpus Cristi, Cuarenta Horas, y algunos de advocaciones particulares como son del Smo. Cristo de la fé, de la Esperanza, de la Misericordia, de la Salud, del Perdon, del Sepulcro y otros. Si algun señor suscriptor desea que se incluya alguno de particular título lo avisará con tiempo para incluirlo en el tomo dando las noticias que sean necesarias y lo mismo advertimos para la Serie siguiente de los sermones de Maria Santísima.

INDICE

	Páj.
Sermon de la encarnacion del Hijo de Dios, La encarnacion del Hijo de Dios es el misterio de la reputacion del hombre,	7
Sermon de la encarnacion del Hijo de Dios y anun- ciacion de Maria Santísima.	
Ejemplos de humildad de Jesus y Maria en el mis- terio de la encarnacion.	22
Sermon de la natividad de N. S. Jesucristo. El misterio del nacimiento del Señor, es el miste- rio del amor de Dios.	37
Sermon de la circuncision del Hijo de Dios. Se circuncida nuestro Redentor y se le impone el dulcísimo nombre de Jesus para dicha y ventura de los hombres.	48
Sermon del dulcísimo nombre de Jesus. De los bienes y gracias abundantes que nos pro- porciona el nombre santísimo de Jesus. . . .	59
Sermon para el dia de la circuncision y del dulce nombre de Jesus. En el misterio de la circuncision del Hijo de Dios hecho hombre, y en el dulce y santísimo nom-	

bre de Jesus tenemos un remedio universal y poderoso para nuestros males y una fuente inagotable de bienes.	73
Homilia para el día de la Epifania.	
En los Magos que vinieron del Oriente á adorar á Jesus debemos reconocer el llamamiento de todas las gentes á la fé y el ejemplo de como debemos responder á los llamamientos de Dios. . .	85
Sermon de la presentacion del Niño Jesus en el templo.	
Acojiendo las inspiraciones del Niño Jesus presentado en el templo, y siguiéndolo en los ejemplos que nos propone, nuestra felicidad es infalible, nuestra gloria cierta y nuestro porvenir eterno el de los que viven y mueren en el Señor. . . .	99
Sermon de la huida de Jesus á Egipto.	
Huye Jesus de Herodes para enseñarnos á padecer y sufrir con paciencia los trabajos de esta vida, y para que huyamos del mundo, de sus pompas y vanidades.	108
Sermon del misterio del Niño perdido y hallado en el templo.	
Todo lo debemos dejar por cumplir la voluntad de Dios.	119
Sermon de la infancia y vida oculta de Jesus.	
Jesucristo antes de enseñarnos con sus palabras nos enseñó con su ejemplo.	126
Sermon de la vida pública y milagros de Jesus.	
La vida pública de Jesus manifiesta su divinidad. .	140
Sermon de la transfiguracion del Señor.	

De la felicidad de la gloria.	153
Sermon del lavatorio de los pies de los apóstoles.	
Jesucristo hizo recomendable la humildad con el ejemplo de lavar los pies á sus discípulos. . . .	166
Sermon de la oracion del Huerto.	
Jesucristo enseñándonos con su ejemplo á que pi- damos que se haga en nosotros la voluntad de Dios, nos pone en el camino de la virtud que nos conduce á la gloria.	178
Sermon del paso doloroso de Jesus en los tribunales.	
Jesus en los tribunales es el ejemplar que debe- mos proponernos para sufrir con virtud y mérito los juicios de los hombres.	187
Sermon del paso doloroso de Jesus comparado con Barrabás.	
La maldad de los Judios prefiriendo á Barrabás y pidiendo la muerte de Jesus nos hace conocer el crimen de los que anteponen el mundo, sus delitos y pecados al amor de Jesus y cumpli- miento de su ley.	198
Sermon de Jesucristo azotado á la columna.	
Jesucristo es azotado para que mortifiquemos nuestros cuerpos y los reduzcamos á servi- dumbre.	211
Sermon de la coronacion de espinas de Jesus.	
Jesus coronado de espinas es el ejemplar de la vi- da cristiana.	223
Sermon del paso doloroso de Jesus ECCE HOMO.	
La presencia de Jesus atormentado debe mover.	

nos á una compasion cristiana.	235
Sermon del paso doloroso de Jesus con la cruz á cuestas. Imitando y siguiendo á Jesus por el camino de la cruz seremos virtuosos en la vida, santos en la muerte y eternamente felices en el cielo. . . .	247
Sermon de las siete palabras que dijo Jesucristo en la cruz.	258
Sermon de la pasion y muerte de Jesus. La consideracion de la pasion y muerte de Jesus debe producir en los cristianos un verdadero do- lor y una firme detestacion de los pecados. . .	286
Sermon del descendimiento de la cruz y sepultura de Jesucristo. Llorar nuestras culpas y enriquecernos con la di- vina gracia son las disposiciones con que debe- mos prevenirnos y los aromas con que debemos asistir á dar sepultura á Jesucristo.	307
Sermon de un Santísimo Cristo venerado con cual- quier título. Jesucristo crucificado es un motivo de confianza y alegría para el cristiano.	324
Sermon de las llagas de Nuestro Señor Jesucristo. En las llagas de Jesus tenemos nuestro consuelo y nuestro refugio.	338
Sermon de la imitacion de Jesucristo. Veamos lo que fué Jesucristo para saber lo que exige de nosotros.	250

FE DE ERRATAS.

<u>Paj.</u>	<u>Lineas.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
10	26	misterio de la repa- racion	misterio la repa- racion
65	27	pidiéramos	pidiéremos
73	última	suplicar	suplir
108	Testo	pneupum	puerum
112	19	dos	los
119	26	deponer sus doctrinas	deponer de sus doctrinas
195	28	¿con cuenta	¿con cuánta
199	7	llenos	llenaos
200	6	á la de Jesus	ó la de Jesus
119	8	impudicias	impudicicias
225	última	tener	entre
226	20	mas santísimo	mas santo
237	15	enemigos que sedientos	enemigos sedientos
242	26	quisieran	quisieras
243	18	Ecce Homo.	Ecce Homo?
250	16	como	con
259	7	arrojan	arroja
273	7	hiel	y hiel
274	20	vencido	vendido
307	Testo	ivolvit.... sindone	involvit.... sindone
309	6	peso	paso
Id.	18	Nicodemus	Nicodemus
310	15	haya desconocido	haya conocido
319	11	y no hallo	y no la hallo
326	18	á que	y que